

**Relación Histórica**

de

**LA VIDA DEL VENERABLE  
PADRE FRAY JUNIPERO SERRA**

**Edición Facsimilar**

**1852**



JOAQUIN PORRUA, S. A. de C. V.

Eje Lázaro Cárdenas # 72 *de Santiago*

México 06080, D. F.

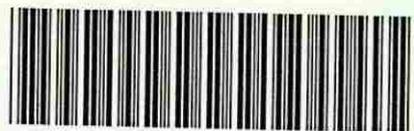


**FRAY JUNIPERO SERRA**

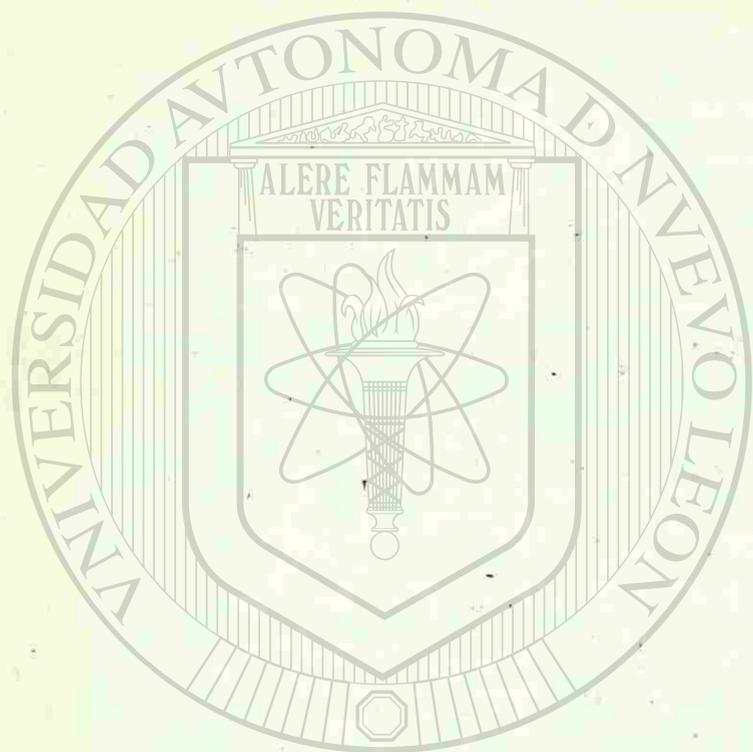
864  
S44  
R4

966





1020000938



Relación Histórica

de

RELACION HISTORICA

LA VIDA DEL VENERABLE PADRE

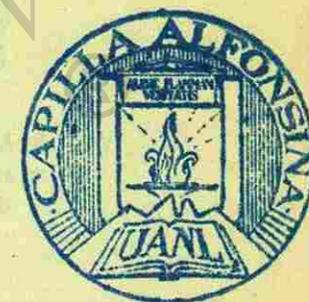
FRAY JUNIPERO SERRA.

*ms. 22092m*

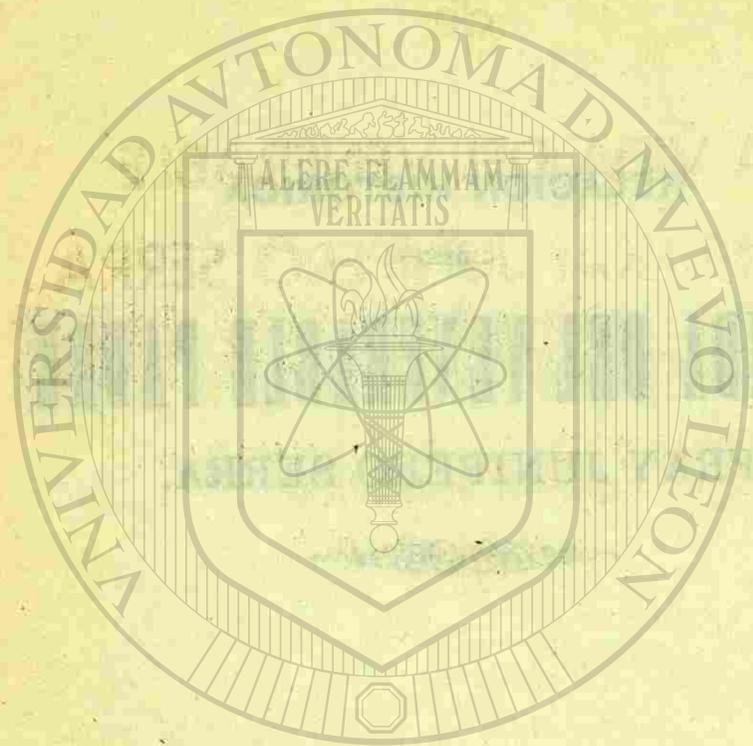
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



109662



Relación Histórica

de

**LA VIDA DEL VENERABLE  
PADRE FRAY JUNIPERO SERRA**

**Edición Facsimilar,  
1852**

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

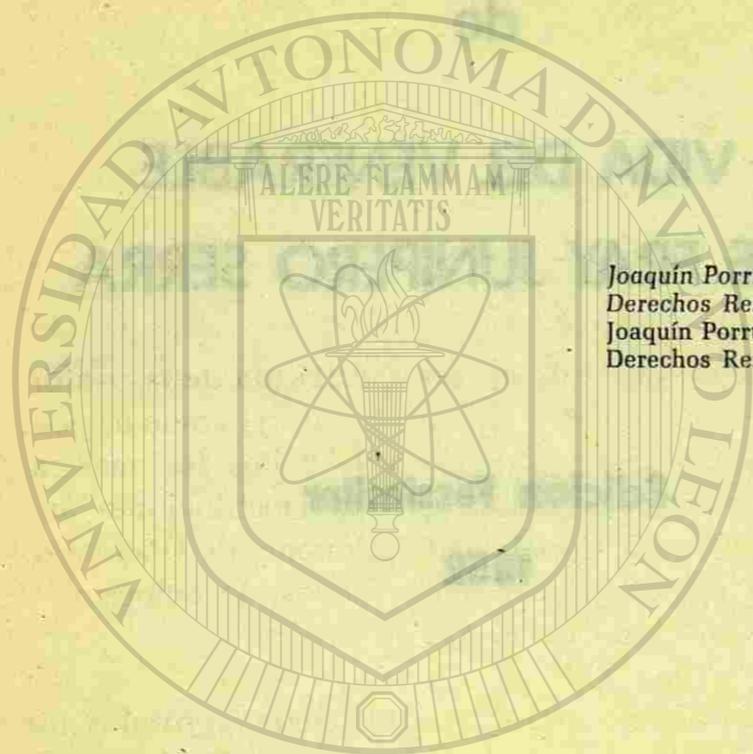
JOAQUIN PORRUA, S. A. de C. V.  
Eje Lázaro Cárdenas # 72  
México 06080, D. F.

**México 1983**

F 864

S44

R4



Joaquín Porrúa, S. A. de C. V.  
Derechos Reservados  
Joaquín Porrúa, S. A. de C. V.  
Derechos Reservados



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## A MANERA DE PRESENTACION

El rescate de nuestros orígenes, en razón de la conformación dinámica de nuestra identidad cultural como nación, es responsabilidad que corresponde a todos los mexicanos, pero que atañe más directamente a las instituciones que, como es el caso de la Universidad Autónoma de Querétaro, son recipiente de los valores humanísticos, tecnológicos y científicos que conforman el acervo de México.

En función de lo anterior, y doblemente motivados por la seriedad profesional que representa en el campo bibliográfico la entidad Joaquín Porrúa, S. A. de C. V., es que nos hemos visto impelidos a presentar a los estudiosos e investigadores esta coedición facsimilar de la RELACION HISTORICA DE LA VIDA DEL VENERABLE PADRE FRAY JUNIPERO SERRA, de Francisco Palou, según la edición de 1852.

La obra humanística de Junípero Serra, primero en las Misiones de la Sierra Gorda queretana, y posteriormente en el norte del país, en las Misiones de la Baja California, se inscribe como parte trascendente de esa amalgama de costumbres, tradiciones, en síntesis de esa fusión de cosmovisiones, que representa nuestro mestizaje.



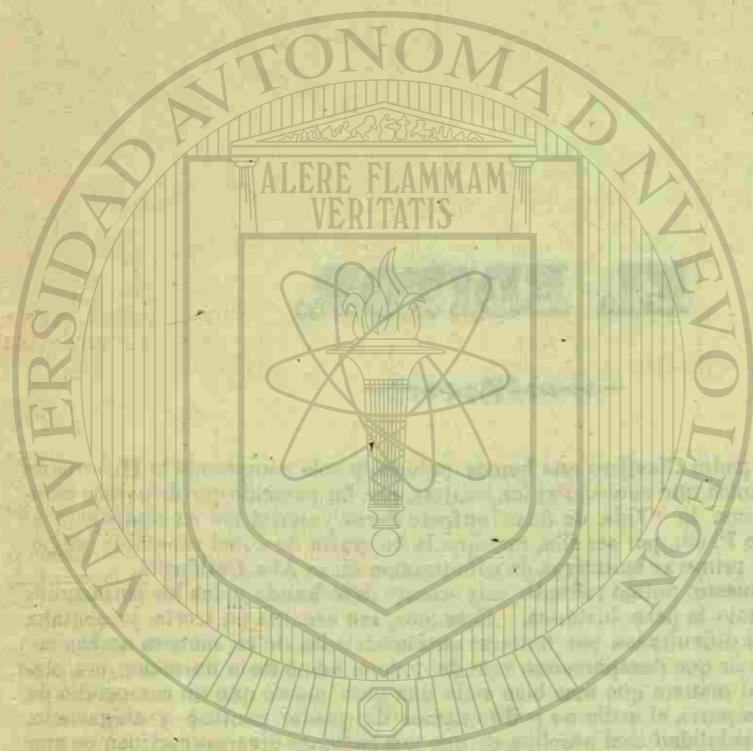


## EL EDITOR.

Como la obra del padre Clavijero que hemos publicado solo comprende la Historia de la Baja California, única que conocieron los jesuitas, nos ha parecido que debíamos completar este volumen con la "Vida de fray Junípero Serra," escrita por su compañero el padre fray Francisco Palou, por ser ella, mas que la biografía de aquel venerable religioso, la historia de las primeras tentativas de colonización en la Alta California.

Fué al principio nuestro ánimo refundir este escrito desechando todos los pormenores para conservar tan solo la parte histórica. Esta idea, tan sencilla en teoría, presentaba en la práctica graves dificultades, por hallarse entremezcladas de tal manera ambas cosas, que para conseguir que desapareciese casi del todo el héroe de la narración, era preciso variar esta de tal manera que mas bien seria una obra nueva que un compendio de la antigua. Por otra parte, el estilo no podria menos de quedar confuso y abigarrado, atendiendo á la imposibilidad casi absoluta de que dos personas diversas escriban de una manera enteramente uniforme.

¿Y para qué tanto trabajo? ¿Por qué al mismo tiempo que la relación histórica no hemos de ofrecer á nuestros lectores la relación de tantas virtudes? Afortunadamente el autor de la obra sin permitirse erudiciones inoportunas, narra en estilo llano y agradable lo que él mismo vió ó supo con toda certeza, afirmándolo con documentos oficiales. Dejemos, pues, su obra como está, que por desgracia los bienhechores de la humanidad no son tan numerosos que podamos descuidarnos en publicar sus hechos. Seguros estamos de que nuestros lectores no tomarán á mal que contribuyamos á extender las noticias de los apóstoles de nuestro suelo. Si nos interesa vivamente la relación de las hazañas de los que el mundo llama sus héroes, ¡cuánto mas hermoso es el espectáculo de los héroes del cristianismo, cuyo camino no va marcado por sangre, cadáveres y ruinas, sino por todos los beneficios de la paz y la civilización! Por nuestra parte preferimos recrearnos en la contemplación de esas conquistas espirituales, en que sin mas armas que la razón se extendían las fronteras del mundo civilizado; preferimos contemplar á esos varones, mas celestiales que terrenos, mas ángeles que hombres, renunciar á todos los gozes de la vida social para ir á procurar el bien de salvajes desconocidos: no queremos privar de tan bello cuadro á nuestros lectores y les ofrecemos íntegra esta obra como salió de manos de su autor. Solo debemos advertir que aunque su publicación hacia, al parecer, inútil la del *Apéndice* del señor Troncoso que teníamos ofrecido, no hemos querido omitirlo, ya por su corta extensión, ya porque adelanta un poco mas que la vida de fray Junípero y viene á ser tambien como un extracto ó índice de esta para retener mas fácilmente en la memoria los principales sucesos.



## CAPITULO I.

**NACIMIENTO, PATRIA Y PADRES DEL VENERABLE PADRE FRAY JUNIPERO SERRA. TOMA EL SANTO HABITO, Y EJERCICIOS QUE TUVO EN LA PROVINCIA ANTES DE PRETENDER SALIR PARA LA AMERICA.**

El infatigable operario de la viña del Señor el venerable padre fray Junipero Serra, dió principio á su laboriosa vida el día 24 de noviembre del año de 1713, naciendo á la una de la mañana en la villa de Petra de la isla de Mallorca. Fueron sus padres Antonio Serra y Margarita Ferrer, humildes labradores, honrados, devotos y de ejemplares costumbres. Como si tuvieran anticipada noticia de lo mucho que el hijo que les acababa de nacer se habia de afanar á su tiempo para bautizar gentiles, se afanaron los devotos padres para que se bautizase el mismo día que nació. Pusieronle por nombre Miguel José, los que conservó en la confirmacion, que recibió el 26 de mayo de 1715 en la misma parroquia de dicha villa en que habia sido bautizado.

Instruyéronlo los devotos padres desde niño en los rudimentos de la fe y en el santo temor de Dios, inclinándolo desde luego que empezó á andar, á frecuentar la iglesia y convento de San Bernardino que en dicha villa tiene aquella santa provincia, de cuyos religiosos era el padre muy querido, y en cuanto llevó al niño Miguel al convento, robó á todos el afecto. Aprendió en dicho convento la latinidad, de que salió perfectamente instruido, y al mismo tiempo se habitó en el canto llano, por la costumbre que tenia el religioso maestro de gramática de llevar los días festivos á sus discípulos al coro á cantar con la comunidad. De este santo ejercicio y devotas conversaciones que oia á sus devotos padres, nacieron en su corazón muy temprano unos fervorosos deseos de tomar el santo hábito de nuestro seráfico padre san Francisco, sintiendo la falta de edad para ello.

Conociendo sus devotos padres la vocacion del

hijo, en cuanto tuvo edad le llevaron á la ciudad de Palma, capital de aquel reino, á fin de que se aplicase á los estudios mayores; y para que no olvidase la doctrina y buenas costumbres que desde niño le habian enseñado, lo encomendaron á un devoto sacerdote beneficiado de la catedral, quien viendo la aplicacion del muchacho en el estudio de la filosofía, que empezó á cursar en el convento de nuestro padre San Francisco, y la vocacion de ser religioso, lo enseñó á rezar el oficio divino, haciéndole rezar en su compañía, dejándole lo demás del tiempo para el estudio.

A poco tiempo de estar en la ciudad, que se le aumentaron los deseos de ser religioso, se presentó á nuestro muy reverendo padre fray Antonio Perelló, ministro provincial que era segunda vez de dicha provincia, pidiéndole el santo hábito. Dilatóse algun tiempo considerándolo muy muchacho; pero informado de que ya tenia edad cumplida, no obstante de pequeña estatura y enfermizo, lo admitió y tomó el hábito en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad, el día 14 de setiembre de 1730, siendo de edad de diez y seis años, nueve meses y veintin dias. En el año del noviciado aprovechó en el ejercicio de las virtudes, aplicándose á imponerse en todo lo perteneciente á nuestra seráfica regla y preceptos en ella contenidos, para cuando llegase el tiempo de la profesion tener perfecto conocimiento de lo mucho que habia de prometer á Dios en la profesion. Para animarse para ella leia en los libros místicos y devotos las mayores cosas que Dios y nuestro seráfico padre san Francisco nos prometen si guardamos lo que en la profesion prometemos.

Los libros que mas leia y que le llevaban la

atencion, eran las crónicas de nuestra seráfica religion, regocijándose en la vida de tantos santos y venerables como en ellas se cuentan, leyendo sus vidas con tanta atencion y ternura, que parecia le habian quedado impresas en su memoria, de modo que referia la vida y ejemplares hechos de cualquiera de ellos, como si los acabase de leer, quedando admirados cuantos lo oíamos hablar de este asunto, y de la seráfica historia; y cuando le llegaba noticia de la beatificacion de algun venerable, se llenaba su corazon de gozo y referia su vida como si la acabase de leer en la crónica.

De este devoto ejercicio de la leyenda de las vidas de los santos le nacieron desde novicio unos vivos deseos de imitarlos en cuanto le fuese posible, causando dicha leyenda lo mismo que causó en San Ignacio de Loyola, y lo que principalmente consiguió de dicha devota leyenda fué un gran deseo de imitar á los santos y venerables que se habian empleado en la conversion de las almas, principalmente de los gentiles y bárbaros, deseando imitarlos hasta en dar la vida y derramar su sangre como ellos lo habian practicado: así lo oí de dicho mi venerado padre, que hablándome de su llamamiento para dejar su patria y venir á las Indias, me dijo con ternura de corazon y lágrimas en los ojos: "No ha sido otro el motivo que revivir en mi corazon aquellos grandes deseos que tuve desde novicio leyendo las vidas de los santos, lo que se me había amortiguado con la distraccion de los estudios; pero demos muchas gracias á Dios que empieza á cumplir mis deseos, y pidámosle sea para mayor gloria suya y conversion de las almas."

Cumplido el año de la aprobacion profesó en dicho convento de Jesús el día 15 de setiembre de 1731 tomando el nombre de Junipero por la devocion que tenia á aquel santo compañero de nuestro seráfico padre san Francisco, cuyas santas sencilleces y gracias de la gracia celebraba y referia con devocion y ternura. Fué tanto el júbilo y alegría que le causó la profesion, que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba los votos y profesion todos los años, no solo el día de la profesion de nuestro seráfico padre san Francisco, sino tambien siempre que asistia á la profesion de algun novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesion y que hablaba de ella, prorumpia en estas palabras: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*: Viniéronme por la profesion todos los bienes. "Yo, decia, en el noviciado estuve casi siempre enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no alcanzaba al facistol ni podia ayudar á los connovicios en los quehaceres precisos del noviciado, por cuyo motivo solo me empleaba el padre maestro en ayudar las misas todas las mañanas; pero con la profesion logré la salud y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatu-

ra mediana; todo lo atribuyo á la profesion, de la que doy infinitas gracias á Dios."

En cuanto profesó nuestro padre Junipero, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad á estudiar los cursos de filosofía y teología, y de tal manera aprovechó, que antes de ordenarse de sacerdote ni tener tiempo para ello, ya lo eligió la provincia lector de filosofía para el mismo convento, en donde leyó los tres años con grande aplauso, logrando tener mas de setenta discípulos entre religiosos y seculares, que aunque no todos siguieron el curso, los mas prosiguieron los tres años y lo concluyeron muchos de los seculares burlados ya en dicha facultad, obteniendo por la universidad Lulliana el grado de doctores. Antes del año de concluida la filosofía, obtuvo el reverendo padre lector Junipero el grado de doctor de sagrada teología por la dicha universidad, en la que regentó la cátedra de prima del sutil maestro hasta la salida de la provincia, y en ella se desempeñó con grande fama de docto y profundo á satisfaccion así de la provincia como de la universidad, y en la dicha facultad sacó á muchos de sus discípulos burlados de doctores.

Las precisas ocupaciones de la cátedra literaria no le impedían para emplearse en la del Espíritu Santo, encomendándole los sermones panegíricos de los principales asuntos y grandes festividades, y siempre fué el desompeño con aplauso de los hombres mas doctos que lo oían. El último panegírico que predicó fué encomendado de la universidad, en la solemnisima fiesta que el 25 de enero celebra á su patron y compatriota el iluminado doctor el beato Raimundo Lullio, á que asiste la universidad formada y los hombres mas doctos de la ciudad; y como su reverencia pensaba seria el último (como lo fué en su patria), parece que echó el resto de su habilidad para crédito de la provincia, dejando á todos admirados. Oí en cuanto acabó el sermón á un jubilado excatedrático de mucha fama, de cátedra y púlpito y nada apasionado al predicador, esta expresion: *Digno es este sermón de que se imprima con letras de oro*. Pero estaba ya bien lejos de recibir tan honrosas expresiones, pues solo pensaba cómo salir á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, para lo que estaba entonces esperando por instantes la patente, como luego veremos.

No era menor el crédito en que estaba para sermones morales. Buscábanlo de las villas mas principales para que les fuese á predicar la cuaresma, en lo que se ocupaba todos los años, dejando sustituto para la cátedra, y se iba por las cuaresmas á emplear en la conversion de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventivas y sonora voz con que Dios lo había dotado, despertaba á los pecadores del pesado sueño del pecado, y se convertian á Dios á pesar del mortal enemigo, quien claro lo dió á entender en la villa de Selva.

Predicaba la cuaresma en dicha villa el año de 1747, y estando en lo mas fervoroso de uno de los sermones, se levantó una mujer del auditorio que estaba obsesa (como después supo por el señor rector ó cura), y encarándose muy furiosa con el fervoroso padre, llena de cólera dijo en alta voz que oyó el auditorio: *Grita, grita, que por esto no acabarás la cuaresma*. Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni de dar crédito al dicho del demonio ó de la mujer endemoniada, que antes bien creyó lo contrario, pues ofreciéndosele á su reverencia el escribirme aquellos dias, me puso esta cláusula: "Gracias á Dios, gozo de salud, y espero así acabar la cuaresma, porque el padre de la mentira ha publicado que no la acabaré, y como no sabe decir verdad, espero concluir la sin novedad en la salud;" así sucedió, y regresado al convento, preguntándole sobre dicha cláusula, me refirió lo que llevo expresado.

## CAPITULO II.

LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES, SOLICITA PATENTE PARA INDIAS Y CONSIGUELA. SE EMBARCA PARA CADIZ Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO.

En el tiempo en que el reverendo padre lector fray Junipero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religion como afuera, y que podia esperar los correspondientes honores á sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándolo para doctor de las gentes, tocándole el corazon, para que dejando su patria, padres y su santa provincia, saliese á emplear sus talentos en la conversion de los gentiles, que por falta de quien les enseñe el camino del cielo se condenan. No se hizo sordo á esta voz interior del Señor, que encendió en su corazon el fuego vivo de la caridad del prójimo, y le nació de ello unos vivos deseos de derramar su sangre, si necesario fuera, para lograr la salvacion de los miserables gentiles, reviviendo en su corazon aquellos deseos que sentia cuando novicio, amortiguados por la distraccion de los estudios. Pero en cuanto sintió de nuevo la vocacion, consultóla con Dios en la oracion, poniendo por intercesores á su purísima Madre y á san Francisco Solano, apóstol de las Indias, pidiéndoles que si era de Dios dicha vocacion, tocase el corazon á alguno que lo acompañase en la empresa y tan dilatado viaje.

No obstante que su reverencia guardaba en lo mas secreto de su corazon esta vocacion, quiso Dios que de una conversacion que oyó el reverendo padre lector fray Rafael Verger, catedrático que era entonces de filosofía y á la presente obispo del nuevo reino de Leon, entendiese que un religioso de la provincia intentaba salir para las Indias á la conversion de los gen-

tiles. Luego me lo comunicó (por la estrechez que teniamos), aunque siempre me dijo que no lo sabia cierto, sino que lo inferia de una proposicion enigmática que oyó, y que no nombraban sugeto; pero que desde que oyó dicha proposicion se habian entrado en su corazon vivos deseos de practicar lo propio, y que si no estuviese amarrado con la cátedra, haria lo mismo: varias ocasiones hablamos los dos del asunto, por lo que se me pegaron los mismos deseos.

Haciamos ambos la diligencia de indagar si era verdad lo que habia inferido y quién fuese el religioso, y nada pudimos rastrear; no obstante que esto bastaba para desvanecer la especie, sentiamos ambos mas y mas deseos de venir para las Indias.

Yo, que me hallaba mas libre para que no se me dificultase por parte de la provincia, estaba para resolverme y poner la pretension para la licencia. No quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado padre maestro y lector fray Junipero Serra. Logrando un día la ocasion de haber venido á la celda de mi habitacion y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentia en mi corazon, suplicándole me diese su parecer. Al oír mi propuesta se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome: "Yo soy el que intento esta larga jornada; mi pena era el estar sin compañero para un viaje tan largo, no obstante que no por esta falta desistiria: acabo de hacer dos novenas á la purísima Concepcion de María santísima y á san Francisco Solano, pidiéndoles tocarse en el corazon á alguno para que fuese conmigo si era la voluntad de Dios, y no menos que ahora venia resuelto á hablarle y convidarle para el viaje, porque desde que me resolví he sentido en mi corazon tal inclinacion á hablarle, que esta me hizo pensar que vuestra reverencia se animaria. Y supuesto que lo que con tanto secreto he guardado en mi corazon ha llegado á noticia de vuestra reverencia por el conducto que me dice, sin saber quién era, al mismo tiempo que yo pedia á Dios tocarse el corazon á alguno y sentia mi total inclinacion á vuestra reverencia, sin duda será la voluntad de Dios. No obstante, encomendémosle al Señor, y haga lo mismo que yo he practicado de las dos novenas y guardemos ambos el secreto." Así lo practicamos, y concluidas resolvimos seguir la vocacion y correr las diligencias para el efecto.

Ingrato fuera si callara lo dicho, pues confieso deber á las oraciones de mi venerado padre lector Junipero el verme entre los misioneros de *Propaganda fide*; felicidad tan grande, que en sentir de la venerable madre es envidiable de los bienaventurados, como lo escribió dicha sierva de Dios á los misioneros de mi seráfica religion empleados en la conversion de los gentiles de la custodia del Nuevo Méjico, cuya carta copiaré á

lo último si tengo lugar, pues es bastantemente eficaz para animar á todos á que vengan al trabajo de la viña del Señor, y confirma y aprueba el régimen que acostumbramos en estas misiones. Y asimismo á su ejemplo deben todos los demás religiosos que de dicha provincia han venido para los colegios, dicha felicidad, como también la provincia le debe que por el ejemplo de su esclarecido hijo haber logrado otro tan fervoroso, que después de haber convertido muchísimos gentiles á nuestra santa fe, derramó su sangre y gustoso rindió la vida para que se lograra la conversión de los demás, siendo este martirio de tanta gloria y honor para su santa madre, como también el ver otro hijo suyo gobernando la mitra del nuevo reino de Leon, honrando no solo á su provincia, sino á toda la religion seráfica, y puede gloriarse que si se privó de un Junípero por haberse trasplantado á la América, este por su fecundidad ha reengendrado y dado á la Iglesia santa una selva de Juníperos, todos hijos de su apostólico celo (como veremos á su tiempo), que todo redunde en honor de la provincia y del apostólico colegio de San Fernando, jardín á donde la trasplantó su ejemplar vocacion, tan envidiada de aquella como de toda su patria admirada, para cuyo seguimiento practicó lo siguiente.

Luego que se vió con compañero, escribió á los reverendísimos comisarios generales de la familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar á la América á la conversión de los gentiles: respondió el reverendísimo de Indias dificultándole, porque solo dos comisarios habia en España de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de Méjico, y estos con las misiones ya completas en la Andalucía en visperas de embarcarse, pero que nos tendria presentes para la primera ocasion, añadiendo que podría haber inconveniente por no ser del continente de España.

No por esto desistió de su intento el fervoroso padre Junípero ni se entibió en la vocacion, antes sí repitió carta á su reverendísima, suplicándole que si por ser de isla habia de haber dificultad, nos facilitase la licencia para incorporarnos á alguno de los colegios del continente de España para obviar todo impedimento. En este estado se hallaba la pretension cuando se acercaba la cuaresma del año de 49, que tenia encomendada el reverendo padre Junípero para predicarla en la parroquia de su patria la villa de Petra, y dejándome encomendado el asunto, que estaba en secreto de los dos, se partió para su destino.

No se olvidó nuestro reverendísimo padre comisario general de Indias, fray Matías Velasco, de nuestra pretension, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo á que aspirábamos; sino que luego que recibió la primera carta, la despachó á los comisarios de los citados colegios que se ha-

llaban en Andalucía, encargándoles que si se les desgraciase alguno nos tuviesen presentes. Llegó tan á buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la mision de San Fernando, se habian arrepentido cinco, amedrentados de la mar, que jamás habian visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el reverendo padre fray Pedro Perez de Mexquía, de la provincia de Cantabria y comisario de la mision, nos despachó por el correo ordinario los dos patentes; pero estas no llegaron, y si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitacion.

Viendo el padre comisario de la mision que con dichas patentes no parecíamos, nos remitió otras por conducto extraordinario, que no se pudieron perder. Recibílas el día 30 de marzo, á tiempo que iba á la bendicion de palmas, y luego que salimos de refectorio (con la bendicion y licencia de nuestro muy reverendo padre provincial), caminé para la villa de Petra, y entregando aquella misma noche la patente al reverendo padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra. Tratamos luego el día siguiente de verificar cuanto antes nuestro viaje y de que fuese con el mayor secreto; y supuesto que faltaban tan pocos días de la cuaresma, resolvió concluirla: entre tanto yo me regresé á la ciudad en solicitud de embarcacion, la que no habiendo hallado para Cádiz, y si un paquebotillo inglés que después de Pascua se hacia á la vela para Málaga, ajusté con su capitán el pasaporte y di aviso al reverendo padre Junípero, quien después de haber predicado el último sermón en la misma parroquia en que habia sido bautizado, y despedidose en él de sus compatriotas (aunque sin expresar nada de su viaje), salió el día tercero de aquella Pascua para retirarse al convento de la ciudad, habiendo visitado á sus ancianos padres, despedidose y tomado la bendicion de ellos para volverse, respecto haber concluido su tarea. á quienes dejó asimismo ignorantes de su determinacion, quedando por esto mas oculta.

El 13 de abril, que fué aquel año la dominica *in Albis*, se despidió de la comunidad del convento principal saliendo al refectorio á decir las culpas, pedir perdon á todos los religiosos y la bendicion al prelado, que entonces era el mismo que habia sido su lector de filosofía, siendo secular, y viendo ahora la extraordinaria vocacion de su discípulo y el grande ejemplo que daba, no solo al convento, sino á toda la provincia, se enterneció tanto, que embargada la voz casi no pudo articular palabra, reduciéndose aquella despedida mas á lágrimas que á voces, con cuyo espectáculo no pudo menos que moverse á ternura aquella gravísima comunidad, y mas cuando vió que el reverendo padre Junípero fué por último besando los piés de todos los religiosos

hasta del menor novicio. Despedidos ya de la comunidad, caminamos luego para el muelle y nos embarcamos en dicho paquebot.

Era el capitán de este barco un hereje protervo y tan provocativo, que en los quince días que duró la navegacion hasta Málaga, no nos dejó quietud, pues con trabajo podíamos rezar el oficio divino, por querer continuamente argüir ó altercar sobre dogmas, que aunque no sabia mas idioma que el inglés y algo del portugués (en el que medio se explicaba), formaba en este sus argumentos, y teniendo la Biblia en la mano traducida en su lengua nativa, leia algun texto de la Escritura que interpretaba á su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba para sostenerlo, que luego le mencionaba otro con que plenamente la deshacia. Leia el capitán en su mugrienta Biblia, y no hallando por dónde evadirse, respondia que estaba rompida la hoja y que no tenia aquel verso: citábale otro y era la misma su respuesta: con lo que aunque bien se le conocia quedar confundido y avergonzado, pero nunca se redujo y quedó obstinado.

De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero, por ser el que lo confundia, que varias veces nos amenazó con que nos echaria al mar y se marcharia para Londres. No dudo lo hubiera hecho á no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenia miedo, pues veníamos seguros por el pasaporte que habia firmado, y que si no nos ponía en Málaga, nuestro rey pediria al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaria. No obstante este amago, una noche enfurecido de la disputa que sobre dogmas habia tenido con nuestro padre lector, llegó á ponerle un puñal á la garganta, con intenciones (al parecer) de quitarle la vida; y si no lo verificó, fué porque Dios tenia reservado á su siervo para mas dilatado martirio y para la conversion de tantas almas como después veremos.

Tiróse el capitán á su cama para desfogar la ira que lo consumia, y por si pasase adelante con sus intentos, cuidó el venerable padre de dispartarme, diciéndome como lleno de gozo: que no era tiempo de dormir, pues podría ser que antes de llegar á Málaga consiguiésemos el oro y plata, en cuya solicitud pasamos á las Indias: refirióme lo sucedido y se desahogó diciendo: "Me queda el consuelo de que jamás le he movido la conversacion ni disputa, por ser tiempo perdido; pero me parece que en conciencia debo responder por el crédito de nuestra religion católica." Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podia acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector; pero se contuvo la ira de

aquel perverso hereje, y ni aun en el resto del camino fué tan molesto como antes.

A los quince días de navegacion y en el que la santa Iglesia celebra el Patrocinio de señor san José, llegamos á Málaga; fuimos luego á parar al convento de nuestro seráfico padre san Francisco de la provincia de Granada, y en este dió un buen ejemplo el venerable padre Junípero, pues no habiendo pasado ni media hora de la llegada, ya fué á completas y oracion, siguiendo así todos los actos de comunidad los cinco días que allí nos mantuvimos; y pasados estos nos fuimos (en Javeque de Paisanos) para Cádiz, á cuyo puerto llegamos el 7 de mayo.

### CAPITULO III.

DETENCION EN CÁDIZ: EMBÁRCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRACTICÓ EN EL CAMINO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Hallábase en Cádiz la mision colectada para el colegio de San Fernando de Méjico esperando ocasion para embarcarse, y luego que llegamos á tierra fuimos dirigidos al hospicio de la mision y recibidos en él con afectuosas expresiones, tanto del reverendo padre comisario como de los demás religiosos; refiriéronos luego su reverencia la casualidad que habia sucedido de los cinco, que como queda dicho, se habian amedrentado, con la cual habian dado lugar á nuestra venida, y añadió que ojalá hubiésemos sido cinco los pretendientes, que otras tantas patentes habria enviado. Al oír esto el venerable padre Junípero, le respondió que pretendientes no faltaban y que si hubiese tiempo podian venir. Dijo el padre comisario que tiempo habia suficiente, porque habiendo la mision de embarcarse en dos trozos, podrian ellos hacerlo en el último; y dándole tres patentes, las despachó á la provincia: con ellas vinieron los padres fray Rafael Verger, fray Juan Crespi y fray Guillermo Vicens, movidos todos del ejemplo de nuestro venerable padre Junípero.

El día 28 de agosto del año de 1749 se embarcó en Cádiz el primer trozo de la mision: componíase del presidente, hijo del colegio de Sancti Spiritus, en la provincia de Valencia, y de otros veinte religiosos, entre los cuales venia mi venerado padre. En el dilatado viaje de noventa y nueve días que tardamos en llegar á Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos, porque en lo reducido del buque tuvo que acomodarse, á mas de esta mision, otra de reverendos padres dominicos, y muchos pasajeros de carácter; y por la escasez de agua que en los quince días antes de llegar á Puerto-Rico se experimentó de ella, se nos minoró tanto la racion, que la que nos daban en las 24 horas de cada día, poco pasaba de un cuartillo, y ni aun se podia hacer chocolate. Pero padeció fray Junípero estos

rabajos con tanta paciencia, que jamás se le oyó menor queja ni se le advirtió tristeza alguna; leon lo que admirados los compañeros, solian preguntarle: ¿que si no tenia sed? Pero su respuesta era: *no es cosa de cuidado*; y si alguno se quejaba de que no podia aguantarla, le respondia con mucha gracia y mayor doctrina: "Yo he hallado algun medio para no tener sed, y es el comer poco y hablar menos para no gastar la saliva."

En todo el tiempo de la navegacion jamás se quitó el santo Cristo del pecho, ni aun para dormir: Todos los dias, salvo los en que el temporal no daba lugar, celebraba el santo sacrificio de la misa. Ocupábase de noche en confesar á los que para este efecto lo solicitaban. Venerábanlo todos como á muy perfecto y santo, por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.

Llegamos á hacer aguada en la isla de Puerto-Rico á mediado de octubre, y desembarcados en ella la tarde de un día sábado, fuimos á hospedarlos á una ermita titulada de la Purísima Concepcion, situada sobre la muralla de la ciudad, la cual tenia su capilla con tres altares, y bastante vivienda para toda la mision. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño ó sacristan que cuidaba de la capilla si queriamos asistir al rezo de la corona, al que concurría aquella gente por ser sábado. Aun no habian acabado de desembarcar todos los religiosos, con cuyo motivo estaba ocupado el padre presidente, encargóle á nuestro fray Junipero que fuese á dicha capilla con los que estábamos ya en tierra, y le dijo: que podia desde el púlpito rezar los gozos de nuestra Señora, y decir cuatro palabras para consuelo de la gente. Asistimos y cantamos la *Tota pulchra*, y concluida esta, dijo mi venerado padre cuatro palabras, que fueron estas: "Mañana para consuelo de los moradores de esta ciudad se dará principio á la mision, que durará el tiempo de la detencion del navio: convidó á todos para mañana en la noche en la catedral, donde se comenzará."

No pudo menos que este convite y anuncio de mision sorprendernos á todos, y mucho mas al reverendo padre presidente, que ni habia pensado en tal cosa; y preguntándole al reverendo padre lector ¿qué por qué lo habia hecho? respondió que así lo habia entendido de su reverencia. "Porque ¿qué palabras (dijo) de mayor consuelo podría yo referir á estos pobres isleños, que anunciarles tendrian misiones en el tiempo de nuestra detencion?" Alegróse de esto el padre presidente y asimismo todos los misioneros, y mas cuando tuvimos noticia de que la mayor parte de aquella gente no se habia confesado desde que estuvo allí la otra mision de San Fernando, y practicó lo mismo hacia nueve años.

El día siguiente al entrar la noche, habiéndonos repartido por la ciudad á dar el asalto con

pláticas y saetas, nos juntamos en la iglesia catedral. En ella predicó el primer sermón á un numeroso concurso de gente el reverendo padre que presidía la mision, y el segundo día lo hizo el reverendo padre fray Junipero. Quince días se detuvo allí el navio, y de estos fueron ocho á pedimento de la ciudad, para que la mision siguiera. En este tiempo empleándonos todos en confesar de día y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el jubileo, pues segun se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todos este espiritual fruto al fervoroso celo de nuestro venerable padre.

Concluida la mision, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el día 2 de noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hacia ella, sobrevino una deshecha tempestad, que duró los días 3 y 4 de diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro fray Junipero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el día mas sereno; de suerte que preguntándole si tenia miedo, respondía que algo sentia, pero que haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fué su tranquilidad cuando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del navio contra el capitán y pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvaran, pues ya ni el barco podia aguantar ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa virgen y mártir santa Bárbara, que en aquel día celebra anualmente la iglesia; pues habiendo todos los religiosos que veniamos de las dos misiones puesto en una cédula el santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona; y clamando todos á una voz *viva santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos días y en el sexto de diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, víspera de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, desembarcamos sin novedad.

#### CAPITULO IV.

VIAJE QUE Á PIÉ HIZO EL VENERABLE PADRE DESDE VERACRUZ HASTA MÉJICO.

Luego que llegaron á tierra nuestra mision y la de los reverendos padres dominicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa protectora santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento y para cumplir la promesa que

en la mayor aficcion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro venerable Junipero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viaje de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y elocuencia, que dejando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de ejemplar que ya tenia, la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Veracruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte), se trató luego de la salida para Méjico, para cuyo viaje, que es de cien leguas, costea el rey á los religiosos el carruaje y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pié, sino á caballo y con alguna comodidad. Pero nuestro ejemplar Junipero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al reverendo padre presidente le permitiese caminar á pié, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo este el fervoroso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro misionero de la provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba, salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor arca, lejos de faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fué mas larga de lo que pensaban (después de muy entrada ya la noche), llegaron á la orilla de un río, que segun les habian noticiado, tenian que pasar antes de llegar al pueblo donde habian de parar: reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba al que intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenia. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la *Benedicta* á nuestra Señora; concluyéronla, y luego les pareció que miraban al lado opuesto un bulto que se movia; pero para cerciorarse fray Junipero de si era cierto ó no, dijo en voz alta estas palabras: "Ave María santísima: ¿hay algun cristiano á la otra banda del río?" Respondieronle que si y que qué se ofrecia. Dijeron que deseaban pasar el río y no sabian el vado; y diciéndoles que subiesen por la orilla hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego la guia, que no veian, les dijo que ya podian pasar; hicieronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó para su casa, sita á gran distancia del río, les dió de cenar y camas en que dormir; pero

cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia á decir misa, y en todo el camino no pisaron mas que hielo el por mucho que aquella noche habia caído, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les habia hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él hubieran perecido al inclemente rigor del frío.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiracion á ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que habia salido á diligencia, con lo cual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino á singular beneficio de maria Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiéndolo hecho asimismo á su bienhechor y despedidose de él, siguieron su camino.

Habian andado un gran trecho y haállbanse sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron á caballo, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á parar, les dijo: "Venerables religiosos, vendrán cansados y sedientos; tomen una granada y los refrescará algo." Dió á cada uno una granada, y habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecian, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexion sobre el sugeto que los habia regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les habia enseñado el vado del río y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el venerable padre Junipero para exhortar á la confianza en la divina Providencia, y decia que aquel bienhechor ó fué el patriarca señor san Jose, ó algun devoto hombre á quien este santo tocó el corazón para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada. Habian hecho noche en una hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño ó administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusieronse en camino, y á poco rato encontraron un pobre que les pidió una limosna: diéronle lo único que tenían, que era aquel pan, confiados en que llegarían temprano al lugar donde habian de parar, y que en caso contrario no les faltaria la divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiéndoseles hecho larga la jornada, por el mucho cansancio y necesidad que sentían, se sentaron á

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevían á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maíz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño; pero la flaqueza que padecían y necesidad de tomar algún sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel día.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los pies al venerable padre Junipero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentía, y habiendo descansado allí un día, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiado un pie, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un día prosiguieron su camino, y la tarde del último día de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

## CAPITULO V.

LEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junipero Serra el día 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendición del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciéndolo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devoción paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendición al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás

religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una seiva de Juniperos." Pero el humildísimo varón le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedía nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy diferentes."

El día siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que había sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumisión le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le suplicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitía por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se había de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedía de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaría oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salía de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas había sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplían medio año y se remudaban. Después de días de llegada al colegio nuestra misión, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habíamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junipero, expresó el prelado el gozo que había tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "por que de vuestras reverencias, dijo, algunos se

"animarán á ir á trabajar en las misiones de los infieles de Sierra Gorda."

Al oír esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habían sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me*; y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensándolos por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobación, segun lo dispuesto en las bulas ino-cencianas, nombró á ocho de los que habíamos venido de España, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

## CAPITULO VI.

VALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORDEGA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversión de los gentiles y propagación de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundación del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, segun refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivían los indios de la nación Pame todavía en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reducción; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres dominicos que habían fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una misión, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron mas el ejercitarse en la reducción de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En

esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligación; y aunque halló que los reverendos padres dominicos por un lado y los de San Agustín por otro tenían fundadas misiones, vió en el centro un gran manchón de gentilidad de la nación Pame, que vivían entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habían bautizado; pero solo tenían de cristianos el nombre, y vivían como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real orden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra orden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso río llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reducción el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquia, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el avercindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuación de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios tambien formaron chozas de las mismas materias para su habitación y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal misión, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitán, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundación de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepción de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la

descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los padres allí, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á posar, sacó un pan, y partiéndolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar. El se fué á su camino, y nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevían á comerlo, porque, como me contaron, les pareció que era de solo maíz mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño; pero la flaqueza que padecían y necesidad de tomar algún sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel día.

Continuaron después su viaje, y con la fatiga de él se hincharon los pies al venerable padre Junipero, de suerte que llegó á una hacienda sin poderse tener; atribuyéronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentía, y habiendo descansado allí un día, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo se estregó demasiado un pie, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga, que como después veremos, le duró toda la vida. No obstante este accidente, después de haber descansado un día prosiguieron su camino, y la tarde del último día de diciembre del año de 1749, llegaron al santuario de nuestra Señora de Guadalupe; allí pasaron la noche, y habiendo la mañana siguiente dicho misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

## CAPITULO V.

LEGA EL VENERABLE PADRE AL COLEGIO DE SAN FERNANDO, Y LO QUE PRACTICÓ EN ÉL HASTA LA SALIDA PARA LAS MISIONES DE INFIELES.

Entró en el apostólico colegio de San Fernando de Méjico su nuevo alumno el venerable padre fray Junipero Serra el día 1º de enero del año de 1750, como á las nueve de la mañana, y tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la iglesia á tomar primero la bendición del Señor Sacramentado, y habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciéndolo al compañero: "Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devoción paga la deuda del oficio divino." Entraron luego al colegio y tomaron la bendición al reverendo padre guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso padre, y lo mismo hicieron los demás

religiosos. Uno de ellos, que fué de los primeros fundadores del colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro padre lector le dijo estas palabras: "Oh, quién nos trajera una seiva de Juniperos." Pero el humildísimo varón le respondió: "No de estos, reverendo padre, pedía nuestro seráfico patriarca, sino de otros muy diferentes."

El día siguiente de la llegada al colegio, pidió al reverendo padre guardian le señalase confesor, y le señaló al que entonces era maestro de novicios, el venerable padre fray Bernardo Pumeda, misionero de mucha fama que había sido cuando se hallaba en España en el colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el reino, y gran maestro en la mística especulativa y práctica. Luego que oyó que el reverendo padre guardian le nombraba por director al padre maestro de novicios, dijo: "La acertó el prelado; esto es lo que necesito, hacer el noviciado;" y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al padre maestro, y con toda sumisión le dijo lo determinado por el padre guardian y que por amor de Dios le suplicaba lo admitiese como al menor de los novicios y tuviese á bien dejarlo vivir en una de las celditas del noviciado. Respondióle el prudente maestro que con mucho gusto lo admitía por hijo espiritual, respecto á disponerlo así el prelado; pero que su reverencia se había de sujetar á su doctrina; y así que lo que pedía de vivir en el noviciado era una novedad no practicada en los colegios, que á nadie estaría oculta, "por lo que vuestra reverencia (prosiguió) vivirá en la celda que el venerable padre guardian le ha señalado, como todos los demás, y solo le permitiré que pueda asistir á los particulares ejercicios del noviciado."

Así lo practicó los cinco meses que estuvo en el colegio antes de salir á misiones; y siendo muy puntual al coro y á todos los actos de comunidad, luego que salía de ellos iba al noviciado á rezar con el maestro el oficio parvo, via-crucis, corona y demás ejercicios devotos que practican los novicios y coristas, con lo cual edificaba á estos y él aprovechaba para su espíritu.

Hallábase el colegio cuando llegamos muy necesitado de operarios para el ejercicio de misiones, tanto de católicos como de gentiles, por tener fundadas cinco, hacia seis años, en la Sierra Gorda, y para sostenerlas había sido preciso valerse de misioneros de los otros colegios, los cuales suplían medio año y se remudaban. Después de días de llegada al colegio nuestra misión, estando el reverendo padre guardian una tarde de asueto en la huerta con otros padres de los que habíamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junipero, expresó el prelado el gozo que había tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros colegios; "por que de vuestras reverencias, dijo, algunos se

"animarán á ir á trabajar en las misiones de los infieles de Sierra Gorda."

Al oír esto nuestro fervoroso padre (no olvidando los deseos de este ejercicio que lo habían sacado de su patria y santa provincia), dijo con el profeta: Reverendo padre guardian, *ecce ego mitte me*; y á su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el prelado para proveer las cinco misiones, dispensándolos por la necesidad, tanto en el año de colegio como en aprobación, según lo dispuesto en las bulas ino-cencianas, nombró á ocho de los que habíamos venido de España, y á mí de su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiésemos y estuviésemos prontos al primer aviso. Luego que el siervo de Dios se vió electo para las misiones de infieles, aumentó sus espirituales ejercicios para estar mejor dispuesto á la voz del prelado.

## CAPITULO VI.

VALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA ORDA, LO QUE TRABAJÓ Y PRACTICÓ EN ELLAS.

El glorioso y recomendable fin de la conversión de los gentiles y propagación de nuestra santa fe católica, fué el que obligó al venerable padre fray Antonio Linaz de Jesús á pasar á España en solicitud de la fundación del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, según refiere la crónica de los colegios (lib. 1, cap. 21, fol. 39 y 40) para que sus religiosos se empleasen principalmente en reducir á los infieles que habitan la Sierra Gorda ó Cerro Gordo.

Este paraje, sumamente áspero, da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro, y se extiende á cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivían los indios de la nación Pame todavía en su gentilidad, no obstante de hallarse cercado todo de pueblos cristianos. Fundado dicho colegio, como refiere la citada crónica, lib. 4, cap. 1, fol. 253 y 254, salieron dos de los primeros misioneros de los fundadores para dicha sierra á efecto de la reducción; y habiendo llegado á ella y misionado en los pueblos de españoles que se hallan en sus inmediaciones, les dijeron estaba ya ocupada por los reverendos padres dominicos que habían fundado misiones; por cuyo motivo no se internaron, sino que por la falda de dicha sierra caminaron hácia el Oriente, hasta llegar á otra llamada de Famauripa, que divide el nuevo reino de Leon de la provincia de la Guasteca, y en ella fundaron una misión, que después se entregó para la custodia de Tampico.

Con esta noticia que adquirieron los padres misioneros de Querétaro, ya no intentaron más el ejercitarse en la reducción de los indios de la Sierra Gorda, considerándolos ya convertidos. En

esta inteligencia estaban todos hasta el año de 1743, en que habiendo su majestad nombrado para general de dicha sierra al coronel don José Escandon, quiso este visitarla, en cumplimiento de su obligación; y aunque halló que los reverendos padres dominicos por un lado y los de San Agustín por otro tenían fundadas misiones, vió en el centro un gran manchón de gentilidad de la nación Pame, que vivían entre breñas aquellos indios, y entre ellos muchos cristianos, que cuando chicos, bajando con sus padres á los pueblos de españoles los habían bautizado; pero solo tenían de cristianos el nombre, y vivían como gentiles mezclados con ellos. Propúsoles dicho señor el vivir en pueblos como los cristianos en sus propias tierras; que les traeria padres que los enseñasen y bautizasen á los que eran gentiles; y conviniendo ellos en todo, dió parte al excelentísimo señor virey, y este á su majestad, quien dió su real orden para que se fundasen ocho misiones, las tres á cargo del apostólico colegio de Pachuca, de reverendos padres descalzos de nuestra orden, y las cinco restantes á nuestro apostólico colegio de San Fernando, dividiendo las unas de las otras el caudaloso río llamado de Moctezuma, que es el del desagüe de Méjico, el cual cruzando por la Sierra y culebreando por la Guasteca, vacía en el Seno Mejicano.

Dióse principio á esta reducción el año de 1744, llegando á dicha Sierra misioneros sacerdotes de dicho colegio de San Fernando, cuyo presidente era el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquia, y con ellos el referido señor general don José Escandon; y explorando aquel terreno hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco misiones, á los que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó á su voluntad el avercindarse en cualquiera de ellos; y el reverendo padre presidente destinó para cada paraje dos misioneros, los que por medio de los indios naturales y algunos de Méjico ladinos que se agregaron como pobladores, dieron mano á fijar el estandarte de la santa cruz, formar una capilla de palos techada de zacate para que sirviese de interina iglesia, y á continuación de ella una casa de lo mismo para vivienda de los padres. Los indios también formaron chozas de las mismas materias para su habitación y libertarse de los ardores del sol, y el referido señor general dejó en la principal misión, en el sitio nombrado Jalpan, dedicada al apóstol Santiago, patron de las Españas, una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales, capitán, teniente y alférez, de cuya compañía se destacaron y repartieron por las misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los padres; y concluida la fundación de dichas misiones, se dedicaron las otras cuatro á la Purísima Concepción de nuestra Señora, al príncipe y arcángel señor San Miguel, á nuestro seráfico padre señor san Francisco, y á nuestra Señora de la

Luz, y el señor general se retiró para la ciudad de Querétaro, quedando los padres dando principio á la formación de sus padrones, en que constasen los indios que se avecindaban en ellas, cuyo número ascendió á 3840. Indagaron los que confesaban estar bautizados desde su niñez y los que no lo estaban. Instruyeron á unos y á otros de cuanto correspondía por medio de intérpretes, de que servían los indios mejicanos por hallarse instruidos en el idioma, y luego que los hallaban capaces bautizaban á los gentiles.

El reverendo padre Mezquía, religioso práctico en estas fundaciones, por haber sido uno de los que el venerable padre Margil llevó para las de las misiones de Tejas, comenzó á formar desde luego las instrucciones que debían observarse en las de la Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás misiones de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecos en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente:

#### REGIMEN ESPIRITUAL

Que primeramente procurasen los padres misioneros que cada día al salir el sol se congregasen en el iglesia al son de campana todos los indios é indias grandes, así gentiles como neófitos, sin faltar alguno; que uno de los padres rezase con ellos las oraciones y texto de la doctrina cristiana, y les explicasen en castellano los misterios mas principales, practicando lo mismo por la mañana, luego que los grandes saliesen, y por la tarde antes de ponerse el sol, con los niños y niñas que tuviesen de cinco años para arriba de edad; sin permitir que ninguno faltase á este santo ejercicio; que los catecúmenos y los que se hubiesen de casar, ó cumplir con el precepto anual de la confesion, asistiesen á él también á mañana y tarde, para que fuesen instruidos antes de recibir los referidos santos sacramentos, y que lo mismo se ejecutase con los que olvidaran la doctrina, sin embargo del diario ejercicio.

Que los días de fiesta celasen con grande vigilancia que ninguno faltase á la misa del pueblo, ni á la plática que en ella se debía hacer; explicando el Evangelio ó los misterios de nuestra santa fe, y que procurasen acomodarse con prudencia y discrecion á la rudeza y necesidad de los indios, y que acabada la misa, uno de los misioneros los llamase á todos por el padron, segun sus nombres, y que llegasen uno á uno á besarle la mano, con lo que se reconoceria si faltaba alguno.

Que a los mas capaces y hábiles exhortasen á la frecuencia de los santos sacramentos, á mas del cumplimiento de la Iglesia, principalmente en las grandes festividades, y á oír misa aun en los días que no son de precepto, dejándolos siempre en su libertad; que en sus enfermedades procu-

rasen visitarlos a menudo, y que fuesen curados y asistidos segun lo permite la tierra y con mayor cuidado, que recibiesen los santos sacramentos de que fuesen capaces, y de asistirles para auxiliarlos en su muerte, y que el pueblo asistiese al entierro. Asimismo que pudiesen esmero en componerlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles á vivir unidos en la paz y caridad cristiana, sin permitir escándalos ó malos ejemplos en la mision.

#### GOBIERNO TEMPORAL.

Para conseguir el deseado fin del fruto espiritual, dispuso el citado reverendo padre Mezquía que se procurase el bien temporal de aquellos indios pames, pues faltando este no podrian hacer pié en el pueblo ó mision ni asistir á la misa y cotidiano rezo, porque les seria preciso ir dispersos vagueando en solicitud de comida y vestuario. Para evitar esto, encargó su paternidad que los padres misioneros solicitasen por medio del síndico, á cuenta del sínodo anual que les daba su majestad para su mantencion, agregando á él la limosna de las misas que se les encomendasen, herramientas y demas útiles necesarios para poner en corriente alguna siembra, como tambien algunas vacas, bueyes y demás ganado, para que del fruto de ello se mantuviesen de comunidad, como se practicó al principio de la Iglesia. Así se ejecutó, dando principio, y con el tiempo se fué aumentando, y se lograron algunas cosechas que se repartían á los indios, para ayudar á su existencia en la mision.

El clima de dicha Sierra es muy caliente y húmedo, y por consiguiente contrario á la salud; por lo cual enfermaron en breve tiempo muchos de los misioneros, de los que en pocos días murieron cuatro, y otros se retiraron imposibilitados á la enfermería del colegio, quedando solos dos de los fundadores en la mision. Como este se hallaba entonces tan exhausto de misioneros, fué preciso pedir socorro á los otros colegios de Querétaro y Zacatecas; pero como quiera que iban á suplir por el tiempo de seis meses y cumplidos estos los remudaban otros, no tenian tiempo para aprender la lengua, y esto era de grande atraso para la conquista espiritual.

#### CAPITULO VII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO QUE EL PASADO.

Este era el actual estado de las referidas misiones cuando la nuestra llegó de España, y habiendo sido nombrados el venerable padre Junipero y yo de su compañero para una de ellas, salimos del colegio de San Fernando á principios de junio del año de 1750; y aunque de la mision nombrada Santiago de Jalpan, á donde íbamos, vinieron indios ladinos con un soldado de escolta, con

bestias de silla y carga; en atencion á lo dilatado del camino, lo escabroso de la mitad de la Sierra y la falta de agua con todo, quiso mi venerado padre lector fray Junipero hacer á pié su viaje, lo cual á mas de serle muy penoso, le agravó el accidente de la llaga é hinchazon del pié; pero gracias á Dios, habiendo llegado el 16 de dichos meses de junio, tuvimos gran consuelo al ver la alegría con que nos recibieron los indios de dicha mision, que pasaban de mil entre chicos y grandes; pero todos ellos se hallaban tan á los principios, por la falta de inteligencia de nuestro idioma, que ninguno cumplía con el anual precepto de la Iglesia de confesar y comulgar.

Enterado nuestro venerado padre del pié en que se hallaban todavía las expresadas misiones, de las que, por nuestro colegio, quedaba elegido de presidente, se impuso en las instrucciones dadas para su gobierno espiritual y temporal, las que procuró observar y aumentar en cuanto le pareció conveniente y que le dictaba su fervoroso celo.

Y viendo que se hallaban con tanto atraso por la causa expresada, se aplicó desde luego á aprender aquella lengua, para la cual fué su maestro un indio mejicano que se habia criado entre estos pames. Conseguido tan importantísimo medio para el adelantamiento espiritual, tradujo en el idioma pame las oraciones y texto de la doctrina, de los misterios mas principales, y así se empezó á rezar con los indios; y alternando por días, en que se hacia tambien en castellano, con la cual en breve tiempo se impusieron en los misterios de nuestra santa fe y empezaron á confesar en su lengua y á comulgar, cumpliendo anualmente con los preceptos de la santa Iglesia; y el siervo de Dios los movía con sus fervorosas pláticas á que confesasen y comulgasen en las principales festividades, dándoles ejemplo, como otro san Francisco de Sales, confesándose públicamente en el presbiterio, cuando ya estaba en la iglesia toda la gente para la misa mayor los días festivos. Con esto logró su deseado fin; de suerte que ya eran muchos los que confesaban por devocion, pues hubo día que pasaron de ciento las comuniones, otros de cuarenta, etc., y cada año en el tiempo de precepto casi todos lo verificaban: en solo los nueve años que estuvo en las citadas misiones, en cuyo tiempo bautizó el venerable padre un crecido número de gentiles, el cual no asiento por no haber tenido la curiosidad de notarlo; pero baste decir que no quedó un solo gentil en todo aquel distrito, sino todos sus habitantes bautizados por mi venerado padre y sus compañeros, y civilizados viviendo en pueblo bajo de campaña.

Para radicarlos en la fe que habian recibido é instruirlos en la religion católica, los impuso en todas las festividades del Señor y de la santísima Virgen nuestra Señora, como asimismo de las de los santos, para lo cual les ponía cuantos me-

dios é inventivas le hacia idear su apostólico celo, siendo su ejercicio casi continuo en las virtudes de caridad y de religion. En todas las festividades de Jesucristo y de Maria santísima, se celebraba misa cantada y en ella predicaba el venerable padre, explicando el misterio y la fiesta del día, y en las mas principales precedía la novena, á que asistía todo el pueblo. En la Natividad del Señor era esta con misa cantada al amanecer, y el último día acabada la misa, cantaba la calenda y hacia una plática, convidando á todos para que asistiesen á los maitines cantados y á la misa de Gallo: concluida esta, representaban en un devoto coloquio el nacimiento del niño Jesús unos indios de corta edad, á quienes el devoto padre instruyó una parte en lengua castellana y otra en el pame, en aquel gran misterio que representaban con mucha viveza, con lo cual logró, á mas de imponerlos, aficionarlos á él.

En el tiempo santo de cuaresma echó el resto de su devocion para imprimirla en los corazones de los neófitos. Empezaba desde el día de Ceniza con esta santa ceremonia de la Iglesia, á la que asistía todo el pueblo y les explicaba la significacion de ella, acabando su sermón con la exhortacion de que no olvidasen que eran mortales. Todos los domingos de cuaresma no se contentaba con la plática doctrinal de la misa mayor, sino que á la tarde después de rezada la corona de Maria santísima y cantado el alabado, les predicaba un sermón moral. Los viernes hacia lo propio por la tarde, después de haber andado en procesion el vía-crucis desde la Iglesia hasta la capilla del Calvario, que mandó hacer en una alta loma fuera del pueblo y á vista de la citada iglesia; en cuyo santo ejercicio cargaba el venerable padre Junipero una cruz tan grande y pesada, que yo, siendo mas robusto y mozo, no podia con ella, y en regresándose á la iglesia, concluía la funcion con una tierna plática de la pasion del Señor, á cuya devocion los persuadía.

La semana Santa la celebraba con todas las ceremonias de nuestra madre la Iglesia. El domingo se hacia la procesion de ramos, y así en este día como en los siguientes se hantaba la pasion, haciendo uno dos papeles, porque no éramos mas de dos, y tambien los maitines del triduo: El jueves se colocaba el depósito en el monumento, y tanto en este día como el viernes y sábado se practicaban las demás ceremonias y formalidades de costumbre. A mas de esto añadía varias procesiones, que acababa con algun sermón ó plática. El jueves después de haber lavado los piés á doce indios de los mas viejos y comido con ellos, predicaba el sermón de mandato, y á la noche hacia la procesion con una imagen de Cristo crucificado, con acompañamiento de todo el pueblo.

El viernes por la mañana predicaba de la pasion, y á la tarde se representaba con la mayor viveza el descendimiento de la cruz, con una má-

gen de perfecta estatura, que para el efecto se mandó hacer de goznes; y predicando de este asunto con la mayor devoción y ternura, se colocaba al Señor en una urna y se hacía la procesion del santo entierro. Poníase después en un altar que para este efecto se hallaba preparado, y á la noche se hacía otra procesion de nuestra Señora de la Soledad, que se concluía con una plática de este asunto. El sábado se hacían todas las ceremonias pertenecientes á este día, se bendecía la fuente y bautizaban los neófitos que había instruidos y dispuestos para ello. El domingo muy de mañana salía la procesion de Jesús resucitado, la cual se hacía con una devota imagen del Señor y otra de la santísima Virgen, y vueltos á la iglesia, se cantaba misa y predicaba el venerable padre de este soberano misterio.

Con tan devotos ejercicios no pudo menos que imprimirse una tierna y grande devoción en aquellos neófitos, y con ella se disponían á celebrar anualmente la Semana Santa, y corriendo la voz por los pueblos de las cercanías que habitaban españoles, venían estos á practicar lo mismo atraídos de lo que oían decir de la devoción de aquellos indios; y luego que lo experimentaron se acostumbraron á concurrir todos los años, mudándose á la misión hasta que pasaba la Pascua.

No fué menor el esmero con que el siervo de Dios procuró atraer á aquellos sus hijos á la devoción del santísimo Sacramento. Instruyolos á que preparasen y adornasen con enramadas el camino por donde había de transitar la procesion del Corpus. Formábanse cuatro capillas con sus respectivas mesas para que en ellas púesase el Señor Sacramentado, y después de cantada en cada una la correspondiente antifona, verso y oracion, se paraba un indio de corta edad que recitaba una loa al divino Sacramento, de las cuales dos eran en castellano y las otras dos en el idioma pame, nacional de ellos, que enternecían y causaban devoción á todos; y restituidos á la iglesia se cantaba la misa y se predicaba el sermón de este sacrosanto misterio.

Con igual cuidado se dedicó á introducirlos en la devoción de María Señora nuestra, y con particularidad á su purísima Concepcion immaculada, previniéndose á celebrarla con la novena, á que asistía todo el pueblo, y en el día de esta gran festividad se cantaba la misa, y predicaba el sermón, y después se entonaban los gozos de la Purísima Concepcion. Todos los domingos por la tarde se rezaba la corona á la Madre de misericordias, concluyéndola con el alabado ó los gozos que se cantaban. Y para mas aficionarlos el venerable padre, pidió de Méjico una imagen de bulto de la dulcísima Señora, que puesta en sus andas, la sacaban en procesion por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando con faroles y cantando la corona. Luego que entroba en la iglesia se cantaba la *Tota pulchra es Maria*, que tra-

dujo este su amante siervo en castellano, y que aprendieron y entonaban con mucha solemnidad los indios, causando á todos gran ternura, principalmente aquel verso: *Tú eres la honra de nuestro pueblo*, con lo cual les quedó una ardiente devoción á la clementísima Madre.

Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devoción al señor san Miguel arcángel, al santísimo patriarca señor san José, á nuestro serafico padre san Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto, como si fuera de españoles los mas católicos; debiéndose todo al ardiente celo de nuestro venerable fray Junipero. Y á vista de las laboriosas tareas de este ejemplar prelado, se emulaban santamente sus súbditos, ministros de las otras cuatro misiones, procurando imitarlo en cuanto podían; por cuyos medios quedaron los cinco pueblos como si fueran de cristianos muy antiguos.

Para conseguir este espiritual fruto, principal objeto de la conquista, puso el siervo de Dios en ejecución las instrucciones dadas para el gobierno temporal, luego que llegó á su misión de Santiago Jalpan, poniendo todos los medios posibles para que los indios tuviesen que comer y vestir, para que hiciesen pié en la misión y no se ausentasen de ella por la solicitud de su preciso sustento, para cuyo efecto agenció por medio de síndico el aumento de bueyes, vacas, bestias y ganado menor de pelo y lana, maíz y frijol para poner en corriente alguna siembra, en lo cual se gastó no solo el sobrante de los trescientos pesos de sínodo que daba su majestad á cada ministro para su manutención, sino también la limosna que se podía conseguir por misas y la que ofrecían algunos bienhechores; con lo que en breve tiempo se empezó á lograr alguna cosecha, que cada año se iba aumentando, y diariamente se repetía después de haber rezado la doctrina; y cuando estas á expensas de exquisitas diligencias y bendiciones del cielo fueron creciendo, y eran tan abundantes que sobraba para la manutención de todos; se instruyó á los indios vendiesen por dirección de los padres misioneros las semillas sobrantes, con cuyo valor se compraron mas yuntas de bueyes, se aumentó la herramienta y demás necesario para las labores.

De Méjico se llevaban frazadas, sayal y otras ropas para que se vistiesen, señalando siempre á los labradores con alguna cosa particular, así por compensarles su especial trabajo, como para que de su vista los otros se inclinasen á este ejercicio, que es el mas pesado y no menos útil.

Á esta importantísima diligencia procuró aplicar también á las mujeres ó indios pequeños, señalándoles las correspondientes tareas, con consideración á las fuerzas y capacidad de cada uno, para por este medio apartarlos á todos de la ociosidad en que se habían criado, y envejecido. Asistía siempre uno de los padres personalmente

á las labores, especialmente en los primeros años, así para animarlos como para instruirlos, hasta que se consiguió persona de confianza que los capitanease, y en breve tiempo uno de los mismos indios ya suplía, por estar inteligente; con lo que se lograron abundantes cosechas, el aumento de los bienes de comunidad, y que los naturales se civilizasen mas cada día, aficionándose á hacer sus particulares siembras de maíz, chile, frijol, calabaza, etc., para lo cual señalándoseles pedazos de tierra, se les daba una yunta de bueyes de las de comunidad y semillas para sembrar; cuyos frutos, como que no necesitaban de ellos para comer, pues les sobraba con la ración, vendían, y con su producto se ayudaban á vestir, ó compraban algun caballo, yegua ó mula, todo á dirección del padre que los instruía, para que no fuesen engañados.

Luego que el venerable fray Junipero vió á sus hijos los indios en estado de trabajar con mayor afición que á los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente. Propuso su devoto pensamiento á todos aquellos indios, quienes con mucho gusto convinieron en ello, ofreciéndose á acarrear la piedra, que estaba á mano, toda la arena, hacer la cal y mezcla, y servir de peones para administrarlo á los albañiles. Dióse principio á esta obra, trabajando todo el tiempo que no era de aguas ni necesario para las labores del campo, y en el tiempo de siete años quedó concluida una iglesia de cincuenta y tres varas de largo y once de ancho, con correspondiente crucero y cimborrio, y á continuación de ella la correspondiente sacristía, también de bóveda, como asimismo una capilla que se dedicó al Santo Sepulcro, adornándola con imágenes y pasos de la pasión del Señor, para mas aficionarlos á las devotas funciones de la Semana Santa. La iglesia también se adornó con retablos, altares y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase á tocar á los indios en las misas cantadas.

Con el ejercicio de estos trabajos quedaron habilitados de varios oficios, como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores, etc. Y no olvidándose el fervoroso celo del reverendo padre Junipero de apartar del ocio á las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas á su sexo, como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc. También los industrió á que fuesen á comerciar á Zimapan, Huasteca y otros lugares, con las semillas que le sobraban, mocoates y petates, esto es, cuerdas de ixtle ó pita y esterres de palma fina que hacían, con cuyo producto se compraba algodón, que hilaban y tejían las mujeres, formando mantas para vestirse. Asimismo traían del real de Zimapan frazadas y bayetas para el mismo efecto; con cuya diligencia lo que sobraba del sínodo y de las limosnas de misas se empleaba en pagar los jornales á los albañi-

les; y de tal manera proveyó Dios nuestro Señor, que cuando se finalizó la obra de la iglesia, lejos de deber nada la misión, se hallaba en poder del síndico mas limosna que cuando se principió, y las trojes de maíz proveídas con cinco mil fanegas.

Á imitación del venerable padre Junipero practicaron lo mismo los misioneros de las otras cuatro misiones, construyendo sus iglesias por el mismo órden que la de Santiago Jalpan, con correspondencia de ámbito á la gente que se juntaba, las que adornaron de lienzos colaterales, vasos sagrados y demás necesarios, logrando en sus terrenos igual abundancia de cosechas, aumento de ganados y bestias, y que quedasen instruidos y civilizados los que antes se congregaron bárbaros y bozales.

## CAPITULO VIII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO DE LOS DOS CAPITULOS ANTERIORES.

Cuando en este floreciente estado se hallaban las referidas misiones, llamó el reverendo padre guardian del colegio de San Fernando á nuestro venerable fray Junipero para que se alistase á la conquista espiritual de los indios apaches en el río de San Sabá, y luego que el obediente súbdito recibió la carta, mirándose retratada en su rostro la alegría y regocijo, salió de aquella misión en que había trabajado nueve años, y dejando á los indios con la instrucción que se ha dicho, se llevó consigo, como despojo del victorioso triunfo que había conseguido contra el infierno, al principal ídolo que adoraban como Dios aquellos infelices. Este era una cara perfecta de mujer fabricada de *tecale*, que tenían en lo mas alto de una encumbrada sierra, en una casa como adoratorio ó capilla, á la que se subía por una escalera de piedra labrada, por cuyos lados y en el plan de arriba, había algunos sepulcros de indios principales de aquella nación pame que antes de morir habían pedido los enterrasen en aquel sitio.

El nombre que daban al referido ídolo en su lengua nativa era el de Cachum, esto es, madre del sol, que veneraban por su Dios. Cuidaba de él un indio viejo que hacía el oficio de ministro del demonio, y á él ocurrían para que pidiese á la madre del sol remedio para las necesidades en que se hallaban, ya de agua para sus siembras ó de salud en sus enfermedades, como también para salir bien en sus viajes, guerras que se les ofrecían y conseguir mujer para casarse, que para obtenerla se presentaban delante de dicho viejo con un pliego de papel en blanco, por no saber leer ni escribir, el cual servía como de representación, y luego que lo recibía el fingido sacerdote se tenían ya por casados. De estos papeles se hallaron chiquihuites ó canastos llenos, juntos con muchísimos idolillos que se dieron al fuego,

menos el citado ídolo principal. A este lo tenía el mencionado viejo (que cuidaba de él) con mucha veneración y asco, y tan tapado y oculto, que á muy pocos lo enseñaba ó dejaba ver, y solo lo hacía á los bárbaros que venían como en romería de largas distancias á tributarle sus votos y obsequios y pedirle remedio para sus necesidades.

Luego que entraron á la conquista los misioneros y se agruparon en las cinco misiones, como queda referido, tuvo gran cuidado el indio de ocultar y esconder su ídolo en una cueva, entre las peñas de aquella elevada sierra. Y habiendo enviado el capitán de los soldados al sargento con un destacamento para quemar todas las casas de los indios que estaban esparcidos por aquellas sierras, á fin de que subsistiesen en el nuevo poblado y llegando á aquel lugar donde estaba la casa que servía de adoratorio ó iglesia para dicho ídolo, le pegaron fuego, ignorando el destino que tenía y aunque por tres ó cuatro ocasiones lo hicieron (según me refirió el mismo sargento) nunca quiso arder, no obstante que era de materias tan combustibles como de palos y zacate, y admirados de esto dijo el referido á sus soldados: "Peguen fuego en nombre de Dios y de su santísima Madre," y repitiendo la diligencia, prendió luego la casa, consumiéndose en un instante, y repararon que salía un grande humo muy fétido y espeso que los dejó asombrados y temerosos sin saber lo que allí había; pero después que ya el venerable padre Junipero sabía el idioma, se averiguó todo lo que va referido, declarándolo los mismos indios ya convertidos, los cuales le entregaron el citado ídolo Cachum, que llevó á nuestro colegio de San Fernando, y entregándolo al reverendo padre guardian, mandó este se pusiera en el cajón del archivo perteneciente á los documentos y papeles de dichas misiones, para memoria de la espiritual conquista.

No obstante la salida del venerable padre, prosiguieron con igual celo y eficacia sus apostólicas empresas los ministros que quedaron en las misiones y los que de nuevo entraron en ellas, para conseguir sus mayores creces, así en lo espiritual como temporal, y hallándolas tan adelantadas como reducidos los indios, fué tanto su aumento, que en poco tiempo ya aquellos cinco pueblos eran la admiración de los que los transitaban y la emulación de los señores curas clérigos de las inmediaciones. En esta atención dispuso nuestro colegio de San Fernando entregarlos al ordinario para que los proveyese de curas seculares, conforme á lo prevenido en las bulas apostólicas del señor Inocencio XI, para lo cual hizo las debidas representaciones al excelentísimo señor virrey marqués de Croix y al ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, y viniendo en ello ambos señores, se hizo la entrega de las referidas misiones en el año de 1770, á los 26 de fundadas, quedando admirados y edificadas de lo muy adelantadas que en tan corto tiempo

se hallaban, según les constó por los documentos formados por los jueces eclesiástico y real que fueron comisionados á recibir las por dichos señores virrey y arzobispo, quienes se dignaron dar las gracias á nuestro colegio por lo que había trabajado en servicio de ambas majestades, como se deja ver en las dos siguientes copias de sus cartas originales.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY MARQUÉS DE CROIX.

"La instancia de vuestra reverencia y discretos de 10 de julio próximo pasado, en que solicitaban se pongan sacerdotes seculares en las cinco misiones que han estado á cargo de ese apostólico colegio en la Sierra Gorda, mandé pasar al señor fiscal, y con arreglo á su respuesta he resuelto en decreto de 10 del corriente acceder á la pretension de vuestras reverencias, dándoles las mas expresivas y debidas gracias por el celo con que sus religiosos misioneros han sabido lograr sus apostólicas afanes, y avisar al ilustrísimo señor arzobispo nombre un eclesiástico que se haga cargo de las referidas misiones para proveerlas de curas seculares, como también comisionar á don Vicente Posadas, vecino de Rio-Verde, al recibo de las enunciadas cinco misiones, con orden de que dé documento jurídico á los padres que se hallan en ellas de todo lo que entregaren en cada una, y que no solo no les pongan embarazo en que saquen sus libros y todas las cosas de su uso, sino que también los habilite de lo necesario, á fin de que puedan con la comodidad posible restituirse á ese colegio después que se haya practicado el repartimiento de tierras á los indios en la forma que vuestras reverencias me han propuesto, de que les aviso, á efecto que se hallen completamente instruidos y que se verifique el puntual cumplimiento. Dios guarde á vuestras reverencias muchos años. Méjico, 15 de agosto de 1770.—El marqués de Croix.—A los reverendos padres guardian y discretos del apostólico colegio de San Fernando."

CARTA DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DON FRANCISCO ANTONIO LORENZANA.

"Muy señor mío: El cura y juez eclesiástico de Cadereita me ha dado cuenta con las diligencias que de mi orden practicó para poner á cargo del clero secular las cinco misiones de Jalpan, Landa, Tilaco, Tancoyol y Conca en la Sierra Gorda, y resultando de ellas el infatigable celo con que han trabajado allí los hijos de ese apostólico colegio, siendo el puntual cumplimiento de su instituto igual al dejarlas que al tomarlas, no puedo menos que manifestar á vuestra reverencia mi gratitud y la obligacion

"en que me constituyo de apetecer ocasiones en que servirle.—Nuestro Señor guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, diciembre 22 de 1770.—Besa la mano de vuestra reverencia, su mas afecto servidor.—Francisco, arzobispo de Méjico.—Reverendo padre guardian y discretos del colegio de San Fernando."

La gloria que al colegio de San Fernando resulta por la entrega de las citadas cinco misiones que en el corto término de 26 años puso en tan buen estado, así espiritual como temporal; el honor que ha conseguido el apostólico instituto y lo mucho que para ello trabajó el venerable padre Junipero en los nueve años seguidos que allí estuvo, según queda expresado, me han estimulado á referir la entrega de ellas y las expresiones afectuosas que hicieron al colegio los dichos excelentísimos é ilustrísimos señores cuando las recibieron y se hallaron informados por los comisionados de la buena instruccion con que se hallaban aquellos indios neófitos, y de la opulencia en que se miraban las citadas misiones, de las que habiendo sido presidente el venerable padre y trabajado tanto desde los principios hasta ponerlas en corriente, lo sacó la obediencia para las de San Sabá antes que se verificase su entrega.

#### CAPITULO IX.

PASA Á MÉJICO LLAMADO DEL PRELADO PARA LAS MISIONES DE SAN SABÁ, LAS QUE NO TUVIERON EFECTO POR LO QUE SE DIRÁ.

Muchos años tuvo el colegio de la Santa Cruz de Querétaro puesta su pretension para fundar misiones en la belicosa nacion de los indios apaches, hasta el año de 1758 en que se consiguió, encomendando su majestad esta conquista al referido colegio de la Santa Cruz y al de San Fernando de Méjico y conviniendo ambos (como tan hermanados) á que de pronto se fundasen dos misiones, una por parte de cada uno, y á la sombra del presidio de cien hombres que se iba á establecer en las vegas del rio San Sabá, que dista de Méjico hácia el Norte como cuatrocientas leguas, salieron de nuestro colegio los dos misioneros asignados por el venerable discretorio (de los que voluntariamente se ofrecieron), que fueron los padres fray José Santi Estévan, de la recoleccion de la provincia de Burgos y convento de Agreda, y fray Juan Andrés, de la recoleccion de la Concepcion.

Llegaron á las misiones del rio de San Antonio Béjar, pertenecientes al colegio de Querétaro y distantes como sesenta leguas de San Sabá; demoráronse allí, y se enfermó é imposibilitó de seguir el segundo de los misioneros, con cuyo motivo, habiendo llegado esta noticia al colegio, fué luego nombrado el padre fray Manuel Molina, de la recoleccion de Valencia, quien luego caminó hasta las misiones de San Antonio, y di-

ciéndole allí que ya su compañero se había marchado con el padre fray Alonso Terreros, del colegio de Querétaro, siguió su viaje hasta el rio de San Sabá.

Llegó á este paraje y halló á los citados dos padres que habían dado principio á la mision de la Santa Cruz, á las orillas de dicho rio, y á tres leguas cortas del presidio, en donde tenían ya su capilla y algunos cuartos para vivienda, pero aun no se les habían acercado los gentiles. A los quince dias de llegado el padre Molina, fueron tantos los que de un golpe se les presentaron, que les pareció no serian menos de mil, todos de guerra, embijados y armados de flechas, lanzas y armas de fuego, por las que inferían ser de la nacion cumanche, que tienen ó tenían comercio con los franceses del nuevo Orleans, de quienes las conseguían á trueque de pieles.

Los recibieron los padres con demostraciones de cariño; pero los gentiles, disimulando sus malos intentos, dijeron que venían por la paz de los españoles, pidiendo que uno de los padres fuese con ellos para que no les hiciesen daño. Excusábanse diciéndoles que no era necesario, que les darian papel y serian bien recibidos; no quisieron, sino que instaron fuese un padre con ellos. En vista de esto determinó el padre Terreros el ir, aunque ya creyó iba á recibir la muerte, pues al despedirse de sus compañeros les dijo lo encomendasen á Dios y se encomendasen también, "porque en breve estaremos en la otra vida." Al oír esto el padre Santi Estévan se retiró á un cuartito con el santo Cristo de pecho, y quedó afuera el padre Molina agasajando á los indios y despidiéndose del padre fray Alonso: luego que este se apartó como treinta pasos de las casas, acompañándolo toda la chusma (ó fingiendo hacerlo), le dispararon una arma de fuego, con cuya herida cayó el venerable padre Terreros, y sobre él todos los indios para acabarlo de matar y quitarle el santo hábito.

Viendo esto el padre Molina y que no podía socorrer á su compañero, pues antes de llegar al sitio donde estaba ya habrían hecho con él lo mismo los gentiles, se retiró á la casa, y con él un soldado que había quedado, con la pena de que su compañero el padre Santi Estévan estaba en otro cuarto, sin poderse juntar, y entrando en él los indios le cortaron la cabeza, cuyos golpes oyó desde el otro cuarto el padre Molina, y como desde allí disparaba el soldado, no se atrevieron á arrimarse á aquel sitio y pegaron fuego á la casa. Viéndola el padre arder, se quitó del cuello una cera de Agnus, y echándola á la llama, se apagó de repente el fuego, como si le hubiera echado un rio. Luego que los gentiles advirtieron esto, pensaron en arrimarse á la puerta del cuarto; pero en cuanto lo hicieron cayeron ó muertos ó heridos por el soldado, que se portó con militar esfuerzo. Los indios disparaban también, por cuyo motivo le tocó al padre una bala

que se le quedó dentro del brazo, y vivió cargándola muchos años. Al valeroso soldado le hicieron pedazos las piernas á balazos; pero así herido mató muchos y defendió al padre hasta la noche que se retiraron los enemigos.

Viéndose tan gravemente herido y ya sin fuerzas para defender al padre ni poderse tener en pié para escapar, y dándose por cierto en breve tiempo muerto, se dispuso y aconsejó al padre probase fortuna de irse para avisar al presidio, y lo mismo encargó á su mujer, y que llevase un hijito que tenían, diciéndoles: "Si quedan, ciertamente mueren, y si salen, tal vez se librarán."

Recelaba salir el padre al ver que los indios los habian cercado con lumbradas para divisarlos si lo hacian, y aunque consideraba le darian muerte luego que lo vieran, no obstante, confiado en Dios y en María santísima (cuyos dolores celebraba en aquel día la santa Iglesia), salió por una ventana, y pudo, sin ser visto, pasar por entre dos lumbradas. Tiróse río abajo y fuera del camino para no ser encontrado, y después de tres días llegó al presidio desangrado y sin fuerzas por la falta de sustento, pues no habia comido mas que yerbas crudas del campo, caminando solo de noche. Reforzóse en el presidio, y el capitán de él despachó luego tropa; pero cuando llegó esta ya los indios se habian marchado y quemado cuanto habia, y el valeroso soldado perecido, quien (segun me refirió después el mismo padre Molina, junto con lo que llevo expresado) no bajaron de cuarenta los gentiles que hirió y mató.

Dióse luego cuenta de todo lo acaecido á Méjico, y el colegio, lejos de resfriarse, nombró otros dos ministros que pasaran á fundar la misión. Uno de ellos fué el venerable padre Junípero, que se hallaba en la suya de Sierra Gorda, y aun teniendo individual noticia de la referida tragedia, no tan solo no se excusó (como licitamente podía), sino que antes bien dió muchas gracias á Dios de que el prelado lo hubiese elegido sin explorar antes su voluntad, y luego que recibió la carta del padre guardian se puso en camino para el colegio.

Pensaba el prelado seria breve la salida; pero supo después que el excelentísimo señor virey habia despachado órden á las provincias internas para que se hiciese una expedición con mucha tropa, á efecto de castigar á los indios y contenerlos con el escarmiento; pero no habiéndose logrado esta como se deseaba y sucedido prontamente la muerte del citado señor virey, fueron motivos porque se suspendió aquella reduccion, siendo de mucho sentimiento para el celoso padre Junípero. Pero no perderia el mérito delante de Dios de haberse voluntariamente ofrecido á tan ardua empresa, con el evidente peligro de morir en manos de aquellos bárbaros y crueles gentiles.

## CAPITULO X.

Ocupaciones y ejercicios que tuvo en el colegio y misiones que salió á predicar.

No habiendo tenido efecto la fundacion de las misiones de San Sabá por los motivos expresados en el antecedente capitulo, ya no volvió el reverendo padre guardian á hablar nada á nuestro venerable Junípero sobre que se volviese á las de Sierra Gorda, de donde habia salido, bien fuera para que estuviese á mano, por si de repente se tratase en el superior gobierno de la reduccion de los apaches (por aviso de la corte), ó porque esperaria el prelado á que el venerable padre se lo insinuase; pero el humilde y obediente siervo de Dios no quiso jamás mostrar mas inclinacion que á la voz del superior, resignado ciegamente (para no errar) á la voluntad del Señor expresada en la del prelado. Quedóse en el colegio hasta el año de 1767, en que lo destinó la obediencia para estas misiones de Californias, y estuvo sin el ejercicio de predicar á los infieles poco mas de siete años, en cuyo tiempo trabajó mucho en la conversion de los pecadores en las misiones, que predicó así en el distrito del arzobispado de Méjico, como en los de otros cuatro obispados.

En la capital de Méjico predicó dos años en las misiones que cada trienio hace nuestro colegio de San Fernando con mucho fruto, y no fué poco el que el venerable padre logró con sus fervorosos sermones. En uno de ellos, á imitacion de su devoto san Francisco Solano, sacó una cadena, y dejándose caer el hábito hasta descubrir las espaldas, después de haber exhortado á penitencia, empezó á azotarse tan cruelmente, que todo el auditorio se deshacia en lágrimas, y levantándose de él un hombre, fué á toda prisa al púlpito, quitó la cadena al penitente padre, bajó con ella hasta ponerse en lo alto del presbiterio, y tomando ejemplo del venerable predicador, se desnudó de la cintura para arriba y empezó á hacer pública penitencia, diciendo con lágrimas y sollozos: "Yo soy el pecador ingrato á Dios, que debo hacer penitencia por mis muchos pecados, y no el padre, que es un santo." Fueron tan crueles y sin compasion los golpes, que á vista de toda la gente cayó, juzgándolo todos por muerto. Habiéndolo oleado allí y sacramentado, murió poco después. De esta alma podemos creer con piadosa fe que estará gozando de Dios.

Fuera de la capital predicó el venerable padre en el arzobispado, haciendo fervorosas misiones, en el real de Zimapan y sus contornos, en muchos pueblos de la provincia del Mezquital, en la de la Huasteca, en su capital, villa de Valles, Aquismon y otros muchos lugares, en cuya misión gastó nueve meses, los siete en actual ejercicio de predicar y confesar, y los dos restantes en ida y vuelta, por lo muy apartado que está

de Méjico, en cuya misión logró mucho fruto, por hacer cuarenta años que no habia habido otra.

En el obispado de la Puebla de los Angeles hizo misiones en la costa del mar del Norte ó Seno Mejicano, en Tabuco, Tuxpan, Tamiagua y otros muchos pueblos distantes de Méjico mas de ochenta leguas.

En el obispado de Antequera á Oajaca misión en muchos pueblos á petición del Illmo. Sr. obispo don Buenaventura Blanco, dando principio cien leguas distante de Méjico á la raya del obispado de Campeche, hácia Tabasco, en aquellas poblaciones de la costa donde nunca se habia oido misión. Y para acercarse á la capital de Oajaca, para donde lo llamaba su Illma., hubo de navegar el venerable padre ocho dias por el gran río llamado de los Miges, donde tuvo que padecer, tanto él como sus compañeros, muchos trabajos por los excesivos calores, molestia de zancudos y peligro de caimanes, sin poder salir de la canoa á tierra por los tigres, leones, víboras y demás animales ponzoñosos de que están abundantes aquellos lugares, y por este motivo despoblados de gente que los habite.

Después de ocho dias de tan peligrosa y molesta navegacion, hubieron de caminar por tierra (de iguales circunstancias) hasta llegar á Villa Alta, distante de Méjico mas de cien leguas. En ella hizo misión el venerable padre, y de allí pasó á la ciudad de Antequera, en donde lo esperaba el Illmo. Sr. obispo. Llegaron á este paraje por la Quincuagésima, y anunciando luego la misión, duró todo el tiempo de cuarenta y dos dias, logrando á expensas de sus apostólicos afanes innumerables conversiones, con gran consuelo de aquel celosísimo prelado, quien hizo que nuestro venerable fray Junípero predicara (á puerta cerrada) á toda la clerecía mientras sus compañeros misionaban al pueblo. De esta predicacion se logró abundante fruto, y mas con la facultad que les concedió á los padres aquel ilustrísimo pastor para casar á los que lo necesitaban, y que viviendo amancebados pasaban por casados, de que fueron muchos los que habia, así en la capital como en los demás pueblos en que hicieron misión, la que habiendo durado seis meses y concluídose este término, se retiraron los padres al colegio, á donde llegaron á los ocho meses después de haber salido de él, por la larga distancia que hay; cuyo viaje hizo á pié el venerable padre, no obstante la llaga é hinchazon de él.

En el obispado de Valladolid misión en Rio-Verde (distante de Méjico mas de cien leguas) en la cabecera de la Custodia de Santa Catalina de Rio-Verde y pueblos de sus contornos, y últimamente en el obispado de Guadalupe, cuando venia con sus compañeros el venerable padre para estas Californias; habiéndose detenido en el puerto de San Blas por falta de embarcacion. Predicaron en el pueblo de Tepic, Jalisco, Ciu-

dad de Compostela, Mazatlan, San José, Guaynamotas y otros circunvecinos de aquella jurisdiccion, donde logró innumerables conversiones de pecadores, no perdonando fatigas para conseguirlo.

Mucho es el trabajo que trae consigo el ejercicio de misionar entre fieles, empleándose medio año continuo en la predicacion y confesiones desde el primero hasta el último sermón, sin mas descanso que el tiempo de caminar á pié desde el colegio y de una poblacion á otra hasta restituirse á él; y si se numeran las leguas que por este fin anduvo el venerable fray Junípero, no serán menos de dos mil. Estas tareas se le aumentaron con la patente ó título que desde el año de 1752 tenia de comisario del Santo Oficio, con que lo honró el santo tribunal de la fe para toda la Nueva-España é islas adyacentes, por cuya causa hubo de trabajar en muchas partes y caminar gran número de leguas, desempeñando cuantas diligencias practicó á satisfaccion de los señores inquisidores, que lo atendian y miraban como á ministro no solo docto, sino por muy celador de la fe y religion católica.

En los intervalos de una salida á otra (que segun disponen las bulas apostólicas, concluidos seis meses de predicar entre los católicos, se restituian los padres al convento para recobrar espirituales y corporales fuerzas), se volvía el siervo de Dios á su colegio, donde observó con la mayor puntualidad la asistencia al coro, así de dia como de noche, y no contentándose con las seis horas ó cerca de ellas, que se emplean en el rezo del oficio divino y oracion mental, no faltaba á los demás ejercicios voluntarios de la corona, via crucis y via dolorosa, etc.

Fué muy puntual en los años ejercicios de la órden, observando á la letra la practica que nos dejó nuestro venerable padre fray Antonio Linaz. Todo un trienio lo tuvo la obediencia empleado de maestro de novicios; pero esto no le impidió salir á predicar en pueblos cristianos, pues en sus ausencias otro suplía en el magisterio; y si como queda dicho en el capitulo tercero de esta historia, asistia el venerable padre voluntariamente á todos los ejercicios del noviciado, qué dilatado campo se ofrece á la imaginacion para considerar lo mucho que luciria su fervor cuando se hallaba ya de maestro?

Otro trienio lo tuvo el colegio de discreto (aunque tampoco imposibilitado por este cargo de salir á misionar). En estos tres años, el tiempo que estaba en el colegio servia de vicario de coro por encargo del reverendo padre guardian para lo poco que allí se ofrece cantar, y esto lo practicaba con mucho gusto y humildad, sintiendo (como decia) el no saber solfa para servir de algo. Muchos dias era el lector de la mesa, levantándose á la mitad de la comida para remudar al corista ó novicio que estaba leyendo. Otras ocasiones remudaba á los servidores, como si fuese novicio

ó corista el venerable padre, yendo á servir la mesa. El tiempo que le quedaba desocupado después del coro, lo empleaba en el confesonario, donde oía de penitencia á cuantos pobres ocurrían á sus pies. Lo mismo hacía en los conventos de religiosas, así de la orden como del ordinario, donde le pedían al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escrupulosas, para su consuelo; y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándose el corazón.

Fué totalmente desasido del siglo y seculares, de tal manera que en una ciudad tan populosa como es Méjico, tan afecta á los misioneros por lo que trabajan en su bien espiritual, con tantos confesados que de todas clases tenía y tantos que se valían del venerable padre para salir de sus dudas místicas y morales, no tenía persona á quien visitar, y cuando los que lo necesitaban y buscaban en el colegio para su consuelo no lo hallaban, entonces era cuando sabían que había salido á hacer mision.

#### CAPITULO XI.

##### CASOS PARTICULARES QUE LESUCEDIERON EN LAS MISIONES ENTRE FIELES.

Cuando hizo mision en la provincia de la Huasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó y quedaron sin oír la palabra de Dios, por algunos pretextos, que careciendo de justicia, abundaban de negligencia; y habiendo salido para otro pueblo los padres á continuar su predicación, entró una epidemia en el referido, de que murieron como sesenta vecinos y los demás sanaron; pero reparó el señor cura párroco de aquella iglesia que solo habían muerto los que faltaron á la mision, como lo notició por escrito al reverendo padre Junipero, que era presidente de ella. Divulgóse la voz de la enfermedad, y como quiera que siguió inmediatamente de concluida la mision primera, quedaron amedrentados los demás pueblos, saliendo de mala gana á oír las otras y sintiendo las admitiesen los señores curas. Pero sabiendo que solo habían muerto los que no asistieron á los sermones, concurrían después muy puntuales, no solo los vecinos de los pueblos, sino tambien los de las haciendas y ranchos que distaban muchas leguas de la cabecera; y hubo alguno que dijera no había visto iglesia ni sacerdote ni oído misa ni mision en diez y ocho años, pues había cuarenta que no entraba otra en aquella tierra; con lo que ya cesó la enfermedad que padecían. En todos estos pueblos lograron mucho fruto para Dios, quien prontamente empezó á premiar los trabajos de su siervo fray Junipero y demás compañeros.

Concluidas sus apostólicas tareas, se retiraban para el colegio, y en una jornada á tiempo que ya se ponía el sol, ignoraban dónde irían á parar

aquella noche, dando por cierto que lo harían en el campo. Esto consideraban cuando vieron á poca distancia y cerca del camino real una casa, donde entrando á pedir posada, hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias á sus bienhechores, siguieron su jornada, donde á poco trecho encontraron con unos arrieros que les preguntaron dónde habían parado aquella noche. Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino: "¿Qué casa? dijeron los arrieros; en todo el camino que anduvieron ayer, ni hay casa ni rancho ni en muchas leguas." Quedaron los padres admirados mirándose unos á otros, y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no había tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron á la divina Providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio, y que sin duda serían los que lo habitaban Jesús, María y José, reflejando no solo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habían hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habían sentido sus corazones. Dieron á Dios nuestro Señor las debidas gracias por el especial beneficio que habían recibido, y avivaron mas y mas su fe de que no les faltaría la divina Providencia, como así lo vieron cumplido en los treinta y dos dias que les duró el viaje desde la Huasteca hasta el colegio.

En uno de los dichos pueblos en que hizo mision el venerable padre, experimentó en sí aquella promesa que hizo Jesucristo á los apóstoles y refiere el Evangelista San Marcos (cap. 16, v. 18); *Si mortiferum quid biberint, non eis nocet*. Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis le había caído en el estómago un gran peso como si fuese plomo, en términos que lo inmutó todo, y en parte lo trabó; no obstante, puso el vino para la purificación; pero lo mismo fué tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistían á la misa, hubiera caído en tierra el venerable padre; llevaronlo luego á la sacristía, y desnudándole los ornamentos lo pusieron en cama creyendo todos (luego que supieron el caso) que le habían puesto veneno en la vasija del vino para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano vecino del mismo pueblo, muy afecto á los religiosos, como hermano que era de toda la religion por patente de nuestro reverendísimo padre general, ocurrió al convento con una bebida eficaz contra veneno, diciéndole que la bebiese, pues era muy propia para el intento. Miróla el venerable padre que la traían en un vaso de cristal, y sonriéndose dió á entender no la quería tomar: quedando corrido el hermano, le dijo si quería aceite para deponer el estómago, y haciendo la señal de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular al-

gunas palabras, siendo las primeras las citadas de san Marcos. No le causó vasca alguna el aceite ni vomitó; pero sí lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento (como defienden algunos que la tiene, embotando los ácidos corrosivos del veneno) ó por la fe del venerable paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fué á la iglesia á confesar como si tal cosa le hubiera sucedido; y á haberle tocado el turno habría predicado aquel dia, como lo hizo el siguiente.

Viendo el hermano sano ya al reverendo padre, fué á visitarlo, y después de darle los parabienes, le dijo en tono de queja: "Es posible, mi padre Junipero, que me hiciese el desaire de no querer tomar mi medicina, que era tan eficazísimo contraveneno?" "A la verdad, señor hermano, respondió, que no fué por hacerle el desaire ni por dudar que tuviese virtud, ni menos por tener asco de ella, pues en otras circunstancias la habría tomado; pero yo acababa de tomar el pan de ángeles, que por la consagración dejó de ser pan y se convirtió en el cuerpo de mi Señor Jesucristo: ¿cómo quería usted que yo, tras de un bocado tan divino, tomase una bebida tan asquerosa, que había sido pan y ya no lo era? Luego conocí de lo que se componía, aunque venía en un vaso tan limpio." Confesó el caballero la verdad, como tambien que él por sus propias manos, no fiando á otro, había desleído la triaca (que así llamaban al único ingrediente de que estaba compuesta aquella inmunda bebida), quedando muy edificado de la fe y religion del venerable padre.

En aquella gran mision que con otros cinco compañeros predicó en el obispado de Oajaca, entre el mucho fruto que logró en ella, fué muy singular la conversion de una mujer en la ciudad de Antequera, capital de aquel obispado. Vivía esta en mal estado con un hombre rico y poderoso desde edad de catorce años, en que habiéndose este aficionado ciegame de ella y no pudiéndola lograr para esposa (por ser casado en España), la tomó por concubina. Llevóla á su casa, viviendo con ella como si fuera su propia mujer, como por tal la tenían todos los moradores de aquella ciudad. En este infeliz estado vivieron catorce años. Llegó á oídos de la mujer la voz de la mision que se predicaba por los contornos de aquel lugar y de los muchos que se convertían á Dios, como tambien de que los padres habían de entrar á predicar allí. Estas voces fueron los golpes fuertes con que Dios tocó al corazón de aquella pecadora, la que no haciéndose sorda trató luego de separarse de tan pernicioso amistad y volverse á la de Dios. Dióle parte al cómplice de sus delitos; pero este la disuadió, diciéndola que no pensase en ello por entonces, amenazándola con que si tal hacia haría él un disparate; que la mataría ó que él se quitaría la vida.

Llegó la mision á la ciudad cuando menos la esperaban sus vecinos, pues informado el ilustrí-

simo señor obispo de que los padres intentaban entrar la noche de la dominica de quincuagésima, con el fin de evitar la muchas ofensas que por lo comun se hacen á Dios en los dias del carnaval (alegrándose mucho aquel celosísimo prelado que había pedido la mision), les respondió: que le parecía muy bien y que no lo divulgaría (como se lo suplicaban) para cogerlos á todos descuidados.

Entraron con gran silencio los seis misioneros, y repartidos de dos en dos por las calles de la ciudad, enarbolando el santo Cristo, dieron el asalto disparando abundantes saetas que glosaban con fervorosas pláticas. Conmovióse sobremanera toda la gente, de suerte que desamparando las casas y agolpándose en las calles, siguieron todos á los padres hasta la catedral, y convidados para el dia siguiente al sermón de anuncio y publicacion de la mision, se retiraron á sus habitaciones compungidos y llorosos.

Una de las saetas que pronunció uno de los misioneros, hirió el corazón de aquella pecadora de tal suerte, que le pareció que se lo había traspasado, segun el dolor grande que sentía de sus pecados y deseos de convertirse á Dios verdaderamente. Dispúsose para confesar, y examinada, se fué á los pies del venerable padre fray Junipero. Dióle cuenta de la vida que había tenido y propósito con que se hallaba de dejar tan peligrosa amistad y compañía. Animóla el fervoroso padre después de confesada generalmente, encargándole buscarse casa donde vivir. Así lo ejecutó; pero aquel hombre (ciego con su pasion) hacia cuantas diligencias consideraba oportunas para atraerla á su antigua amistad; pero ella constante en el propósito, frecuentaba los santos Sacramentos, y despreciando los halagos, promesas y amenazas de que se aborcaría, se mantuvo en su arrepentimiento con magnánima constancia. Comunicábale todo al venerable confesor, y diciéndole que no se consideraba segura en la casa que vivía, precavió este peligro el siervo de Dios buscándola otra de una devota señora de las principales de la ciudad, que la recibió con especial gusto.

Aun de aquella habitacion quería sacarla; pero no siéndole posible, una noche desesperado cogió un dogal, y yéndose con él á la citada casa, en una reja de hierro se ahorcó, entregando su alma á los demonios, en cuyo mismo instante se sintió en la ciudad un gran temblor ó terremoto que asustó á todos. A la mañana siguiente se dejó ver el miserable ahorcado, causando general horror y espanto, y singularmente á la convertida mujer, que viendo aquel espectáculo (á imitacion de santa Margarita de Cortona) se quitó luego el cabello, y vestida de ásperos cilicios y de un saco en forma de túnica, anduvo por la ciudad de Antequera pidiendo á gritos perdon de sus pecados y escandalosa vida que había tenido; quedando todos edificados y compungidos de ver

tan rara conversion y penitencia, y no menos temerosos de la divina justicia, con escarmiento de aquel infeliz, por cuya causa se lograron innumerables conversiones, y por consiguiente mucho fruto de la citada mision.

Otros casos podria referir, pero la dilatada narracion de la última tarea de la vida del venerable padre Junipero (donde este apostólico varon echó el resto de sus afanes) me llama con instancia y no me permite dilacion.

### CAPITULO XII.

PASA Á LA CALIFORNIA CON QUINCE MISIONEROS PARA TRABAJAR EN ELLA.

Habiéndose extinguido en la Nueva España la sagrada Compañía de Jesús el día 25 de junio del año de 1767, fueron encomendadas por el excelentísimo señor virrey marqués de Croix (de acuerdo con el ilustrísimo señor visitador general del reino D. José de Galvez) al colegio de San Fernando de Méjico, las misiones que los padres expulsos administraban en la California. Vióse precisado el colegio á admitirlas (no obstante lo fálto que se halla de religiosos) para hacer á Dios y al rey este sacrificio, y á enviar al propio tiempo á España por competente número de misioneros.

Diez y seis eran los padres jesuitas que habia en la California, y otros tantos habian de pasar á remudarlos; pero teniendo ideado el superior gobierno poner en las cuatro misiones mas adelantadas sacerdotes seculares, pidieron los citados señores doce religiosos al reverendo padre guardian del colegio. Propúsole este en comunidad, convidando á todos los que se hallasen con espíritu para tan ardua empresa; y prontamente tuvo el número necesario de misioneros, que se ofrecieron voluntariamente.

En este tiempo estaba nuestro venerable fray Junipero haciendo mision en la provincia del Mezquital, y como treinta leguas distante de Méjico. Eligiólo el prelado para presidente de aquellos misioneros; pero en atencion á no dar tiempo para consultar su voluntad la precision de salir, y estando tan conocido su espíritu y puntual obediencia (pues la menor insinuacion reputaba por precepto formal y expreso), le hubo de escribir para que se regresara al colegio. Así lo practicó llegando á él el día 12 de julio, y llegando á tomar la bendicion del reverendo padre guardian, este dijo al venerable padre lo llamaba para que fuese con los demás religiosos asignados por el discretorio á la California. Admitió el siervo de Dios el ser uno de los elegidos, y con mayor consuelo que los demás, por no haber concurrido ni siquiera con el *Ecce ego mitte me*, sino por sola eleccion del prelado, sin indagar su voluntad.

Tenia ya el excelentísimo señor virrey preve-

nido todo el equipaje necesario para el viaje (por tierra) de doscientas leguas, hasta el puerto de San Blas, para que fuesen con alguna comodidad los padres, á efecto de evitar se enfermasen en el camino tan dilatado de tierra caliente y desatemplada, y luego pasó aviso su excelencia al reverendo padre guardian para que estuviesen prontos para el día 14 de julio del citado año de 1767. Despedímonos de la comunidad, y al tomar la bendicion del prelado, nos dijo este, convertidos en mares de lágrimas sus ojos: "Vayan, padrea" y queridos hermanos, con la bendicion de Dios "y de nuestro santo padre san Francisco á trabajar en aquella mistica labor de la California" que nos ha fiado nuestro católico monarca: vayan, vayan con el consuelo de que llevan para su prelado al padre lector Junipero, á quien por esta patente nombre de presidente de todos vuestras reverencias y de aquellas misiones, y no tengo que decir mas sino que le obedezcan como á mí mismo y me encomienden á Dios." Aquí suspendió la voz por embargarse las impetuosas aguas que destilaban sus ojos, y entregando la patente al venerable padre, este la recibió con toda sumision, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que derramaba, y siendo el llanto de todos general y copioso, considerando seria aquella despedida para la eternidad, besamos la mano al reverendo padre guardian y salimos dicho día (en que se celebra á san Buenaventura), acompañándonos el resto de la comunidad hasta fuera de la portería, cuyo compás hallamos lleno de gente para vernos marchar.

Duró la caminata hasta el pueblo de Tepic treinta y nueve días, con los pocos que tuvimos de descanso en las ciudades de Querétaro y Guadalupe. En esta supimos por el ilustrísimo señor obispo de que no tenia clérigos para la California y que no estaba ninguna de las misiones en disposicion de ser administrada por otros sacerdotes que los misioneros, y que así lo habia escrito ya al excelentísimo señor virrey. En vista de esto, dió cuenta de ello nuestro venerable padre presidente al reverendo padre guardian, suplicándole se esforczase á enviar mas religiosos. Así lo practicó hasta completar el número de diez y seis, que todos nos juntamos en el hospicio de la Santa Cruz de Zacate, que en el citado pueblo de Tepic tiene la provincia de Jalisco, de la regular observancia de nuestro padre san Francisco.

Habiendo llegado allí el venerable padre presidente el día 21 de agosto, supo por el coronel comandante de la tropa que estaba acuartelada, con el destino de ir parte de ella á la California y Sonora, de que aun estaba despacio la salida, por lo muy atrasados que se hallaban los dos paquebotes, que con el fin de trasportarnos á todos para la California y Sonora se estaban construyendo; nos vimos precisados á detenernos en el

citado pueblo, manteniéndonos el rey de su cuenta.

El fervoroso celo del venerable padre Junipero no le permitió el que tantos religiosos como allí estábamos ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podia emplear en la conversion de muchas almas, y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos mision en las cercanías del puerto de San Blas, repartiendo á todos por los pueblos expresados en el capítulo antecedente, quedándose su reverencia en el expresado pueblo de Tepic con otros compañeros, haciendo mision allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768, en que nos embarcamos, como se versa en el siguiente capítulo.

### CAPITULO XIII.

EMBÁRCANSE TODOS LOS MISIONEROS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE LLEGADO Á LA CALIFORNIA.

Llegó el deseado día de embarcarnos en el paquebot nombrado la Concepcion, que habia anclado en el puerto de San Blas por el mes de febrero, trayendo de la California los diez y seis padres jesuitas, y en el mismo salimos el día 12 de marzo de dicho año, habiendo anochecido ya, igual número de misioneros del colegio de San Fernando, de cuyo seráfico y apostólico escudron era caudillo el venerable padre fray Junipero Serra, y sin haber tenido novedad alguna, dió fondo en la rada de Loreto la noche del 1º de abril, que aquel año era viernes Santo y el siguiente sábado de Gloria desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno para su mision, que le fué señalada por el venerable padre presidente, dispuso este que primero celebrásemos todos juntos los tres días de Pascua con misa cantada á nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en accion de gracias del viaje de mar, y para implorar su patrocinio para el de tierra (que para los mas fué de cien leguas y para otros de mas), el cual emprendimos el día 6 de abril, y habiendo llegado á su mision cada uno, procuró imponerse en el gobierno y régimen observado en ella, conforme al encargo que traíamos del excelentísimo señor virrey, para no innovar en nada hasta que llegase el ilustrísimo señor D. José de Galvez.

Embarcóse este señor en el puerto de San Blas el día 24 de mayo, y fué tan dilatada su navegacion, que no llegó á la península hasta el 6 de julio, que desembarcó en la ensenada de Cerralvo, en el Sur de la California, y puso su real en el nombrado de Santa Ana, cien leguas distante del presidio de Loreto, trayendo no solo el encargo de visitar la península de Californias, sino tambien real orden de despachar una expedi-

cion marítima á fin de poblar el puerto de Monterey, ó á lo menos el de San Diego.

Informado el citado señor, después de llegado á la California, del estado de las misiones y de la altura en que se hallaba la mas setentrional, le pareció conveniente para conseguir el fin de su majestad el hacer á mas de la expedicion de mar, otra por tierra, que saliendo de la última mision, fuese en busca del puerto de San Diego, y juntándose con la marítima se verificase el establecimiento allí.

Comunicó el ilustrísimo señor su alto y acertado pensamiento con nuestro venerable padre, escribiéndole desde el real de Santa Ana, quien le respondió le parecia lo mas oportuno, y que se ofrecia á ir en persona con cualquiera de las dos expediciones, como tambien el número de misioneros que fuese necesario para aquella empresa; y suponiendo que admitiria esta propuesta el señor visitador general, se puso luego en camino para visitar las misiones mas inmediatas á Loreto y convidar á los padres para aquella funcion, y lo mismo hizo por escrito á los que se hallaban retirados, y con motivo de esta visita anduvo mas de cien leguas.

Al regreso de este viaje ya halló la respuesta del señor don José de Galvez, en que agradeciéndole el ofrecimiento que nacido de su ardentísimo celo habia hecho, le decia tomase el trabajo de bajar al real de Santa Ana ó puerto de la Paz, donde lo hallaria, y que lo deseaba mucho para tratar el asunto de las expediciones. Empezó luego aquel viaje, que es de doscientas leguas en ida y vuelta; y si unimos á estas las otras ciento que anduvo en la visita de las tres misiones del Sur, hacen trescientas leguas que por entonces caminó el venerable padre. Trató luego con el citado señor acerca de las expediciones, y quedaron convenidos en que por mar, con los dos paquebotes, irian tres misioneros, y uno con el paquebot que saldria después, y que por tierra fuesen dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente con el segundo y el señor gobernador comandante de la expedicion.

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterey con el título de San Carlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos. Estando ya de acuerdo en esto, dieron mano á disponer los ornamentos, vasos sagrados y demás necesario para iglesia y sacristia, como asimismo lo perteneciente á casa y campo, para que encajonado todo fuese por mar, y por tierra lo demás que se previniese en Loreto. En vista de estas disposiciones tan del agrado del venerable padre y tan ajustadas á sus deseos, nombró luego los padres que se habian de embarcar, y les avisó para que fuesen, como lo hicieron, al puerto de la Paz y cabo de San Lucas, y el ilustrísimo señor visitador general por su parte dió

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Carlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Principe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que había traído de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés había mandado edificar.

Tambien por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junipero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junipero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buenaventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Carlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablemente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion des-

pués de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letanía de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Después de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Carlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitán comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como tambien don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hizose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junipero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegría, júbilo y contento de su corazon.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Principe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó orden al capitán para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Carlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navio, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaba viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1769.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Carlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que había traído de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para este

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitán del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitán de San Carlos, llevaba la orden de ir en derechura al puerto de San Diego y esperar solos veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo había él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitán llevaba la misma orden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitador general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la orden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitán lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde tambien se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Loreto, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de So-

nora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se había de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padeceria naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

#### CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real orden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, otra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima determinó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitán de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Carlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Principe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que había traído de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés había mandado edificar.

Tambien por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junipero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junipero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buenaventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Carlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablemente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion des-

pués de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letanía de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Después de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Carlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitán comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como tambien don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hizose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junipero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegría, júbilo y contento de su corazón.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Principe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó orden al capitán para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Carlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navio, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaba viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1769.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Carlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que había traído de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para este

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitán del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitán de San Carlos, llevaba la orden de ir en derechura al puerto de San Diego y esperar solos veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo había él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitán llevaba la misma orden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitador general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la orden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitán lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde tambien se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Loreto, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de So-

nora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se había de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padecería naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

#### CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real orden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, otra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima determinó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitán de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-

ciones correspondientes, y al señor capitán la órden para que de toda la compañía de cuera escogiese el número de soldados que juzgase conveniente y á propósito, y en caso necesario reclutase otras, y el número de arrieros para las cargas y equipaje de la expedición, como también que fuese caminando para la frontera y entrando en todas las misiones, donde debía pedir todas las bestias mulares y caballares que no hiciesen allí falta, como asimismo cuantas cargas se pudiesen de carne hecha cecina, granos, harina, pinoles y bizcocho, dejando en cada misión recibo de cuanto sacase, para satisfacerlo todo, y que con toda la provision subiese para la frontera de Santa María de los Angeles, llevando también doscientas reses; y que de todo le diese noticia, como asimismo del tiempo en que podría salir el primer trozo de la expedición.

Con todas estas órdenes, que cumplió puntualmente, salió el señor capitán del real de Santa Ana por el mes de setiembre de 1768, y habiendo llegado al sitio de Nuestra Señora de los Angeles, que es la frontera de la gentilidad, donde encontró parte de la carga que habían subido ya por las lanchas hasta la bahía de San Luis, registró el terreno, y no hallándolo capaz para que en él se mantuviesen ni aun las bestias, por la absoluta falta de pastos, reconoció las cercanías, internándose hacia la gentilidad, y quiso Dios que á las diez y ocho leguas de haber caminado para San Diego, halló un paraje acomodado á su intento, y haciendo conducir allí toda la carga, ganados y bestias, dió parte al señor visitador general, que se hallaba entonces en el Sur de la California trabajando en el despacho de la expedición marítima, avisándole que en todo marzo esperaba estar dispuesto para poder continuar su viaje.

Con esta noticia el venerable padre fray Junipero, que tenía nombrado para ir con dicha expedición al padre predicador fray Juan Crespi, misionero de la misión de la Purísima Concepción, lo escribió se pusiese en camino para no hacer falta. Salió el citado padre de aquella misión á 26 de febrero de 1769 y llegó á la frontera, en donde estaba formado el real, en el paraje que aquellos gentiles nombraban Vellicatá, el miércoles Santo día 23 de marzo, encontrando allí al señor capitán y á toda la gente pronta para la salida, y ya confesada por el misionero de San Borja, que con este fin había subido, para que el siguiente día jueves Santo cumpliesen todos, como lo hicieron, con el precepto de nuestra madre la Iglesia, y el viernes Santo, 24 de marzo, saliese la expedición.

Esta se componía de los siguientes sugetos: el señor capitán comandante, el padre fray Juan Crespi, un pilotin que iba para observar y formar el diario, veinticinco soldados de cuera, tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y de-

más quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas; y habiendo gastado en el camino cincuenta y dos días sin novedad alguna, llegaron el 14 de mayo al puerto de San Diego, donde hallaron fondeados los dos barcos, como diré adelante.

Para la segunda parte de la expedición quedaron en el dicho paraje de Vellicatá las bestias mulares y caballares, toda la carga perteneciente á ella, el ganado vacuno, parte de la tropa y arrieros que habían de marchar, y la restante había de acompañar al señor gobernador y venerable padre presidente, quien suplicó á este señor se adelantase supuesto que tenía que recoger otras cargas en el camino; que le dejase dos soldados y un mozo, que él saldría después y lo alcanzaría antes de llegar á la frontera. Convenido en esto el citado señor gobernador, salió de Loreto con la tropa el día 9 de marzo, y habiendo llegado á mi misión, me comunicó, aunque de paso, lo malo que estaba del pié y pierna el venerable padre Junipero, pues en el viaje que había hecho hacia el Sur se había empeorado mucho, como asimismo que creía se le había acanecido el pié, y dudaba que con este accidente pudiese hacer tan penoso y dilatado viaje. "Y no obstante de haberle hecho presente el atraso que podía seguirse á la expedición si en el camino se imposibilitaba, no he podido conseguir el que se quede y que vuestra paternidad vaya. Su respuesta ha sido, siempre que le he hablado del asunto, que espera en Dios le dará fuerzas para seguir hasta San Diego y Monterey; que vaya yo por delante, que me alcanzará á la raya de la gentilidad. Yo lo miro casi imposible, y así se lo escribo al señor visitador." Dijome que verificase yo lo mismo, como lo hice, y se fué caminando con la tropa hasta acercarse á los gentiles, y en la misión de San Ignacio se le agregó el padre fray Miguel de la Campa, ministro que era de ella, y estaba nombrado para subir á la conquista.

El día 28 de marzo, tercera fiesta de la Pascua de resurrección, salió nuestro venerable padre de su misión y presidio de Loreto, después de haber celebrado con la devoción que acostumbraba la semana Santa y de dejar confesados todos los vecinos de la misión y presidio y comulgados en cumplimiento del precepto de nuestra santa madre Iglesia, pues por estas atenciones no pudo ir con el señor gobernador; pero habiéndolas concluido en el último día de la Pascua, cantó la misa, predicó al pueblo, despidiéndose de todos hasta la eternidad, y partió de Loreto, como llevo dicho, sin mas compañía que la de dos soldados y un mozo. Así llegó á mi misión; pero viéndole la llaga é hinchazon del pié y pierna, no pude contener las lágrimas al considerar lo mucho que tenía que padecer en los ásperos y penosísimos caminos que eran conocidos hasta la frontera, y los que se ignoraban y descubrían

después, sin mas médico ni cirujano que el divino y sin mas resguardo el accidentado pié que la sandalia, sin usar jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España como en ambas Californias, zapatos, medias ni botas; disimulando y excusándose con decir que le iba mejor con tener el pié y piernas desnudas.

Detúvose conmigo en la misión el venerable padre tres días, y así por gozar de su amable compañía por el amor recíproco que nos profesábamos desde el año de 1749 en que me asignó la obediencia por uno de sus discípulos de filosofía, como también para tratar los puntos pertenecientes á la presidencia, por estar yo nombrado en la patente de nuestro colegio de presidente por muerte ó ausencia del venerable fray Junipero; antes de hablar acerca de esos asuntos, le hice presente el estado en que se hallaba el pié y pierna, y que naturalmente era imposible pudiese hacer tan dilatado viaje, pudiéndose originar de esto que se desgraciase la expedición, ó por lo menos que se demorara, y que no ignoraba yo me adelantaba en los deseos de ir á la conquista, pero no en las fuerzas y la salud que lograba; y que en atención á esto tuviese á bien el quedarse y que yo fuese.

Pero habiendo oído mi proposición, me respondió luego en estos términos: "No hablemos de eso: yo tengo puesta toda mi confianza en Dios, de cuya bondad espero me conceda llegar, no solo á San Diego para fijar y clavar en aquel pueblo el estandarte de la santa cruz, sino también al de Monterey." Me resigné, viendo que el fervoroso prelado me excedía, y no poco, en la fe y confianza en Dios, por cuyo amor sacrificaba su vida en las aras de sus apostólicos afanes. Pasamos después á tratar de los demás asuntos, y concluidos salió de la misión á continuar su viaje, aumentándose el dolor de la despedida al ver que para subir y bajar de la mula en que iba, era necesario que dos hombres, levantándolo en peso, lo acomodasen en la silla. Y fué su última despedida el decirme: "Adios, hasta Monterey, donde espero nos juntaremos para bajar en aquella viña del Señor." Mucho me alegré de esto, pero mi despedida fué "hasta la eternidad;" y habiendo sido reprendido amorosamente de mi poca fe, me dijo que le había penetrado el corazón.

Fué subiendo de una misión á otra, visitando á los padres, consolándolos á todos y pidiéndoles lo encomendasen á Dios. Hallábase este su siervo distante de mi misión cincuenta leguas, en la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando recibí la respuesta del señor visitador general á la carta que le había escrito dándole noticia del estado del venerable padre, quien no había modo de quedarse, y que me parecía no podría seguir la expedición; á la que me respondió, como ya lo había tratado en el real de Santa Ana y en el puerto de la Paz, y conocido su grande espí-

ritu, con esta expresión "Me alegro mucho vaya caminando con la expedición el reverendo padre Junipero, y alabo su fe y gran confianza que tiene en que ha de mejorar y que le ha de conceder Dios el llegar á San Diego: esta misma confianza tengo yo," y ciertamente, como después veremos, no le salió falsa. Con esta respuesta perdí yo la esperanza de ir con la expedición; pero conformándome con la voluntad de Dios, proseguí pidiendo á su majestad por la salud de mi venerado padre y feliz éxito de las expediciones.

Con mucho trabajo, no menor fatiga y ningún alivio del penoso accidente, pudo alcanzar en el paraje de Nuestra Señora de los Angeles, frontera de la gentilidad, al señor gobernador y padre predicador fray Miguel de la Campa; y habiendo descansado allí tres días, siguieron juntos con la tropa entre la gentilidad hasta llegar al paraje de Vellicatá, donde estaba parado el real con todas las cargas, y entraron en el día 13 de mayo.

#### CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LA PRIMERA MISION, QUE DEDICÓ Á SAN FERNANDO, Y SALE CON LA EXPEDICION PARA EL PUERTO DE SAN DIEGO.

Con motivo de la detención de la gente y tropa de las expediciones en el paraje nombrado de aquellos naturales Vellicatá, hubo lugar para que se explorase aquel terreno y todas sus cercanías, como también para que los soldados hiciesen algunas casitas para resguardarse la temporada que duró la mansión; y asimismo una capillita en que les dijo misa el padre predicador fray Fermín Luzuen, cuando fué por la cuaresma á confesar á la gente del primer trozo de la expedición que queda ya citada; y habiendo llegado á aquel sitio el señor gobernador y los padres presidente y fray Miguel de la Campa el día 13 de mayo, como dije en el capítulo antecedente, vigilia de Pentecostés, les pareció que estaba acomodado para fundar allí una misión, y mas por haberles dicho lo mismo los soldados, que habiendo estado en aquel paraje algunos meses con el ganado y cabalada, habían registrado algunas leguas de su circuito. En esta atención, y que era muy conveniente para la comunicación desde San Diego á la antigua California, y que la misión mas inmediata á Vellicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra des poblada, estéril y falta de aguas, determinaron hacer el establecimiento en el citado sitio.

Convenidos en esto y no pudiendo demorarse por la precisión de marchar para San Diego, se dispuso que el siguiente día, 14 de mayo, tan festivo, como que era el del Espíritu Santo, se tomase posesión del terreno en nombre de nuestro católico monarca y que se diese principio á la misión. Luego que vieron estas resoluciones los

soldados, mozos y arrieros, dieron mano á limpiar la pieza que habia de servir de iglesia interina, y adornarla segun la posibilidad que habia: colgaron las campanas y formaron una grande cruz.

El dia siguiente, 14 de mayo, como queda dicho, y primero de Pascua del Espíritu Santo, se dió principio á la fundacion. Revistióse el padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y la capilla, é inmediatamente la santa cruz, la que habiendo sido adorada de todos, fué enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Nombró por patrono de ella y de la mision al que lo es de nuestro colegio el santo rey de Castilla y Leon señor San Fernando, y por ministro de ella al padre predicador fray Miguel de la Campa Coz; y habiendo cantado la misa primera, hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y establecimiento de la mision. Concluido el santo sacrificio, que se celebró sin mas luces que las de un cerillo y otro pequeño cabo de vela, por no haber llegado las cargas en que venia la cera, cantó el *Veni Creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la funcion, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenían.

Por la urgencia con que debia salir la expedicion, no logró el venerable padre fundador el gusto de ver en esta mision primera bautismo alguno, como lo tuvo por primicia en las otras diez que estableció; pero delante de Dios no perderia el mérito de los muchos gentiles que á su majestad se convirtieron, pues pasado el tiempo de cuatro años y cuando se entregó aquella mision á los reverendos padres dominicos, habia en ellas 296 cristianos nuevos de todas edades, segun consta del padron que entregué á los mismos padres, y firmado por ellos se remitió al excelentísimo señor virey. Habiéndose mantenido allí nuestro venerable fray Junipero tres dias, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el sagrado bautismo, causándole grande regocijo, como manifiesta en la siguiente expresion de su diario, que no omito insertar, ya que no puede ir todo por lo muy voluminosa que se haria esta relacion.

"Dia 15 de mayo, segundo dia de Pascua y de fundada la mision, después de las dos misas que el padre Campa y yo celebramos, tuve un gran consuelo, porque acabadas las dos misas, estándome recogido dentro del jacalito de mi morada, me avisaron que venian, y ya cerca, gentiles. Alabé al Señor, besé la tierra, dando á su majestad gracias de que después de tantos años de desearlos me concedia ya verme entre ellos en su tierra. Salí prontamente y me hallé con doce de ellos, todos varones y grandes, á excepcion de dos que eran muchachos, el uno como de diez años y el otro de diez y seis: ví lo que apenas acaba-

ba de creer cuando lo leia ó me lo contaban, que es el andar enteramente desnudos, como Adán en el paraíso antes del pecado. Así iban y así se nos presentaron; y los tratamos largo rato, sin que en todo él con vernos á todos vestidos se les conociese la mas mínima señal de rubor á estar de aquella manera desnudos. A todos, uno por uno, puse ambas manos sobre sus cabezas en señal de cariño; les llené ambas manos de higos pasados, que luego comenzaron á comer, y recibimos, con muestras de apreciarles mucho, el regalo que nos presentaron, que fué una red de mescales tlatemados y cuatro pescados mas que medianos y hermosos; aunque como los pobres no tuvieron la advertencia de destriparlos, y mucho menos de salarlos, dijo el cocinero que ya no servian. El padre Campa tambien les regaló sus pasas; el señor gobernador les dió tabaco en hoja; todos los soldados los agasajaron y les dieron de comer, y yo con el intérprete les hice saber que ya en aquel propio lugar se quedaba padre de pié el que allí veian y se llamaba padre Miguel; que viniesen ellos y demás gentes de sus conocidos á visitarlo y que echasen la voz de que no habia que tener miedo ni recelo; que el padre seria muy su amigo, y que aquellos señores soldados que allí quedaban junto con el padre, todos les harian mucho bien y ningun perjuicio; que ellos no hurtasen de las reses que iban por el campo, sino que en teniendo necesidad viniesen á pedir al padre y les daria siempre que pudiese. Estas razones y otras semejantes parece que atendieron muy bien y dieron muestras de asentirlas todos, de suerte que me pareció que no habian de tardar en dejarse coger en la red apostólica y evangélica." Así fué, como después veremos, y el señor gobernador le dijo al que hacia de capitán, que si hasta entonces no mas tenia este título por el decir ó querer de sus gentes, que desde este dia lo hacia capitán, y con su poder en nombre del rey nuestro señor.

Viendo el citado señor que tan prontamente ocurrían gentiles á aquella primera mision, puso luego en ejecucion la orden que tenia del señor visitador general para entregar al padre de aquella doctrina la quinta parte del ganado vacuno, cuya porcion recibió el padre Campa en nombre de sus futuros hijos, señalando aquellas reses para distinguir las de las demás que quedaron allí pertenecientes á las misiones de Monterey, por parecerle así conveniente al señor gobernador, pues ignoraba el éxito de las expediciones. Dejó asimismo al citado padre cuarenta fanegas de maíz, un tercio de harina y otro de pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, para tener con que regalar á los gentiles para atraerlos; le dejó de resguardo una escolta de soldados con su cabo, y el mismo dia 15 por la tarde salió la expedicion, aunque anduvo solas tres leguas.

En los tres dias que se mantuvo en Vellicatá no sintió nuestro venerable padre novedad alguna en el pié; desde luego que la alegría y divertimento con la citada fundacion le harian olvidar los dolores; pero no fué así, pues luego en la primera jornada de tres leguas se le inflamó de tal suerte el pié y pierna, que parecia estar acanecerado, y entonces eran con tanta vehemencia, que no lo dejaban sosegar; pero no obstante, sin decir nada anduvo otra jornada, tambien de tres leguas, hasta llegar al paraje nombrado San Juan de Dios. Allí se sintió ya tan agravado del accidente, que no pudiendo mantenerse en pié ni estar sentado, hubo de postrarse en la cama, padeciendo los dolores con tanta fuerza, que le imposibilitaban el dormir.

Viéndolo de esta suerte el señor gobernador, le dijo: "Padre presidente, ya ve vuestra reverencia cómo se halla incapaz de seguir con la expedicion: estamos distantes de donde salimos solo seis leguas; si vuestra reverencia quiere, lo llevarán á la primera mision para que allí se restablezca, y nosotros seguiremos nuestro viaje." Pero nuestro venerable padre, que jamás desmayó en su esperanza, le respondió de esta manera: "No hable usted de esto, porque yo confío en Dios me ha de dar fuerzas para llegar á San Diego, como me las ha dado para venir hasta aquí; y en caso de no convenir, me conformo con su santísima voluntad. Mas que me muera en el camino, no vuelvo atrás; á bien que me enterrarán y quedaré gustoso entre los gentiles, si es la voluntad de Dios."

Considerando el citado señor gobernador la firme resolucion del venerable padre y que ni á caballo ni á pié podia seguir, mandó hacer un tapestle en forma de parihuela ó férretro de difuntos, formado de varas, para que acostado allí, lo llevasen los indios neófitos de la California, que iban con la expedicion para guastadores y demás oficios que se ofreciesen. Al oír esto el venerable padre se contristó mucho, considerando, como prudente y humilde, el trabajo tan grande que se originaba á aquellos pobres en cargarlo. Con esta pena, recogido en su interior, pidió á Dios le diese alguna mejoría, para evitar la molestia que se seguia á los indios si lo conducian de este modo; y avivando su fe y confianza en Dios, llamó aquella tarde al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo: "Hijo, ¿no sabrás hacerme un remedio para la llaga de mi pié y pierna?" Pero él le respondió: "Padre, ¿qué remedio tengo yo de saber? ¿qué acaso soy cirujano? Yo soy arriero y solo he curado las mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuenta que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura, de que ha resultado la hinchazón de la pierna y los dolores tan grandes que siento que no me dejan parar ni dormir; y hazme el mismo medicamento que aplicarias á una bestia." Sonriéndose el arriero y todos los que

le oyeron, le respondió: "Lo haré, padre, por darle gusto." Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló á mano; y habiéndolo frito, le untó el pié y pierna, dejándole puesto en la llaga un emplastro de ambas materias. Obró Dios de tal suerte, que como me escribió su siervo desde San Diego, se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga, que se levantó á rezar matines y prima, como lo tenia de costumbre, y concluido el rezo dijo misa, como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados, así el señor gobernador como los demás de la tropa al ver en el venerable padre tan repentina salud y alientos que para seguir la expedicion tenia, sin que por su causa hubiese la mas mínima demora.

Continuó la expedicion su camino, siguiendo el rastro de los exploradores, que era el mismo que tres años antes habia andado el padre Wenceslao Link, segun dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedicion al Rio Colorado, hasta un lugar que el citado padre nombró la Cieneguilla, distante de la nueva mision de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del Norte. Del citado sitio seguia el rastro de dicha expedicion hacia el mismo viento, buscando el desemboque del Rio Colorado, á donde no pudo llegar, porque, como dice en su diario que formó y remitió al excelentísimo señor virey, á pocos dias de haber salido de la Cieneguilla encontraron con una grande sierra, toda de piedra, donde por imposibilidad de las bestias, no pudieron seguir y se vieron obligados á retroceder hasta la mision fronterá nombrada San Borja, de donde habia salido la citada expedicion.

De todo esto eran sabedores los de la nuestra, así por las noticias que daban algunos soldados que iban en ella y habian acompañado al dicho padre jesuíta, como por las que ministraba el diario de este, que tenia nuestro venerable fray Junipero. Y como quiera que nuestras expediciones no se encaminaban al Rio Colorado, sino al puerto de San Diego, dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose á la costa del mar Grande ó Pacifico, con lo cual lograron hallar el deseado puerto de San Diego, á donde arribaron el dia 1º de julio, habiendo gastado en el viaje desde la mision de San Fernando cuarenta y seis dias.

Cuando los individuos de esta expedicion divisaron aquel puerto, desde luego parece se llenó á todos el corazón de alegría, segun las demostraciones que hizo la tropa en continuos tiros, á los cuales correspondió la del primer trozo que habia llegado allí, el mismo dia que en Vellicatá se celebró la fundacion de la primera doctrina nombrada San Fernando. Asimismo acompañaron la salva los dos barcos que estaban ya fondeados en el mismo puerto, la cual duró has-

ta que apeándose todos, pararon á significarse su reciproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junipero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demás, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

## CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco de Palou.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que vuestra reverencia se halle con salud y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva misión de Loreto y de las otras, y que cuanto antes venga el refuerzo de nuevos ministros para que todo quede establecido en buen orden para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer día 1º de este mes á este puerto de San Diego, verdaderamente bello y con razon famoso. Aquí alcancé á cuantos habian salido primero que yo, así por mar como por tierra, menos los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están los dos barcos, y el San Carlos sin marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le ha quedado uno y un cocinero. El San Antonio, alias el Principe, cuyo capitán es don Juan Perez, paisano de la ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estándolo ya próximo á salir para Monterey, llegó San Carlos, y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien y se le murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y traiga marineros para él y para San Carlos, y después irán los dos: veremos el paquebot San José cómo llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

“Han sido la ocasion del atraso de San Carlos dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, de donde inopinadamente hallaron que se salía el agua, y de cuatro barriles no podian llenar uno, hubieron de repente de arribar á tierra á haberla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la

segunda fué, que por el error en que estaban todos, así su ilustrísima como los demás, de que este puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de polo, pues de los autores unos dicen lo uno y otros lo segundo, dió orden apretada al capitán Vila (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 grados, y después recalasen en busca de dicho puerto; y como este, *in rei veritate*, no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, segun la observacion que han hecho estos señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, por eso se les hizo mas larga la navegacion, y como la gente ya enferma se llegó mas al frio y proseguian con la agua mala, vinieron á postarse de manera, que si no encuentran tan breve con el puerto, perecen todos, porque ya no podian echar la lancha al mar para hacer agua ni otra maniobra. El padre fray Fernando trabajó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco no tuvo especial novedad y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiero que se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

“En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, al colegio y á nuestro padre comisario general; por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el capitán Perez, viéndome atarado hace la entretenida, creo se habria ido sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del padre fray Juan Crespi con el capitán, me dice que escribe á vuestra reverencia por este mismo barco, y así no tengo que decir. En cuanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la frontera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios (esta expresion alude al medicamento del arriero) y cada dia me fui aliviando y siguiendo mis jornadas como si tal mal tuviera. Al presente el pié queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pié, hecho una llaga, pero sin hinchazon ni mas dolor que la comezon que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

“No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los indios neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. Las misiones en el tramo que hemos visto, serán todas muy buenas, porque hay buena tierra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cerros sí hay continuos y altísimos, pero de pura tierra; los caminos tienen de bueno y de malo y mas de este segundo, pero no cosa mayor: desde medio camino ó antes, empiezan á estar todos los arroyos y valles hechos unas alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de uvas. En va-

rios arroyos del camino y en el paraje en que nos hallamos, á mas de las parras hay varias rosas de Castilla. En fin, es buena y muy distinta tierra de la de esa antigua California.

“De los dias que van de 21 de mayo en que salimos de San Juan de Dios, segun escribí á vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llegamos acá, quitados como ocho dias que entreveradamente hemos dado de descanso á los animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias hemos caminado; pero la mayor jornada ha sido de seis horas, y de estas solo ha habido dos, y las demás de cuatro á cuatro y media, de tres, de dos y de una y media, como cada dia expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo que se infiere que habilitados y enderezados los caminos podrán ahorrar muchas leguas de rodados excusados; no está esto muy lejos, y creo después de dicha diligencia, podrá ser materia de unos doce dias para los padres, que los soldados ahora dicen que irán á la ligera hasta la frontera de Vellicatá en mucho menos.

“Gentilidad la hay inmensa, y todos los de esta contra-costa (del mar del Sur) por donde hemos venido, desde la ensenada de Todos Santos, que así la llaman los mapas y derroteros, viven muy regalados con varias semillas y con las pescas que hacen en sus balsas de tule, en forma de canoas, con lo que entran muy adentro del mar, y son afabilísimos, y todos los hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y mujeres y niñas honestamente cubiertas, hasta las de pecho, se nos venian, así en los caminos como en los parajes, pos trataban con tanta confianza y paz como si toda la vida nos hubieran conocido, y queriéndoles dar cosa de comida, solian decir que de aquello no, que lo que querian era ropa, y solo con cosa de este género eran los cambalaches que hacian de su pescado con los soldados y arrieros. Por todo el camino se ven liebres, conejos, tal cual venado y muchísimos verrendos.

“La expedicion de tierra me dice el señor gobernador la quiere proseguir juntamente con el capitán de aquí á tres dias ó cuatro, y aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera de escolta y algunos catalanes enfermos, para que si mejoran sirvan. La misión no se ha fundado, pero voy luego que salgan á dar mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando me vino el paisano capitán diciéndome que ya no puede esperar mas sin quedar mal, y así concluyo con decir que estos padres se encomiendan mucho á vuestra reverencia; que quedamos buenos y contentos; que me encomiendo al padre Martinez y demás compañeros, á quienes tenia ánimo de escribir; pero no puedo y lo haré en primera ocasion. Esta la incluyo al padre Ramos, que el paisano me dice que va á dar al Sur, para que la lea y la remita

“á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde Dios muchos años. De este puerto y destinada nueva misión de San Diego en la California Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo hermano y siervo—Fray Junipero Serra.”

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Principe, el día 11 de abril, y el San Carlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitán, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitán D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el día 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habérsele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Carlos quedase fondeada, y en ella el capitán comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalecientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Principe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje desconocido y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el día 9 (como queda dicho), se determinó el día en que había de marchar la expedición de tierra, y fué señalado por el señor comandante el día 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portalá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitán y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajes, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habían quedado aptos para el viaje, por habersele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducían todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, según los repetidos encargos del señor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo día se hallaban), salió la expedición de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiera saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habían andado cada día con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relación por evitar tanta difusión, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego interin la expedición salía á explorar el puerto de Monterey.

#### CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardia y se abrasaba el corazón de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitía olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le

obligó (á los dos días de salida la expedición) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocía desde el año de 1603 y lo había señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la función del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundación de la de San Fernando el día 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperando en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio día, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrían también levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo día celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvación de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formación del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existía sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendían nuestro idioma, no atendían á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algún muchacho se le ponía un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habían visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversión á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podían de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasión un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habían quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la misión se le minoró la escolta, y mas en los días festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algún insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenían y en sus fichas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitía, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los días 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El día 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asunción de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fernando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la misión; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrían. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la acción de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunión que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manita de ixtle ó pita que servía de puerta á aquella habitación; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los pies de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habían traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos ca-

yeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si había muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos días vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algún afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la misión, pero sin ningún aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, había un indio de quince años que raro día dejaba de asistir, y ya comía sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguía algún bautismo de los párvulos. Pasados algunos días y entendiéndolo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traía algún chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haría cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaría hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuéres*, y le regalaría ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacía idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos días con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traía en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacia que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron también los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la ranchería, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera acción, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habersele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos días le duró, y se miraba

en su semblante el dolor y pena que padecía; atribuyendo su reverencia á sus pecados el hecho de los gentiles, y aun después de pasados años cuando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertía, concluyendo con estas palabras: "Demos gracias á Dios, que ya tantos se han logrado sin la menor repugnancia." Así fué, pues logró ver en aquella misión de San Diego el número de 1046 bautizados, entre párvulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afán de nuestro venerable presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los principales motores de este alboroto, que lejos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentilicos errores, y fué también de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del venerable padre fray Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el cuartel del presidio, bajó por el mes de agosto de 1776 el venerable padre fray Junipero, llegó allí el siervo de Dios y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra santa fe. El sargento enseñó á nuestro venerable presidente el miserable gentil que con los demás estaba en cepo, y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á su reverencia y demás al principio de la fundación. Aquí desahogó el ardor de su celo nuestro venerado padre en continuas exhortaciones y amorosas pláticas á aquel infeliz, persuadiéndole á que se hiciese cristiano, seguro de que en tal caso Dios nuestro señor y el rey le perdonarían sus delitos; pero no pudo sacarle palabra: cuando compungidos los demás pidieron al siervo de Dios intercediese por ellos, que querían ser cristianos, como se logró después. Este desventurado gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el día 15 de agosto de 1776, que hacia siete años puntualmente de la primera invasión, siendo de admirar que al lado de los compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida y no hubo quien lo advirtiese, ni la centinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastro fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo día de la Asunción de nuestra Señora, en que se cumplían los siete años que había intentado matar al venerable padre fray Junipero y demás que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales conquistas, como después veremos.

## CAPITULO XVIII.

REGRÉSASE LA EXPEDICION Á SAN DIEGO SIN HABER HALLADO EL PUERTO DE MONTEREY, Y LOS EFECTOS QUE CAUSÓ ESTA IMPENSADA NOVEDAD.

El día 24 de enero de 1770 llegó de vuelta á San Diego la expedición de tierra, que había salido el día 14 de julio del año anterior, habiendo gastado seis meses y diez días, y pasado muchos trabajos, como refiero en su diario mi amado padre condiscípulo fray Juan Crespi, trayendo la triste noticia de no haber hallado el puerto de Monterey, en que estuvo fundada la expedición marítima del almirante don Sebastian Vizcaino el año de 1603, siendo virrey de la Nueva España el conde de Monterey, y que habían llegado al puerto de nuestro padre San Francisco, cuarenta leguas mas arriba al Noroeste.

Escribíome esta noticia el padre fray Juan Crespi, que fué con la expedición, añadiéndome que se revelaban se había cegado el puerto, pues hallaron unos grandes méganos ó cerros de arena. Luego que leí esta noticia atribuí á disposición divina el que no hallando la expedición el puerto de Monterey en el paraje que lo señalaba el antiguo derrotero, siguiese hasta llegar al puerto de nuestro padre San Francisco, por lo que voy á referir.

Cuando el venerable padre fray Junipero trató con el ilustrísimo señor visitador general sobre las tres misiones primeras que le encargó fundar en esta nueva California, viendo los nombres y patronos que les asignaba, le dijo: "Señor, ¿y para nuestro padre San Francisco no hay una misión?" A lo que respondió: *Si San Francisco quiere misión, que haga se halle su puerto y se le pondrá.* Subió la expedición: llega al puerto de Monterey; paró y plantó en él una cruz, sin que lo conociese ninguno de cuantos iban, siendo así que leían todas sus señas en la historia: suben cuarenta leguas mas arriba, se encuentran con el puerto de San Francisco nuestro padre, y lo conocen luego todos por la concordancia de las señas que llevaban. En vista de esto, ¿qué hemos de decir sino que nuestro santo padre quería misión en su puerto?

Así lo juzgaría el ilustrísimo señor visitador general, pues en cuanto recibió la noticia que ya su ilustrísima se hallaba en Méjico, negoció con el excelentísimo señor virrey que se fundase la misión en el citado puerto; y lo tomó con tanto empeño, que viniendo diez ministros para cinco misiones en el paquebot San Antonio, encargó al capitán que si arribaba primero al puerto de San Francisco que al de Monterey, y dos de los misioneros se animaban á quedarse allí para dar mano sin pérdida de tiempo á la fundación, los desembarcaron con todos los avíos pertenecientes á aquella doctrina; que les dejase un competente

## CAPITULO XIX.

CARTA DEL VENERABLE PADRE, Y LO QUE EN SU VISTA PRACTIQUE.

número de marineros armados para resguardo, y que diese cuenta al comandante de tierra, quien proporcionaria luego mandar tropa que remudase á los marineros. No se efectuó por entonces, pues fué primero el paquebot á Monterey, y se pasaron seis años para el establecimiento de la misión de nuestro padre San Francisco, por lo que diré adelante.

La misma noticia que me escribió el padre Crespi de no haber hallado el puerto de Monterey, me dieron otros individuos de la expedición, y el comandante de ella don Gaspar de Portalá; añadiéndome este que habiendo mandado registrar los viveres existentes, según el cómputo que se había hecho, administrados con toda economía, alcanzarían apenas hasta mediados de marzo, reservando lo muy preciso para la retirada hasta la frontera y nueva misión de San Fernando, encargándome al propio tiempo que lo hiciese yo á los padres de las misiones del Norte que tuviesen en aquel sitio algun repuesto, pues tenía determinado que si para el día de señor san José no llegaba á aquel puerto alguno de los paquebotes de San Blas con viveres, el día 20 de marzo se regresaría la expedición, desamparando el puerto de San Diego.

Esta resolución, que luego se publicó allí, fué la penetrante flecha que hirió el celoso corazón de nuestro venerable fray Junipero; y no hallando este otro recurso que la oración, acudió á Dios por medio de ella, y estrechándose con su majestad le pidió con los mas finos afectos de su encendida devoción se compadeciese de tanta gentilidad como había descubierta; porque si en esta ocasión se desamparaba el primer establecimiento, quedaria esta conquista espiritual, si no mas, tan remota como antes. Cebándose cada día mas su apostólico celo á vista de tanta mies, que en su sentir estaba en sazón para recogerla ya á la santa Iglesia, resolvió no desamparar el sitio ni desistir de tan gloriosa empresa, aunque la expedición se mudase, quedándose este evangélico ministro con alguno de sus compañeros, confiado solamente en Dios, por cuyo amor se sacrificaba gustoso. Así me lo comunicó á mí por carta que recibí con las demás, de la cual es copia la siguiente, quedando la original en mi poder; y lo mismo haré con otras que convenga insertar, ya para prueba del ardiente celo en que se abrasaba mi venerable padre lector Junipero ó para hilar la historia de esta California; y siento no haber hallado otras muchas cartas de las innumerables que me escribió, ínterin no vivimos juntos, pues con ellas nos consolábamos ambos, y el siervo de Dios con las suyas, tan fervorosas y edificantes, despertaba mi tibieza y flojedad, como podrá advertir el lector, si con atenta reflexión considera las que insertaré en esta relación histórica.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector presidente fray Francisco Palou.—Amantísimo compañero y muy señor mio: En el discurso de diez meses y diez días que han pasado desde que di á vuestra reverencia el último abrazo en su misión de San Javier, hasta el día de la fecha, sobre la frecuente memoria de vuestra reverencia que es consiguiente á nuestra antigua amistad y favores, me ha ocupado el amor que le profeso, en largos ratos, de pensar cómo le habrá ido de trabajos para allanar los asuntos, que en mi salida no quedaban muy en su lugar; y aunque todo lo ignoro, me he compadecido bastante de lo que tengo por muy verosímil haya sucedido. Quiera la infinita bondad de Dios, que siquiera ahora esté ya todo en buen estado, y vuestra reverencia goce paz y todo consuelo. Yo, gracias á Dios, he tenido y tengo salud, y con esto lo digo todo. Ultra de las cartas que últimamente escribí desde una jornada mas acá de San Juan de Dios, escribí también á vuestra reverencia acobado de llegar á este puerto de San Diego, á principios de julio del año pasado. Si recibí, como supongo, aquella carta, ya por ella veria cómo me fué bien en el camino, que es bien poblado de gentilidad, y que pasadas algunas jornadas de San Juan de Dios, así que comienzan, prosiguen los parajes, no solo buenos, sino excelentes para muchas misiones, que podrán formar una bella cordillera para esta de San Diego, que se fundó día del Triunfo de la Santa Cruz y nuestra Señora del Carmen, 16 de julio, asentándonos de ministros de ella el padre fray Fernando y yo, como que el padre Crespi y el padre Gomez habían salido dos días antes para Monterey, dejando en esta al padre fray Fernando con el padre Murguía, que en breve esperaba con el paquebot San José; pero hoy es el día en que ni hay barcos, ni San Buenaventura ni Monterey; y de lo que mas hablan algunos es del desamparo y abolición de esta mi pobre misión de San Diego. No permita Dios que tal suceda. Los que salieron de acá día del señor san Buenaventura para Monterey, vinieron día 24 de enero del presente año, con el mérito de haber padecido, comido mulas y mulos y no haber hallado tal Monterey; que juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se había de encontrar, y yo ya casi lo he creído también. Y porque he visto las cartas que escriben á vuestra reverencia el padre fray Juan Crespi y el sargento Ortega, omito todo lo tocante á la peregrinación de ellos, y solo me

“ queda el lamentarme de ver los lentos pasos con que se anda y de los recelos de que no se quede tanta mies que parece que no puede estar de mas sazón sin poner mano á ella, acabándola tantos de ver y palpar con tantas circunstancias. Vuestra reverencia, por amor de Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos oficios que pueda para que esto vaya adelante.

“ Si yo supiese como se halla eso y si han venido ó no los de la mision de España, sabría lo que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, nada puedo determinadamente pedir, y esta negacion de comunicacion con vuestra reverencia y esas misiones, es sin duda uno de los grandes trabajos de por acá, y lo menos para lo que la deseo es para algun socorro, aunque las necesidades sean bastantes, que mientras hay salud, una tortilla y yerbas del campo, ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin noticia de nada, y á todos para poder pasar adelante, y aun con dudas de si se habrá de desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien sosegado y contento con lo que Dios dispusiere.

“ Aquí tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles, que fué el día de la seráfica madre santa Clara, el día de san Hipólito y el día de la Asuncion de nuestra Señora, en que me mataron á mi José María que traje desde Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con mucho sosiego. En los dias inmediatos después, en que todavía estábamos con muchos recelos de que repitiesen su avance, escribí, aunque con mucha incomodidad, una larga carta á vuestra reverencia para remitirla al barco, y que si me matasen sirviese de despedida y de noticia, y que vuestra reverencia la diese al colegio, como se lo suplicaba; y como poco á poco se fué esto serenando, no la remití, y ahora que la he buscado, no he podido en modo alguno hallarla.

“ Para que vuestra reverencia sepa todo, va un trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el señor visitador general, para que lo lea, y después cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él leerá haga la cuenta que lo escribo á vuestra reverencia ya que no tengo lugar de repetirlo; que como escrito mio, lo puedo comunicar á quien gustare. Me parece que vuestra reverencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra que si viniese acá personalmente. Y así, por Dios, no trate vuestra reverencia de venirse hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo aspecto que tomen las cosas lo hallase conveniente. Por ahora se va con el capitán el padre Vizcaino, herido de la mano.

“ Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez

“ y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos poner segunda mision. Si vemos se van acabando los viveres y la esperanza, me quedaré con solo el padre fray Juan, para aguantar hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su santa gracia, y encomiéndenos á Dios para que así sea. Si vuestra reverencia viese que van á traer el ganado que quedó en Vellicatá, remítanos una porcioncita de incienso; que habiendo venido cargando los incensarios, se nos olvidó; y podrán venir los calendarios, si hubiesen venido, y los nuevos santos óleos en caso de haber venido de Guadalajara.

“ Se sacarán en limpio los diarios, así el mio como el del padre fray Juan, cuanto antes se pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana es bien poca: con todo, nos esforzaremos é irán lo mas breve que se pueda. Otras muchas cosas dijera á vuestra reverencia; pero con tantas variaciones y contingencias, no me puedo explicar ni extender mas. A todos los compañeros me encomiendo con fina voluntad; y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á falta de querer, sino de poder. Estos padres se encomiendan á vuestra reverencia con veras de su corazón, y fray Fernando dice que ya sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y que esta va en nombre de todos, y que lo encomiende á Dios. Cuando vuestra reverencia escriba al colegio dará á todos de mi parte mil memorias; y con esto adios hasta otra ocasion, que quizá no será tan larga como esta; y Su Majestad guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Diego en su puerto y gentilidad de California, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo amigo y siervo—Fray Junipero Serra.”

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitán con los diez y nueve soldados que habia traido; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

#### CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNIPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el día 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el día después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaba en el paquebot San Carlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazón fervoroso de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el día señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenían á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordábase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun día llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, interin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirital conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le habló de esta manera: “ Señor, el comandante de tierra y señor gobernador tiene determinado retirarse y desamparar este puerto para el día 20, si antes no llega alguno de los barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la escasez de viveres, como la opinion comun de que se ha cegado el puerto; aunque yo sospecho que no lo conocieron. Lo mismo pienso yo, respondió el comandante, segun les he oído y he leído en las cartas: el puerto está allí mismo donde pusieron la cruz. Pues señor,

“ dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á quedarme, aunque se vaya la expedicion y en mi compañía el padre Crespi; si usted quiere vendremos aquí luego que salga la expedicion, y en llegando el otro paquebot, subiremos por mar en busca de Monterey.” Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el día de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniéndolo ya dispuesto todo para la retirada que el día siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viera clara y distintamente un barco, que ocultando de la vista el día siguiente, no dió fondo hasta el cuarto día en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio día, en que la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurren; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseia el corazón de nuestro venerable padre, que incesantemente repetía á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestandose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el día 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

#### CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Carlos y viveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nuevo marineros.

“ queda el lamentarme de ver los lentos pasos con que se anda y de los recelos de que no se quede tanta mies que parece que no puede estar de mas sazón sin poner mano á ella, acabándola tantos de ver y palpar con tantas circunstancias. Vuestra reverencia, por amor de Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos oficios que pueda para que esto vaya adelante.

“ Si yo supiese como se halla eso y si han venido ó no los de la mision de España, sabría lo que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, nada puedo determinadamente pedir, y esta negacion de comunicacion con vuestra reverencia y esas misiones, es sin duda uno de los grandes trabajos de por acá, y lo menos para lo que la deseo es para algun socorro, aunque las necesidades sean bastantes, que mientras hay salud, una tortilla y yerbas del campo, ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin noticia de nada, y á todos para poder pasar adelante, y aun con dudas de si se habrá de desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien sosegado y contento con lo que Dios dispusiere.

“ Aquí tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles, que fué el día de la seráfica madre santa Clara, el día de san Hipólito y el día de la Asuncion de nuestra Señora, en que me mataron á mi José María que traje desde Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con mucho sosiego. En los dias inmediatos después, en que todavía estábamos con muchos recelos de que repitiesen su avance, escribí, aunque con mucha incomodidad, una larga carta á vuestra reverencia para remitirla al barco, y que si me matasen sirviese de despedida y de noticia, y que vuestra reverencia la diese al colegio, como se lo suplicaba; y como poco á poco se fué esto serenando, no la remití, y ahora que la he buscado, no he podido en modo alguno hallarla.

“ Para que vuestra reverencia sepa todo, va un trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el señor visitador general, para que lo lea, y después cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él leerá haga la cuenta que lo escribo á vuestra reverencia ya que no tengo lugar de repetirlo; que como escrito mio, lo puedo comunicar á quien gustare. Me parece que vuestra reverencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra que si viniese acá personalmente. Y así, por Dios, no trate vuestra reverencia de venirse hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo aspecto que tomen las cosas lo hallase conveniente. Por ahora se va con el capitán el padre Vizcaino, herido de la mano.

“ Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez

“ y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos poner segunda mision. Si vemos se van acabando los viveres y la esperanza, me quedaré con solo el padre fray Juan, para aguantar hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su santa gracia, y encomiéndenos á Dios para que así sea. Si vuestra reverencia viese que van á traer el ganado que quedó en Vellicatá, remítanos una porcioncita de incienso; que habiendo venido cargando los incensarios, se nos olvidó; y podrán venir los calendarios, si hubiesen venido, y los nuevos santos óleos en caso de haber venido de Guadalajara.

“ Se sacarán en limpio los diarios, así el mio como el del padre fray Juan, cuanto antes se pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana es bien poca: con todo, nos esforzaremos é irán lo mas breve que se pueda. Otras muchas cosas dijera á vuestra reverencia; pero con tantas variaciones y contingencias, no me puedo explicar ni extender mas. A todos los compañeros me encomiendo con fina voluntad; y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á falta de querer, sino de poder. Estos padres se encomiendan á vuestra reverencia con veras de su corazón, y fray Fernando dice que ya sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y que esta va en nombre de todos, y que lo encomiende á Dios. Cuando vuestra reverencia escriba al colegio dará á todos de mi parte mil memorias; y con esto adios hasta otra ocasion, que quizá no será tan larga como esta; y Su Majestad guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Diego en su puerto y gentilidad de California, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo amigo y siervo—Fray Junipero Serra.”

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitán con los diez y nueve soldados que habia traído; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

#### CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNIPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el día 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el día después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaba en el paquebot San Carlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazón fervoroso de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el día señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenían á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordábase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun día llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, interin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirital conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le habló de esta manera: “ Señor, el comandante de tierra y señor gobernador tiene determinado retirarse y desamparar este puerto para el día 20, si antes no llega alguno de los barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la escasez de viveres, como la opinion comun de que se ha cegado el puerto; aunque yo sospecho que no lo conocieron. Lo mismo pienso yo, respondió el comandante, segun les he oído y he leído en las cartas: el puerto está allí mismo donde pusieron la cruz. Pues señor,

“ dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á quedarme, aunque se vaya la expedicion y en mi compañía el padre Crespi; si usted quiere vendremos aquí luego que salga la expedicion, y en llegando el otro paquebot, subiremos por mar en busca de Monterey.” Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el día de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniéndolo ya dispuesto todo para la retirada que el día siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viera clara y distintamente un barco, que ocultando de la vista el día siguiente, no dió fondo hasta el cuarto día en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio día, en que la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurren; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseia el corazón de nuestro venerable padre, que incesantemente repetía á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestandose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el día 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

#### CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Carlos y viveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nuevo marineros.

Luego que el excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general recibieron los pliegos y por ellos la noticia de ir caminando la expedición de tierra para Monterey, y de la falta de tripulación y de víveres que esta experimentada por no haber hecho viaje el tercer barco, dieron prontas y eficaces providencias para que sin pérdida de tiempo se aviase y cargase el paquebot San Antonio y saliese para Monterey en derechura, sin tocar en San Diego, para socorrer la expedición de tierra.

Salió el barco y navegó felizmente para la altura de Monterey; pero como ochenta leguas antes de llegar á ella, le faltó el agua, y fué preciso arribar al canal de Santa Barbara para proveerse de tan indispensable carga útil. En arribándose á tierra, los cercaron luego los gentiles con sus canoitas, muy placenteros y serviciales; les enseñaron el agua y ayudaron á llenar de ella los barriles; y aunque no sabian nuestro idioma, pero con bastante claridad les dieron á entender por señas que la expedición de tierra había retrocedido; que había transitado dos veces por sus rancherías y tratado con ellos, y nombraban algunos de los soldados. Con estas noticias se quedó perplejo el capitán Perez para deliberar; pero compeliéndole mas la órden de los superiores, como cierta, que el dicho de los gentiles, que podía no serlo, determinó seguir su viaje para Monterey. Pero la casualidad ó accidente de haber perdido allí una ancla, que consideraba le había de hacer mucha falta en aquel puerto, le obligó á mudar de intento y bajar á San Diego para proveerse con la del San Carlos. Este que parecia accidente fué la causa de que el paquebot San Antonio arribase allí y se dejase ver la tarde del 19 de marzo, por lo cual, como queda dicho, no llegó á desamparar la misión y puerto de San Diego.

Habiendo llegado este barco tan cargado de bastimentos, se resolvió por los comandantes de mar y tierra hacer de nuevo las expediciones en busca del deseado Monterey. Para la de el mar fué el citado paquebot San Antonio, y en él nuestro venerable fray Junipero, y para la de tierra el señor gobernador con los demás que en su diario refiere el padre Crespi. Salieron ambas á mediados de abril, y estando ya á bordo mi venerable padre lector Junipero, me escribió la siguiente carta, que no omito insertar, pues de su contenido se percibe el ardiente y fervoroso celo de la conversión de las almas que inflamaba su corazón.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou. “Carísimo amigo, compañero y señor mio: Habiendo llegado á este puerto el día del señor san José el San Antonio, alias el Príncipe, aunque no entró hasta cuatro días después, de terminaron estos señores segunda vuelta á Monterey. Va segunda vez el padre fray Juan

“por tierra y yo por mar; y cuando estábamos en que no sería tan breve (aunque yo ya tenía embarcado cuanto había que llevar, menos la cama), ayer sábado de Gloria muy tarde, recibí recado del capitán nuestro paisano don Juan Perez, que aquella misma noche había de ser forzosamente el embarque. Embarquéme, y ahora estamos en la boca del puerto, y la gente trabajando en las maniobras de la salida, desde que les dije misa muy de mañana.

“Quedan de ministros de San Diego los padres Parron y Gomez, con soldados en sus trabajos, viendo que tal cual son los menos mal librados de los que aquí estamos. Yo y el padre fray Juan vamos con el ánimo de dividirnos (así que venga escolta) uno para Monterey y otro para San Buenaventura, como ocho leguas de distancia, porque no se pierda por nosotros ni por el colegio la erección de aquella tercera misión de esta nueva California. Y en la verdad será para mí el mayor de los trabajos tal género de soledad; pero Dios hará la costa por su infinita misericordia. Si no tuviere lugar de escribir al colegio al reverendo padre guardian, suplico á vuestra reverencia lo haga en mi nombre, dándole razon de todo, y que esta carta la escriba sentadito en el suelo de esta cámara con bastante trabajo, y así he hecho con la adjunta del señor ilustrísimo, que es brevecita, dándole razon de lo propio. Por este barco no he tenido ni siquiera una esquila ni una letra de nadie.

“En voz hemos tenido la noticia de la muerte de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIII, y que se hizo elección en el excelentísimo señor Ganganelli, religioso nuestro, *Dominius conservet eum, etc.*, que en esta soledad me he alegrado mucho de tanta dicha, y también he sabido de la muerte del padre Moran, á quien estamos aplicando las misas de nuestro concordato. El no haber venido carta, dicen que fué porque salió este barco con destino de ir derecho á Monterey, sin tocar acá; por esto se dejó allá todas las cartas de los que estábamos en San Diego, para que las traiga el paquebot San José, que dicen está destinado para acá; pero no ha llegado, y en opinion de estos señores náuticos es muy dudoso si llegará. Cuando venga el otro, como no ha de pasar adelante, aquí se quedarán las cartas, y leídas por los padres, harán lo que gustaren de ellas; porque no sé yo cuando irán otros para nuestro destino. Y ya ha un año que no tengo noticia del colegio ni de su ilustrísima, y breve se completa el de la última de vuestra reverencia. Bendito sea Dios. Cuando haya ocasión estimaré nos procure cera para las misas é incienso. Si hubieren llegado compañeros de España, á sus reverencias todos juntos con los antiguos me encomiendo con fina voluntad. “Por carta del padre Murguía, escrita al capi-

“tan D. Juan Perez en el cabo de San Lúcas, “supe que el padre Ramos había pasado á Loreto, llamado de vuestra reverencia á algunos negocios, y fué la cláusula de que mas me alegré, porque por ella supe el vivir vuestra reverencia y el padre Ramos, que no había sabido otro tanto desde que salí de Vellicatá ó San Juan de Dios.

“Esta carta concluyo hoy, segundo día de Pascua, día de la profesión de nuestro santo padre san Francisco, porque ayer al cabo no salimos porque cambió el viento; pero ahora que serán como las siete de la mañana ya estamos salidos de la boca del puerto y vamos á remolque con la lancha de San Carlos, á cuyos marineros cuando se despidan la entregaré, *Deo dante*, para que la lleven á los padres de tierra y puedan entregarla á unos correos que me dicen van á despachar, así que se verifiquen las salidas de ambas expediciones.

“En fin, adios, carísimo mio, y Su Majestad nos junte en el cielo. Al padre Ramos y padre Murguía especialísimas memorias; y á todos los demás escribo una de cordillera, encomendándome en sus oraciones. Repito la supplica de que escriba vuestra reverencia al colegio en mi nombre, pues por lo repentino no he tenido mas lugar, y Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mar del Sur, enfrente del puerto de San Diego, 16 de abril de 1770.—B. L. M. “de vuestra reverencia afectísimo hermano, amigo, siervo, etc.—*Fray Junipero Serra.*”

Habiendo salido de San Diego el día 16 de abril, empezaron á navegar y á reconocer la contrariedad de los aires, que les hizo descender hasta el grado 30; pero habiéndose engolfado y mejorado de vientos, llegaron con felicidad, después de cuarenta y seis días de navegación, al puerto de Monterey, como se verá en el capítulo siguiente.

La expedición de tierra salió un día después que la de mar, y llegando al deseado puerto, que no conocieron en el primer viaje, á los treinta y ocho días de su salida, habiendo descansado solo dos días en el camino las bestias, según se advierte en el diario del padre Crespi.

## CAPITULO XXII.

LLEGAN LAS EXPEDICIONES AL PUERTO DE MONTEREY Y SE FUNDA LA MISION Y PRESIDIO DE SAN CARLOS.

Satisfará lo que promete este capítulo la siguiente carta que me escribió el venerable padre, en que me comunica su llegada á Monterey y lo que en aquel puerto se practicó.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.— “Carísimo amigo y muy señor mio: día 31 de

“mayo, con el favor de Dios, después de un mes y medio de navegacion algo penosa, llegó este paquebot San Antonio mandado del capitán don Juan Perez, y dió fondo en este hermoso puerto de Monterey, el mismo, é invariado en sustancia y circunstancias de como lo dejó la expedición de don Sebastian Vizcaino el año de 1603. Me fué de mucho consuelo, el que se me aumentó con la noticia que aquella misma noche tuvimos de haber ocho días cabales que la expedición de tierra había llegado, y con ella el padre fray Juan, y todos con salud; y mas cuando el día santo de Pentecostés, tercero de junio, juntos todos los oficiales de mar y tierra y toda la gente junto á la misma barranca y encino donde celebraron los padres de dicha expedición, dispuesto el altar, colgadas y repicadas las campanas, cantando el himno *Veni Creator*, bendecida el agua, cnarbola da y bendita una grande cruz y los reales estandartes, canté la misa primera que se sepa haberse celebrado acá desde entonces, y después cantamos la Salve á nuestra Señora ante la imagen de su ilustrísima que ocupaba el altar, y en la misa les prediqué. Concluimos la función con el *Te deum* cantado; y después allá los señores hicieron el acto de posesion de la tierra en nombre del rey nuestro señor, que Dios guarde. Después comimos juntos en una sombra de la playa, y toda la función fué con muchos truenos de pólvora, en tierra y en el barco. A solo Dios sea toda la honra y gloria. En órden á no haber hallado este puerto los de la expedición pasada y haber promulgado que ya no existia, no tengo que decir ni por que meterme en juzgarlos. Basta que en fin que se encontró y se le cumplieron, aunque algo tarde, los deseos á su ilustrísima el señor visitador general y á todos los que deseamos esta espiritual conquista.

“Como el pasado mayo se cumplió un año desde que no recibí carta alguna de tierra de cristianos, puede pensar vuestra reverencia que en ayunas estaremos de noticias; con todo, solo pido cuando haya ocasion el saber de vuestra reverencia y compañeros, el cómo se llama nuestro santísimo papa reinante para nombrarlo en el cánon de la misa por su nombre; el saber si se efectuó la canonización de los beatos José Cupertino y Serafino de Ascoli, y si hay alguno otro beato ó santo, para ponerlo en el calendario y rezarlo, ya que parece estaremos despedidos de calendarios impresos; si es verdad que los indios mataron al padre fray José Soler en la Sonora ó Pimeria, y cómo fué; y si hay otro difunto de los conocidos, para encomendarlo á Dios como tal; y aquello solo que vuestra reverencia juzgue hacer caso para unos pobres ermitaños, segrega desde la sociedad humana.

“Lo que también deseo saber es de la misión

“de España; de ella encargo mucho á vuestra reverencia y suplico se destinen dos sugetos para estas misiones, para con los cuatro que estamos ajustar los seis y poner la mision de San Buenaventura en la canal de Santa Bárbara, tierra mucho mas ventajosa que San Diego, que Monterey y que todo lo descubierta. Ya se han enviado dos veces bastimentos para dicha mision, y ya que hasta aquí no se ha podido atribuir á los religiosos no estar fundadas, no quisiera que se atribuyera cuando haya escolta para ponerla. Verdad es que como el padre fray Juan y yo estamos en pie, no se demorará, porque nos dividiremos cada uno á la suya y será para mí el mayor de los esfuerzos el quedarme con el sacerdote mas cercano á distancia de ochenta leguas; por lo que suplico haga vuestra reverencia que no haya de durar mucho tiempo tan cruda soledad. El padre Lazuen desea mucho venir á estas misiones, y así téngalo vuestra reverencia presente cuando se le ofrezca deliberar en destinar ministros.

“Estamos cortisimos de cera para las misas, así acá como en San Diego; sin embargo, vamos mañana á hacer fiesta y procesion del Corpus, aunque sea pobreménte, para ahuyentar cuantos diablillos pueda haber por esta tierra: si hay lugar que venga alguna, nos hará muy al caso, y el incienso que en otra ocasión pedí. Vuestra reverencia no deje de escribir á su ilustrísima la enhorabuena de este hallazgo del puerto, y lo que bien le parezca, y no deje de encomendarnos á Dios, quien guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Carlos de Monterey, y junio día de san Antonio de Padua de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia afectisimo amigo, compañero y siervo—Fray Junipero Serra.”

En el mismo día que se tomó posesion del puerto y se dió principio al presidio real de San Carlos, se fundó la mision con el propio nombre y contigua á aquel una capilla de palizada para iglesia interina; asimismo una vivienda con las respectivas piezas ó divisiones para asistencia de los padres y oficinas necesarias, cercados ambos establecimientos con una estacada para su defensa. Los gentiles no se dejaron ver en aquellos dias, porque desde luego les causó espanto la multitud de tiros de artillería y fusilería que se dispararon por la tropa; pero á poco tiempo empezaron á acercarse, y el venerable padre á regalarlos para conseguir su ingreso en el gremio de la santa Iglesia y logro de sus almas, que era el principal objeto de sus designios.

El día después de la fiesta del Corpus que refiere el venerable siervo de Dios en su carta ya copiada, se despachó un correo por tierra con los pliegos para su excelencia y el ilustrísimo señor visitador general, dándoles noticia de todo la ac-

cido, y con el mismo me remitió su citada carta, la cual recibí el día 2 de agosto hallandome en la mision de Todos Santos, en el Sur de la California, quinientas sesenta leguas distante del puerto de Monterey, que tantas anduvo el correo en mes y medio, habiéndose detenido cuatro dias en San Diego. Los pliegos para su excelencia se despacharon por una lancha á San Blas; pero habiendo el comandante de la expedicion, en virtud de la órden que tenia, salido de Monterey á 9 de julio y arribado á aquel puerto á 1º de agosto, llegó á Méjico primero la noticia por sus cartas, que despachó inmediatamente y recibió el excelentísimo señor virey el día 10 del expresado agosto, quien mandó se celebrase tan plausible noticia con las devotas expresiones que se dirán en el capítulo siguiente.

El teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes quedó mandando el nuevo presidio de San Carlos en Monterey; y considerando ser muy poca la tropa que allí existia, resolvió de acuerdo con el venerable presidente, suspender la fundacion de la mision de San Buenaventura hasta que llegase un capitán con diez y nueve soldados que habian bajado á la antigua California por el mes de febrero á conducir ganado vacuno; pero el capitán con tropa y ganado no subió mas que hasta San Diego, sin dar aviso hasta el siguiente año en que lo hizo con un barco, como se verá adelante. No pudiéndose por este motivo dar principio á la mision tercera, se aplicó nuestro venerable padre con su discípulo fray Juan Crespi á la reduccion de los indios de Monterey, procurando atraer con regalitos á los que lo iban á visitar; pero como no habia quien supiese el idioma de ellos, se hubieron de pasar muchos trabajos al principio y hasta que Dios quiso abrir puerta por medio de un muchacho, indio neófito que habian traído de la antigua California, el cual con la comunicacion que el venerable Junipero le hacia tener con los gentiles para el efecto, empezó á entenderlos y á articular algunas cosas en aquella lengua, con lo que sirviendo de intérprete, pudo explicarse ya á los indios que el fin de la venida á sus tierras era para encaminar al cielo sus almas.

El día 26 de diciembre del citado año se consiguió el primer bautismo en aquella nacion gentilica, y fué para el fervoroso y ardiente corazón de nuestro venerable padre de inexplicable júbilo, y con el tiempo se fueron logrando otros y aumentándose el número de cristianos, de modo que á los tres años después subí yo á aquella mision y habia ya en ella ciento sesenta y cinco; y cuando terminó su gloriosa carrera el venerable fundador Junipero, dejó bautizados mil y catorce, de los cuales habian ya pasado muchos á gozar de Dios en la vida eterna por los incesantes desvelos de aquel apostólico varón.

Mucho ayudaron á estas reducciones, ó por mejor decir, fué el cimiento principal de tan im-

portante conquista, las singulares maravillas y prodigios que Dios nuestro Señor hizo ver á los gentiles para que cobrasen amor y temor á los católicos; temor para contenerlos y que no con su muchedumbre se insolentasen contra el corto número de los cristianos, y amor para que oyesen con afecto la doctrina evangélica que se les venia á enseñar, y para que abrazasen el suave yugo de nuestra santa ley.

El padre Crespi en su diario del segundo viaje de la expedicion de tierra al puerto de Monterey, dice en el día 24 de mayo (como puede ver en él el lector) lo siguiente: “Como á las tres leguas de andar, llegamos á la una del día á las lagunas de agua salada de la Punta de Pinos, de la parte del Nordeste, donde en el primer viaje se puso segunda cruz. Antes de apearnos fuimos el señor gobernador, un soldado y yo á ver la cruz, para ver si habia alguna señal de que hubiesen ya llegado allí los del barco; pero no se encontró ninguna. Encontramos toda la cruz rodeada de flechas y de varillas con muchos plumajes, hincadas en la tierra, que habian puesto los gentiles, y una sarta de sardinas todavía medio frescas, colgadas de una vara al lado de la cruz, otra con un trozo de carne al pié de la cruz y un montoncito de almejas.” Causóles á todos grande admiracion aquello; pero ignorando la causa suspendieron el juicio.

Luego que los recién bautizados comenzaron á explicar sus discursos en el castellano idioma y que el neófito californio comprendió el de ellos, declararon lo siguiente en distintas ocasiones. Que la primera vez que vieron á nuestra gente, advirtieron en ella que todos traian en el pecho una muy resplandeciente cruz, y que cuando se volvieron de allí dejando aquella grande en la playa, fué tanto el temor que se les infundió, que no les permitia acercarse á tan sagrada señal, pues la veian llena de lucidos resplandores cuando asentados aquellos con que el sol ilumina al día, prevalecian las sombras de la noche; advirtiéndola con tales creces, que les parecia elevarse hasta la suprema celsitud; pero que mirándola de día sin estas circunstancias y en su natural extension, se arrimaron á ella, y procurando congraciarse para con ellos para que no les hiciese daño alguno, le ofrecian en obsequio aquella carne, pescados y almejas; y que causándoles admiracion el ver que nada comia, le ofrecieron sus plumajes y flechas en significacion de que querian paz con la santa cruz y las gentes que allí la habian puesto.

Esta declaracion hicieron varios de los indios (como llevo dicho) en distintos tiempos, y últimamente en el año de 74 que volvió de Méjico el venerable padre presidente, ante quien la repitieron sin la menor variacion de como lo habian hecho ante mí el año anterior. Así lo escribió el siervo de Dios, por materia de edificacion, al excelentísimo señor virey, para fervorizarlo mas

y empeñarlo al propio tiempo en el feliz logro de esta espiritual empresa. Del citado y otros muchos prodigios que ha obrado el Señor, se ha seguido la reduccion de estos gentiles con toda paz y sin estrépito de armas. Bendito sea Dios, á quien sea toda la gloria y alabanza.

## CAPITULO XXIII.

DEVOTAS EXPRESIONES DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CROIX POR LA NOTICIA DEL DESCUBRIMIENTO DE MONTEREY.

Tan importante para mayor gloria de Dios, extension de nuestra santa fe católica en la mas setentrional California y honor de nuestro católico monarca, consideraban el excelentísimo señor virey marqués de Croix y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez, el establecimiento de Monterey, que la grande alegría que recibieron el día 10 de agosto del año de 1770 con la noticia de haberse fundado en dicho puerto la mision y presidio de San Carlos, no la pudieron contener en sus nobles corazones y la mandaron publicar en la populosa ciudad de Méjico, capital de la Nueva España. Pidieron al señor dean de aquella catedral mandase dar un solemne repique de campanas, al cual correspondieron todas las demás iglesias, así de seculares como de regulares, causando general alegría en todos los moradores. Preguntábase unos á los otros por la novedad, y enterados de ella acompañaron á su excelencia en el regocijo; pasando los principales á palacio á darle los parabienes, que recibió en compañía del ilustrísimo señor visitador, principal agente de las espirituales conquistas, para cuyo efecto trabajó como ninguno, no desdignándose un caballero de sus circunstancias de servir aun de peon para la carena de los barcos, y encajonar por sus propias manos los utensilios que habian de servir á las misiones; y viendo logrado el fruto de tantos trabajos, rindieron á Dios ambos señores las gracias por el feliz éxito de la conquista y expediciones dirigidas al efecto, con que se extendieron los dominios de nuestro católico monarca por mas de trescientas leguas en esta América en lo mas setentrional de ella.

Es el expresado tramo de trescientas leguas de longitud, de terrenos fértiles y poblados de inmensa gentilidad, de cuyos naturales dóciles y apacibles se esperó desde luego su conversion á nuestra santa fe y congregacion en católicos pueblos, que viviendo sujetos á la real corona, asegurasen las costas de este mar del Sur ó Pacífico. En accion de gracias de tan feliz consecucion, determinaron los citados señores que el día inmediato de recibida la noticia, se cantase en la iglesia catedral una misa solemne, á que asistieron ambos, acompañados de todos los tribunales, y concluida se repitieron los parabienes, que re-

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Desearo el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junipero y el alto concepto en que dichos señores lo tenían de ejemplar y celoso.

#### COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CARLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real orden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lucas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Carlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señas que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Carlos: pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitán don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Principe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Carlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitán del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya contruidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Carlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tercer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

#### CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNIPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Carlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allí de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las regas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicándoles tuviesen á bien que la mision de San Carlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hizoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian aquellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recién bautizados en el laborio de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardián del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos quehacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demás oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artilleria, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y orden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar apresio, así en toda esta como en la antigua España, da bassantes luces para conocer el alto concepto en que tenían á nuestro venerable fray Junipero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capitulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Desearo el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junipero y el alto concepto en que dichos señores lo tenían de ejemplar y celoso.

#### COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CARLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real orden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lucas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Carlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señas que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Carlos: pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitán don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Principe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embarco de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Carlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitán del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya contruidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Carlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tercer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

#### CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNIPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Carlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allí de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las regas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicándoles tuviesen á bien que la mision de San Carlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hizoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian aquellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recién bautizados en el laborio de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardián del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos quehacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demás oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artilleria, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y orden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar apresio, así en toda esta como en la antigua España, da bassantes luces para conocer el alto concepto en que tenían á nuestro venerable fray Junipero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capitulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente

me y otro igual el ilustrísimo visitador don José de Galvez, movidos ambos del mismo celo de la conversion y salvacion de las almas, pasaron billete al reverendo padre guardian de San Fernando, pidiéndole treinta religiosos sacerdotes, los diez para que á mas de las misiones mandadas fundar con los títulos de San Diego, San Carlos y San Buenaventura se estableciesen otras cinco con las advocaciones de nuestro padre San Francisco, Santa Clara, San Gabriel Arcángel, San Antonio de Padua y San Luis obispo de Tolosa, en esta nueva California.

Otros diez para cinco nuevas misiones en el país que media entre San Fernando Vellicatá y San Diego, con los nombres de San Joaquin, Santa Ana, San Juan Capistrano, San Pascual Bailon y San Félix de Cantaleio; y los diez restantes para compañeros de los que estaban solos en las antiguas misiones. En vista del católico pedimento de su excelencia, nombró el reverendo padre guardian y venerable discretorio, de los religiosos que se ofrecieron voluntariamente, el citado número pedido, y se dió parte al excelentísimo señor virey.

En cuanto su excelencia tuvo este aviso del colegio, dió las providencias correspondientes á efecto de que se entregasen á los religiosos todos los ornamentos, vasos sagrados, campanas y demás útiles para las iglesias y sacristías de las diez misiones: asimismo mandó dar al síndico del colegio diez mil pesos, un mil para cada una, con el fin de que se comprasen los demás efectos que se necesitasen para iglesia, campo y casa; y para el gasto del camino mandó se entregasen cuatrocientos pesos para cada uno de los misioneros, cuyo sínodo debía empezar á correrles desde el día de su salida de San Fernando. Envió su excelencia orden al propio tiempo al comisario de marina de San Blas para que se aprontase el paquebot San Carlos, que había arribado á aquel puerto después que el San Antonio, para pasar á Loreto á llevar los veinte misioneros y que el San Antonio saliese para Monterey con los diez restantes, y que ambos barcos se hiciesen el correspondiente rancho para los religiosos de cuenta de la real hacienda, y que se procurasen embarcar en ellos cuantos víveres cupiesen. Así se ejecutó todo, como veremos en el capítulo siguiente; debiéndose tan favorables providencias á la eficacia de los informes del venerable padre Junípero y á las fervorosas oraciones en que no cesaba de pedir á Dios este su amante siervo enviase operarios á esta viña, procurando al propio tiempo atraer á los gentiles al puerto de Monterey.

#### CAPITULO XXV.

VIAJE DE LOS TREINTA MISIONEROS QUE SALIERON DEL COLEGIO PARA AMBAS CALIFORNIAS.

Aunque eran grandes los deseos del excelentí-

simo señor virey de que sin pérdida de tiempo se embarcasen los treinta misioneros, y para el efecto dió sus superiores órdenes; pero por no estar prontos los barcos no se embarcaron hasta enero y febrero del siguiente año de 71, no obstante de haber salido de Méjico por octubre del de 70, pues hubieron de estar detenidos en el hospicio de Tepic.

De allí salieron los diez destinados para Monterey, y se embarcaron en el paquebot San Antonio á 2 de enero del citado año de 71; y después de cincuenta y dos días de navegacion algo penosa, por haber padecido bastantes borrascas, llegaron sin novedad al puerto de San Diego el 12 de marzo, hallando ya allí á los padres ministros de aquella mision, que ya tenían bautizados algunos neófitos, accidentados todos de escorbuto. El capitán dejó en San Diego parte de la carga, y se volvió á embarcar el día 10 de abril, y con él los padres misioneros, para pasar á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que se hallaba en Monterey, y recibir cada uno su destino é instrucciones.

Los veinte religiosos señalados para la antigua California se embarcaron en el paquebot San Carlos á principios de febrero, y en su navegacion tuvieron mucho que padecer, á causa de que habiendo salido del puerto de San Blas, comenzaron luego á experimentar la contrariedad de vientos y corrientes, hasta bajarlos mas allá del puerto de Acapulco. Considerándose tan lejos y apartados de la península de su destino, y que la agua era poca, quiso el capitán arrimarse á tierra para hacer aguada, y probando fortuna, se arrió á un mal puerto nombrado la Manzanilla, donde se vieron en evidente peligro de perderse, por haber varado el paquebot, con cuya lancha tuvieron que echar á tierra á todos los padres en un despoblado de las costas de Colima. Habiendo dado el barco muchos golpes, se maltrató el timon y saltaron las tablas del forro de la quilla; por esto recelaban hubiese quedado el paquebot imposibilitado de hacer viaje, y así lo noticiaron al excelentísimo señor virey.

Viendo su excelencia esta desgracia y atraso, dispuso que los misioneros caminasen por tierra hasta la provincia de Sinaloa á ponerse enfrente de Loreto, para hacer desde allí la travesía de sesenta leguas de golfo con uno de los barcos de la California. Hicieronlo así, y en el dilatado viaje de trescientas leguas, murió un religioso, llegando los demás al real de los Alamos, donde descansaron hasta que hubo oportunidad de barco que los trasportase.

Cuando la orden de su excelencia llegó, ya el capitán había mandado registrar al paquebot, y reconociendo que teniendo pronto remedio su daño podría hacer viaje dentro de poco tiempo; pero no obstante, los padres eligieron caminar por tierra, excepto dos que á ruegos del capitán se quedaron para venir en el barco; y habiendo

salido de Manzanilla y navegado para la California, tuvieron vientos tan contrarios, que les dilató la navegacion hasta fin del mes de agosto, pues el día 30 de él dieron fondo en la rada de Loreto; y teniendo entonces noticia de los demás misioneros, el señor gobernador despachó el paquebot la Concepcion para que los condujese, y desembarcaron en la misma rada á 24 de noviembre de 71.

A este tiempo me hallaba yo ausente; pero luego que tuve noticia del arribo de los padres á Loreto, escribí al señor gobernador pidiéndole los soldados necesarios, á lo menos para dos misiones, para pasar á fundarlas inmediatamente, como me lo encargaba su excelencia, y me respondió que tenía encargo del mismo señor excelentísimo para darme aquella tropa, pero que se hallaba sin ninguna por no haber todavía regresado de Monterey la que pertenecía á Loreto; que teniendo pedidas al gobernador de Sonora unas reclutas, luego que llegasen me aprontaría el socorro pedido, pues al presente estaba imposibilitado, y que de todo daba cuenta á su excelencia. En vista de la imposibilidad de fundar por entonces ninguna mision, repartí por las antiguas los diez y nueve misioneros y di cuenta al colegio y superior gobierno.

Llegaron á Méjico las cartas del señor gobernador y las mias á tiempo que habiendo cumplido el suyo el excelentísimo señor virey marqués de Croix, había entrado á gobernar el señor bailío fray don Antonio María Bucareli y Ursúa y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez se había retirado para la corte al real y supremo consejo de Indias, del que entonces era consejero y hoy del de Estado, gobernador de aquel y secretario de Estado y del despacho universal de Indias.

Con estas mutaciones y entre tanto que el nuevo excelentísimo señor virey se enteró de los asuntos de tan vasto gobierno, hubo la detencion que impidió dar principio al establecimiento de las cinco misiones que debían fundarse en el terreno que media entre Vellicatá y San Diego, como queda dicho; y resultó asimismo la pretension de los reverendos padres de Santo Domingo de Méjico para tener parte en estas espirituales conquistas, para cuyo logro consiguieron real cédula en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En vista de ella les respondió el excelentísimo señor virey que se viesen con el padre guardian del colegio de San Fernando, que lo era entonces el reverendo padre lector fray Rafael Verger, hoy obispo del nuevo reino de Leon. Hizolo así el prelado de los reverendos padres dominicos, y enterado el nuestro de la pretension por nueva cédula que habían conseguido de su majestad y sabiendo que la antigua California no era divisible por ser una lengua de tierra entre los dos mares y que solo podría tener efecto mezclándose

ambas religiones, de que se seguirian ó podrian seguirse graves inconvenientes; le respondió al venerable padre prelado dominico, que no podía ser el que ambas religiones estuviesen en aquel sitio; que si su paternidad queria todas las misiones que antes administraban los reverendos padres jesuitas, se las cederia, como tambien la que se acababa de fundar nombrada San Fernando, y se le quedaba esta frontera con el tramo de cien leguas pobladas de gentiles por la costa hasta llegar al puerto de San Diego inclusive, en cuyo tramo estaban mandadas fundar cinco misiones, y que su paternidad se podría hacer cargo de su establecimiento. En todo se convino aquel prelado, y firmado, así de él como del nuestro, este contrato, se presentó al excelentísimo señor virey, quien se dignó confirmarlo en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya misma fecha expidió el decreto para su cumplimiento, que se verificó en el mes de mayo del siguiente año de 1773 en que llegaron á la California los reverendos padres dominicos y les hice la entrega de las citadas misiones. Quedó ya con esto nuestro colegio libre de aquella carga y con mayor desahogo para atender á estas conquistas de Monterey ó Nueva California, á donde subimos nueve de los misioneros que estábamos en la antigua, y los demás se retiraron al colegio de San Fernando.

#### CAPITULO XXVI.

LLEGAN Á MONTEREY LOS DIEZ MISIONEROS CON LAS NUEVAS Y FAVORABLES PROVIDENCIAS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE.

Los diez misioneros que se embarcaron en San Diego el 14 de abril, llegaron á 21 de mayo del mismo año de 71 sin mas novedad que haber padecido algunos sustos por los contrarios vientos en los treinta y ocho días de navegacion. Fué su arribo de mucha alegría para nuestro venerable padre presidente, viéndose con tantos operarios que venian con grandes alientos para trabajar en la viña del Señor. Tenia ya el siervo de Dios suficiente vivienda, aunque de palizada, para hospedarlos y vivir en ella interin se repartian á poner mano á la empresa de la espiritual conquista. Con tantos religiosos en el centro de la gentilidad no quiso perder la ocasion de celebrar la segunda fiesta del Corpus, que cayó aquel año el día 3 de mayo, día de nuestro patrono san Fernando. Celebráronla con mayor solemnidad que el año antecedente, con misa cantada de tres ministros, sermón y procesion del Divinísimo con asistencia de doce sacerdotes. Desde luego parecia limitado el magnánimo corazon de fray Junípero para contener en sí y no derramar afuera el gozo que lo ocupaba al ver tan magníficos cultos tributados al Señor, á quien incesantemente repetia las

gracias por haber enviado aquel número de religiosos para dar mano á los establecimientos y conversiones, y al ver tan inclinados á darles todo fomento al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, quienes le escribían podía poner la mision de San Carlos en el rio Carmelo ó donde mejor le pareciese.

Pasada ya la fiesta del Corpus y enterado el venerable padre de las órdenes del excelentísimo señor virey en que mandaba su excelencia se fundasen cinco misiones á mas de las tres proyectadas desde el principio, hizo la distribucion de los religiosos que habian de pasar á administrarlas; y teniendo presente que los dos que estaban en San Diego le pedian licencia para retirarse, el uno al colegio y el otro á la antigua California, con la espectacion de que aquel clima calido probase mejor á su salud, pudiendo continuar sus tareas en aquellas misiones; y no olvidando al propio tiempo el siervo de Dios que los hacia acreedores á la concesion del retiro el mérito de haber trabajado con el mayor desvelo en las estaciones mas calamitosas, condescendió á las súplicas de ambos y nombró para sucesores ministros de aquella doctrina á los padres fray Francisco Dumetz y fray Luis Jaime, de la provincia de Mallorca. Para fundadores de la mision de San Buenaventura á los padres fray Antonio Paterina, de la provincia de Andalucía, y fray Antonio Cruzado, de la de los Angeles, y para la de San Gabriel á los padres fray Angel Somera, hijo del colegio, y fray Pedro Benito-Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, todos sacerdotes y predicadores.

Como quiera que las tres misiones á donde iban los citados padres estaban al rumbo del Sur y mas inmediatas al puerto de San Diego, se volvieron á embarcar los religiosos para aquel puerto en el mismo paquebot San Antonio, que salió del de Monterey á 7 de julio, y en él fué tambien el comandante don Pedro Fajes, graduado ya de capitán, para repartir la tropa y ganado que estaban en San Diego, por el retiro del capitán don Fernando Rivera.

En Monterey quedaron otros seis religiosos, incluso nuestro venerable fray Junipero, quien nombró para la mision de San Adonio de Padua á los padres fray Miguel Pieras y fray Buenaventura Sitjar, de la provincia de Mallorca. Para la de San Luis obispo de Tolosa, á los padres fray José Cavaller y fray Domingo Juneosa, ambos de la provincia de Cataluña, y para la de Monterey quedó el venerable padre presidente con su discípulo y compañero fray Juan Crespi. Quedaban todavía dos misiones proyectadas y no habia ministros para ellas, cuyos títulos eran de nuestro padre san Francisco y nuestra madre Santa Clara; pero como estas se habian de fundar mas arriba hacia el Norte y en la actualidad no habia tropa para todas, se consoló el siervo de Dios esperando que cuando subiese la tropa de la

antigua California, podrian tambien venir los cuatro ministros de las antiguas misiones.

A los dos dias después de la salida del paquebot San Antonio, en que iban los seis religiosos, pasó el venerable padre á reconocer las vegas y cañada del rio Carmelo, para mudar la mision de San Carlos á mas proporcionado sitio, y habiéndolo hallado con las comodidades necesarias, dispuso se hiciese el corte de las maderas para aquella fabrica, dejando tres mozos marineros que habian quedado allí de los del barco y cuarenta indios californios resguardados con cinco centinelas; de los que él, que hacia de cabo, quedó con el encargo de cuidar que cortasen y dispusiesen maderas para construir aquella mision, interin el venerable padre volvía de fundar la de San Antonio, para cuyo efecto salió luego, como se verá en el siguiente

### CAPITULO XXVII.

FÚNDASE LA MISION DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Aquel ardiente celo de la conversion de los gentiles en que se abrasaba el corazon de nuestro venerable fray Junipero, no le permitia descanso ni dilacion alguna en poner los conducentes medios para la consecucion de sus intentos. Luego que concluyó el reconocimiento del rio Carmelo y dejó en corriente los operarios para el corte de maderas, se regresó luego á Monterey para disponer su viaje de la Sierra de Santa Lucía, á donde salió luego con los padres destinados para fundadores de la mision de San Antonio, y llevando consigo todos los avios necesarios para aquella nueva mision y la precisa escolta de soldados, caminaron para aquella sierra, veinticinco leguas de Monterey, al viento Sur Sudueste; y habiendo llegado á la hoya de la citada serranía, encontraron una grande cañada, que llamaron de los Robles por estar muy poblada de estos árboles, y pasaron el real á ella.

Registraron el terreno, y habiendo hallado un plan dilatado y vistoso en la misma cañada, inmediato á un rio (que desde luego llamaron de San Antonio), les pareció muy proporcionado sitio para el establecimiento, por el buen golpe de agua que tenia aun en el mes de julio, que es el tiempo de las mayores secas, y asimismo que sin dificultad podrian darle conductos para el beneficio de aquellas tierras. Convenidos todos en la eleccion del terreno para el poblado, mandó el venerable padre descargar las mulas y colgar las campanas en la rama de un árbol, y luego que estuvieron en disposicion de tocarse, empezó el siervo de Dios á repicarlas, gritando como enajenado: "Ea, gentiles, venid, venid á la santa Iglesia; venid, venid á recibir la fe de Jesu-cristo;" y mirándolo el padre fray Miguel Pieras, uno de los dos misioneros señalado para presidente, le decia: "¿Para qué se cansa si este no

"es el sitio en donde se ha de poner la iglesia, ni en estos contornos hay gentil alguno? Es ocioso el tocar las campanas."—"Déjeme, padre, explayar el corazon, que quisiera que esta campana se oyese por todo el mundo, como deseaba la venerable madre sor María de Jesús de Agreda, ó que á lo menos la oyese toda la gentilidad que vive en esta sierra." Construyeron luego una cruz grande, que después de bendita y adorada enarbolaron y fijaron en aquel mismo sitio. Hizose asimismo una enramada, y puesta bajo de ella la mesa de altar, celebró el venerable padre la primera misa á san Antonio, patrono de aquella mision, el dia 14 de julio del año de 1771, dedicado al seráfico doctor san Buenaventura. Presenció este sacrificio divino un gentil que atraído del sonido de las campanas ó de la novedad de ver gentes tan extrañas, ocurrió allí á tiempo que se celebraba la misa. Advirtiéndole el venerable sacerdote al voltearse para el pueblo para la plática después del Evangelio, y rebosando de la alegría su corazon, la explicó en su discurso, diciendo de esta manera: "Espero en Dios y en el patrocinio de san Antonio que esta su mision ha de ser un gran pueblo de muchos cristianos, pues vemos lo que no se ha visto en otras de las misiones fundadas hasta aquí, que á la primera misa ha asistido la primicia de la gentilidad, y no dejará ese de comunicar á los demás gentiles lo que ha visto." Así sucedió, como veremos después, cumpliéndose perfectamente con el hecho las esperanzas de nuestro venerable padre, quien luego que concluyó la misa comenzó á acariciar y regalar al gentil, con el fin de atraer por este medio á los demás, como lo logró aun en aquel mismo dia, pues llevados de la novedad empezaron muchos á concurrir, y habiéndoles hecho entender por señas (á falta de intérprete) que habian ido á avecinarse y vivir en aquellas tierras, dieron muestras de apreciarlo mucho, comprobándolo con las continuas visitas que les hacian y regalos de piñones y bellotas que extraían, cuyas semillas y otras silvestres de que hacen sus pinoles ó harinas para mantenerse, cosechan con abundancia. Correspondia el venerable padre y demás á estos obsequios con ensartas de avalorios (ó cuentas de vidrio de diversos colores) y asimismo con nuestras comidas de maíz y frijol, á que se aficionaron desde luego aquellos infieles.

Inmediatamente se dió principio á construir por de pronto, de madera, casa para habitacion de los padres y sirvientes, cuartel para los soldados é iglesia para el divino culto, cercado todas estas piezas con estacada para la defensa y con escolta de seis soldados y un cabo para resguardo. Dentro de poco tiempo ya los padres se llevaban la atencion de los gentiles, que les cobraron singular afecto por el amor y cariño con que los trataban, y desde luego comenzaron á

manifestar la confianza que hacian de los religiosos, llevándoles sus semillas luego que levantaban las cosechas, y diciéndoles que comiesen lo que gustasen de ellas, y el resto se lo guardaran para el tiempo de invierno. Así lo hacian los misioneros con mucha complacencia, admirando en los gentiles tanta confianza; y con la espectacion de que seria mayor cuando reengendrados por el bautismo los mirasen como á verdaderos padres. Quedó en el mismo concepto nuestro venerable fray Junipero al ver tan al principio semejantes demostraciones, y con esta confianza, dejando á los citados misioneros en la mision de San Antonio, se regresó para la de Monterey, á los quince dias de fundada aquella.

Instruidos los nuevos misioneros por el venerable presidente, se dedicaron desde luego con el mayor desvelo á aprender con los niños el idioma de aquellos bárbaros, para poder explicarles por este medio que el fin de venir á sus tierras era para dirigir al cielo sus almas. Consiguieronlo á costa de toda su aplicacion, y habiendo empezado á catequizar y bautizar, tenían ya, á los dos años de fundada aquella mision, que estuvo yo en ella, ciento cincuenta y ocho cristianos nuevos.

Entre ellos habia, segun me refieren aquellos religiosos, una mujer, que nombraron Agueda, tan anciana, que segun su aspecto representaba tener de edad cien años. Fué esta á pedir á los padres el bautismo y habiéndole preguntado la causa de querer ser cristiana, respondió que siendo ella de corta edad, oia referir á sus padres la venida á aquellas tierras de un hombre que vestia el mismo hábito que los religiosos, el cual no habia entrado ni á pié por tierra, sino volando, y que este les decia lo mismo que ahora predicaban los misioneros, y que acordándose de esto se habia movido á ser cristiana. No dando crédito los padres al dicho de la anciana mujer, se informaron de los neófitos, y unánimes todos respondieron que así lo habian oido decir á sus antepasados y que era general tradicion de unos á otros.

Al oír de los padres esta noticia, me acordé luego de la carta que en el año de 1631 escribió la venerable madre sor María de Jesús de Agreda á los misioneros empleados en las espirituales conquistas del Nuevo Méjico, en que entre otras cosas les dice: que nuestro padre san Francisco llevó á estas naciones del Norte dos religiosos de su orden para que predicasen la fe de Jesucristo (los cuales no eran españoles) y que después de haber hecho muchas conversiones, padecieron martirio. Y habiendo cotejado el tiempo, me hice juicio podria haber sido alguno de esos religiosos el que decia la neófito Agueda.

La citada mision de San Antonio (como tengo dicho) se halla situada en el centro de la Sierra de Santa Lucía, distante de la costa del mar Pacífico como ocho leguas, por la fragosidad delca-





hora de los Dolores y lo puso á la vista de los bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron á tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes á poner á los piés de la soberana Reina los avalorios que al cuello traían, como prendas de su mayor aprecio; manifestando con esta accion la paz que querían con los nuestros. Convocaron á todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres, mujeres y niños venían á ver á la santísima Virgen, cargados de varias semillas, que dejaban á los piés de la santísima Señora, entendiendo que comía como los demás.

Iguales demostraciones hicieron las mujeres gentiles del puerto de San Diego después de pacificados aquellos habitantes, pues habiéndoles manifestado otra imagen de nuestra Señora la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, luego que lo supieron en las rancherías inmediatas ocurrieron á verla, y como no pudiesen entrar por impedirselos la estacada, llamaban á los padres, y metían por entre los palos sus cargados pechos, expresando vivamente por señas que venían á dar de mamar á aquel tierno y hermoso niño que tenían los padres.

Con haber visto la imagen de nuestra Señora los gentiles de la mision de San Gabriel, se mudaron de tal suerte, que frecuentando las visitas á los religiosos, no sabían cómo manifestarles el contento de que hubiesen ido á avecindarse en sus tierras, y ellos procuraban corresponderles con caricias y regalos. Pasaron á registrar aquel grande llano y dieron principio á la mision en el lugar que juzgaron á propósito, con las mismas ceremonias que quedan referidas en las demás reducciones. Celebróse la primera misa bajo de una enramada, el día de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, y el día siguiente dieron principio á fabricar una capilla que sirviese de interina iglesia, y asimismo una casa para los padres y otra para la tropa, todo de palizado y con cerco de estacas para la defensa en cualquier evento. La mayor parte de la madera para las fábricas la cortaron y arrancaron los mismos gentiles, ayudando á construir las casitas, por cuya causa quedaron los padres con la espectacion del feliz éxito, y que desde luego no repugnarían abrazar el suave yugo de nuestra evangélica ley.

Cuando mas contentos estaban aquellos naturales, desgració esta buena disposicion uno de los soldados, agraviando á uno de los primeros capitanes de las rancherías, y lo que peor es, á Dios nuestro Señor. Queriendo el capitán gentil tomar venganza del agravio que se habia hecho á él y á su mujer, juntó á todos los vecinos de las rancherías inmediatas, y convidando á los hombres capaces de tomar las armas, se presentó con ellos á los soldados, que distantes de la mision, guardaban y apacentaban la caballada, de los

cuales era uno el malhechor. En cuanto estos vieron venir tanta gente armada, se vistieron las cuernas para el resguardo de las flechas, y se pusieron en arma, sin tener lugar de dar aviso á la guardia, que ignoraba el hecho del soldado. Lo mismo fué llegar los gentiles á tiro de escopeta, empezaron á arrojar flechas, encaminándose todos al soldado insolente. Este con la escopeta apuntó al que veía mas osado, presumiéndose sería el capitán, y disparándole una bala, lo mató. Luego que los demás vieron el estrago y fuerza de las armas de los nuestros que jamás habian experimentado, y que las flechas no les hacian daño, huyeron presurosos, dejando al infeliz capitán, que después de haber sido el agraviado, quedó muerto; de cuyo hecho resultó que se amedrentasen los indios.

Llegó á pocos días de haber sucedido esto el comandante con los padres y avió para la mision de San Buenaventura, y temiendo que los gentiles hiciesen algun atentado para vengar la muerte de su capitán, resolvió aumentar la guardia de la mision de San Gabriel hasta el número de diez y seis soldados. Por este motivo y la poca confianza que habia de los restantes, á vista de tan repetidas deserciones, hubo de suspenderse el establecimiento de la mision de San Buenaventura hasta ver el éxito de la de San Gabriel, donde quedaron los dos ministros de aquella con todos sus utensilios hasta nuevo aviso. El comandante subió con los demás soldados para Monterey, llevándose al que habia matado al gentil, para quitarlo de la vista de los otros, no obstante que el escándalo que habia cometido estaba oculto así al comandante como á los padres.

Quedaron por esta razon cuatro misioneros en la doctrina de San Gabriel; pero habiendo enfermado los dos ministros de ella, en breve tiempo hubieron de retirarse á la antigua California, y los dos destinados para San Buenaventura quedaron administrándola y procuraron con toda la suavidad posible atraer á los gentiles, quienes poco á poco fueron olvidando el hecho del soldado y la muerte de su capitán, y empezaron á entregar algunos niños para ser bautizados, siendo de los primeros el hijo del miserable difunto, que con mucho gusto dió la viuda; y á su ejemplo fueron otros entregando los suyos, y se fué aumentando el número de cristianos, de suerte que pasados dos años de fundada la mision que estuve yo en ella, ya tenían bautizados setenta y tres, y cuando murió nuestro venerable padre se contaban mil y diez y nueve neófitos.

### CAPITULO XXX.

ENVIA EL VENERABLE PADRE Á SU COMPAÑERO AL RECONOCIMIENTO DEL PUERTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

Llegó el comandante don Pedro Fajes á Mon-

terey, y hallando mudada ya la mision de San Carlos al rio Carmelo, pasó allí á ver al venerable padre fray Junipero para comunicarle cuanto habia pasado. Causóle al siervo de Dios mucha pena que se frustrase el establecimiento de San Buenaventura, por ser esta mision de las tres proyectadas primeramente, y la que llamaba peculiar suya el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez; pero viendo que no habia sido por causa de los misioneros, dió á Dios las gracias, así por esto como porque se hubiese conseguido la fundacion de San Gabriel, confiando en su divina Majestad que cuando fuese de su mayor agrado se estableceria aquella con mejores proporciones y menos ansias. Así se lo concedió el Señor después de trece años de proyectada; y aunque fué la última que el venerable padre fundó, pudo decir de ella lo que la Iglesia santa de la canonizacion del mismo seráfico doctor san Buenaventura: *tamen quo tardius eo solemnus*, como en la narracion de este establecimiento se verá.

Viendo el venerable fray Junipero desgraciada aquella fundacion, le propuso al comandante la de San Luis; pero se excusó por la misma razon, diciéndole que si se disminuía la tropa y venia de San Gabriel noticia de alguna novedad en aquella mision por parte de los indios, se veria desde luego imposibilitado de pasar á socorrerla; que luego que se supiese que estaban en quietud, se daría mano en fundar la reduccion de San Luis.

Considerando aquel fervoroso prelado que entre tanto no se verificase novedad alguna por abajo, omitirían el despacho de correo, y que con esta espectacion se estarían todo el año sin adelantamiento alguno, propuso al comandante Fajes que interin se recibia noticia, se fuese al reconocimiento del puerto de nuestra padre San Francisco, para ver qué sitio se encontraba proporcionado para la mision, y á comunicar y congratular á los gentiles, para que hubiese esto adelantado cuando llegase la ocasion del establecimiento. Convino el comandante á esta expedicion, ofreciendo ir en persona con el padre Crespi luego que pasase la estacion de las aguas, si para este tiempo no habia novedad.

Viendo á mediados del mes de marzo que ya no llovía ni habia venido correo de San Luis y dando por supuesto que no habria por allá ningun acacimiento, salieron de Monterey el día 20 de dicho mes del año de 1772, de cuyo viaje y registro formó su diario el citado padre Crespi, que asentó á continuacion de los demás, al cual remito, al lector curioso. Impidióles concluir aquel registro á su satisfaccion la noticia que recibieron por un correo que llegó de San Diego, de que aquel puerto estaba á peligro de desamparrarse, por irseles acabando los viveres, y que para remediarlo habia bajado á la antigua California el padre Dumetz, pues aunque el paquebot

San Antonio habia traído aquel año igual carga de comestibles que en los antecedentes, pero tambien se habian aumentado los consumidores, así con los peones que quedaron del barco, como con los neófitos que se agregaban á la mision, por cuya causa iban dando fin insensiblemente los bastimentos que habia.

Luego que el comandante recibió esta noticia, estando en la expedicion del citado reconocimiento, retrocedió para Monterey, como se advierte en el expresado diario, y despachó la recua cargada de viveres para abastecer á San Diego y á San Gabriel, que por dicho correo se supo no habia habido novedad alguna con los indios de esta última mision, y si que los dos ministros de ella se habian retirado enfermos para la antigua California, y quedaban supliendo los de San Buenaventura, como dejó dicho. En atencion á esto y á que quedaba solo en San Diego el padre fray Luis Jaime, envió con la recua al padre fray Juan Crespi, que acababa de llegar del reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.

Llegó á San Gabriel y San Diego este socorro, y poco después recibieron otro, que les remitió yo de la antigua California con un misionero, y al mismo tiempo llegó el padre Dumetz. Quedó con esto socorrida aquella necesidad, que dentro de poco tiempo se trasladó á Monterey, porque retardándose el barco que conducia las provisiones tres meses mas que los años antecedentes, hubieron de padecer aquellos vecinos los efectos de la escasez, haciéndoles desde luego notable falta los viveres que embarcaron al puerto de San Diego.

En esta atencion se vió precisado el comandante don Pedro Fajes á tomar la providencia de dejar en el presidio un corto número de soldados y pasar con los demás á la cañada que llamaron de los Osos, distante cincuenta leguas del presidio, para hacer matanza de estas fieras y comprar semillas silvestres á los indios con que pudiera mantenerse la gente. Duró esta necesidad hasta que con el arribo del barco quedó remediada, aunque á los padres no les alcanzaron tanto sus tristes efectos por haberlos socorrido los gentiles, como se verá en la siguiente carta del venerable padre Junipero.

### CAPITULO XXXI.

CARTA DEL VENERABLE PADRE CON ALGUNAS NOTICIAS Y LLEGADA DE LOS BARCOS.

“Viva Jesús, María y José—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.—  
“Carísimo amigo y mi señor: No me quiero querellar del limitado tiempo para escribir á vuestra revencia porque no parecezca mañana vieja; harta tengo con significar el recelo de lo que con trabajo escribo llegué á sus titu-

“ los. Le que primero digo es que gracias á Dios tengo salud, y que no me ha tocado á mí ni á ninguno de los padres compañeros la hambre que por estas tierras á mortificado y mortifica á muchos pobres. Lo segundo que cuando esperábamos el barco, nos ha llegado la noticia de ser dos los que vienen á este puerto; pero con haber llegado ambos á la altura, y aun el uno á dos leguas de esta mision, ninguno á podido aportar acá; y escribe el capitán del Principe, que es nuestro don Juan Perez, que ya no podrá venir, que se halla en San Diego, y que vayan allá, si quieren lo que trae: el otro escribe, que es don Miguel Pino, con Canizares, que se halla en la canal de Santa Bárbara y que se va á San Diego; con que allá tenemos todo y acá nada. El consuelo es que aquellas dos misiones de San Diego y San Gabriel ya quedan fuera de cuidado. Esta, la de San Antonio y el presidio, no están con peligro de abandonarse; pero están con el seguro de que les dure á la gente algunos días la mortificación. Las mulas para subir por tierra son pocas y maltratadas.

“ Los principales mantenedores de la gente son los gentiles; por ellos se vive porque Dios quiere, sin embargo de que la leche de vacas y la verdura de la huerta han sido dos grandísimos sustentáculos de estos establecimientos; pero ambos renglones ya escasean; mas no por eso me pesa ni le pese á vuestra reverencia el que estén fundadas estas misiones, como que no le duele á ministro alguno de los que las pueblan.

“ El desconsuelo solo se ha hallado en las vacantes por dificultad de proseguir las fundaciones. Ya se les ha quitado á los padres de San Luis el continuo desconsuelo de catorce meses de espera con la noticia de que con las abundantes provisiones que traen los barcos prontamente se pondrá su mision, y ver ya para ella todas las cosas aprontadas.

“ Si para la fundacion de estas se hubiera de esperar los tiempos en que se suben aquellas y los adelantamientos dependiesen de la venida del barco, muchos años se habian de pasar para que se fundase alguna, con la dificultad de venir de esas remotas tierras los socorros, atentas las dificultades que vuestra reverencia mejor que yo conoce y palpa. Todos los ministros gimen y gemimos las vejaciones, trabajos y atrasos que tenemos que aguantar; pero ninguno desea ni piensa dejar su mision. Ello es que trabajos ó no trabajos, hay varias almas en el cielo, de Monterey, de San Antonio y de San Diego, que de San Gabriel no lo sé hasta ahora. Hay competente número de cristianos que alaban á Dios, cuyo santo nombre es en la boca de los mismos gentiles mas frecuente que en la de los muchos cristianos. Y aunque presumen algunos que de mansos corderos que son todos, se vuelvan algun dia tigres y

“ leones, bien puede ser si lo permite Dios; pero de los de Monterey vamos ya para tres años de experiencia y los de San Antonio para dos y cada dia son mejores.

“ Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en estos últimos siglos á nuestro padre, san Francisco (como dice la seráfica madre María de Jesús) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se han de convertir á nuestra santa fe católica, ya me parece que la veo y palpo; porque si aquí no son ya todos cristianos, es á mí entender por solo la falta del idioma; trabajo que no me ha venido de nuevo, porque siempre imaginé que mis pecados tenian muy merecida esta gracia, y que en unas tierras como estas donde no se podia prometer intérprete ni maestro en lo humano hasta que alguno de acá aprendiese el castellano, era preciso se pasase algun tiempo.

“ Ya en San Diego venció el tiempo la dificultad, ya bautizan adultos, ya se celebran matrimonios; y aquí estamos ya en disposiciones bien próximas para lo mismo, porque ya se comienzan á explicar los muchachos en el castellano; y en lo demás, si se nos diera algun auxilio, en breve se nos daría poco que viniese. ó no el barco para asunto de viveres; pero estando las cosas así, poca cabeza podrán levantar las misiones: con todo, yo confío en Dios que todo se ha de remediar.

“ Pues vamos ahora al asunto principal: yo voy á San Diego con el comandante don Pedro Fajes, y vuestra reverencia algun dia ha de reconocer el tramo intermedio entre San Fernando Vellicatá y dicho puerto, para distribuir en él sus cinco misiones, y si pudiese ser ahora, podríamos darnos un abrazo por mediadores ó fines de setiembre, y supliría nuestra comunicacion la falta de muchas cartas, y discurriríamos como se pueda adelantar mejor esta gran obra, que sin merecerlo ha puesto Dios nuestro Señor en nuestras manos. El gran consuelo de que me serviría dicha concurrencia lo dejo á la consideracion de vuestra reverencia; pero no lo haga vuestra reverencia por mí sino solo si lo considera conducente al bien de las almas. Procuraremos retirarnos cada uno á su destino antes de las aguas, y me parece haber tiempo competente para todo. Pero sobre todo, pido con eficacia, que ó con vuestra reverencia ó por sí solos, vengan en dicho tiempo dos religiosos para la fundacion de San Buenaventura, ó para ministros de San Gabriel, en lugar de los que se fueron enfermos á esas misiones. Viniendo estos, que es puntualmente el número de los que han ido de acá enfermos, ya sabré que no tengo de pedir mas sino del colegio. Los que hubieren de venir, que vengan bien prevenidos de paciencia y caridad y lo pasarán, alegremente, y se podrán hacer ricos, digo en trabajos, para

## CAPITULO XXXII.

BAJA EL VENERABLE PADRE Á SAN DIEGO Y DE PASO FUNDA LA MISION DE SAN LUIS.

“ ¿dónde irá el buey que no ara? y si no ara, ¿cómo podrá haber cosecha?

“ Para mientras ande fuera queda administrando esta mision el padre Pieras con uno de los padres de San Luis; que el otro se va para San Antonio, donde queda solo el padre fray Buenaventura Sitjar, para irse aproximando y dar principio á su mision. La de San Antonio, que el dia de san Buenaventura cumplió el año de fundada, ha sido en esta necesidad que ha habido el recurso todo para semillas gentílicas y sus pinoles. Al buen padre Pieras le debe esta mision la caridad de mas de cuatro cargas de tales géneros, pues en esta última venida me trajo tres. Del padre fray Juan nada digo, porque ya por sus cartas sabrá todos sus viajes. En fin, no digo mas; si nos viéremos podremos hablar (con el favor de Dios) de todo; y si no, espero escribir mas largo y tendido.

“ Si vuestra reverencia tuviere ocasion de escribir á nuestro colegio, comunice siempre las noticias ciertas que de por acá tenga, porque si no llegaren mis cartas, tengan siquiera por ese medio alguna razon de estas tierras y misiones. Me encomiendo con finísima voluntad á cada uno de los padres de esas misiones, viejos y nuevos, y que me tengan presente en sus oraciones, y los amigos y conocidos me tengan por excusado escribirles en particular, por lo dicho al principio, razon porque esta ha ido *pro majori parte* de noche. Si los padres Lazuén y Murguía fuesen de los que vengan por estos desiertos, lo dicho dicho de paciencia y ánimo, etc. Deseo á vuestra reverencia las mismas partidas, que segun estoy algo entendido, no son por esas tierras menos necesarias. Concedánoslas á todos Dios, y guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Carlos de Monterey en el Carmelo, y agosto 18 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afecto amigo, compañero y siervo.—*Fray Junipero Serra.*”

Al mismo tiempo que el venerable padre me escribia esta carta, recibí yo las del excelentísimo señor virey y reverendo padre guardian del colegio, en que me daban noticia del concordato hecho con los reverendos padres dominicos para la entrega de la California antigua, y caminaban ya para Monterey los dos religiosos que me pedía para la mision de San Buenaventura, con quienes le tenia escrita aquella novedad, pidiéndole me diese noticia del número de religiosos que necesitaba, para que no se regresasen al colegio. Pero cuando llegó á San Diego la carta, ya el venerable siervo de Dios se habia embarcado para San Blas con el fin de pasar á Méjico á informar al excelentísimo señor virey, como diré adelante.

Viendo el venerable padre por las cartas de los capitanes de los barcos, que no podian subir á Monterey, y la falta de mulas que imposibilitaba conducir las cargas por tierra, tomó el trabajo de bajar á San Diego, para estrecharse allí con los señores marítimos, y de paso dar principio á la mision de San Luis obispo de Tolosa, y á la vuelta fundar la de San Buenaventura. Salió de Monterey con el comandante don Pedro Fajes, que iba al mismo fin, luego que se despachó el correo, y de camino visitó la mision de San Antonio. Alegróse mucho de ver ya en ella tan crecido número de cristianos, y se llevó al padre fray José Cavaller para el establecimiento de la mision de San Luis. Caminaron otras veinte leguas, y llegaron á la vista de la Cañada de los Osos, donde dije hicieron matanza de estos animales para matar la hambre que padecian las gentes, hallando desde luego en ella proporcionado sitio con buenas tierras de pan llevar y un cristalino arroyo que las fecundaba.

Formaron luego una grande cruz, que después de enarbolada la adoraron, y se tomó posesion del terreno. Dióse principio al establecimiento el dia 1º de setiembre de 72, diciendo misa bajo de una enramada nuestro venerable fray Junipero, quien saliendo de aquella mision el dia siguiente, segundo de setiembre, prosiguió su viaje para San Diego. Dejó en ella á dos indios californios para que ayudasen, y el señor comandante un cabo con cuatro soldados para escolta, prometiendo al padre que á la vuelta se la completaria hasta el número de diez hombres, porque necesitaba gente para la conduccion del ganado y recua de viveres; por cuya carestía le dejó solo para la manencion del padre, los cinco soldados y los citados dos indios, dos arrobas de harina y tres almudes de trigo; y para que comprasen semillas de los indios gentiles le dejó un cajon de azúcar rojo, quedando muy contento el padre con tan limitado bastimento, poniendo toda su confianza en Dios, y con esto se despedieron.

Luego que empezaron su dilatado viaje los caminantes, dió providencia el padre misionero de San Luis para que los dos indios hiciesen el corte de la madera para la construccion de una pequeña capilla que sirviese de interina iglesia, y la respectiva vivienda para los padres. Lo mismo hicieron los soldados formando su cuartel y estacada para la defensa. Aunque por aquel paraje no habia ranchería alguna de gentiles, en breve tiempo ocurrieron á la novedad; y como quiera que ya habia comunicado cerca de tres meses á los soldados que estuvieran en la matanza de los osos, de que daban agradecidos las gracias por haberles quitado de su tierra tan fieros animales,

que habían matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenían ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejó, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenía ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hacia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir interin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patrios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision incomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un dia de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo

sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándose las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

### CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junipero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capitulo XXV, como porque concebía de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junipero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavia mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazon con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarle, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avios pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el dia 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecía en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitán y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las cien y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenían de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad; se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paquebot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junipero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigia á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contratiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junipero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envié para Monterey con la recua de los vi-

veres que remitía el comandante Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el animo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar á la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de viveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junipero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demas auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acacimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedia de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el dia siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pidiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hicieronlo así, y después de cantada la misa, se juntaron los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junipero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

que habían matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenían ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejó, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenía ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hacia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir interin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patrios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision incomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un dia de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo

sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándoles las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

### CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junipero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capitulo XXV, como porque concebía de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junipero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavia mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazon con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarle, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avios pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el dia 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecía en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitán y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las cien y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenían de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad; se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paquebot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junipero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigia á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contratiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junipero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envié para Monterey con la recua de los vi-

veres que remitía el comandante Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el animo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar á la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de viveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junipero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demas auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acacimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedia de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el dia siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pidiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hicieronlo así, y después de cantada la misa, se juntaron los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junipero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

sacrificaba, se embarcó en el expresado paquebot San Carlos, que salió de San Diego el 20 de octubre, y después de quince días de navegación dió fondo el 4 de noviembre en San Blas, sin haber experimentado novedad alguna en el viaje. Desembarcó en aquel puerto el venerable padre, y se halló con las novedades que demostrará el capítulo siguiente en la copia de la carta que insertaré, las cuales habría sabido en San Diego si se hubiera dilatado en salir algún corto tiempo, pues se las escribí por setiembre en carta que llevaron los padres que le enviaba para la misión de San Buenaventura, que llegaron á San Diego: á pocos días de haber salido de allí el barco.

## CAPITULO XXXIV.

VIAJE DEL PADRE DE SAN BLAS Á MÉJICO, COPIA DE LA CARTA QUE ME ESCRIBIÓ DESDE TEPIC, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Luego que el venerable padre Junipero se vió en tierra de cristianos, dejando su corazón en la de los gentiles de Monterey, se puso en camino de San Blas para Tepic, con el compañero que llevaba, que era un muchacho neófito de los primeros que bautizó en Monterey, el cual le sirvió de mucho, porque se llevó el indio las atenciones de todos, así por el camino como en Méjico y aun del mismo señor virey, que lo miraba como primicia de esta espiritual conquista. Llegó á Tepic, y habiendo parado en el hospicio de la Santa Cruz de la provincia de Jalisco, me escribió la siguiente carta:

"Viva Jesús, María y José. — Carísimo amigo y mi señor: si vuestra reverencia ha recibido la carta que encargué á los padres de San Diego escribiesen á vuestra reverencia por serme imposible el escribir, ya sabrá de mi embarque, el que por la misericordia de Dios fué feliz, pues á los quince días de hecho á la vela, dimos fondo en San Blas, y desembarcamos el día 4 del corriente. Entonces fué cuando tuve la noticia de haber admitido la total renuncia de sus misiones. Llegado el día 7 á este hospicio de Tepic, donde hallé á los padres Martínez é Imaz, pues los demás ya habían salido para Méjico, supé que vuestra reverencia me había despachado como para San Diego, el que llegaría poco después de mi salida. Dícame el padre Martínez que el reverendo padre guardian, de veintitantos ministros, que todavía quedan en estas misiones antiguas, ha destinado cuatro para las nuevas, y que vuestra reverencia quería saber de mí si necesitaba mas.

"A lo que respondo: que me parece gran lástima que se hayan de ir religiosos que están ahora un paso para volver de tan lejos, multiplicando gastos y trabajo. El padre Cruzado me tiene pedida licencia, y le es muy debida

por lo que ha trabajado y no puede mas. El padre Paterna, á puros ruegos míos puede que continúe, si esto toma mejor aspecto; pero la tiene también pedida. Yo tengo pedido tercero ministro para Monterey, para poder yo andar, porque son allá indispensables dos misas todos los días festivos, una para la misión y otra para el presidio. Creeré se alegrarán en el colegio se funden las de San Buenaventura, Santa Clara y la de nuestro padre San Francisco, que con las providencias que espero lograr no ha de ser difícil. Por otra parte, que en unas misiones de tanta distancia hubiese uno ú otro supernumerario, me parece fuera muy conveniente.

"De todo lo cual, en resumidas cuentas, mi parecer sería que de ocho á diez se subiesen arriba hasta mi vuelta ó primera venida del barco, que supuesto que la tornavuelta es fácil como dé viento en popa, no se perdería mucho. Pero dirán que la comida de tantos puede dificultar mi propuesta; á lo que digo: que ahora hay que comer, y que repartidos no les ha de faltar, y espero en Dios que en mucho menos de un año, que creo pueda tardar el sucesivo socorro, no han de perecer.

"También me dice el padre Martínez que vuestra reverencia es uno de los que tienen facultad de ir por el padre guardian, aunque lo dejan á su elección. Si vuestra reverencia determina que allá vivamos y muramos, me será de mucho consuelo; pero solo digo que vuestra reverencia obre según Dios le inspire, que yo me conformo con la divina voluntad. También digo: que mi propuesta del sobredicho número de ministros, es mi ánimo que tenga efecto, si el tenor de la carta del reverendo padre guardian está en términos de alguna interpretación con que tenga lugar; pero que si redondamente manda que vayan allá cuatro, y que los demás se vuelvan al colegio, ya no digo nada, sino que Dios lo remedie; y en el interior hagamos la obediencia.

"Si hubiese tiempo de escribir lo dicho al padre guardian, tener respuesta y poderla poner en manos de vuestra reverencia antes de la salida de los religiosos, fácilmente se componía todo; pero no considero el caso deable. Yo salgo mañana con el favor de Dios, en seguimiento de mi camino. Me encomiendo á todos mis carísimos hermanos conocidos y no conocidos; y quedo rogando á Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Hospicio de la Santa Cruz de Tepic, y noviembre 10 de 1772. — B. L. M. de vuestra reverencia, afectuoso hermano, amigo y siervo

Fr. Junipero Serra. — Reverendo padre lector y presidente Fr. Francisco Padua. Parece que Dios nuestro Señor como dueño de esta su mística hacienda, atendía á los fervorosos anhelos de su diligente mayordomo, que con

tanta solicitud buscaba operarios para la espiritual labor; pues al mismo tiempo que recibí la copiada carta, llegó á mis manos otra del reverendo padre guardian, con fecha de 11 de noviembre, un día después de la que tenía la del venerable padre Junipero, en contestación á la que por setiembre le había escrito yo, proponiéndole lo mismo *in terminis* que por noviembre me dice el venerable padre, y solo le añadía que esperaba cuanto antes su respuesta; y en caso de que se verificase la entrega de las misiones, así lo practicaría, pues no dudaba lo diese su reverencia por bien hecho; á lo que me respondió con la citada fecha las siguientes palabras: "Aprecio lo dispuesto de la ida de los padres á Monterey; solo temo si querrán dar sinodo para el del presidio." Y en vista de esta respuesta subí con otros siete, á mas de los que había enviado; con lo que vió nuestro venerable padre cumplidos sus deseos de no detener fundación alguna por falta de ministros.

Seguíó el siervo de Dios su viaje para Méjico con el indio neófito de Monterey que llevaba de compañero, y al llegar á la ciudad de Guadalajara, ochenta leguas distante de San Blas y veinte de Méjico, enfermaron ambos de un fuerte tabardillo ó maligna fiebre, que obligándolos á recibir el sagrado Viático, los puso á peligro de muerte. No sentía tanto el venerable padre la suya como la del indio, por las resultas que podría haber en Monterey, pues no habían de creer sus parientes y compatriotas que había sido natural la muerte, y para evitar los atrasos que por esto se seguirían, desde luego pedía con todas veras á Dios, como me lo contó varias ocasiones, por la salud del neófito, olvidándose de la suya. Por lo que pudiera sucederle en el camino, había trabajado un papel de apuntes de todo lo que consideraba oportuno se pidiese á su excelencia, el cual despachó desde Tepic al reverendo padre guardian de nuestro colegio, por si moría en el camino; pero quiso Dios darle salud á su siervo fr. Junipero, y al mismo tiempo al indio que lo acompañaba, y luego que medio se reforzaron continuaron su derrota.

Llegaron á la ciudad de Querétaro, que dista cuarenta leguas de la de Méjico; y habiendo posado en el colegio de la Santa Cruz, recayó el venerable padre con el mismo accidente. Retiróse luego á la enfermería, creyendo que entonces era evidente su muerte, como lo dijo al reverendo padre guardian del colegio, y después me lo contó á mí; y á la tercera visita que le hizo uno de los médicos del colegio, lo mandó sacramentar. La tarde misma que había de recibir el sagrado Viático fué al colegio por accidente otro de los médicos que no estaba entonces de semana; y habiendo sabido por un religioso que iban á sacramentar al padre presidente de Monterey, queriendo conocerlo entró á visitarlo, mas por curiosidad que por ordenarle medicina algu-

na, pues ni estaba de turno ni se había llamado. Habló con el enfermo y se informó de él, y tomándole el pulso dijo al enfermero: "Y á este padre van á sacramentar? Si así vamos, también me pueden sacramentar á mí. Levántese, padre, que está bueno y no tiene nada: avisen al padre guardian y no lo sacramenten." Ocurrió el prelado luego lleno de alegría al ver tan repentina salud, y repitió lo mismo: "Si no fuera tan tarde, era ya hora de completas, que concluidas se había de administrar al venerable padre el divino Sacramento, lo haría levantar pues está bueno; pero mañana que se levante, y después de reforzado podrá continuar su viaje." Así lo hizo, y llegó á Méjico el día 6 de febrero de 1773, muy cansado, desfigurado y flaco.

## CAPITULO XXXV.

FAVORABLES PROVIDENCIAS QUE CONSIGUIÓ DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY PARA LA ESPIRITUAL CONQUISTA.

Tan importante fué la ida de nuestro venerable padre presidente á Méjico, que si no emprendiera tan penoso viaje, estaba en evidente peligro de desampararse lo conquistado, porque como recién entrado en el gobierno el excelentísimo señor bailío fr. don Antonio María de Bucareli, se hallaba sin instrucción de lo que era esta conquista, y que dependía su subsistencia del departamento de San Blas, para socorrer por mar estos establecimientos, por no haber otra proporción, y que todavía no se hallaba entonces razón alguna en el palacio ni del puerto ni de los barcos, siendo el mes de febrero cuando por este tiempo navegaban ya en los años anteriores los barcos para estos puertos; y antes se trataba de desamparar y despoblar el de San Blas.

Decían unos á su excelencia que con entregar al habilitado de la compañía del presidio de Monterey el situado de la tropa y al síndico del colegio los sínodos de los misioneros, ya no había mas que hacer. Y otros mas piadosos haciéndose cargo de que estos nuevos establecimientos no podían tener comunicación para proveerse de ropas y víveres sino por mar, decían, que para esto no era necesario el departamento de San Blas: que se podían conducir con recuas hasta las provincias de Sinaloa y puerto de Guaimas, como quinientas leguas de Méjico, y de aquel puerto, decía el proyectista, que con lanchas, que no las hay, se podría trasportar la carga por el golfo hasta la bahía de San Luis, cerca de doscientas leguas; y últimamente de allí con mulas se podría llevar hasta Monterey, que es distancia de trescientas leguas, pobladas casi todas de gentiles. Con que tenían que caminar las cargas de ventuario y víveres ochocientas leguas por tierra y cerca de doscientas por mar, para cuyos fletes

solo era necesario todo el sínodo y situado, y dos años para un viaje, cuando no se perdiesen en el camino. En este estado halló mi venerable fray Junipero el punto de provisiones para estos nuevos establecimientos.

Enterado de todo y tomada la bendición del reverendo padre guardian del colegio, se fué á tratar con su excelencia este asunto; y habiendo sido recibido con afectuosas expresiones, hizo una relacion general del motivo de su ida, á que le respondió el excelentísimo señor virey que haria cuanto pudiese en beneficio de aquella conquista, y así que por escrito asentase cuantos puntos considerara oportunos para el bien de ella, así en lo espiritual como en lo temporal. Respondióle el venerable padre que lo haria, pero que no podia menos que suplicar de pronto que se dispusiese la remision de víveres cuanto antes, porque si no iba socorro de San Blas, no habia por donde pudiese ir. Al oír esto su excelencia le encargó pusiese por escrito las razones por qué consideraba necesaria la subsistencia del departamento, pues se trataba de despoblar aquel puerto. Con esta primera visita ya empezó á conseguir las favorables providencias que deseaba nuestro venerable padre. En cuanto se retiró para el colegio á poner los informes pedidos por su excelencia, mandó este señor precisa orden á San Blas para que se acabase de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su formacion, como asimismo para que se aprontase un paquebot, y que cargado de víveres saliese á toda diligencia para Monterey.

Así se practicó saliendo el San Carlos al mando del capitán don Juan Perez; pero tuvo la desgracia de los malos tiempos, que no dejándolo salir del golfo, lo hicieron arribar á Loreto con el timon descompuesto, y por esta causa imposibilitado de hacer viaje. Descargó allí los bastimentos, y por no haber forma ni medios para conducirlos se originó la mayor hambre que se ha padecido en aquellas tierras, pues en los ocho meses que duró fué la leche el maná de todos, desde el comandante y padres hasta el menor individuo, de la cual fui participante como los demás; pero gracias á Dios todos con salud.

Llevó el venerable padre Junipero el papel pedido por su excelencia con las razones convincentes para que subsistiese el departamento de San Blas, y fué tan á satisfaccion de aquel señor excelentísimo, que despachó el mismo original á la corte y resultó la real orden para la conservacion del citado puerto, y que se le diese todo fomento, como asimismo que su majestad mandase de los departamentos de España siete oficiales de marina, tenientes de navío y de fragata y alférez, como tambien pilotos de armada, cirujanos y capellanes, así para los viajes como para administrar á los del departamento.

Conseguido de su excelencia por de pronto la subsistencia del departamento de San Blas y la

remesa de víveres para estos establecimientos, se puso el venerable padre Junipero á trabajar el otro informe para las providencias correspondientes á la conquista y extension de nuestra santa fe católica. Este lo redujo á treinta y dos puntos, poniendo en cada uno de ellos las razones con que probaba la necesidad de la providencia y la utilidad que de ella se seguiria. Entregó esta extendida representacion en mano propia de su excelencia, diciéndole de palabra las siguientes razones: "Señor excelentísimo, pongo en manos de vuesaencia esta representacion, por la cual verá que cuanto digo es la verdad pura, y cuanto expongo me parece que en conciencia lo debo decir, porque lo considero muy preciso y necesario para que se consiga el fin que tiene su majestad en erogar tan crecidos gastos, que es la conversion de las muchas almas que por carecer de conocimiento de nuestra santa fe católica, gimen bajo la tirana esclavitud del enemigo, y con estos medios y providencias me parece fácil conseguirla. Espero que vuestra excelencia la leerá y determinará lo que juzgare justo y conveniente, lo cual podrá haber con el seguro de que tengo que volverme y desear ejecutarlo cuanto antes, ahora consiga lo que pido, en cuyo caso me volveré contento, y si no lo consigo iré algo triste pero siempre muy conforme á la voluntad de Dios."

De tal manera edificó á su excelencia tan humilde resignacion, que desde luego se constituyó juez, abogado y patrono de la causa. Mandó celebrar junta de guerra y real hacienda, que presidió el mismo señor excelentísimo; y habiéndose visto y examinado por todos los señores de ella punto por punto la representacion, votaron todos á favor de la conquista, concediendo mucho mas de lo que pedia el venerable padre. Mandó se formara un reglamento que sirviese de norma para el gobierno que debia observarse, y evitar por este medio las novedades que se suelen experimentar por las mutaciones de comandantes, pues gobierna cada uno segun su genio. Aumentóse la tropa, se fundó presidio en San Diego de pronto, y después otro en este puerto de nuestro padre San Francisco, y últimamente otro en la canal de Santa Bárbara. Púsose en orden el modo de proveer á la tropa de víveres y ropas; mandó retirar la de á pié de los voluntarios de Cataluña, y que toda en adelante fuese de cuera, como tambien el capitán comandante, por ser esta tropa la mejor para conquistar gentiles.

Para fomento de las misiones, así fundadas como por fundar, dispuso en el reglamento que á cada una se le diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y racion de cuenta del real erario por el tiempo de cinco años, así para las obras precisas que se ofrecen en una mision como para el laborio de tierras, á fin de que á su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y civilizasen los

neófitos, y otras muchas providencias muy favorables y conducentes á la espiritual conquista, á mas de una gran limosna de maíz, frijol, harina, ropas, etc, que importó mas de doce mil pesos, y cien mulas que mandó se repartiesen entre las misiones.

Para evitar que esta nueva y remotísima provincia volviese en lo sucesivo á padecer necesidades por desgracia accidental de los barcos, consultó su excelencia al venerable padre presidente si convendria descubrir paso por el rio Colorado, para que pudiese esta provincia comunicar por tierra con las de Sonora, Sinaloa y demás de la Nueva España, á fin de que en caso de pérdida de barcos hubiese recurso por tierra para algun socorro.

En vista del billete de consulta de su excelencia, le respondió nuestro venerable fray Junipero, tambien por escrito, que le parecia convenientísimo, como tambien si fuese dable, que se practicara lo mismo con las provincias de Nuevo Méjico ó del Sur, y no bajando de altura del dicho, darian luego con el puerto de Monterey.

Luego que el excelentísimo señor virey vió aprobado su pensamiento por nuestro venerable padre, despachó orden al capitán del presidio de Tubae, de las fronteras de Sonora, nombrado don Juan Bautista Anza, para que con la tropa y víveres necesarios saliese de expedicion á abrir camino desde su presidio hasta el de Monterey, pasando los dos rios Gila y Colorado. Así lo ejecutó, lográndose felizmente la expedicion, como diré adelante.

Con la frecuente comunicacion y largas conversaciones que su excelencia tuvo con el fervoroso fray Junipero en los siete meses que este se mantuvo en Méjico, se le pagó en gran manera el religioso celo de la conversion de las almas y extension de nuestra católica fe y dominios de nuestro soberano; de modo que ya no se le sacaba la sed que lo habia causado el continuo trato de tan dulce asunto con el venerable padre acerca de conseguir la reduccion de los gentiles que se habian hallado en el espacioso tramo de trescientas leguas de costas que descubrieron las expediciones; y deseaba saber si mas arriba de lo descubierta estaria poblado de gentilidad, para establecer tambien allí espirituales conquistas. Propúsole al venerable padre, diciéndole que deseaba hacer una expedicion marítima para que se registrase la costa, á fin de ver si estaba poblada y si se encontraba algun puerto para nuevos establecimientos; pero que lo detenia por ahora la falta de embarcacion y de sugetos al propósito.

Al oír esto el venerable padre Junipero, que estaba hidrópico en estos asuntos, pues jamás se le mitigó la sed que padecia en punto de la extension de la cristiandad ni se le proponia dificultad alguna, no solo le alabó el pensamiento, sino que todo se lo facilitó, diciéndole que en la fragata que habia mandado acabar y con el capi-

tan don Juan Perez, tenia su excelencia lo que necesitaba para el desempeño, saliendo de Monterey luego que dejara los víveres y avios. Era tal el concepto que tenia formado su excelencia del venerable fray Junipero, que sin mas consulta que el parecer de su reverencia, dió las correspondientes órdenes para la citada expedicion, la cual tuvo su feliz éxito que diré en su lugar.

## CAPITULO XXXVI.

SALE DE MÉJICO PARA SAN BLAS Y SE EMBARCA PARA ESTAS MISIONES DE MONTEREY.

Luego que el venerable padre Junipero se vió con tan favorables providencias y con tanto socorro (limosna del excelentísimo señor virey) no solo para mantener y vestir á sus hijos neófitos, sino tambien para aumentar el número de ellos, no veia las horas de ponerse en camino, sin reparar en su avanzada edad ni en el habitual accidente del pié, que parece no se acordaba de él, pues no trató de ponerse en cura con tan buena ocasion, sino de ponerse en camino, como lo hizo, por el mes de setiembre de 1773 en compania del padre lector fray Pablo Mugartegui, de la provincia de Cantabria, que le señaló el reverendo padre guardian y venerable discretorio, alegrándose mucho de ello nuestro venerable siervo de Dios, así por tener compañero en tan dilatado viaje, como porque con este se añadia un operario mas en la vina del Señor. Quiso despedirse de la comunidad en refectorio, suplicando al reverendo padre guardian le permitiese el besar los piés á todos los religiosos, como lo hizo, y pidiéndole la bendicion y á todos que le perdonasen el mal ejemplo que les hubiese dado, y que lo encomendasen á Dios, porque ya no le verian mas. Enterneció á todos de tal suerte, que les hizo saltar copiosas lágrimas, quedando edificados desde luego de su grande humildad y fervor para emprender un viaje tan dilatado, estando en una edad tan crecida y con la salud tan quebrantada que casi no se podia tener en pié, recelándose todos no muriese en el camino. Pero poniendo el fervoroso padre toda la confianza en Dios, emprendió su viaje de doscientas leguas por tierra y llegaron sin novedad á Tepic, donde hubieron de demorarse hasta enero del siguiente año, por no estar cargados los barcos en disposicion de salir, pues los estaban cargando. Encargó luego al venerable fray Junipero pusiesen en la nueva fragata que iba para Monterey, los avios pertenecientes á las misiones del Norte, y en el paquebot San Antonio, que salia para San Diego, todo lo que correspondia á las otras, y que la grande limosna de su excelencia se repartiese en ambas embarcaciones. Dispúsose la salida y se embarcó con el religioso que lo acompañaba el dia 24 de enero de 1774, en la nueva fragata nombrada Santiago la Nueva Galicia.

Al ir á embarcarse el venerable padre no faltó quien le dijera: "Padre presidente, ya se cumplió la profecía que vuestra reverencia nos echó cuando vino de Monterey, diciéndonos que cuanto antes acabásemos esta fragata, pues se había de volver en ella á aquel puerto; entonces nos reíamos, porque no se pensaba sino en quemarla para aprovechar el hierro, supuesto que se iba á despoblar el puerto; pero vemos ahora verificado su vaticinio y que se va en la fragata. Dios lleve á vuestra reverencia con bien y le dé feliz viaje." Sonrióse el siervo de Dios con su religiosa modestia, y procuró desvanecerle el pensamiento diciéndole: "Los grandes deseos que tenía de ver un grande barco que pudiese llevar mucho que comer para aquellos pobres, me hicieron pronunciar lo que dije; pero supuesto que ya Dios me los ha cumplido, démosle muchas gracias, y yo se las doy también á usted y á los demás que han trabajado con tanto afán en beneficio de los pobrecitos de Monterey."

Hízose á la vela la fragata el citado día 24 de enero, y aunque la navegación era en derechura para Monterey, un casual accidente los hizo arribar al puerto de San Diego el día 13 de marzo, que dió fondo en dicho puerto, habiendo sido la navegación de cuarenta y nueve días y con toda felicidad. Aunque el venerable padre deseaba vivamente llegar cuanto antes á su misión de San Carlos, no dejó de alegrarse de haber arribado á San Diego, por socorrer prontamente la de aquel puerto y la de San Gabriel, que se hallaban, como todas las demás, en gravísima necesidad, la que habiendo cesado desde el mismo día que llegó el barco, no se ha vuelto á experimentar mas, gracias á Dios. Dejó á la consideración del atento lector el júbilo y contento que tendría el venerable padre al ver á sus súbditos con salud y alegría en medio de tantos trabajos y necesidades que habían padecido, y se le aumentó el gozo cuando vió tan crecido el número de neófitos, á quienes regaló como á hijos, expresándole ellos el afecto que le profesaban, y mucho mas los padres, admirándose de verlo mas robusto y remozado que cuando se fué.

No obstante de que con mas comodidad podía subir á Monterey por mar con la misma fragata, eligió caminar las ciento y setenta leguas por tierra poblada de gentiles, solo por dar un estrecho abrazo á todos sus súbditos y visitar las misiones en que estaban repartidos, y darles asimismo las gracias de que no las hubiesen desamparado, sino antes bien permanecido constantes en medio de tantas escaseces que por tan largo tiempo los habian afligido; pero con el gusto que el venerable padre tuvo en cada misión al ver aumentado el número de cristianos, se le hizo muy ligero el viaje.

Tuvo también el gozo de encontrarse en el camino con el capitán de la Sonora D. Juan Bau-

tista de Anza, que bajaba de Monterey en cumplimiento del encargo del excelentísimo señor virey de abrir camino desde Sonora á Monterey, que ya queda expresado en el capítulo antecedente, y le comunicó á su reverencia cómo había cumplido el encargo de su excelencia, quedando descubierto el paso para la comunicación con las provincias de Sonora, causándole mucha alegría, aunque al referirle las necesidades con que nos había hallado en el citado Monterey, pues ni aun siquiera una tablilla de chocolate para que se desayunase habíamos tenido que regalarle, reduciéndose todo el alimento á sola leche y yerbas, sin pan ni otra ninguna cosa, se lo saltaron las lágrimas, y procuró apresurar el paso para llegar cuanto antes con algun socorro, interin llegaba la fragata que había salido de San Diego el día 6 de abril, al mismo tiempo que el venerable padre, la cual arribó á Monterey el 9 de mayo, y su reverencia el día 11 del mismo, con cuyo motivo fué general la alegría y contento de todos por el socorro tan grande y favorables providencias que trajo para esta espiritual conquista, quedando de una vez desterrada la cruelísima hambre que se padecía en estas poblaciones; y teniendo ya entre nosotros á nuestro venerable prelado, que con su ejemplo y fervor nos encendía y animaba para trabajar con gusto en esta viña del Señor.

#### CAPITULO XXXVII.

SALE LA FRAGATA Á LA EXPEDICION DEL REGISTRO DE LA COSTA, Y ENVIA DOS PADRES MISIONEROS Á LA EXPEDICION; HÁCESE SEGUNDA PARA LO MISMO.

Queda ya insinuado en el capítulo XXXV los deseos que en el noble y religioso corazón de su excelencia engendraron las conversaciones del venerable padre sobre la conversión de los gentiles, que no contentándose con lo limitado de lo descubierto en Monterey, anhelaba se propagase la fe católica mucho mas allá, si se encontrase poblado; y para adquirir alguna noticia determinó que la fragata Santiago, al mando de su capitán D. Juan Perez, luego que hiciese en Monterey el desembarque de los víveres que conducía, saliese al registro de la costa hasta la altura que pudiese y le diera lugar la estación del tiempo, para estar de vuelta en Monterey por el equinoccio. Insinuó su excelencia al venerable padre los deseos que tenía de que fuese algun misionero á la citada expedición, confiado en la promesa que hizo Dios á nuestro santo padre san Francisco (que tenía muy presente y no olvidaba su excelencia desde que la oyó al venerable fray Junípero) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se convertirían á nuestra santa fe.

Para cumplir estos piadosos deseos y buena intencion de su excelencia, envió á los dos mi-

sioneros fray Juan Crespi y fray Tomás de la Peña Saravia, que gustosos se sacrificaron á un viaje tan peligroso como era la navegación del registro de una costa no conocida ni mapeada, y de consiguiente en continuo peligro de dar en alguna isla en bajos ó farallones y perderse sin remedio; pero confiados en Dios por el santo fin á que se dirigía, tomada la bendición del prelado, se embarcaron el día 11 de junio del año de 1774, que se hizo á la vela la fragata, y el 27 de agosto estuvo de vuelta, dando fondo en Monterey, sin mas novedad que traer algunos de la tripulación accidentados de escorbuto.

Con este registro se consiguió en parte el deseo de su excelencia, pues subió la fragata la altura de 55 grados del Norte, en que hallaron una isla de tierra que se interna mucho á la mar, á la cual nombraron de Santa Margarita por haberse descubierto en el día de esta santa, y desde dicha isla bajando hasta Monterey, registraron toda la costa, que hallaron limpia y con bastantes fondeaderos. Advirtieron que estaba toda poblada de gentilidad, aunque no saltaron á tierra, pues una vez que lo intentaron con el fin de enarbolar en ella el estandarte de la santa cruz, que tanto deseaba y encargaba su excelencia, no lo pudieron conseguir por haberse levantado un viento tan contrario y recio, que estuvo á peligro de perderse la lancha con los marineros.

Aunque como queda dicho no desembarcaron en tierra, pero lograron en muchas partes tratar con los gentiles de la costa, que con sus canoas de madera, bien formadas y bastantemente grandes, capaces de cargar crecido número de gente, se arribaban á la fragata y subían á bordo á hacer cambalaches de bateitas de madera, bien labradas y buriladas; mantas bien tejidas de pelo, como lana, listadas de varios colores, muy vistosas, y petates ó esteras de cortezas de arbol de varios colores, tejidas como si fuesen de palma, como también sombreros de dicha materia de forma piramidal y de ala angosta, por pedazos de hierro, á que los vieron muy inclinados, como también con avalorios y otras chucherías.

Son indios afables, de buen talle y de buenos colores, andan cubiertos con cueros de animales y con mantas de las citadas, y algunos totalmente desnudos. Las mujeres honestamente cubiertas; son de buenos colores y bien parecidas, aunque las afea mucho el tener todas, aun las chiquitas, taladrado el labio inferior, del cual les cuelga una tablita, que con facilidad y con solo el movimiento del labio la levantan, tapando la boca y la nariz. Todas estas noticias escribieron á su excelencia, remitiéndole el venerable padre presidente el diario que formaron los padres, el cual remitió á la corte con mucha complacencia aquel señor excelentísimo.

#### EXPEDICION SEGUNDA.

No llenando aun todavía esto el espacioso cam-

po de los deseos de su excelencia, dispuso se hiciese segunda expedición, á fin de que se subiese á mayor altura y que se procurase registrar si se hallaba algun puerto, para que en él, en señal de posesion de nuestro católico monarca, se pudiese el estandarte de la santa cruz; y para conseguirlo á satisfacion de sus deseos, determinó fuese á mas de la fragata una goleta, para que facilitase el registro. Nombró para comandante de la expedición y capitán de la fragata á don Bruno de Ezeta, teniente de navío de la real armada, y de su segundo á don Juan Perez, como que era tan práctico, y la goleta la encomendó á don Juan Francisco de la Bodega y Quadra. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos religiosos sacerdotes para ir á esta expedición, y fueron nombrados los padres fray Miguel de la Campa y fray Benito Sierra.

Salió la expedición del puerto de San Blas á mediados de marzo del año de 1775, experimentando al principio contrarios los vientos y corrientes, que la bajaron hasta el grado de 17, en cuya altura se hallaba el día 10 de abril; pero mejorando el viento al siguiente 11, empezaron á subir y el 9 de junio se hallaron en la altura de 41 grados y 6 minutos. Se arribaron á tierra para hacer aguada, y encontraron un razonable puerto, que tenía su resguardo para algunas embarcaciones. Saltaron á tierra, donde hallaron á los gentiles de las rancherías inmediatas muy amigos y afables, y el día 11 de dicho mes se tomó posesion solemne con misa cantada y sermón, después de haber enarbollado una grande cruz; concluyendo la fiesta con el himno de *Te Deum laudamus*; y por ser el día siguiente la Santísima Trinidad, se puso al puerto este inefable nombre. Hicieron su aguada y leña, ayudados de aquellos naturales gentiles, á quienes regalaron y dieron de comer en los ocho días que permanecieron allí, y después salieron siguiendo el registro á vista de la tierra.

El día 13 de julio, estando en la altura de 47 grados y 23 minutos, encontraron una grande y hermosa rada donde dieron fondo, y el día siguiente fué la lancha con el comandante y uno de los padres á tierra y fijaron otra cruz en la playa, no pudiendo hacer con la mayor solemnidad la función por impedirlo la marejada y resaca. Salieron de allí siguiendo su viaje para la altura de los dos barcos en conserva hasta el día 30 del citado julio, en que desapareció la goleta, y no la volvieron á ver hasta octubre en Monterey, que era el puerto y punto de reunion.

Viendo el comandante que la goleta no parecía, entró en cuidado de si se habría perdido ó vuelto atrás; pero no obstante, la fragata subió hasta los 49 grados y medio, adonde llegó el día 11 de agosto; y mirando que la mayor parte de la tripulación estaba accidentada de escorbuto, hizo junta de oficiales y se determinó bajar costeando en busca de la goleta y registrar los tra-

mos que á la subida no habian visto. Así lo practicaron y llegaron á Monterey el 29 de agosto, con la mayor parte de los marineros enfermos, aunque con el refresco que tomaron sanaron todos.

La goleta, que el día 30 se halló sin la comandante, siguió costa á costa, presumiendo que habia adelantado; y no pudiendo encontrarla, subió hasta el grado 58, y halló en esta altura un gran puerto, bueno y seguro, que desde luego llamaron de Nuestra Señora de los Remedios, del que tomaron posesion, y dejaron enarbolada en él una santa cruz, fijándola á vista de una ranchería de gentiles que estaba cerca de la playa; hicieron agua y leña y salieron de dicho puerto de Nuestra Señora de los Remedios.

Aunque forcejaron para subir á mas altura, no pudieron por los vientos contrarios y las corrientes, que en breve los bajaron á los 55 grados, poco mas arriba de la Punta de Santa Margarita, último término de la primera expedicion. Arrimáronse á tierra y hallaron un estrecho de como dos leguas de una punta á otra, y á la mediania una isla que llamaron de San Carlos. Vieron que dentro internaba mucho la mar, que les hacia horizonte, y les pareció que si en la realidad hay paso del mar del Norte á este Pacífico, que con tanto empeño se buscaba por los ingleses, en ninguna parte mejor que en esta puede estar. En cuya atencion y á contemplacion del señor virey que los envió, nombraronle el Paso de Bucareli, que se halla en la altura de 55 grados cabales. Arrimáronse á una de las dos puntas y saltaron á tierra, y tomaron de ella posesion dejando enarbolada una grande cruz. Salieron del dicho Paso de Bucareli y fueron bajando arrimados siempre á la costa, mapeándola para formar sus cartas.

En 3 de octubre, vigilia de nuestro seráfico padre san Francisco, se hallaron cerca de la punta de Reyes, quatro leguas mas al Norte, en donde hallaron un puerto y en él dieron fondo, y les pareció que á la entrada tenia barra. En cuanto dieron fondo se juntaron en la playa mas de doscientos gentiles de todas edades y sexos, todos muy contentos y placenteros, que de noche hicieron sus lumbres. El día siguiente, fiesta de nuestro padre San Francisco, se vió la goleta en evidente peligro de perderse, por haberse levantado una gran marejada que les metió muy adentro y las llevó la lanchita ó bote y lo hizo pedazos. Recelosos no sucediese lo propio con la goleta, levantaron la ancla, y dejándolo con el nombre de la Bodega, salieron de él y navegaron para Monterey, en donde dieron fondo el 7 de octubre, hallando fondeados en él la fragata, que no habian visto desde la noche del 29 de julio; y al paquebot San Carlos, que habia vuelto del registro que hizo de este puerto de nuestro padre San Francisco.

A los ocho dias de llegada la goleta fueron todos, desde el capitán hasta el último grumete, á

la mision de San Carlos á cumplir la promesa de confesar y comulgar en una misa cantada á nuestra Señora de Belen, que se venera en la iglesia de dicha mision, que pidió el capitán se cantase en accion de gracias por el feliz éxito de la expedicion, de la que dieron cuenta los señores marítimos al excelentísimo señor virey, y el reverendo padre presidente le escribió los parabienes, y le respondió con las expresiones que se verán en su carta, de la que es copia la siguiente que tengo á la vista su original.

#### CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

“Los nuevos descubrimientos hechos por los buques del rey en esas costas, son el objeto de la carta de vuestra reverencia de 12 de octubre del año próximo pasado de 1775, y por ellos y por el honor que me resulta, me da vuestra reverencia una enhorabuena que recibí con gusto, siendo tambien vuestra reverencia acreedor á gracias por la disposicion dada para que celebraran ahí estas felicidades con la solemnidad de que es capaz eso en el día; y tengo la satisfacion de que el celo de vuestra reverencia y el de los demás padres, ha de ser el mejor apoyo de la extension del Evangelio, á que se dirigen las piadosas intenciones de su majestad. Dios guarde vuestra reverencia muchos años. Méjico, 20 de enero de 1776.—El bailío fray don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junipero Serra.”

#### CAPITULO XXXVIII.

##### EXPEDICION TERCERA PARA EL MISMO REGISTRO DE LA COSTA.

No quedó el fervoroso corazón de su excelencia sosogado ni satisfecho con las expediciones dichas, y proyectó la tercera con mas empeño y mayores prevenciones; y aunque esta no se hizo hasta el año de 79, me ha parecido adelantar la noticia de ella y de los antecedentes para quedar después mas desembarazado para seguir la relacion histórica de estos establecimientos y de las tareas apostólicas de mi venerable padre lector y presidente fray Junipero Serra.

En cuanto el excelentísimo señor Bucareli recibió la noticia con los diarios de la segunda expedicion, intentó con mas fervor repetir tercer registro, dando cuenta á la corte de lo descubier to y de la resolucion en que se hallaba. Interior venia la respuesta mandó construir una fragata al propósito para dicha expedicion, y envió al reino del Perú á un teniente de navío y á un piloto graduado de alférez para que en el puerto de Callao comprasen una fragata de cuenta del rey y la condujesen al puerto de San Blas; así se ejecutó todo; y viéndose con la aprobacion real y orden de su majestad, se hicieron tercera expe-

dicion á fin de descubrir el paso para la mar del Norte.

Mandó luego su excelencia aprontar las dos fragatas, la nueva, llamada la Princesa, de comandante, y la limeña nombrada la Favorita, y que se les pusiese todo lo que se juzgase necesario y conveniente para el viaje de un año. Mandó asimismo proveerlas de tropa y marina para lo que se ofreciese. Nombró de comandante al teniente de navío don Ignacio Arteaga, y de subalternos otros dos tenientes y dos alféreces de marina y pilotos correspondientes. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos misioneros para ir á la expedicion, que fueron los padres fray Juan Antonio Riobó y fray Matias Noriega. Salieron dichas fragatas del puerto de San Blas el día 12 de febrero de 1779, y llevaron su práctico por haber muerto de muerte natural don Juan Perez en el mar, entre Monterey y San Blas, de regreso del viaje de la segunda expedicion.

Salieron con la orden de ir en conserva y de no apartarse sino por grande necesidad, y en tal caso señalasen punto de union, como lo hicieron señalando el Paso de Bucareli, á los 55 grados, para donde navegaron prósperamente y llegaron á él día 3 de mayo, entraron á adentro y hallaron un grande archipiélago ó mar mediterráneo poblado de muchas islas. Mantuvieron en él hasta el 1º de julio, gastando cuasi dos meses en el registro, y hallaron en él trece puertos á cual mejor y capaces para poder estar en cada uno una armada. No pudieron cerciorarse si por dentro se comunica por algun poro con el mar del Norte, porque no hallaron por dicho rumbo término, y para poder hacer perfectamente este registro era necesario una expedicion que no tuviese otra atencion, como tenian, de subir al registro de cuanta altura pudiesen.

No obstante, en el tiempo que estuvieron en este archipiélago, levantaron plan y formaron sus mapas de cuanto habian registrado, fondeado y visto. Trataron con muchas naciones de gentiles que pueblan las islas y playas de tierra firme: son los indios corpulentos, bien formados y de buenos colores; tienen sus lanchas de madera, bien grandes, con las que navegan aquel mar y pescan. Consiguieron el comprarles tres muchachos y dos muchachas, que todos lograron el bautismo, como diré después. Concluido el registro de dicho puerto de puertos, que llamaron de Bucareli, á contemplacion del señor virey, salieron el 1º de julio para registrar la costa de la altura.

El día 1.º de agosto se hallaron en la altura de 60º: un mes cabal tardaron para adelantar solo 5º, y no fué por falta de buen tiempo, sino por lo mucho que declina la costa al Noroeste. Hallaron en dicha altura un grande puerto y con todas las conveniencias que se puedan desear de seguridad de los vientos, de leña, lastre y agua, y muy abundante de pescado sano y muy sabroso, fá-

cil de coger, de que hicieron grande prevencion y salaron bastante para el viaje. Salieron á tierra y tomaron posesion de ella y del puerto, que nombraron de Santiago. Fijaron en un alto una grande cruz, que la subieron en procesion cantando el himno *Vexilla Regis*, etc.

Habiendo reparado el comandante que este puerto tenia un brazo de mar que se interna mucho hacia el Norte, mandó se dispusiese una lancha armada en guerra, con un oficial y piloto y con tropa para que se registrase. Hizo así, y habiendo navegado hacia al Norte algunos dias, vieron venir á ellos dos lanchones grandes llenos de gentiles, que cada uno de ellos traía mas gente que la de los nuestros. Manifestaronse de paz, regalando á los nuestros con pescado y otras cosas de las suyas, y los nuestros correspondieron con avalorios, espejos y otras chucherías que estimaron mucho, y despidiéndose siguieron su viaje.

El oficial y piloto que iba en la lancha de los nuestros, viendo esto y que habiéndose internado tanto que ya se hallaba en mayor altura que el puerto en que estaban fondeadas las fragatas y que no se veía el término de dicho mar sino que se le hacia horizonte, no se atrevió á entrar mas adentro, receloso de lo que podia encontrar, sino que le pareció conveniente volver atrás y dar cuenta al señor comandante de lo que habia visto, como lo practicó.

Mientras estaba en dicho registro la lancha, trataron y comunicaron los de las fragatas con muchos gentiles, que con sus lanchas y canoas de varias figuras se les arrimaban y subian á bordo, los que procuraron regalar con comida y avalorios y correspondian ellos con pescado y algunas cosas de las suyas. Entre los muchos gentiles que fueron á bordo, repararon en uno que al parecer se distinguia entre los otros: advirtieron en él que no le causaba admiracion el ver la fragata como si estuviera hecho á ver barcos tan grandes. Preguntáronle si habia visto otra vez barcos grandes, y respondió por señas que sí, y señalando á un cerro alto que estaba apartado de la playa, dió á entender que detrás de aquel cerro habia muchos barcos. Por lo que sospecharon muchos que por allí estaria la factoría de los rusos que dicen tienen estos por aquella altura. Confirmábase en esto por tener á la vista el volcán llamado por los rusos de San Elias, y aun eran muchos de sentir que aquel gentil, á quien no habia causado admiracion la vista de las fragatas, podria ser algun ruso en traje de indio enviado á registrar y observar.

Llegada la lancha del registro esperaban todos que mandaria el comandante entrasen las dos fragatas á registrar aquel brazo de mar; pero fué lo contrario, dando orden de que se siguiese el registro por la costa á la vista de tierra. Así lo practicaron, y en breve observaron que ya bajaban de altura y que la costa declinaba al Sur.

Hallándose en la altura de 59 grados mas bajo

que el puerto de Santiago, les sobrevino una tempestad de agua y neblina muy espesa que nada veían, sin saber cómo se hallaban; pusieron los bacos á la capa y así se mantuvieron por el espacio de veintinueve horas, que abrió un poco para que pudiesen ver el peligro en que se hallaban. Viéronse por todos lados cercados de islas, metidos en un archipiélago, y conociendo el evidente peligro en que se hallaban, mandó el comandante, que era muy devoto de nuestra Señora de Regla, que subiesen la imagen de nuestra Señora sobre el alcázar y que se le cantase la Salve: así se hizo con viva fe y esperanza en el patrocinio de nuestra Señora, y se logró abriese mas la neblina y que se divisase una gran bahía pegada á una isla, y mandó el comandante que arrimados á ella se diese fondo, como se logró con toda felicidad y se libraron del evidente peligro en que estaban. Registraron la bahía, que nombraron de Nuestra Señora de Regla, y hallaron varios fondeaderos. Saltaron á tierra y tomaron posesion de ella con las mismas ceremonias que queda dicho del puerto de Santiago. En este paraje no trataron con gentiles ni los vieron; solo á lo lejos divisaron lumbradas.

Viendo el señor comandante que eran ya muchos los enfermos, la estación avanzada y que estaba cerca el equinoccio, no quiso se pasase adelante el registro, sino que dió por concluida la expedición, dando órden á los pilotos para navegar á alguno de los puertos de estos establecimientos, á fin de curar los enfermos y resguardarse del equinoccio. Practicáronlo así y entraron á este puerto de nuestro padre San Francisco el 14 y 15 de setiembre, en el que se mantuvieron hasta últimos de octubre. Celebraron en esta misión la fiesta de gracias con misa cantada y sermón á nuestra Señora de los Remedios, cuya imagen, en lámina de bronce, grande, de buen pincel, tocada á la original de Méjico, adornada con su grande marco de plata de martillo y con su cristal, puesta en su nicho de cedro, regaló á esta iglesia don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, capitán de la fragata limeña nombrada Nuestra Señora de los Remedios, alias la Favorita, la que se colocó en el altar mayor, haciéndole la fiesta el día 3 de octubre, con misa cantada y sermón, y el siguiente día con la misma solemnidad y asistencia de toda la gente, celebramos la fiesta de nuestro padre san Francisco, patrono de la misión y del puerto, también con misa, sermón y procesion.

En el tiempo de mes y medio que se mantuvieron en este puerto, se curaron y sanaron todos los enfermos, y los señores pilotos dibujaron sus mapas de toda la costa y sus puertos. Tuve el gusto de bautizar á tres de los gentiles muchachos que ya dije consiguiéron en el puerto de Bucareli; y los dos por mas grandecitos que necesitaban de instruccion y no entendian todavía la lengua, los reservaron para después de llegados á San Blas. Cuando ya se disponian para salir de

este puerto para San Blas, llegó correo de tierra desde la antigua California con la funesta noticia de la muerte del excelentísimo señor virey don Antonio Bucareli, que fué para todos de mucha tristeza, para nosotros por haber perdido tan grande bienhechor y patrono de estos establecimientos. No dudo que en el cielo habrá recibido el premio de las muchas almas que se han logrado por el fomento que dió á estas espirituales conquistas. Fué también sentida de los señores marítimos, pues desde luego presumieron pararian las expediciones, y mas con la noticia de las guerras con el inglés, que llegó por el mismo correo. Así como lo recelaron así ha sucedido, pues han parado las expediciones.

Aunque en estas expediciones marítimas no trabajó personalmente el venerable padre fray Junípero, no pude menos que insertarlas en esta historia por ser ocasionadas de su trabajoso viaje á Méjico é infuidas por su apostólico celo en el noble y religioso corazon de su excelencia dirigidas á extender la fe católica hasta las mas remotas regiones; confiado el dicho excelentísimo señor de conseguir este principal fin de las expediciones por medio del infatigable celo del venerable padre Junípero, como vimos en la carta inserta en el capítulo antecedente y lo veremos repetido en otra que le escribió con la misma fecha y en una posdata de letra del mismo señor, que dicen así:

#### COPIA DE LA CARTA DE SU EXCELENCIA.

“El informe de las misiones que vuestra reverencia pasó á mis manos con carta de 5 de febrero del año anterior me deja sumamente complacido por los efectos progresivos que se experimentan debidos al cuidadoso apostólico celo de vuestra reverencia y demás padres, de que he dado cuenta al rey, y quedo confiado de que continuando como hasta aquí, llegará tiempo de que su majestad pueda contar con unos establecimientos que hagan gloriosas sus reales piadosas intenciones por la propagacion de la fe en esas remotas tierras. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 20 de enero de 1775.”

#### COPIA DE LA POSDATA.

“El puerto de la Trinidad descubierto por don Bruno Ezeta, nos convida á un establecimiento; y para no perder de vista este objeto que tanta extension puede dar al Evangelio, debemos consolidar estos establecimientos, y es á lo que espero contribuya el fervoroso celo de vuestra reverencia. Para podernos establecer en lo mas distante ya descubierto, es preciso que esas reducciones puedan subsistir por sí en lo correspondiente á víveres, y á eso espero

“se dedique el celo de los padre misioneros fomentando las siembras y la cria de ganados. El gasto de mantener la tropa para escolta, sin embargo de ser de consideracion, no es lo que me detiene, sino la dificultad de que se con- duzcan desde San Blas tantos víveres, y las contingencias que ofrece la navegacion.—El bailío Frey don Antonio Bucareli y Ursúa.— Reverendo padre fray Junípero Serra.”

Si este fervoroso señor excelentísimo hubiese sobrevivido á la última expedición, hubiera visto como vió el venerable padre Junípero tan aumentado el ganado vacuno, que habiendo dado á cada una de las misiones en su fundacion solo diez y ocho cabezas, en el último informe del año próximo pasado de 84 contaban ya entre todas las nueve misiones 5384 cabezas, y de ganado menor de lana 5629, y de pelo ó cabrio 4294, siendo así que de estas dos especies de ganados no se dieron para la fundacion que sino, de un corto número de borregas y cabras se logró este aumento, habiendo los misioneros solicitado de limosna el pié de dicho ganado menor. Asimismo vió el venerable padre fundador que dicho año que murió fueron las cosechas de trigo, maíz, cebada, frijol y demás legumbres: fué el total de todas las nueve misiones quince mil y ochocientas fanegas; con lo que tienen y han tenido estos últimos años, no solo para mantenerse por sí las misiones, sino que les sobró para proveer á la tropa. Si esta abundancia hubiera llegado á ver su excelencia como la llegó á ver el venerable padre fray Junípero, ¿quién duda que ya estaria la fe católica hasta el último término de lo descubierto, ó á lo menos estaria ya resonando el clarín evangélico por aquel archipiélago del famoso Puerto de Bucareli?

Pero ya que lo suspendió la sensible muerte de dicho fervoroso señor Bucareli, nos queda el consuelo de quedar descubierta tan abundante mies, como tambien de estar ya en el cielo las primicias de aquellas gentes, por los tres que de menor edad bauticé en esta misión y poco después de llegados á San Blas murieron; y de los dos mas grandes que llevaron para bautizar en San Blas murió la muchacha poco después de bautizada; y no dudo que estas cuatro almas bienaventuradas pedirán á Dios por la conversion de sus compatriotas que gimen bajo el tirano yugo del enemigo, suplicando al Señor les envíe operarios que les prediquen é impongan en la ley evangélica, para que logren como ellos las celestiales delicias por toda la eternidad.

He querido adelantar estas noticias para el curioso lector, á fin de que tenga una completa noticia así de estos establecimientos como de todas las expediciones hechas para la extension de la santa fe católica y de los dominios de nuestro católico monarca, y que enterado de ellas pueda leer la relacion de estos nuevos establecimientos y apostólicas tareas del venerable padre Junípe-

ro y sus compañeros, que se irán refiriendo en los siguientes capítulos.

#### CAPITULO XXXIX.

CONTINUÁN LAS APOSTÓLICAS TAREAS DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE DESPUÉS DE LLEGADO A SU MISION DE SAN CARLOS.

A los pocos dias de haber llegado el venerable padre presidente á su misión de San Carlos, que fué á mediados de mayo de 1774, entró en el presidio de Monterey el nuevo comandante don Fernando de Rivera y Moncada, capitán de tropa de cuera, que venia á remudar á don Pedro Fajes, capitán graduado y teniente de los voluntarios de Cataluña, como se habia determinado en junta de guerra y real hacienda, por ser la tropa de cuera mas á propósito para la reduccion de gentiles que la tropa de á pié, y venian subiendo los reclutas que traía de Cinaloa el dicho señor capitán Rivera. Luego que el fervoroso padre presidente se vió desahogado con la salida de la fragata para la primera expedición y el Príncipe (que habiendo llegado el día que salió la fragata y hecha la descarga bajó á San Diego á dejar la carga que allí pertenecía), hallándose ya el venerable padre sin los estorbos de antes, con abundancia de víveres y ropas, tendió la red entre los gentiles, convidándolos á la doctrina; fueron tantos los que concurrieron, que todos los dias tenia una grande rueda de catecúmenos á quien con la ayuda del intérprete instruía en la doctrina y misterios necesarios, en cuyo santo ejercicio empleaba una gran parte del día; y así como iban quedando instruidos los bautizaba, y en breve fué en gran manera aumentando el número de cristianos: al paso que se bautizaban ocurrían otros pidiendo instruccion.

No quedaba sosegado con esto el ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero, ni con saber que se practicaba lo mismo en las otras cuatro misiones, sino que se extendian sus anhelos á la fundacion de otras, respecto á la abundancia de ministros, que habiendo subido de la antigua California estábamos como ociosos; y aunque veía que el nuevo reglamento disponia que se suspendiesen por entonces nuevas fundaciones hasta tanto que se verificase aumento de tropa, pero facilitaba sus designios la prevencion que se hace en el mismo reglamento: “Salvo que se juzgase poderse fundar una ó dos misiones mirando las escoltas de las misiones mas inmediatas á los presidios, juntos con algunos de presidio que no hiciesen notable falta.”

En atencion á esta puerta que deja abierta el reglamento, intentó fundar una misión, á lo menos en el intermedio de San Diego y San Gabriel, bajo la advocacion de san Juan Capistrano. Trató este punto el venerable padre con el nuevo comandante don Fernando Rivera, quien convi-

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Carlos y San Diego; y el venerable fray Junipero nombró para misioneros de ella á dos de los que habíamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, segun lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

"Después de los acuerdos tenidos con el comandante de estos establecimientos don Fernando Rivera y Moncada, que vuestra reverencia refiere en carta de 17 de agosto del año próximo antecedente, me da vuestra reverencia la gustosa noticia de quedar resuelta, además de las dos misiones del puerto de San Francisco, otra con el título de San Juan Capistrano, entre San Diego y San Gabriel, para la cual quedaban nombrados los padres fray Fermín Francisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quienes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto contiene la memoria de que vuestra reverencia me saca copia.

"Todas estas noticias acrecentan mi gusto y hacen patente el infatigable desvelo con que vuestra reverencia se dedica á la felicidad de esos establecimientos. Dios protege visiblemente tan buen servicio y las intenciones con que el rey eroga estos gastos, pues al paso que se aumentan las misiones y crece el número de neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas cosechas de frutos para su alimento, y serán mayores las sucesivas, segun lo que vuestra reverencia manifiesta en su citada carta, con la que quedo muy complacido.

"Dios guarde, etc."

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermín Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El día 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy officiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho días de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo día un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

#### CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACERCIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábanse por el mes de noviembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragón, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el día 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del río ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguía, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un día habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al río Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesan arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del río de San Diego la noche del día 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron

en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizonas de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que segun parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piezas; con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispersaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas; los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heroico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormia en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutación: *amar á Dios, hijos*; y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: llevólo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los pies hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitaran la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daría su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística vida, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogieran con mas abundancia zazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande griteria iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Carlos y San Diego; y el venerable fray Junipero nombró para misioneros de ella á dos de los que habíamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, segun lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

"Después de los acuerdos tenidos con el comandante de estos establecimientos don Fernando Rivera y Moncada, que vuestra reverencia refiere en carta de 17 de agosto del año próximo antecedente, me da vuestra reverencia la gustosa noticia de quedar resuelta, además de las dos misiones del puerto de San Francisco, otra con el título de San Juan Capistrano, entre San Diego y San Gabriel, para la cual quedaban nombrados los padres fray Fermín Francisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quienes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto contiene la memoria de que vuestra reverencia me saca copia.

"Todas estas noticias acrecentan mi gusto y hacen patente el infatigable desvelo con que vuestra reverencia se dedica á la felicidad de esos establecimientos. Dios protege visiblemente tan buen servicio y las intenciones con que el rey eroga estos gastos, pues al paso que se aumentan las misiones y crece el número de neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas cosechas de frutos para su alimento, y serán mayores las sucesivas, segun lo que vuestra reverencia manifiesta en su citada carta, con la que quedo muy complacido.

"Dios guarde, etc."

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermín Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El día 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy officiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho días de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo día un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

#### CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACERCIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábanse por el mes de noviembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragón, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el día 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del río ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguía, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un día habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al río Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesan arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del río de San Diego la noche del día 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron

en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que segun parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piezas; con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispersaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas; los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heroico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormia en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutación: *amar á Dios, hijos*; y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: llevólo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los pies hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daría su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística vida, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogieran con mas abundancia zazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande griteria iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

cuarto en que dormían los carpinteros y herrero, que al ruido despertaron: iba á salir el herrero con una espada en la mano y al salir del cuarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el carpintero de la mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirándose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los soldados. Al otro carpintero del presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hiriéndolo de muerte, y en cuanto se sintió herido, dijo: *¡Ah indio que me has nuestro! Dios te lo perdone.*

El mayor golpe de los gentiles se ocuparon en guerrear con los soldados que estaban en la casita que servía de cuartel, en cuya pieza se hallaban el padre fray Vicente Fuster, los dos muchachos arriba dichos, el carpintero que no estaba herido, y el cabo con los tres soldados; y á los gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de gentiles que habían ido para el presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardía la mision; y dando por supuesto que también lo verían los del presidio y que estarían prontos á defenderse y que enviarán á la mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la mision; por lo que se libertó el presidio, que sin duda estarían durmiendo, pues ni vieron el grande fuego que ardía en toda la mision ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del alba.

En cuanto llegaron al sitio de la mision los gentiles que habían ido al presidio, que supieron habían ya matado á uno de los padres, preguntando cuál de los dos, luego que les dijeron el rezador, así llamado el padre fray Luis, celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebraron la muerte con un gran baile á su usanza bárbara, y se juntaron con los demás para acabar con el otro padre y con toda la mision. El corto número de los soldados de la mision se supo defender de tanta multitud de gentiles con gran valor por el grande que tenía el cabo de escuadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los gentiles, y de disparar matando á unos é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia y el estrago que hacían los nuestros, valiéronse del fuego, pegando fuego al cuartel, que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un cuartito de adobe que servía de cocina, reduciéndose toda la fábrica y resguardo á tres paredes de adobe de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas que tenía puestas el cocinero para resguardarse del sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacían fuego continuo, defendiéndose de tanta multitud que los molestaba por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban, ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacían, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y cajones para ponerlos de parapeto; pero en esta faena, que lograron hacer á satisfacción para el resguardo, quedaron heridos dos de los soldados é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el cabo con un soldado y carpintero. El cabo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al soldado y carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar y cebar escopetas, ocupándose él en solo tirar, con que mataba y hería á cuantos se le arrimaban.

Viendo los gentiles que las flechas ya no servían por el resguardo de los adobes que tenían los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servían de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: viéronse en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el padre fray Vicente de tajarla talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponía. Viendo los indios que el fuego del techo no los hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizonos encendidos y pedazos de adobe, que de uno de ellos quedó herido el padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero sí después, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los gentiles, que recelosos viniese gente del presidio, se marcharon llevándose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habían sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En cuanto amaneció el día 5 de noviembre, que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron luego á ver al padre, que estaba en el fuerte de la cocina con el cabo y tres soldados, todos heridos, y el cabo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no desaceciesen los demás. Los indios cristianos llorando refrieron al padre cómo los gentiles no los dejaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el padre fray Luis, que toda la noche lo había tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los soldados lo consolaban diciéndole que se habría metido dentro del sauzal: mandó á los indios lo buscasen, y despachó á un indio californio á avisar al presidio, y á los neófitos mandó apagar el fuego de la troje para lograr algo del bastimento.

Hallaron los indios en el arroyo á su venerable padre fray Luis ya muerto, y tan desfigurado que apenas lo conocieron. Cargarónlo y llevaron con grande llanto para donde estaba el padre fray Vicente, quien al oír el llanto de los indios, le dió en el corazón lo que había sucedido á su compañero: fué luego el padre hácia ellos y le pusieron á la vista á su amado compañero muerto y tan desfigurado que segun escribió al

reverendo padre presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenía mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara aplastada de los golpes de macana (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de piés á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubría su cuerpo. Al ver el padre fray Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los neófitos, que tan de corazón amaban á su difunto padre, le hizo prorumpir en lágrimas.

En cuanto la pena y dolor dió lugar al padre fray Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestes para llevar á los dos difuntos cuerpos del venerable padre fray Luis y al herrero José Romero, y á los heridos, que fueron el cabo y los tres soldados y el carpintero Urselino. En cuanto recibieron la noticia en el presidio, se pusieron en camino para la mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el presidio, dejando en la mision algunos neófitos para que apagasen la lumbrera de la troje. Llegados al presidio se dió sepultura á los difuntos en la capilla del presidio y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron menos el carpintero Urselino, que murió el quinto día. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenía de su sueldo de algunos años que había servido bastante alcance en el real almacén; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento y dejó por herederos á los mismos indios que le quitaron la vida; accion tan ejemplar y heroica de verdadero discípulo de Jesucristo. Recibidos todos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador.

El cabo que había quedado mandando el presidio, despachó aviso al teniente, que se hallaba en la fundacion de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los padres. En cuanto estos llegaron al presidio, hicieron las honras al venerable padre difunto, y resolvieron mantenerse en el presidio hasta nueva orden del venerable padre presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas cartas. Igualmente con acuerdo del comandante del presidio determinaron que los neófitos se mudasen arrimados al presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los gentiles: asimismo mudaron el poco de maíz y trigo que libertaron del fuego; quedando todo lo demás de la iglesia y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El comandante del presidio dió luego sus providencias despachando partidas de soldados por las rancherías de los gentiles á explorar si se percibía otro atentado, como también de indagar los que habían concurrido: llevaron presos á mu-

chos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al presidio, despachó correo á Monterey.

## CAPITULO XLI.

LLEGA Á MONTEREY LA FUNESTA NOTICIA DE SAN DIEGO, Y LO QUE EN SU VISTA SE PRACTICÓ.

Llegó á Monterey el correo de San Diego con la noticia del martirio del venerable padre fray Luis Jaime y del incendio de la mision, y en cuanto el comandante Rivera recibió las cartas, que fué á entrada de noche del día 13 de diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la mision de San Carlos, en donde me hallaba, á dar la noticia y las cartas de los padres que se hallaban en San Diego al reverendo padre presidente, quien en cuanto oyó la novedad prorumpió en estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra; ahora si se conseguirá la reduccion de los dieguinos.* Mañana, prosiguió su reverencia, haremos las honras al difunto padre: conviéndole á usted y á la gente del presidio; á lo que respondió no podía asistir porque iba á disponer su salida para San Diego; y diciéndole el padre que también él intentaba bajar á San Diego, le respondió que no podía ser el bajar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia cuanto antes en San Diego para la seguridad de aquel presidio, hacer averiguaciones y dar cuenta á su excelencia, que en breve saldría otra partida de soldados para San Diego, y que con ellos podría bajar mas espacio su reverencia. Con esto se despidió y retiró para el presidio.

El siguiente día dispuso el venerable padre presidente hacer las honras al difunto padre, las que hicimos con vigilia y misa cantada con asistencia de seis sacerdotes, el venerable padre presidente con su padre compañero y los cuatro que estábamos para las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, á las que asistieron todos los neófitos de la mision y la tropa de la escolta: aunque al juicio de todos los que conocimos al venerable padre difunto, que lo tratamos y experimentamos su religioso porte y fervoroso celo de la salvacion de las almas, no necesitaria que rogásemos á Dios, sino que mejor podríamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creíamos que su alma iría en derechura á recibir la corona de la gloria que tenía merecida por sus virtudes y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel gentilismo. No obstante, por ser inexcrutables los juicios de Dios, dispuso el venerable padre presidente que le aplicase cada uno de los misioneros las veinte misas del concordato hecho por los misioneros de estas conquistas.

Ya que veía el venerable prelado que no podía prontamente bajar á San Diego, escribió á los

padres lo que debían practicar mientras bajaba su reverencia. Escribió al reverendo padre guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas cartas que recibió de los padres de San Juan Capistrano y de la de San Diego que quedó con vida. Asimismo escribió al excelentísimo señor virey comunicándole la noticia, añadiéndole que no por lo sucedido descaecian de ánimo los misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que había logrado el dichoso venerable hermano y compañero el padre fray Luis Jaime.

Que solo sentía su reverencia las resultas de dicho acasamiento, así de los castigos que tal vez se intentarían con los pobres é ignorantes indios que hubiesen concurrido al hecho, como también el que se dilatase el volver á poner la misión de San Diego en el propio sitio, é igualmente sentiría se difiriese la fundación de San Juan Capistrano; pero que esperaba de su experimentada clemencia que usaría de misericordia con los indios dieguinos que hubiesen concurrido á la muerte del difunto padre, que no dudaba fuese influjo del infernal enemigo y por falta de conocimiento; que juzgaba conduciría mucho el usar de misericordia para atraerlos á nuestra religión católica, tan piadosa y benigna.

Y que igualmente confiaba en el fervoroso y católico celo de su excelencia, que tomaría con más fervor la reedificación de la incendiada misión y la fundación de la de San Capistrano, para que el enemigo no saliese con sus infernales intentos. Que lo dicho se podría conseguir y evitar semejantes atrasos, aumentando las escoltas de las misiones; que viendo los indios más fuerzas para la defensa, se contendrían y se conseguiría con toda paz el intentado fin de su reducción y eterna salvación de sus almas. Estas cartas remitió su reverencia al presidio, suplicando al comandante que desde San Diego las despachase con sus pliegos á Méjico, interin lo graba el bajar á San Diego, que mucho lo deseaba.

Salió de Monterey el comandante Rivera con tropa el día 16 de diciembre, visitando de paso las dos misiones de San Antonio y San Luis; y aunque en ellas no halló novedad en los indios, añadió en cada una un soldado más de escolta por lo que podía suceder; y siguiendo su viaje llegó á la de San Gabriel día 3 de enero de 1776.

Quiso nuestro Dios y Señor de los ejércitos, que el día siguiente 4 de enero llegase á aquella misión el teniente coronel don Juan Bautista de Anza, que venía de Sonora de orden de su excelencia, cruzando el río Colorado, conduciendo la tropa y familias para poblar el puerto de nuestro padre San Francisco, de que hablaré después, con cuya llegada se vió el comandante Rivera con el socorro de cuarenta soldados con un oficial teniente capitán, y el comandante de la expedición

del señor Anza. Trataron los dos comandantes de lo sucedido en San Diego, y resolvieron de pasar ambos con la tropa, dejando en San Gabriel el teniente con algunos soldados y todos los pobladores agregados y arrieros con las recuas, á San Diego á pacificar y á prender las cabecillas. Así lo practicaron, y desde allí dieron cuenta á su excelencia, con cuyos pliegos fueron las cartas del venerable padre presidente. Y viendo que no había necesidad de la tropa, determinaron los comandantes el que siguiese la expedición para Monterey, y que solo quedasen doce soldados de los venidos de Sonora, para subir después con el comandante Rivera, y con todos los demás soldados se volvió el señor Anza para San Gabriel, y de allí subió para Monterey, como diré con más extensión en su lugar. Interin paso á referir, adelantando la noticia por el hilo de la historia, las eficaces providencias que dió el excelentísimo señor virey en cuanto recibió la noticia de lo acaecido en San Diego.

En cuanto su excelencia recibió las cartas de los comandantes, que le escribieron de San Diego lo sucedido en la misión y obrado por ellos, echó menos la carta del reverendo padre presidente; pero lo atribuyó á la distancia de ciento setenta leguas que se hallaba su reverencia de San Diego, de donde salió el correo, aunque después vió no había sido la causa sino el haberse adelantado unos días á la carta del venerable padre presidente, que tenía la fecha dos meses antes que las de los comandantes; pero no obstante que dicho excelentísimo señor no había recibido dicha carta, le escribió una consolatoria con la noticia de las providencias que tenía dadas, de cuya original saco esta

## COPIA.

“No puedo expresar á vuestra reverencia el sentimiento con que me dejan los tristes sucesos de la misión de San Diego, y la trágica muerte del padre maestro fray Luis Jaime, de que me han dado cuenta desde aquel presidio el comandante D. Fernando Rivera y Moncada, y el teniente coronel D. Juan Bautista de Anza, los cuales hubieran sido mayores acaso, á no haber acaecido la oportuna llegada á San Gabriel de este oficial con las familias destinadas para Monterey.

“Las disposiciones que estos oficiales dieron entonces así para el seguro de San Diego, como para la de San Gabriel y San Luis fueron prudentes, y las que debían dictarse con respecto á los daños futuros, y así se lo manifestó al comandante Moncada. Este me da noticia de la aprehensión de algunos de los sindicados en la maldad, y me hace confiar de volverlo á dejar todo pacífico con el escarmiento de los más agresores, de que ya había cogido alguno. Yo lo espero así; pero como

“este atentado me hace conocer lo poco que puede fiarse de los indios catequizados, cuanto más de los gentiles, cuando unos y otros se unen á cometer daños; he dado orden á D. Felipe Neve, gobernador de la península, reclute en ella, si fuere posible, veinticinco hombres que pide D. Fernando de Rivera para reforzar las tropas de su cargo, que los remita luego armados.

“El arribo de los paquebotes el Príncipe y San Carlos, que navegan á esos destinos desde el día 10 de este mes, no podrán menos que contribuir al sosiego y tranquilidad de los naturales, al paso que faciliten la ocupación del puerto de San Francisco; y como de ellos querrán acaso quedarse algunos individuos con plazas de soldados, he dispuesto también se les asiente con destino á reforzar el presidio de San Diego; y para que no lo impidan los respectivos comandantes, acompaño á don Fernando Rivera carta credencial, en cuya vista se presentarán con gusto ambos oficiales á este servicio.

“Además de lo dicho, debe el comisario de San Blas don Francisco Hijosa hacer diligencia en aquellas inmediaciones de otras reclutas, y si los consigue, han de remitirse habilitados de armas y lo necesario al citado señor gobernador Neve en la misma lancha que lleva estos pliegos para que por sí disponga los auxilios que le prevengo.

“Yo no me olvido sin embargo de otros que se presenten oportunos, y quedo en dar al efecto cuantas disposiciones convengan; y en este supuesto espero que vuestra reverencia, ofreciendo á Dios la desgracia, en nada altere su apostólico celo, antes bien confíe de ver mejorada por ella la constitución de estos establecimientos, á que no dudo contribuirá vuestra reverencia animando á los demás padres á no temer los riesgos con presencia de la tropa que se aumenta.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico, 26 de marzo de 1776.—El bailío fray don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junipero Serra.”

A los ocho días de haber escrito su excelencia la antecedente carta, recibió la del reverendo padre presidente, que dije al principio, le sirvió de gran consuelo á su excelencia, y luego le respondió concediéndole cuanto pedía, como se ve en el contenido que dice:

## COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR VIREY.

“En fecha de 26 de marzo anterior manifesté á vuestra reverencia, sin presencia de su carta de 15 de diciembre último, que ha entregado después el reverendo padre guardian de este colegio apostólico, el sentimiento grande que me había inferido el triste desgraciado suceso

“de la misión de San Diego, y las disposiciones que por de al pronto dicté para ocurrir al remedio posible de los daños que pudieran seguirse de no reforzar con tropa aquel presidio y misiones; y ahora con vista de ella y de las prudentes cristianas reflexiones que vuestra reverencia expone, inclinándose á que conviene más tratar de atraer los neófitos rebeldes que de castigarlos, contesto á vuestra reverencia que así lo he dispuesto, mandando en esta propia fecha al comandante don Fernando Rivera y Moncada que la practique, atendiendo á que es el medio más oportuno á la pacificación y tranquilidad de los ánimos, y acaso también á que se reduzcan los gentiles vecinos, viendo que experimentan afabilidad y buen trato, cuando por su exceso no dudarán ver el castigo y la desolación de sus rancherías.

“Prevengo también á ese jefe que el principal objeto del día, es el restablecimiento de la misión de San Diego y la nueva fundación de San Juan Capistrano; aquella en su propio paraje de su situación, y esta en el que se había ya proyectado antes del indicado suceso; en el concepto de que los veinticinco hombres mandados reclutar en la antigua California con destino á la mejor custodia de aquellos establecimientos, deben servir para refuerzo del presidio y para que según lo gradúe oportuno en la actual constitución, ponga competente escolta en las dos citadas misiones de San Diego y San Capistrano, interin que restituido el teniente coronel don Juan Bautista de Anza y que me lleguen nuevos avisos, se dan las demás disposiciones convenientes.

“De todo lo cual hago participe á vuestra reverencia para satisfacción y consuelo, esperando que á impulsos del apostólico celo que le anima por el bien de esas reducciones, contribuirá vuestra reverencia á hacer efectivas mis providencias, seguro de que estoy dispuesto á franquear por mi parte cuantos auxilios sean posibles, porque hasta ahora se han continuado en esas distancias con tanto fruto y ventajas. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico 3 de abril de 1776.—El bailío fray don Antonio Bucareli y Ursúa.—Padre fray Junipero Serra.”

Si estas dos cartas las hubiese recibido el venerable padre Junipero luego de escritas, no habría tenido tanto que padecer, como veremos en el siguiente capítulo, pues la mucha distancia é indispensable demora le sirvieron de un prolongado é incruento martirio.



## CAPITULO XLII.

BAJA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO A SAN DIEGO: TRATA DE RESTABLECER SU MISION, Y SE LE FRUSTRAN LOS DESEOS Y DILIGENCIAS.

Desde el mismo instante que llegó la noticia de lo acaecido en la mision de San Diego, estaba el venerable padre presidente con vivas ansias de bajar á dicho puerto; pero se le frustraron los deseos por lo que queda expresado en el capítulo anterior último, ya por la prisa del comandante Rivera, como por la venida de la expedicion de Sonora; siendo el fin de sus anhelos el volver á reedificar la mision incendiada. Medio año estuvo privado de poder cumplir sus deseos, hasta que dispuso Dios que los paquebotes viniesen á Monterey, y que el paquebot el Principe, dejada parte de la carga, bajase con la demás para San Diego, y en él se embarcó el 30 de junio, y con doce dias de navegacion llegó á San Diego, y desembarcó su reverencia con otro misionero, el padre fray Vicente Santa María, que habiendo venido con los barcos, lo llevó consigo para ocuparlo en una de aquellas misiones.

Encontró el venerable prelado que vivian en el presidio los tres padres, los dos de San Capistrano y el que habia quedado con vida de la de San Diego. Después de haberlos consolado y animado, le expresaron no tener mas desconsuelo que el ver no se daba mano á nada y que se estaban ociosos. Preguntóles cómo estaban los indios, si habia habido mas novedad, y le respondieron que no, pues el señor comandante ya habia escrito á su excelencia que ya todo estaba pacificado, que ya tenían asegurados las cabecillas y los querian despachar para San Blas con el barco, para que allí se les diese el merecido castigo.

Enterado su reverencia de todo, procuró consolar á los padres, y con su gran paciencia y mucha prudencia esperó que se fuese acabando la descarga del barco, y cuando vió se iba concluyendo, habló al comandante del navío don Diego Choquet, diciéndole si los misioneros podrian ir á ayudar á trabajar á la mision del santo de su nombre. Que de Dios recibirian él y los marineros el premio; que su excelencia lo tendria muy á bien. Respondió como caballero, que con mucho gusto, que no solo los marineros, sino que él tambien de peon. Conseguida esta respuesta tan cristiana, habló por papel, para mas facilitarle, al comandante de tierra, diciéndole que en atencion á la detencion del barco hasta mediados de octubre y de ofrecerle el señor capitán la tripulacion para la reedificacion de la mision, le suplicaba por la escolta de la mision para pasar á dar mano á la obra. En vista de él, aprontó un cabo y cinco soldados dispuestos, y todo para la

marcha, que fué el dia 22 de agosto de dicho año de 76.

Fué á dar principio á la obra del venerable padre presidente con dos misioneros, el capitán del barco con uno de los pilotos, el contra maestre y veinte marineros, todos armados con armas blancas y de fuego para cualquier evento. Fueron tambien todos los indios neófitos capaces de trabajar, y fué el cabo con los cinco soldados. Llegados al sitio, distribuyeron la gente, que completó el número de cincuenta peones, á mas de rancheros y cocineros. Empezaron unos á acarrear piedra, otros á abrir cimientos y otros á hacer adobes, sirviendo de sobrestantes no solo el piloto y contra maestre, á cuyo fin habian ido, sino tambien los padres y el capitán del paquebot.

Iba la obra con tanto calor y trabajaban con tanto gusto, que segun lo que hicieron en dos semanas, todos daban por cierto que antes de la salida del barco quedaria concluida la obra, amurallada con pared de adobes; pero el enemigo tiró á impedirlo no por medio de los gentiles, pues ni siquiera uno se asomó por todos los contornos, sino que el comandante de tierra, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, que estaba el venerable padre presidente en el presidio, sin que el comandante Rivera le hablase lo mas mínimo, salió para el sitio de la mision, y llamando á solas al comandante del barco, le dijo que corrian voces de que los gentiles querian dar otra vez á la mision, y así que convenia se retirase con su gente á bordo; que él daba la orden al cabo para que con los soldados se retirase al presidio. Me hará favor, prosiguió, de avisar á los padres que yo no se los digo porque conozco lo har de sentir.

No pudo el capitán del barco con toda su viveza, alcances y eficacia hacerlo desistir, preguntándole si ya habia hecho la diligencia para indagar la verdad; y diciéndole que no, que solo viendo se repetia el dicho de los indios, sin duda seria verdad. Pues, señor, le replicó, la otra vez que corria dicha voz antes de venir á la obra, mandó hacer la diligencia por el sargento, y se halló ser mentira, pues se hallaron las rancherías muy quietas, los indios muy compungidos y arrepentidos del hecho: que mandase hacer la diligencia, que con tanta gente armada que allí estaba, no habia que temer: que le parecia mas al caso, si se hallaba algun recelo, el que se aumentase la escolta con mas tropa, que no retirarla en descrédito de las armas españolas. Estas razones en lugar de convencerlo, lo enconaron mas, y dejando la orden estrecha para que se retirase, se marchó para el presidio.

Comunicó el señor capitán del barco á los padres la orden que habia dado el dicho comandante de tierra, refiriéndoles las razones que le habia propuesto para que desistiese, pero que no habia podido convencerlo. Ya veo, dijo, que no

hay motivo para la retirada y que es un grande bochorno; pero no quiero pleitos con este hombre, y así determino que nos váyamos. Mucho lo sintieron los padres, y mas que todos el venerable padre presidente. Luego que vió la retirada, quedándose como fuera de sí, sin tener mas voces ni palabras con que desahogar la pena del corazon, que el decir: hágase la voluntad de Dios, quien solo lo puede remediar, encargó á los padres lo encomendasen á nuestro Señor.

No fué menor el sentimiento que tuvo su excelencia en cuanto tuvo la noticia del hecho, que se la comunicó el capitán del barco en cuanto llegó á San Blas. De modo que luego despachó su excelencia orden al gobernador de la provincia, que residia en Loreto en la antigua California, para que luego mudase su residencia á Monterey y el capitán Rivera se retirase á Loreto; lo que comunicó su excelencia al venerable padre presidente con carta larga y extensiva, con fecha 25 de diciembre del propio año de 76, de la que saco las siguientes cláusulas, con las que comunica á su reverencia los estrechos encargos que hace al señor gobernador.

## COPIA DE LA CARTA.

“No dudo que la suspension del restablecimiento de la mision arruinada de San Diego causaria á vuestra reverencia mucha pena respecto de que á mí me ha causado displicencia el saberlo solo; cuanto mas los frívolos motivos que coincidieron, de que me ha instruido la carta del teniente de navío don Diego Choquet, comandante del paquebot el Principe.  
 “Supongo que con el arribo de los veinticinco hombres mandados por mí reclutar para refuerzo de la tropa de aquel presidio, se dedicaria don Fernando de Rivera á evacuar esta importancia y erigir al propio tiempo la mision de San Juan Capistrano en el paraje antes elegido; pero si no se hubiese verificado, no dude vuestra reverencia que el gobernador de esas provincias, á quien va el encargado de residir en ese presidio de Monterey, hará todo esto si no lo ha ejecutado, muy á gusto de vuestra reverencia por el celo que le anima del servicio y por las demás cualidades que le adornan.  
 “Le instruyo y prevengo de cuanto debe procurar para fomento de estas adquisiciones, encargándole estrechamente que no estando verificado el restablecimiento de la mision de San Diego, y la fundacion de San Capistrano, se dedique luego á hacerlo efectivo, y le prevengo lo mismo que antes á don Fernando de Rivera en cuanto á que no se castiguen las cabecillas ó autores del pasado movimiento, por si la piedad con que se les trata cuando merecian la última pena, les escarmienta y hace entrar en conocimiento para vivir dóciles y quietos.  
 “Una de las cosas que tambien encargo estre-

chamente, es la ereccion de la mision de Santa Clara en la cercania del presidio de San Francisco con esta advocacion; y aunque doy la orden para que á estas subsigan las dos que vuestra reverencia pide como precisas en el canal de Santa Bárbara, y otra en el terreno que intermedia entre ese establecimiento y aquel para asegurar la comunicacion, convendrá suspenderlo para mas adelante, y cuando las otras se hallen perfectamente establecidas; bajo cuyo concepto puede decirme vuestra reverencia por el regreso de los buques los utensilios que sean necesarios para ellas, á fin de determinar su envío, acordando en el interin la ereccion de las demás, con preferencia, que desde luego concibo deben tener las de Santa Bárbara ya meditadas, para reducir la mucha gentilidad que puebla el terreno.

“El gobernador don Felipe Neve está encargado de consultarme y proponerme cuanto conciba conveniente y preciso á hacer felices esos establecimientos; y como tambien lo está de que para todo use de los acuerdos de vuestra reverencia, espero que continuando con aquel fervoroso celo que preocupa el ánimo de vuestra reverencia por la propagacion de la fe, conversion de las almas y extension del dominio del rey en esas remotas distancias, se ponga cuanto parezca asequible, consultándome lo que se necesite para proporcionar con mis providencias su efectivo logro. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 25 de diciembre de 76.—El bailío fray don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre Fray Junipero Serra.”

Si estas providencias tan favorables para la propagacion de la fe y cartas tan consolatorias de su excelencia hubieran llegado á manos del fervoroso padre Junipero tan breve y tan á continuacion como aqui las inserto (para llevar el hilo de la historia), no habria su reverencia padecido como padeció, pues la demora de ellas por la mucha distancia de Méjico le affigia en gran manera su corazon, aunque siempre muy resignado á la divina voluntad, en cuyo servicio y para gloria del Señor padecia un incruento martirio, pues cualquiera providencia que veia dar por el comandante de estos establecimientos que impedía ó retardaba la conversion de los gentiles, era una saeta mas aguda que las que quitaron la vida al venerable padre fray Luis Jaime; y la que se dió para que se suspendiese la reedificacion de la mision de San Diego no fué de las menores que recibió en su corazon el venerable y fervoroso prelado; pero viendo que en lo humano ya no hallaba recurso, ocurrió á Dios, como Señor de esta vida, para que lo remediase, pidiéndoselo en los santos sacrificios y oraciones, encargando á los padres hiciesen lo propio, y en breve le dió el Señor el consuelo, como veremos en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XLIII.

LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES CON QUE SE LOGRA EL RESTABLECER LA MISION DE SAN DIEGO Y LA FUNDACION DE SAN JUAN CAPISTRANO.

A los 21 días de suspendida la obra de la reedificación de la misión de San Diego, llegaron por tierra á aquel presidio por la antigua California los veinticinco soldados que remitía su excelencia para reforzar la tropa, y por el cabo de ellos recibió el venerable padre presidente las dos cartas tan consoladoras de su excelencia que quedan ya copiadas en el capítulo 41. Estas felices noticias que recibió el venerable padre presidente el día 29 de setiembre, fiesta del gloriosísimo príncipe san Miguel (concedida nuevamente por su santísimo patron de todas las misiones del colegio), causaron suma alegría al fervoroso padre, que quiso expresarla con un solemne repique de campanas y el día siguiente con misa cantada en acción de gracias por este beneficio, encargando á los padres hiciesen lo mismo en las misas rezadas y que pidiesen á Dios por la salud y vida del excelentísimo y fervoroso señor virey.

Enterado el comandante don Fernando Rivera de las superiores órdenes de su excelencia, puso luego en libertad á los indios presos que quería con el barco despachar para San Blas, y aprontó la escolta de doce soldados para la misión de San Diego, para que se fuese á la reedificación de dicha misión; y para la fundación de San Capistrano nombró diez y un cabo, y añadió dos á la de San Gabriel, y los restantes quedaron para el presidio, que quedó con la fuerza de treinta hombres; y no queriendo presenciar dichas fundaciones, subió para Monterey con los doce soldados de las misiones de nuestro padre San Francisco.

En cuanto el fervoroso padre Junipero se vio con los auxilios que necesitaba, sin pérdida de tiempo pasó á la reedificación de la misión de San Diego con otros dos misioneros, mudándose al sitio con todos los neófitos de dicha misión, y empezó con todo empeño la obra, trabajando los neófitos con mucha alegría, y con tal esfuerzo, que en breve dieron muestras de que no tardarían en poner en buen estado la misión. Puestos en corriente, dejando en la obra á los dos misioneros, se retiró su reverencia al presidio á disponer para la de San Capistrano; y supuesto que en breve saldría el barco, se puso á escribir á su excelencia, dándole las gracias así del perdón de los indios que había enviado para que se pusiesen en libertad, como del aumento de la tropa y de las demás órdenes y providencias que había enviado, y que en cumplimiento de ellas quedaba ya corriente la obra de San Diego con

mucho gusto de los indios; y que luego de salido el barco pasaría á fundar la de San Juan Capistrano.

Así lo practicó llevando consigo los dos misioneros, el padre lector fray Pablo Mugartegui y el padre fray Gregorio Amurrio y todos los avíos pertenecientes á ella, escoltados de un cabo con diez soldados, llegaron al sitio en donde hallaron enarbolada la cruz y desenterraron las campanas, á cuyo repique ocurrieron los gentiles muy festivos de ver volvían á su tierra los padres. Hizose una enramada, y puesto el altar dijo en él el venerable padre presidente la primera misa. Deseoso de que se adelantase la obra, tomó el trabajo de pasar su reverencia á la misión de San Gabriel á fin de traer algunos neófitos para ayuda de la obra, algún socorro de víveres para todos y el ganado vacuno que allí estaba.

Regresando para la nueva misión con dicho socorro, quiso adelantarse de las cargas para llegar mas breve, y se fué con un soldado que conducía el ganado, y con un neófito de San Gabriel. A la mediana del camino, como diez leguas de la misión, se vió en evidente peligro de que lo matasen los gentiles, y según su reverencia me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran peloton de gentiles, todos embijados y bien armados, con sus espantosos alaridos, enarcando sus flechas en ademán de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito, que viendo la acción de los gentiles les gritó que no matasen al padre, porque atrás venían muchos soldados que acabarían con ellos. Oyendo esto en su propia lengua é idioma, se contuvieron, los llamó el padre y se le arrimaron todos ya convertidos en mansos corderos, los persignó á todos, como siempre lo acostumbro, y después les regaló con avalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos, y prosiguió su camino sin la menor novedad mas que la fatiga del viaje y el dolor del pié. Llegó al sitio de la nueva misión, y con el socorro de peones y víveres, se dió mas calor á la obra material.

Es el sitio de la misión muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas y resguardadas en el tiempo que vienen los barcos; que en este tiempo que reinan los sures no estarían muy seguras por estar abierto y descubierto por dicho rumbo; pero por el Norte y demás laterales están seguros los barcos por una tierra alta que sale muy afuera formando una ensenada nombradas de los Marítimos de San Juan Capistrano, la que tiene un estero mediano al que vacía el arroyo de agua buena que corre por el lado de las casas de la misión; cerca del estero desembarcan las cargas de dicha misión y las de San

Gabriel, con lo que se ahorran de haber de ir hasta el puerto de San Diego á trasportar con mulas los avíos.

Hállase situada la misión en la altura del Norte de 33 y medio grados, distante de la misión y puerto de San Diego veintiseis leguas y de la de San Gabriel, rumbo al Noroeste diez y ocho leguas. El temperamento es bueno logrando sus calores en el verano y sus frios en el invierno, y hasta ahora se ha experimentado sano; á su tiempo hay lluvias, y ayudados del riego con el agua de dicho arroyo, consiguen abundantes cosechas de trigo y maíz, legumbres de frijol, etc., no solo lo suficiente para la manutención de los neófitos, sino que les sobra para socorrer á la tropa á trueque de ropa para ayudar á vestirse. Logra también buenos pastos para toda especie de ganados, que se han aumentado mucho.

Habiendo reparado desde el principio de la fundación que toda aquella estaba matizada de parras silvestres que parecían unas viñas, dieron en sembrar unos sarmientos mansos traídos de la antigua California, y han conseguido ya el lograr vino, no solo para las misas, sino también para el gasto, como asimismo de frutas de Castilla, de granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc., y logran muy buenas hortalizas, etc.

Con el auxilio del intérprete que de San Gabriel llevó el venerable padre presidente y fundador, como desde luego se les pudo decir, el fin principal que los traía á venir á vivir entre ellos, que era á enseñarles el camino del cielo, á hacerlos cristianos, para que se salvaran, etc.; que de tal manera lo entendieron y se les impresionó, que luego empezaron á pedir el bautismo, de modo que según escribieron al principio los padres, que así como los gentiles de las otras misiones habían sido molestos en pedir á los padres cosas de comer y otros regalitos, los de San Juan Capistrano eran molestos en pedir el bautismo, haciéndoseles largo el tiempo de la instrucción, y por esto y con dicho auxilio se dió calor á la obra espiritual, y en breve lograron los primeros bautismos, y se fué aumentando el número de ellos, de modo que cuando murió el venerable padre fundador fray Junipero, contaban ya cuatrocientos y setenta y dos naturales de aquel sitio y rancherías comarcanas, y luego después de su ejemplar muerte fué en gran manera aumentando el número.

Pues habiendo yo escrito á todos la noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, y que poco antes de morir me había prometido que si lograba el ir á ver á Dios le pediría por todos nosotros, y para que se logre la conversión de los gentiles, me respondió el dicho padre lector fray Pablo Mugartegui: "Parece que ya veo se va cumpliendo la promesa de nuestro venerable padre Junipero, pues en estos tres meses últimos hemos logrado mas bautismos que en los tres años, y continúan en el catequismo gra-

cias á Dios, y confiamos en el Señor se logrará la conversión de los demás."

Era tanta la sed del venerable padre Junipero de la conversión de las almas, que ni el ver radicada la misión de San Diego, ni la fundación de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenían con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, de las que por la mucha distancia de cerca de doscientas leguas, no había tenido la menor noticia; y para salir de este cuidado y dar mano á su fundación en caso de no haberse efectuado, se encaminó para Monterey, visitando de paso las tres misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal, y á sus ministros muy contentos, y logró la ocasión de bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos, y gastando en dichas tareas apostólicas seis meses, llegó á su misión de San Carlos con el mérito de tantos trabajos por el mes de enero de 1777, y tuvo á la llegada el complemento de sus deseos con la noticia de quedar ya fundadas las dos misiones de este puerto, de las que hablaré en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XLIV.

PROVIDENCIAS QUE PARA LAS FUNDACIONES DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO DIÓ EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

Uno de los puntos que el venerable padre Junipero pidió á su excelencia estando en Méjico fué, que tuviesen efecto las dos misiones de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, proyectadas desde el año de 70. Y viendo su reverencia que en el provisional reglamento que se había formado, no solo no se hablaba de tales misiones, antes parecía se cerraba la puerta á nuevas fundaciones, se estrechó con su excelencia haciéndole presente las muchas conversiones que se lograrían con dichas fundaciones. Como ya por la frecuente conversión que dicho señor había tenido con el fervoroso padre, se le había prendido en su noble corazón el fuego de la caridad acerca de la conversión de los gentiles, lo consoló diciéndole que desquidase, que dichas misiones corrian á su cuenta; que la real junta tuvo presente el corto número de tropa que había en los establecimientos y la dificultad de trasportarla; que encomendase á Dios se lograra el abrir paso por el río Colorado, que conseguido, se lograrían no solo las dos dichas, sino las demás que se juzgasen convenientes. Quedó con esto consolado, pidiendo á Dios el feliz éxito de la expedición de D. Juan Bautista de Anza, y quiso nuestro Señor que viese el paso abierto aun an-

tes de llegar su reverencia á su mision de San Carlos, como queda dicho en el capítulo 31.

En cuanto llegó á Méjico el capitán Anza, que dió cuenta á su excelencia de su comision y de que quedaba descubierto el paso del rio Colorado y abierto camino desde Sonora á Monterey entre muchas naciones de gentiles, que todas se habian manifestado amigas. Enterado de todo el viaje el excelentísimo señor virey, mandó al mismo capitán se dispusiese para segunda expedicion, y que pidiese todo lo necesario para reclutar de las provincias de Sinaloa y Sonora treinta soldados de cuera que fuesen casados, para llevar todas sus familias, y que á mas de los dichos habia de reclutar otras familias de casados para pobladores, que llegados á estos establecimientos pudiesen formar pueblo, y para los gastos que se ofrecian para el efecto de la recluta y trasporte desde sus provincias y casas hasta Monterey, libró á las cajas reales, que le franquearon cuanto pidió, y salió de Méjico para dar cumplimiento á esta segunda expedicion á principios del año de 1775.

No quiso el excelentísimo señor virey privar de esta noticia al venerable padre presidente, así para que la tuviese adelantada como para que encomendase á Dios el feliz éxito de la expedicion, y así se lo comunicó por carta de 15 de diciembre de 1774, encargándole nombrase cuatro misioneros para ministros de las dos misiones que se habian de fundar de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, bajo la sombra de un presidio que se habia de establecer en el puerto de San Francisco.

Recibió el venerable prelado esta alegre noticia el 27 de junio de 75, por el paquebot San Carlos, cuyo capitán era el teniente de navío de la real armada don Juan de Ayala: traia la orden de que dejada en Monterey la carga de víveres y memorias, pasase al puerto de San Francisco á registrarla, á fin de ver si tenia entrada por la canal ó garganta que de tierra se habia visto. Así lo practicó, con la felicidad de que á los nueve dias de salida del puerto de Monterey, llegó al puerto de nuestro padre San Francisco: halló en la canal bastante fondo, que entraron de noche con toda felicidad. Tiene la garganta de largo una legua corta, y de ancho un cuarto de legua, y en partes mas; la entrada sin barra y con fuertes corrientes para entrar y salir segun la creciente ó menguante del mar.

Adentro hallaron un mar mediterráneo con dos brazos, el uno que interna rumbo al Sueste como quince leguas, de tres, cuatro y cinco leguas hácia el Norte, y dentro de este hallaron una grande bahía quasi de diez leguas de ancho, de figura redonda, en la que vacía el grande rio de nuestro padre San Francisco, que tiene de ancho un cuarto de legua, que se forma de unos cinco rios, todos caudalosos, que culebreando por una grande llanada, tan dilatada que forma hori-

zonte, todos se juntan y forman dicho rio Grande, y toda esta inmensidad de agua va á vaciar por la dicha garganta al mar Pacifico, que es la ensenada llamada de los Farallones.

Mantúvose el paquebot en este puerto cuarenta dias, y lograron hacer el registro á toda satisfaccion con la lancha, comunicando con muchas rancherías de gentiles, todos mansos, de paz y muy afables. Formaron sus planes de todo lo visto y registrado, observando estar la entrada del puerto en la altura de 38 grados menos pocos minutos, aunque adentro por el brazo que corre al Norte en breve se halla mayor altura. Concluido el registro, volvieron al puerto de Monterey á mediados de setiembre y nos refirieron todo lo dicho; y preguntando al capitán si le parecia buen puerto, respondió que no era puerto, sino un estuche de puertos que podrian estar en él muchas escuadras sin saber la una de la otra; solo á la entrada y salida se pueden ver por la angostura de ella, y que dentro estarian seguras.

De todo lo dicho dió cuenta á su excelencia con el mapa que de dicho puerto formó el señor comandante del barco, y el venerable padre presidente las gracias y parabienes por las providencias dadas á beneficio de estas espirituales conquistas, dándole noticia de haber nombrado por ministros de las dos misiones, para la de Santa Clara á los padres fray José Murguía, hijo del apostólico colegio, y fray Tomás de la Peña, de la provincia de Cantabria, y para esta de nuestro padre San Francisco al padre fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, y á mí el menor hijo de esa santa provincia de Mallorca; y que nos estábamos previniendo para pasar á las nuevas fundaciones, en cuanto se verificase la llegada de la expedicion de Sonora, para cuya felicidad quedábamos todos haciendo rogativas al Señor.

La noticia que recibió su excelencia del registro de este puerto y las buenas calidades de él, eran mas incentivos para desear la fundacion de estos establecimientos. Pero como es tanta la distancia por tierra desde Méjico, que en sentir del comandante de la expedicion el señor Anza, que lo anduvo varias veces, pasa de mil leguas, y los varios accidentes para una recluta de soldados y pobladores, causan precisamente demora; además que una expedicion de tanta gente y de todas edades que venia, no podian hacer las jornadas largas, fué preciso gastar mas tiempo del que quisieran los deseos de su excelencia; de modo que habiéndose juntado toda la gente de dicha expedicion por setiembre del año de 75 en el presidio de San Miguel de Orcasitas de la provincia de Sonora, y salido toda la expedicion de dicho presidio de San Miguel el 29 de dicho mes, día de santo Príncipe por la tarde, no llegaron á la mision de San Gabriel, á donde fueron á salir hasta el día 4 de enero del siguiente año de 76, habiendo gastado en el despoblado de cristianos y mu-

poblado de gentiles, noventa y ocho dias, incluso algunos que dieron en el camino de descanso á las gentes y á las bestias.

En dicha mision de San Gabriel tuvieron la demora, por lo que ya queda insinuado en el capítulo 41, de la ida del comandante con la tropa para San Diego, y concluida la diligencia dejando al señor comandante Rivera doce soldados, subió para Monterey con toda la demás gente, á donde llegó con toda felicidad el día 10 de marzo, y el siguiente fuimos á cantar misa de gracias, que cantó el padre predicador fray Pedro Front, misionero del apostólico colegio de la Santa Cruz de Querétaro, ministro de las misiones de Sonora, que vino como capellan de dicha expedicion; y en dicho presidio tomó asiento y descansó la gente hasta junio, como diré después.

Traia el señor comandante Anza encargo de su excelencia, de que verificada la llegada á Monterey, pasase con el comandante Moncada al registro de las cercanías del puerto para señalar los sitios para la ubicacion del presidio y misiones; pero habiéndosele excusado el comandante Rivera, por decir ser precisa su asistencia á San Diego por las ocurrientes circunstancias, cediendo su parecer al del comandante Anza en todo y por todo, pasó este al registro llevando consigo á don José Moraga, teniente capitán nombrado comandante para el nuevo presidio, y una partida de soldados; y concluido el registro y señalados los sitios, se retiró á Monterey comunicando lo practicado al comandante Rivera, por carta en que le decia que procurase cuanto antes verificar las fundaciones como encargaba su excelencia, y que si no podia desocuparse tan breve, que diese la comision al dicho teniente Moraga que habia asistido en el registro; y que convenia no hubiese demora por lo disgustada que se hallaba la gente en Monterey por no ser aquel su destino. Con estas diligencias dió por concluida su comision el señor teniente coronel don Juan Bantista de Anza, y se regresó para Sonora con los diez soldados que habia traído para el efecto de su regreso, y pasó á Méjico á dar cuenta al excelentísimo señor virey de su comision que le habia encomendado.

#### CAPITULO XLV.

##### FUNDACION DEL PRESIDIO Y MISION DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

En cuanto el comandante recibió la carta del señor Anza, envió desde San Diego la orden al teniente Moraga para que pasase con toda la gente venida de Sonora á la fundacion del presidio de este puerto de nuestro padre San Francisco; la que recibida, hizo saber á todos á fin de que se dispusiesen para el día 17 de junio. A los pocos dias de publicada la orden, entraron al puer-

to de Monterey los dos paquebotes con los víveres, memorias y avíos. Traia la orden el capitán del Príncipe, de dejar parte de la carga y bajar con la demás al puerto de San Diego; con el que determinó bajar el venerable prelado, logrando la ocasion, como ya queda dicho en el capítulo 42.

Asimismo el comandante y capitán del paquebot San Carlos, que lo era el teniente de navío don Fernando de Quirós, traia la orden de su excelencia de dejar en Monterey lo perteneciente á dicho presidio, y con la demás carga subir á este puerto para auxiliar las fundaciones. Determinó el venerable padre presidente que los dos misioneros para la mision de nuestro padre San Francisco viniésemos con la expedicion de tierra, que aunque no habia el comandante Rivera enviado la orden para la fundacion de las misiones, consecuente á que tenia en San Diego los doce soldados, que era la escolta perteneciente á las misiones; pero que no podia ser mucha la demora, y que en fin, puestos con todos los avíos en este puerto, obraríamos segun nos dictase la prudencia. En vista de esta determinacion, embarcamos en el paquebot todo lo perteneciente á esta mision de nuestro padre, dejando solo el ornamento y capilla de campo, y lo muy preciso para el viaje de cuarenta y dos leguas por tierra para caminar con la expedicion sin tanto embarazo de cargas.

Salió dicha expedicion de tierra del presidio de Monterey el día señalado 17 de junio de dicho año de 76, la que se componia del dicho teniente comandante don José Moraga, de un sargento y diez y seis soldados de cuera, todos casados y con crecidas familias, de siete pobladores tambien casados y con familias, de algunos agregados y sirvientes de los dichos, de vaqueros y arrieros que conducian el ganado vacuno del presidio, y la recua con víveres y útiles precisos para el camino, dejando la demás carga en el paquebot que se iba á hacer á la vela. Y por lo perteneciente á la mision, nos agregamos los dos misioneros arriba dichos, dos mozos sirvientes para la mision, dos indios neófitos de la antigua California, y otro de la mision de San Carlos, á fin de ver si podria servir de intérprete; pero como se halló ser distinto el idioma, solo sirvió de cuidar las vacas que se trajeron para poner pié de ganado mayor. Siguió toda la dicha expedicion para este puerto.

Cuatro jornadas antes de llegar al puerto, en el grande llano nombrado San Bernardino, caminando la expedicion acordonada, divisaron una punta de ganado grande que parecia vacuno, sin saber de dónde podia ser ó haber salido: fueron luego unos soldados á cogerlo para que no se alborotase el ganado manso que llevábamos, y acercándose vieron no ser ganado vacuno, sino venados ó especie de ellos, tan grandes como el mayor buey ó toro, con una cornamenta de la misma hechura ó figura que la del venado; pe-

ro tan larga que se le midieron de punta á punta diez y seis palmos. Lograron los soldados matar á tres, que cargaron en mulas hasta la parada en donde habia agua, que distaba como media legua, y queriendo llevar uno entero, no pudo una mula sola cargarlo, y fué preciso á trechos remudar las mulas, y así pudo llegar entero y tuvimos el gusto de ver aquel animal, que parecia un monstruo con tan grandes astas; y tuve la curiosidad de medirlas, y hallé que tenian de largo las cuatro varas dichas: reparé que abajo de cada ojo tenia una abertura, que parecia tenia cuatro ojos, pero vacios los dos de abajo, que parece ser por donde lacriman: dijéronme los soldados que los corrieron, que habian observado que su correr es siempre por donde viene el viento; sin duda será porque el mucho peso de tan grandes astas, que extendidas con tantas puntas forman como un abanico, si corriesen contra el viento los habia ó de tumbar ó de impedir el correr con tanta ligereza como corren, de modo que de quince que divisaron solo pudieron los soldados con buenos caballos alcanzar á tres. Con lo que tuvo la gente que comer para algunos dias, de la que hicieron cecina, y á muchos les duró hasta el puerto. Es la carne muy sabrosa y sana, y tan gorda que del que llegó entero sacaron un costal y medio de manteca y sebo. Llamán á estos animales ciervos, para diferenciarlos de los demás ordinarios como los de España, que aquí llaman venados, que los hay tambien por las cercanías de este puerto con abundancia y grandes, y algunos de ellos que tira el color á amarillo ó alazan.

En dichos llanos de San Bernardino, que están en la medianía de los dos puertos de Monterey y San Francisco, como tambien en los llanos mas inmediatos al de Monterey, hay otra especie de ciervos ó venados del tamaño de unos carneros de tres años; son de la misma figura que los venados, con la diferencia de tener las astas chicas, y de pierna tambien corta, como el carnero: estos se crían en los llanos, y van en bandadas de ciento, doscientos y mas, corren por los llanos todos juntos, que parece que vuelan, y siempre que ven pasajeros van las bandadas á cruzar por delante; pero no es fácil el cogerlos en el llano, no obstante que los soldados no dejan de hacer la diligencia y logran algunos, con lo que han ideado de dividirse los cazadores todos con buenos caballos mirando la carrera unos arriba, y otros abajo espantándolos para cansarlos sin cansar los caballos, y en cuanto observan que alguno de ellos se queda atrás de la manada, que es señal de cansancio, salen á caballo, y logrando apartarlo de la manada, lo tienen seguro, y lo mismo sucede cuando logran el meterlos en las lomas ó ciertos, porque solo en los llanos son ligeros, al contrario del venado. Llamán á los dichos animales verrendos: de estos hay muchos tambien en las misiones del Sur, en las que tienen llanos; pero de los ciervos grandes

solo se han hallado desde Monterey y exclusive por arriba; de lo que se alegraron mucho los soldados y vecinos que componian la expedición; y habiendo descansado un dia en el paraje nombrado de las Llagas de Nuestro Padre San Francisco, siguió la expedición para este puerto.

Dia 27 de junio llegamos á la cercanía de este puerto, y se formó el real, que se componia de 15 tiendas de campaña á la orilla de una grande laguna que vacía en el brazo de mar del puerto, que interna quince leguas al Sueste, á fin de esperar el barco para señalar el sitio para el presidio, segun el fondeadero. En cuanto paró la expedición ocurrieron muchos gentiles de paz, y con expresiones de alegrarse de nuestra llegada, y mucho mas cuando experimentaron la afabilidad con que los tratamos y los regalitos que les hacíamos para atraerlos, así de avalorios como de nuestras comidas, frecuentaron sus visitas trayéndonos regalitos de su pobreza, que se reducian á almejas y semillas de zacates (yerbas silvestres).

El dia siguiente á la llegada se hizo una enramada y se formó un altar, en el que dije la primera misa el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y mi padre compañero inmediatamente celebró, y continuamos diciendo misa todos los dias del mes entero que nos mantuvimos en dicho sitio, en cuyo tiempo, que no pareció el barco, nos empleamos en explorar la tierra y visitar las rancherías de los gentiles, que todos nos recibieron de paz y se expresaban alegres de nuestra llegada á su tierra; se portaron cortesivos volviéndonos la visita, viniendo rancherías enteras con sus regalitos, que procuramos recomendar con otros mejores, á los que se aficionaron luego.

En el registro que hicimos vimos que nos hallábamos en una península, sin mas entrada ni salida que por el rumbo entre Sur y Sur Sueste, que por todos los demás vientos estábamos cercados del mar. Por el Oriente tenemos el brazo de mar que interna al Sueste, aunque por no tener este mas que unas tres leguas de ancho, se ve la tierra y sierra de la otra banda muy clara. Por el Norte está el otro brazo de mar, y por el Poniente y parte del Sur el mar Grande ó Pacifico y ensenada de los Farallones, en que está la boca y entrada de este puerto.

Viendo la tardanza del barco, se determinó empezar á cortar madera para las fabricas del presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la mision en este mismo sitio de la Laguna en el plan ó llano que tiene al Poniente. Viendo que al mes de llegados al sitio no parecia el barco ni la orden del comandante Rivera con la remesa de los soldados, determinó el teniente dejarnos seis soldados para escolta en este sitio señalado para la mision, como tambien dejó dos vecinos pobladores, y él se mudó con toda la demás gente cerca de la entrada del puerto, para

empezar á trabajar ínterin llegaba el paquebot.

Este entró en el puerto el 18 de agosto, habiendo sido la causa de la demora los vientos contrarios, que lo hicieron bajar hasta los 32 grados de altura. Con la ayuda de los marineros, que el comandante del paquebot repartió al presidio y mision, se hizo para el presidio una pieza para capilla y otra para almacen para custodiar los viveres, y en la mision otra pieza para capilla, y otra con sus divisiones para vivienda de los padres, y los soldados hicieron sus casas así en el presidio como en la mision, todo de madera con su techo de tule.

Hizose la solemne posesion del presidio el dia 17 de setiembre, dia de la impresion de las llagas de nuestro padre San Francisco, patron del presidio y puerto. Canté dicho dia la primera misa después de bendita, adorada y enarbolada la santa cruz, y concluida la funcion con el *Te Deum*, hicieron los señores el acto de posesion en nombre de nuestro soberano, con muchos tiros de cañones de mar y tierra, y de fusilería de la tropa.

Dilatose la posesion de la mision, esperando llegase el orden del comandante Rivera, é ínterin venia determinaron los señores comandantes del nuevo presidio y paquebot hacer una expedición por mar para registrar el gran brazo de agua que entra en el puerto, y se interna rumbo al Norte y entra por tierra, á fin de registrar el grande rio de nuestro padre San Francisco, que vacía en la ensenada de los Farallones del mar Grande por la boca del puerto. Salieron para el registro, convenidos en el punto en que se habian de ver para seguir la lancha para el rio Grande, y la de tierra caminando por la orilla de él.

Fué con la lancha el señor capitán del paquebot don Fernando Quirós, teniente de navio, con su primer piloto don José Cañizares: con los dichos fué mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon para tratar y comunicar con los gentiles: navegaron para el Norte hasta ponerse en una punta de tierra en donde se habian de unir ambas expediciones para seguir en conserva el registro. El mismo dia salió el comandante del presidio con la tropa que juzgó necesaria, y caminaron para el Sueste á vista del grande estero ó brazo de mar hasta llegar al término de él, que tiene de largo quince leguas, en cuya punta hallaron un rio mediano, aunque con bastante agua, el que se llamó de Nuestra Señora de Guadalupe. Subiendo algo hácia el Sueste, les dió lugar para cruzarlo á caballo, y puestos á la otra banda del brazo de mar, viendo que tenian que desandar las quince leguas para ponerse á vista y paralelo del puerto, y después tenian que subir para la costa hasta la punta citada para el punto de union con la expedición de mar, para ahorrar viaje, teniendo á la vista una abra que les ofrecia la sierra con cañadas entre lomas, determinaron entrar por la cañada, á fin de juntarse mas breve con la expe-

dición de mar, pero les salió al contrario, pues esta fué la causa porque no se pudieron ver en todo el viaje; porque siguiendo por las cañadas que forman la sierra, fueron á salir á una grande llanura muy lejos de la playa, y mucho mas del punto de union para encontrar la expedición de mar; y considerando que para ir á buscarla se pasaria el tiempo señalado para la union, determinó seguir por aquel dilatado llano, por el que vió corrian cinco rios, que conoció lo serian por las arboledas que de lejos veia, y juzgó correrian por ellas rios, que todos culebreando y viniendo de distintos rumbos, iban á dar hácia el puerto. Caminaron para la primera calle de arboleda que veian, y hallaron era un grande rio todo poblado de grandes y distintos árboles; subieron por su orilla, no atreviéndose á cruzarlo por la mucha agua que traia; hallaron por las orillas algunas rancherías de gentiles, que se manifestaron todos de paz, con quienes comunicaron, y los regalaron con avalorios, á lo que correspondian con pescado, y algunos de ellos los acompañaron rio arriba.

Habiéndoles dado á entender por señas que deseaban cruzar el rio, les dijeron que por allí no se podia, que era menester subir mas arriba; así lo hicieron, y lograron el cruzarlo, aunque con mucho trabajo, y solo por un vado que les enseñaron los indios, que cruzaron con ellos: caminando por aquel dilatado llano, que por ningun rumbo se divisaba cerro, sino que por todos vientos se les hacia horizonte, naciendo y poniéndose el sol como si estuvieran en alta mar, hallando toda la tierra despoblada de gentiles, sin duda por la falta de agua y leña; y solo encontraron gentiles arrimados á la caja del rio por el beneficio del agua y leña; y para librarse bajo la sombra de la grande arboleda de los excesivos calores que hace en aquellos inmensos llanos, como tambien para pescar en el rio, que abunda de pescado, y para la matanza de ciervos, que hay tantos que parece haber estancias de ganado vacuno que patea no muy apartado del rio, así por estar mas verde el pasto y tener á mano la agua, como para tener cerca el refugio, cuando se ven perseguidos, de tirarse al rio y pasar á nado á la otra parte, aunque no les faltan ardiendes á los gentiles para cogerlos, manteniéndose mucha parte del año de dicha carne.

Viendo el comandante serle imposible el pasar adelante en el registro de los demás rios, ni del que cruzó para poder ver de dónde venia, se contentó con lo visto y se volvió para este presidio y nos refirió todo lo dicho, y que segun le parecia venia dicho rio de los grandes tulares y de la mucha agua que se ha hallado tras de las misiones de San Antonio y San Luis, rumbo al Oriente.

La expedición de mar navegó en derechura á la punta en donde se habia de ver con la de tierra; y habiéndose detenido mucho mas tiempo del señalado y que no parecia, registraron la costa,

trataron con los gentiles de las rancherías y de las que viven entre los tulares, que todos se manifestaron de paz, regalándoles de sus pescados, á que correspondieron los nuestros con avalorios y galleta. Navegaron por la gran bahía redonda, que tiene como diez leguas de ancho, hasta donde llegan los ballenatos. Llegaron al desemboque del río Grande, que tiene un cuarto de legua de ancho, y hallaron cerca del desemboque un grande puerto, que llamaron de la Asunción de nuestra Señora, no menos famoso y seguro que el de San Diego; divisaron ya cerca la sierra alta de nuestro padre San Francisco, y según la altura en que se hallaban, por haber navegado en dirección al Norte, les pareció que el remate de dicha sierra, que corría al Poniente, sería el cabo Mendocino.

En el registro que hicieron de la costa por el rumbo de Oeste vieron varios esteritos, y entre ellos uno muy ancho que se internaba mucho, que no se veía el fin. Entraron en sospecha si iría á comunicar con el mar Grande ó Pacífico por el puerto de la Bodega, que siendo así sería toda la tierra de la punta de Reyes. Entraron en el registro de este grande estero, que llamaron de Nuestra Señora de la Merced, y habiendo navegado por él un día una y noche entera, siempre al Poniente, el segundo día llegaron al término de él, con lo que salieron de la duda y quedaron cerciorados que todo este mar escondido Mediterraneo no tiene mas comunicacion con el Pacífico que por la boca en donde está el fuerte y presidio, que su anchura no pasa de media legua y una de largo, con fuertes corrientes, llevando la mar hácia al Oriente, y vaciando hácia el Poniente en la ensenada de los Farallones, que están al Poniente de la boca del puerto, y está en la altura de 37 grados y 56 minutos desde la punta de Reyes, que forma la ensenada dicha de los Farallones, hasta la entrada de este puerto, hay fondeaderos buenos, en donde fondeados los barcos pueden esperar la creciente para entrar. Lo mismo se ha hallado al lado del Sur, en donde está la punta de Almejas, que es la que forma con la de Reyes la ensenada, aunque no sale tanto como esta. En la dicha punta de Almejas y la boca ó entrada del puerto, hay unos grandes méganos de arena, que desde la mar parecen lo mas altas de tierra blanca, y al pié de ellos hay tambien fondeaderos, como que en ellos han fondeado los barcos, y han entrado las fragatas al puerto por entre los dos montones de Farallones y por entre el monton del Norte y punta de Reyes, que dista como ocho leguas de la entrada del puerto.

Concluido el registro, se volvió la lancha al puerto y se comunicaron ambos comandantes dichas noticias y cuanto habian visto y observado para dar cuenta á su excelencia, y atendiendo á que ya era tiempo de regresarse para San Blas el paquebot, viendo que no venia la órden del co-

mandante Rivera para la fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, resolvieron separarse á tomar posesion y dar principio á ella, como se ejecutó el día 9 de octubre.

Después de bendecido el sitio y enarbolada la santa cruz, y hecha una procesion con la imágen de nuestro padre san Francisco puesta en unas andas y colocada después en un altar, canté la primera misa, y prediqué de nuestro santo padre como patron de la mision; á cuya fundacion asistió la gente del presidio, del barco y mision, haciendo sus salvas en todas las funciones.

Ninguna de las funciones vieron los gentiles, porque á mediados de agosto desampararon esta península, y con balsas de tule se marcharon unos á las islas despobladas que hay dentro del puerto, y otros á la banda pasando el estrecho. Ocasionalmente esta novedad el haberles caído de sorpresa la nacion salsona, que eran sus capitales enemigos: viven unas siete leguas distantes, rumbo al Sueste, por las cercanías del brazo de mar; y pegándoles fuego á sus rancherías, mataron ó hirieron á muchos, sin poderlo nosotros remediar, porque no lo supimos hasta que se marcharon para la otra banda; y aunque hicimos lo que se pudo para detenerlos, no lo pudimos conseguir.

Esta ida de los naturales fué causa de que se demorase la conversion, porque no se dejaron ver hasta últimos de marzo del siguiente año de 77, que poco á poco se les fué quitando el miedo de sus enemigos y se les fué entrando la confianza en nosotros. Con esto frecuentaron la mision, y con halagos y regalos se fueron atrayendo, y se lograron los primeros bautismos el día de San Juan Bautista de dicho año 77, y se fueron poco á poco reduciendo y aumentando el número de cristianos de modo que vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados 394, y va continuando el catequismo.

Los naturales de este sitio y puerto son algo trigueños, por lo quemados del sol, aunque los venidos de la otra banda del puerto y del estero (de los que han venido ya á avecindarse en la mision, y quedan ya bautizados) son mas blancos y corpulentos. Todos acostumbra, así hombres como mujeres, cortarse el pelo á menudo, principalmente cuando se les muere algun pariente, ó que tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y demás partes del cuerpo, lo que practican cuasi todos los conquistados, aunque no en cuanto á cortarse el pelo, pues los de los establecimientos del Sur parece que tienen su vanidad en él, así hombres como mujeres, haciendo estas, que lo crían bastante largo, unas grandes trenzas bien peinadas; y los hombres forman como un turbante, que les sirve de bolsa para guardar en la cabeza los avalorios y demás chucherías que se les da.

En ninguna de las misiones que pueblan el tramo de mas de doscientas leguas desde esta mi-

sion hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa; pues no se ha hallado la menor dificultad en creer cualquiera de los misterios: solo se han hallado entre ellos algunas supersticiones y vanas observancias, y entre los viejos algunos embustes, diciendo que ellos envian el agua, hacen la bellota etc., que hacen bajar las ballenas, el pescado, etc. Pero fácilmente se convencen y quedan corridos y tenidos de los mismos gentiles por embusteros, y que lo dicen por el interés de que los regalen. Siempre que enferman atribuyen á que algun indio enemigo les ha hecho daño, y queman á los que mueren gentiles, sin habérselos podido quitar, á diferencia de los del Sur, que los entierran, y muchas rancherías, principalmente las de la canal de Santa Bárbara, tienen sus cementerios cercados para el entierro.

Manteniéndose los gentiles de este puerto de las semillas de las yerbas del campo, corriendo á cargo de las mujeres el recogerlas cuando están de sazón, las que muelen y hacen harina para sus atoles, y entre ellas tienen una especie de semilla negra, y de su harina hacen unos tamales, á modo de bolas, del tamaño de una naranja, que son muy sabrosos, que parecen de almendra tostada muy mantecosa. Ayúdanse para su manutencion del pescado que de distintas especies cogen en las costas de ambos mares, todo muy sano y sabroso, como tambien del marisco, que nunca les falta, de varias especies de almejas, como tambien de la caza de venados, conejos, ánsares, patos, codornices y tordos. Logran alguna ocasion el que vare en la playa alguna ballena, lo que celebran con gran fiesta por lo muy aficionados que son á su carne, que es todo unto ó manteca; hacen de ella trozos, la asan bajo de tierra, y la cuegan en los árboles, y cuando quieren comer, cortan un pedazo y lo comen junto con otra de sus viandas: lo mismo hacen con el lobo marino, que les cuadra no menos que la ballena porque es toda manteca.

Tienen bellota, de la que molida, hacen sus atoles y bolas. Hay tambien por los montes inmediatos y cañadas, avellanas según y como las de España; y por las lomas y méganos de arena hay mucha fresa muy sabrosa y mas grande que la de España, que se da por los meses de mayo y junio, como tambien moras de zarzá: tienen en todos los campos y lomas abundancia de amole, que es del tamaño de la cebolla, de cabeza larga y redonda, y de esta hacen unas hornadas bajo de tierra, y sobre ella hacen lumbre tres ó cuatro dias, hasta que conocen está bien asada, la sacan y la comen, que es dulce y sabrosa como la conserva. Tienen otra especie de amole, que no se come por no ser dulce; pero sirve de jabon, haciendo espuma y quitando las manchas lo mismo que el jabon de Castilla.

Aunque los gentiles poco lo necesitan por no

tener mas ropa que la que les dió la naturaleza, y así como Adamitas se presentan sin el menor rubor ni vergüenza (esto es, los hombres), y para librarse del frio que todo el año hace en esta mision, principalmente en las mañanas, se embarran con lodo diciendo que les preserva de él, y en cuanto empieza á calentarse el sol se lavan: las mujeres andan algo honestas, hasta las muchachas chiquitas: usan para la honestidad un delantar que hacen de hilos de tule ó juncia, que no pasa de la rodilla, y otro atrás amarrados á la cintura, que ambos forman como unas enaguas, con que se presentan con alguna honestidad, y en las espaldas se ponen otros semejantes para librarse en alguna manera del frio.

Tienen sus casamientos sin mas ceremonia que el convenio de ambos, que dura hasta que rifien y se apartan, juntándose con otro ó con otra, siguiendo los hijos á la madre de ordinario: no tienen mas expresion para decir que se deshizo su matrimonio que decir: ya la tiré ó lo tiré; no obstante, se han hallado muchos casamientos de mozos y viejos que viven muy unidos y con mucha paz, estimando mucho á sus hijos y estos á sus padres. No conocen para sus casamientos el parentesco de afinidad, antes bien este los incita á recibir por sus propias mujeres á sus cuñadas y aun á las suegras, y la costumbre que observan es que el que logra una mujer, tiene por suyas á todas sus hermanas, teniendo muchas mujeres sin que entre ellas se experimente ninguna emulacion, mirando á los hijos de sus hermanas, segunda ó tercera mujer, con el mismo amor que á sus propios hijos, viviendo todos en una misma casa.

Ya hemos logrado en esta mision el bautizar á tres párvulos nacidos dentro de dos meses, hijos de un gentil y de tres hermanas; todas mujeres suyas; y no contento con esto tenia tambien su propia suegra; pero quiso Dios se lograra su conversion y la de sus cuatro mujeres, quedándose solo con la hermana mayor, que habia sido su primera mujer, y las demás después de bautizadas se casaron con otros neófitos según el ritual romano: y con este ejemplar, y con lo que se les va predicando, van dejando la multiplicidad de mujeres y se van reduciendo á nuestra santa fe católica, y todos los reducidos viven en pueblo bajo de campana, asistiendo dos veces al día á la iglesia á rezar la doctrina cristiana, manteniéndose de comunidad de las cosechas que llevan de trigo, maíz, frijol, etc. Logran ya frutas de las de Castilla de duraznos, melocotones, granadas, etc., que se sembraron desde el principio. Viven todos de comunidad de las ropas que les solicitan los padres de Méjico de cuenta del señor síndico, y de limosna de algunos bienhechores. Y es digno de reparo, que no teniendo antes del bautismo el menor rubor ni vergüenza, lo mismo es quedar bautizados, que ya les entra tal rubor acabados de bautizar, que si es menester mudar

calzones ó paños de honestidad por ser chicos, se esconden y ya no se descubren delante de otros, y mucho menos delante del padre. Todo lo expresado de los naturales de este puerto y sus cercanías se halla en los demás de las otras misiones con poca diferencia, no obstante de ser distintos idiomas.

## CAPITULO XLVI.

## FUNDACION DE LA MISION DE LA MADRE SANTA CLARA.

La carta que recibió por el mes de setiembre de 76 en San Diego el comandante don Fernando Rivera del excelentísimo señor virey, que daba ya por fundadas estas dos misiones del puerto de San Francisco nuestro padre, siendo así que no solo no había dado paso á ello, sino que tenía consigo los doce soldados pertenecientes á ellas, teniendo mucho cuidado, y para salir se puso en camino con dicha tropa para verificar dichas fundaciones; y llegado á Monterey tuvo la noticia de estar ya fundada esta de nuestro padre San Francisco; y para dar mano á la segunda vino á hacer el registro con el padre fray Tomás de la Peña, uno de los ministros señalados; y llegando á unos grandes llanos nombrados de San Bernardino, caminaron por ellos hasta llegar al remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre al Sueste.

Hallaron en un río con mucha agua, que tiene su nacimiento como tres leguas del remate del grande estero ó brazo de mar dicho del Sueste, en el que vacía dicho río; y por las cercanías encontraron varios ojos de agua corriente, que podían servir para beneficiar las muchas y buenas tierras de dicho llano, todas pobladas de rancherías de gentiles y de muchos y grandes robles. Pareció, así al comandante Rivera como al padre Peña, el sitio muy al propósito para una grande mision; con ese gusto se vinieron para esta de nuestro padre, en donde llegaron el 26 de noviembre, y convenidos en que en dicho sitio se pondría la mision, se quedó el padre fray Tomás, y el comandante se fué á visitar el nuevo presidio de nuestro padre, que no había visto; y de allí el día 30 se volvió para el de Monterey, á fin de enviar la tropa y que viniese con ella el padre fray José Murguía con los avíos, que estaban en la mision de San Carlos, pertenecientes á la nueva mision.

A últimos de diciembre llegó la tropa con sus familias, y salió el padre fray Tomás con el teniente comandante del presidio y demás gente para la fundacion el día 6 de enero de 77; y habiendo llegado al registrado paraje, que dista quince leguas rumbo al Sueste de esta mision, hicieron una cruz, que bendita y adorada enarbolaron, y bajo de enramada formaron el altar, dijo el padre Peña la misa primera el día 12 de

enero, y á pocos dias se le juntó su padre compañero, que llegó con los avíos de la mision.

En breve frecuentaron los gentiles á visitarlos y regalarlos. Lograron por mayo del dicho año los primeros bautismos, porque habiendo entrado una grande epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres por las rancherías; con lo que consiguieron el enviar á muchos párvulos, que acabados de bautizar murieron, al cielo, como primicia, para que pidiesen á Dios por la conversion de sus parientes y conterráneos, de los que se van logrando muchos, gracias á Dios, pues vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en solo esta mision 669, continuando sin novedad en el catequismo y aumentándose el número de cristianos.

Esta mision logra casi el mejor sitio de todo lo conquistado, pues está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen mas de treinta leguas de largo, y de ancho tres, cuatro y cinco; tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz, y toda especie de legumbres, no solo para que se mantengan los neófitos, sino para regalar á los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como tambien para proveer á la tropa de los presidios á trueque de ropa para vestir á los neófitos. Logra abundancia de agua, no solo del río de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista como un cuarto de legua de las casas de la mision, del que logran buenas truchas por el verano, que he visto pesar una cuatro libras, de la que comí, y me pareció ser trucha asalmonada, muy sabrosa. A mas de la abundancia de agua del río, tiene varios manantiales que corriendo por zanjas la conducen á las sementeras para regarlas: logran ya con abundancia de las frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva.

Tiene aquel grande llano muchos manchones de arboledas de robles, que cargan de bellota, con que se mantienen los gentiles, ayudándose con las semillas del campo, como queda dicho de los de San Francisco nuestro padre. Logran asimismo la avellana, que bajan de la sierra del Poniente, como tres leguas de la mision; pero carecen de la fresa y del marisco y almeja, por estar muy apartados de la playa, como tambien del pescado, no logrando mas que la trucha en el verano, y no con mucha abundancia. Los naturales son de la misma lengua que los del puerto de San Francisco, pues es muy poca la diferencia en los términos. Son de las mismas costumbres que los del puerto, del que dista esta mision como quince leguas, del de Monterey veintisiete, y del remate del brazo de mar ó estero grande como dos leguas: tiene al Poniente el mar Pacífico, como doce leguas de sierra, toda poblada de gentilidad, y en su costa, casi en frente de esta

mision; viene á caer la punta del Año Nuevo, que con la de Pinos forma la grande ensenada del puerto de Monterey.

Están los llanos de San Bernardino muy poblados de rancherías de gentiles, y muchos de ellos ocurren á esta mision de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan para sus rancherías. En una de estas ocasiones repararon los padres ministros de esta mision que entre las mujeres gentiles, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, había una que segun el traje que traía de tapada honestamente, y segun el adorno gentilico que cargaba, y en el modo de trabajar, sentarse, etc., era indicio de ser mujer; pero segun el aspecto de la cara, y sin pechos, teniendo bastante edad, y llamando esto la atencion, preguntaron los padres á algunos cristianos nuevos, y les dijeron que era hombre, que iba como mujer y siempre iba con ellas, y no con los hombres, y que no era bueno que anduviese así.

Juzgando los padres en ello alguna malicia, quisieron averiguarlo; valiéronse del cabo de la escolta, encargándole estuviere á la vista y tomase algun pretexto para llevarlo á la guardia; y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase con el de los hombres gentiles, que es el que traía Adán en el paraíso antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole las naguitas, quedó mas avergonzado que si hubiera sido mujer. Tuviéronle así tres dias en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; pero se mantuvo siempre muy triste, avergonzado, y después de haberle expresado que no estaba bueno el ir con aquel traje, y menos el meterse entre las mujeres, con quienes se presumia estaria pecando, le dieron su libertad y se marchó, y jamás se ha vuelto á ver en la mision, y por los neófitos se ha sabido está en las rancherías de los gentiles, como antes, en el traje de mujer, sin poder averiguar el fin, pues no se les pudo sacar otra cosa á los neófitos sino la expresion de que no estaba bueno.

Pero en la mision de San Antonio se pudo algo averiguar, pues avisando á los padres, que en una de las casas de los neófitos se habían metido dos gentiles, el uno con el traje natural de ellos y el otro con el traje de mujer, expresándolo con el nombre de Joya, que dicen llamarlos así en su lengua nativa, fué luego el padre misionero con el cabo y un soldado á la casa á ver lo que buscaban, y los hallaron en el acto de pecado nefando. Castigáronlos, aunque no con la pena merecida, y afeáronles el hecho tan enorme, y respondió el gentil que aquella Joya era su mujer, y habiéndoles reprendido, no se han vuelto á ver ni en la mision, ni en sus contornos, ni en las demás misiones se ha visto tan execrable gente. Solo en el tramo de la canal de Santa Bárbara se hallan muchas joyas, pues raro es el

pueblo donde no se ven dos ó tres; pero esperamos en Dios que así como se vaya poblando de misiones, se irá despoblando de tan maldita gente, y se desterrará tan abominable vicio, plantándose en aquella tierra la fe católica, y con ella todas las demás virtudes para mayor gloria de Dios y bien de aquellos pobres ignorantes.

## CAPITULO XLVII.

## VISITA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y SE FUNDA UN PUEBLO DE ESPAÑOLES.

Queda dicho en el capítulo 43 cómo habiendo llegado á su mision de San Carlos por el mes de enero de 77 el venerable padre presidente, tuvo la alegre noticia de las fundaciones de estas dos misiones, las mas setentrionales del puerto de San Francisco nuestro padre, las que desde luego habría venido á visitar supuesto que no pudo asistir á su fundacion. Pero se le dilataron sus desetos con la noticia de que subía el señor gobernador don Felipe Neve á poner su residencia en el presidio de Monterey, á donde llegó el día 3 de febrero del dicho año de 77, por cuya razon y de tratar entre los dos los negocios de esta espiritual conquista y cotejar las órdenes que ambos tenían del excelentísimo señor virey para sus adelantamientos, se hubo de detener en la mision de San Carlos, interin dicho señor concluía la visita, como en efecto subió hasta el presidio de San Francisco á últimos de abril.

A vuelta de la dicha visita acordaron ambos lo importante que era la fundacion de tres misiones en la canal de Santa Bárbara para la reduccion de tanta gentilidad como la puebla, y para asegurar el giro de la comunicacion de los establecimientos del Norte con las del Sur, y así convenidos de acuerdo lo consultaron á su excelencia por junio de 77 con la fragata que condujo los viveres y memorias, y se regresó para San Blas.

Evacuadas estas precisas diligencias de oficio, sin olvidar las del ministerio apóstolico de catequizar y bautizar á los gentiles y educar á los neófitos, en que se empleaba el tiempo que residía en su mision, luego que se halló con hueco para salir á la visita, vino á la mision de Santa Clara, á donde llegó el día 28 de setiembre, y el siguiente día del príncipe y arcángel San Miguel cantó la misa y predicó; y habiendo permanecido y descansado el siguiente, siguió su camino para esta última mision de nuestro padre el día 1º de octubre, que siendo la jornada de quince leguas, la hizo en un dia con parte de la noche, por lo que llegó muy fatigado.

Celebró en esta mision el día de nuestro seráfico padre san Francisco, patron de la mision, presidio y puerto, cuya fiesta se hizo con la solemnidad posible: cantó su reverencia la misa, y predicó en ella con alegría de todos, así misio-

calzones ó paños de honestidad por ser chicos, se esconden y ya no se descubren delante de otros, y mucho menos delante del padre. Todo lo expresado de los naturales de este puerto y sus cercanías se halla en los demás de las otras misiones con poca diferencia, no obstante de ser distintos idiomas.

## CAPITULO XLVI.

## FUNDACION DE LA MISION DE LA MADRE SANTA CLARA.

La carta que recibió por el mes de setiembre de 76 en San Diego el comandante don Fernando Rivera del excelentísimo señor virey, que daba ya por fundadas estas dos misiones del puerto de San Francisco nuestro padre, siendo así que no solo no había dado paso á ello, sino que tenía consigo los doce soldados pertenecientes á ellas, teniendo mucho cuidado, y para salir se puso en camino con dicha tropa para verificar dichas fundaciones; y llegado á Monterey tuvo la noticia de estar ya fundada esta de nuestro padre San Francisco; y para dar mano á la segunda vino á hacer el registro con el padre fray Tomás de la Peña, uno de los ministros señalados; y llegando á unos grandes llanos nombrados de San Bernardino, caminaron por ellos hasta llegar al remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre al Sueste.

Hallaron en un río con mucha agua, que tiene su nacimiento como tres leguas del remate del grande estero ó brazo de mar dicho del Sueste, en el que vacía dicho río; y por las cercanías encontraron varios ojos de agua corriente, que podían servir para beneficiar las muchas y buenas tierras de dicho llano, todas pobladas de rancherías de gentiles y de muchos y grandes robles. Pareció, así al comandante Rivera como al padre Peña, el sitio muy al propósito para una grande mision; con ese gusto se vinieron para esta de nuestro padre, en donde llegaron el 26 de noviembre, y convenidos en que en dicho sitio se pondría la mision, se quedó el padre fray Tomás, y el comandante se fué á visitar el nuevo presidio de nuestro padre, que no había visto; y de allí el día 30 se volvió para el de Monterey, á fin de enviar la tropa y que viniese con ella el padre fray José Murguía con los avíos, que estaban en la mision de San Carlos, pertenecientes á la nueva mision.

A últimos de diciembre llegó la tropa con sus familias, y salió el padre fray Tomás con el teniente comandante del presidio y demás gente para la fundacion el día 6 de enero de 77; y habiendo llegado al registrado paraje, que dista quince leguas rumbo al Sueste de esta mision, hicieron una cruz, que bendita y adorada enarbolaron, y bajo de enramada formaron el altar, dijo el padre Peña la misa primera el día 12 de

enero, y á pocos dias se le juntó su padre compañero, que llegó con los avíos de la mision.

En breve frecuentaron los gentiles á visitarlos y regalarlos. Lograron por mayo del dicho año los primeros bautismos, porque habiendo entrado una grande epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres por las rancherías; con lo que consiguieron el enviar á muchos párvulos, que acabados de bautizar murieron, al cielo, como primicia, para que pidiesen á Dios por la conversion de sus parientes y conterráneos, de los que se van logrando muchos, gracias á Dios, pues vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en solo esta mision 669, continuando sin novedad en el catequismo y aumentándose el número de cristianos.

Esta mision logra casi el mejor sitio de todo lo conquistado, pues está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen mas de treinta leguas de largo, y de ancho tres, cuatro y cinco; tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz, y toda especie de legumbres, no solo para que se mantengan los neófitos, sino para regalar á los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como tambien para proveer á la tropa de los presidios á trueque de ropa para vestir á los neófitos. Logra abundancia de agua, no solo del río de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista como un cuarto de legua de las casas de la mision, del que logran buenas truchas por el verano, que he visto pesar una cuatro libras, de la que comí, y me pareció ser trucha asalmonada, muy sabrosa. A mas de la abundancia de agua del río, tiene varios manantiales que corriendo por zanjas la conducen á las sementeras para regarlas: logran ya con abundancia de las frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva.

Tiene aquel grande llano muchos manchones de arboledas de robles, que cargan de bellota, con que se mantienen los gentiles, ayudándose con las semillas del campo, como queda dicho de los de San Francisco nuestro padre. Logran asimismo la avellana, que bajan de la sierra del Poniente, como tres leguas de la mision; pero carecen de la fresa y del marisco y almeja, por estar muy apartados de la playa, como tambien del pescado, no logrando mas que la trucha en el verano, y no con mucha abundancia. Los naturales son de la misma lengua que los del puerto de San Francisco, pues es muy poca la diferencia en los términos. Son de las mismas costumbres que los del puerto, del que dista esta mision como quince leguas, del de Monterey veintisiete, y del remate del brazo de mar ó estero grande como dos leguas: tiene al Poniente el mar Pacífico, como doce leguas de sierra, toda poblada de gentilidad, y en su costa, casi en frente de esta

mision; viene á caer la punta del Año Nuevo, que con la de Pinos forma la grande ensenada del puerto de Monterey.

Están los llanos de San Bernardino muy poblados de rancherías de gentiles, y muchos de ellos ocurren á esta mision de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan para sus rancherías. En una de estas ocasiones repararon los padres ministros de esta mision que entre las mujeres gentiles, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, había una que segun el traje que traía de tapada honestamente, y segun el adorno gentilico que cargaba, y en el modo de trabajar, sentarse, etc., era indicio de ser mujer; pero segun el aspecto de la cara, y sin pechos, teniendo bastante edad, y llamando esto la atencion, preguntaron los padres á algunos cristianos nuevos, y les dijeron que era hombre, que iba como mujer y siempre iba con ellas, y no con los hombres, y que no era bueno que anduviese así.

Juzgando los padres en ello alguna malicia, quisieron averiguarlo; valiéronse del cabo de la escolta, encargándole estuviere á la vista y tomase algun pretexto para llevarlo á la guardia; y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase con el de los hombres gentiles, que es el que traía Adán en el paraíso antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole las naguitas, quedó mas avergonzado que si hubiera sido mujer. Tuviéronle así tres dias en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; pero se mantuvo siempre muy triste, avergonzado, y después de haberle expresado que no estaba bueno el ir con aquel traje, y menos el meterse entre las mujeres, con quienes se presumia estaria pecando, le dieron su libertad y se marchó, y jamás se ha vuelto á ver en la mision, y por los neófitos se ha sabido está en las rancherías de los gentiles, como antes, en el traje de mujer, sin poder averiguar el fin, pues no se les pudo sacar otra cosa á los neófitos sino la expresion de que no estaba bueno.

Pero en la mision de San Antonio se pudo algo averiguar, pues avisando á los padres, que en una de las casas de los neófitos se habían metido dos gentiles, el uno con el traje natural de ellos y el otro con el traje de mujer, expresándolo con el nombre de Joya, que dicen llamarlos así en su lengua nativa, fué luego el padre misionero con el cabo y un soldado á la casa á ver lo que buscaban, y los hallaron en el acto de pecado nefando. Castigáronlos, aunque no con la pena merecida, y añáronles el hecho tan enorme, y respondió el gentil que aquella Joya era su mujer, y habiéndoles reprendido, no se han vuelto á ver ni en la mision, ni en sus contornos, ni en las demás misiones se ha visto tan execrable gente. Solo en el tramo de la canal de Santa Bárbara se hallan muchas joyas, pues raro es el

pueblo donde no se ven dos ó tres; pero esperamos en Dios que así como se vaya poblando de misiones, se irá despoblando de tan maldita gente, y se desterrará tan abominable vicio, plantándose en aquella tierra la fe católica, y con ella todas las demás virtudes para mayor gloria de Dios y bien de aquellos pobres ignorantes.

## CAPITULO XLVII.

## VISITA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y SE FUNDA UN PUEBLO DE ESPAÑOLES.

Queda dicho en el capítulo 43 cómo habiendo llegado á su mision de San Carlos por el mes de enero de 77 el venerable padre presidente, tuvo la alegre noticia de las fundaciones de estas dos misiones, las mas setentrionales del puerto de San Francisco nuestro padre, las que desde luego habría venido á visitar supuesto que no pudo asistir á su fundacion. Pero se le dilataron sus desetos con la noticia de que subía el señor gobernador don Felipe Neve á poner su residencia en el presidio de Monterey, á donde llegó el día 3 de febrero del dicho año de 77, por cuya razon y de tratar entre los dos los negocios de esta espiritual conquista y cotejar las órdenes que ambos tenían del excelentísimo señor virey para sus adelantamientos, se hubo de detener en la mision de San Carlos, interin dicho señor concluía la visita, como en efecto subió hasta el presidio de San Francisco á últimos de abril.

A vuelta de la dicha visita acordaron ambos lo importante que era la fundacion de tres misiones en la canal de Santa Bárbara para la reduccion de tanta gentilidad como la puebla, y para asegurar el giro de la comunicacion de los establecimientos del Norte con las del Sur, y así convenidos de acuerdo lo consultaron á su excelencia por junio de 77 con la fragata que condujo los viveres y memorias, y se regresó para San Blas.

Evacuadas estas precisas diligencias de oficio, sin olvidar las del ministerio apóstolico de catequizar y bautizar á los gentiles y educar á los neófitos, en que se empleaba el tiempo que residía en su mision, luego que se halló con hueco para salir á la visita, vino á la mision de Santa Clara, á donde llegó el día 28 de setiembre, y el siguiente día del príncipe y arcángel San Miguel cantó la misa y predicó; y habiendo permanecido y descansado el siguiente, siguió su camino para esta última mision de nuestro padre el día 1º de octubre, que siendo la jornada de quince leguas, la hizo en un dia con parte de la noche, por lo que llegó muy fatigado.

Celebró en esta mision el día de nuestro seráfico padre san Francisco, patron de la mision, presidio y puerto, cuya fiesta se hizo con la solemnidad posible: cantó su reverencia la misa, y predicó en ella con alegría de todos, así misio-

neros, que nos juntamos cuatro, como de la tropa de la mision y la del presidio que vino, la que no fué precisa para la guardia de él, y con mucho júbilo de los nuevos cristianos, que ya contábamos diez y siete, todos adultos.

Mantúvose en esta mision hasta el día 10 de dicho mes, en cuyo tiempo descansó de la caminata de cuarenta y dos leguas que dista Monterey; fué á ver el nuevo presidio y el puerto que jamás habia visto; y mirando que ya no se podia pasar adelante sin embarcacion, prorumpió con el gracias á Dios, que era muy frecuente en sus labios: *Ya nuestro padre san Francisco con la santa cruz de la procesion de misiones, llegó al último término del continente de la California, pues para pasar adelante es necesaria embarcacion.*

En esta nueva California habia cuando el venerable padre presidente hizo la primera visita á esta mision solo ocho misiones, y quedando grandes tramos entre una y otra, decia el fervoroso padre: "Esta procesion de misiones está muy trunca; es preciso que sea vistosa á Dios y á los hombres, que corra seguida; ya tengo pedida la fundacion de tres en el canal de Santa Bárbara: ayúdenme á pedir á Dios se consiga, y después trabajaremos para llenar los otros huecos." De modo que los fervorosos deseos del venerable prelado era de que se convirtiese toda la gentilidad que puebla las doscientas diez leguas de costa, que poblándose de misiones en proporcionadas distancias, cayesen todos en la red apostólica, si no en la de una mision, cayese en la otra, y con esto se aumentasen en gran manera los hijos de Dios y de la santa Iglesia. Con estos fervorosos y abrasados deseos salió de esta mision, pasó á la de Santa Clara, y descansando un par de dias, se retiró á su mision de San Carlos.

#### FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES TITULADO SAN JOSÉ DE GUADALUPE.

Para dar fomento y estabilidad á esta espiritual conquista, encargó el excelentísimo señor virey al nuevo gobernador D. Felipe Neve, que procurase poblar la tierra con algunos pueblos de gente española, que se ocupasen en el laborio de las tierras y crias de ganados y bestias, para que sirviesen de fomento para estas adquisiciones. Y teniendo presente dicho señor este superior encargo, habiendo visto cuando vino á la visita del real presidio de este puerto los grandes llanos en que está la mision de Santa Clara, la mucha tierra que se podia regar con la abundancia de agua del rio nombrado Nuestra Señora de Guadalupe; juntó á los pobladores que habian venido con la expedicion de Sonora, y agregándoles otros, les señaló sitio y repartió tierras para formar un pueblo titulado de San José de Guadalupe, señalándoles para la ubicacion arriba de la mision de Santa Clara, al otro lado del rio hácia el na-

cimiento de él, nombrado de Guadalupe, distante de las casas de la mision tres cuartos de legua.

En dicho sitio formaron los colonos su pueblo, dando principio á él los primeros dias de noviembre de 1777, á los que les han agregado otros vecinos, y todos gobernados por un alcalde de los mismos vecinos, subordinado al gobernador de la provincia, escoltados de tres soldados y un cabo, ocurriendo todos á oír misa á la mision. Se mantienen de las cosechas que logran de trigo, maíz y frijol, y con lo sobrante que venden para la tropa se visten, teniendo para el mismo fin crias de ganados mayor y menor, y de las yeguas para proveer la tropa de caballos, etc.

#### CAPITULO XLVIII.

RECIBE EL VENERABLE PADRE JUNIPERO LA FACULTAD APOSTÓLICA PARA CONFIRMAR; EJERCÍTALA EN SU MISION, Y SE EMBARCA PARA HACER LO MISMO EN LAS MISIONES DEL SUR.

Habiendo llegado el venerable padre presidente fray Junipero á la California con los quince compañeros el año de 68, como queda dicho en el capítulo 13, en cuanto tomó posesion de aquellas misiones, que administraban los padres de la Compañia de Jesús, enterado del estado de ellas, halló entre los papeles de dichos padres la facultad que les habia concedido nuestro santísimo Padre el Señor Benedicto XIV de poder confirmar, en atencion á la gran dificultad de pasar á la California algun ilustrísimo señor obispo. Considerando el venerable prelado que subsistia la misma dificultad, le entró el escrúpulo de que los neófitos se privasen de tanto bien, y así no quiso ser omiso en procurar la misma facultad; para lo que escribió al reverendo padre guardian, remitiéndole la bula del Sr. Benedicto, á fin de que por medio del reverendo padre prefecto de las misiones se pidiese á la silla apostólica la dicha facultad, representando los mismos motivos que representaron los padres jesuitas.

Quien ve que el reverendo padre Junipero solicita la facultad que es peculiar y ordinaria á los señores obispos, ¿no dirá ó juzgará que mucho mas anhelaria á la alta y honrosa dignidad episcopal? Pero estuvo tan lejos de apetecerla ni de desearla, que antes bien su profunda humildad y fervorosos deseos de trabajar en la viña del Señor, le hizo arbitrar medios para huir de ella. Habiendo dado noticia á su reverencia después de la conquista y establecimiento de Monterey, que un palaciego ó cortesano de Madrid habia escrito al reverendo padre guardian de nuestro colegio, que lo era el que es hoy señor obispo del nuevo reino de Leon, el ilustrísimo señor Verger, de que al reverendo padre Junipero se le esperaba una grande honra; luego que supo esta noticia, receloso su reverencia de no perder delante de Dios el mérito de lo que habia trabajado para

estas espirituales conquistas, recibiendo el premio en el mundo por dicha honra que se le vaticinaba, hizo luego su reverencia propósito (no digo voto, aunque á esto me inclino, porque no se me explicó claramente) de no admitir empleo alguno mientras estuviera en su libertad que lo imposibilitase el vivir en el ministerio apostólico de misionero de infieles; y de derramar su sangre por su conversion, si fuera la voluntad de Dios.

No se contentó el humilde padre con solo esto, sino que procuró poner otros medios para impedir lo que se podia recelar, y fué que en cuanto tuvo dicho recelo, paró en escribir á quien podia alcanzarle tal honra y dignidad. Después del descubrimiento y poblaciones de los puertos de San Diego y Monterey, recibió una carta de Madrid de un personaje de aquella corte que jamás habia conocido ni oído nombrar, en la que le decia: *Que le constaba que su reverencia estaba muy ameritado para el rey y su real consejo; que viese si se le ofrecia alguna cosa, que estaba pronto para servirle; que se valiese de él, que seria su buen agente.* Leyó su reverencia la carta, y entendiendo á lo que se encaminaba, le respondió de modo que mas podia servirle de fiscal para el intento que no para agente.

De lo dicho se puede inferir si anhelaria el reverendo padre Junipero á la dignidad ó grande honra que le profetizaba el cortesano. Lo que si deseaba con vivas ansias, era la facultad de confirmar, no para sí, sino para alguno de los misioneros, para que andando por las misiones confirmara á los neófitos y no se privasen de tanto bien espiritual de los efectos de este santo sacramento.

Corrió la diligencia en la curia romana el reverendo padre prefecto, y se dignó la santidad de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIV, de concederla el día 16 de julio de 1774 por el tiempo de diez años al reverendo padre prefecto de misiones, y á un religioso de cada uno de los cuatro colegios que nombrase el dicho padre prefecto. Comunicándole la misma facultad, obtuvo este breve apostólico el pase del real consejo de Madrid, y en Méjico el del excelentísimo señor virey y el real acuerdo, y llegado por estos pasos á manos del reverendo padre prefecto, nombró por lo que pertenecía á las misiones del colegio de San Fernando por patente de 17 de octubre de 1777, sellada y refrendada de su secretario, al padre fray Junipero Serra, presidente que era de estas misiones, y á su sucesor, la que recibió su reverencia á últimos de junio de 78.

En cuanto el venerable padre Junipero recibió la patente con la facultad apostólica para confirmar, enterado de las instrucciones de la esgrada congregacion para el uso de ella, no quiso tenerla ociosa, y así el día primero festivo que se siguió después del recibo de ella, que fué el día de los santos apóstoles san Pedro y san Pa-

blo, después de haber cantado la misa y hecho una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmacion, dió principio en su mision de San Carlos, confirmando á los párvulos mientras iba preparando é instruyendo á los adultos, en cuyo ejercicio y en confirmar á los dispuestos, se empleó hasta el 25 de agosto hasta que se embarcó en la fragata que habia traído las memorias y viveres, y bajaba á San Diego con el fin de practicar lo mismo en aquella mision y demás del rumbo del Sur.

Llegó á San Diego el 15 de setiembre después de veintitres dias de navegacion, que la hicieron mas larga los vientos contrarios. Detúvose en la mision de San Diego hasta el 8 de octubre, en cuyo tiempo confirmó á los neófitos de ella y á los hijos de la tropa que carecian de este sacramento; y concluido en ella, se fué subiendo de mision en mision practicando lo mismo, y el 5 de enero de 1779 llegó á su mision de San Carlos cargado de méritos y de trabajos que para ello padeció en tan largo camino con el habitual accidente del pié, del que no sentia mejoría.

#### CAPITULO XLIX.

CONTINÚA CONFIRMANDO EN SU MISION: RECIBE LA NOTICIA DEL NUEVO SUPERIOR GOBIERNO: VIENE Á VISITAR Y Á CONFIRMAR EN ESTAS MISIONES DEL NORTE, EN DONDE RECIBIÓ LA NOTICIA DE LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY BUCARELI.

El retiro á su mision de San Carlos, que al parecer le habia de servir de descanso, era para mas ejercitarse en el ministerio apostólico, pues luego se puso á la continua labor del catequismo de los gentiles, y ya instruidos, en bautizarlos y disponer á los neófitos para confirmarlos, en cuyos santos ejercicios se mantuvo mientras estaba en su mision, y siempre que se regresaba á ella, le parecia, por lo que veia en los demás, que él era el mas perezoso y tibio, pues solia decir: "Edificado vengo de lo que trabajan y he visto han trabajado en las demás misiones; aquí siempre nos quedamos atrás."

En este cotidiano ejercicio se hallaba el fervoroso padre cuando por junio de 79 por la fragata que llegó con los viveres y avios, recibió la noticia de haber segregado del gobierno del excelentísimo señor virey de la Nueva España, todas las provincias internas, contando entre ellas las Californias, y creado por su majestad un comandante y un capitan general como jefe de todas ellas, que lo era don Teodoro de Croix, cuya residencia habia de ser en la provincia de Sonora, á quien se habia de reunir, como que en él residia el superior gobierno de las internas provincias de la Nueva España.

Esta novedad tan impensada en estos nuevos establecimientos no dejó de contristar á su reve-

rencia (aunque siempre muy resignado á la voluntad de Dios, en quien tenia puesta su confianza). Consideraba que mientras el nuevo jefe tomaba asiento, ponía en corriente su comandancia y se imponía en tantos asuntos que de nuevo entraban á su cargo, podía retardar las providencias para estos nuevos establecimientos, y principalmente las fundaciones de la Canal, que el año anterior con acuerdo del señor gobernador había pedido al excelentísimo señor virey; y no corriendo ya á su cargo era preciso hubiese demora. Pero el afecto grande que el excelentísimo señor Bucareli había cobrado al venerable padre Junipero y la atención que le debían sus espirituales proyectos, no le dieron lugar á olvidarlos, sino que los recomendó al nuevo comandante, como lo expresa la carta que dicho señor comandante general antes de llegar á su destino escribió al venerable padre presidente, de la que es copia la siguiente.

## COPIA DE LA CARTA DEL COMANDANTE GENERAL.

“Los informes de su excelencia y el contenido de las cartas que vuestra paternidad le dirige, me persuaden la actividad de su celo, su religiosidad y prudencia en el gobierno de esas misiones, y trato de los indios y solicitud de su verdadera felicidad. Yo en el día no puedo resolver en los auxilios que vuestra paternidad pide por los motivos que manifestó á ese gobernador; mas espero brevemente hallarme en estado de satisfacer su celo y de trabajar infatigable al bien de esos nuevos establecimientos, para cuyo logro confío contribuya vuestra paternidad no solo continuando su acertadísima conducta, sino ilustrándome con sus avisos y reflexiones.

“Vuestra paternidad hallará en mí cuanto pueda desear para la propagación de la fe y gloria de la religión, y le encargo que con todos los religiosos ruegue á Dios por la prosperidad y buen éxito de mis importantes comisiones, como yo le pido por la salud de vuestra paternidad y que en ella le guarde muchos años. Querétaro, 15 de agosto de 1775.—El caballero de Croix.—Muy reverendo padre presidente fray Junipero Serra.”

Esta carta que tardó algo á llegar á manos del venerable padre presidente mitigó algo la pena que tenia en su corazón. Consideraba la demora ya premeditada con la mutación de gobierno tan distante de Méjico, y en la capital de la comandancia no tener quien pudiese dar calor como lo tenia en Méjico con el colegio. Estas consideraciones le hacían avivar mas las oraciones á Dios para que mirase esta causa como tan suya. Agravósele el habitual accidente que no le dió lugar á venir á estas misiones del Norte á confirmar hasta octubre en el tiempo que estaban fondeadas en este puerto las dos fragatas que venían del re-

gistro de la costa de la altura de que hablé en el capítulo 33.

Deseaban los señores oficiales de dichas fragatas, así los capitanes como el comandante de la expedición (que todos lo habían tratado en Monterey), el ver á su reverencia; pero habiendo escrito que según se hallaba no juzgaba el poderse poner en camino, lo hicieron los señores enviando el comandante don Ignacio Arteaga á los dos capitanes, su segundo don Fernando Quirós y á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, á fin únicamente de visitar á su reverencia, enviando al mismo tiempo uno de los cirujanos reales de la expedición para medicarlo. Logré la ocasión de acompañar á los señores deseoso de ver á mi amado padre lector. Llegamos el día 11 de octubre á la misión de Santa Clara, y en la misma hora y punto llegó también el venerable padre Junipero, que de repente se le puso el ponerse en camino para estas misiones á fin de hacer confirmaciones y de paso lograr ver á los señores de la expedición, atropellando con el accidente y poniendo toda la confianza en Dios; pero llegó tal que no se podía tener en pie, y no era para menos, pues anduvo en dos días el camino de veintisiete leguas; y cuando los señores y cirujanos vieron la hinchazón de la pierna y pié con la llaga, decían que solo de milagro podía andar; pero lo que es cierto que anduvo dicho camino y nos dejó á todos llenos de gozo y admiración por la casualidad de llegar á un mismo tiempo su reverencia que venía del Sur y nosotros del Norte, sin que precediese aviso ni de una parte ni de otra. Expusieron los señores con extraordinarias demostraciones el gusto que tenían de ver á su reverencia, haciéndole el cumplimiento de parte del señor comandante.

El día siguiente que trató el cirujano de aplicarle algún remedio, le dijo su reverencia: Mejor será que lo dejemos para cuando lleguemos á la misión de nuestro padre, no sea que se empeore y me imposibilite: así anduvo á pié como si tal accidente no tuviera, y lo que mas admiró fué, el que luego que se puso á bautizar unos catecúmenos, para lo que convidó á los señores para padrinos, que quedaron admirados de que pudiese su reverencia estar en pié tanto como duró la función, que decían los capitanes que se habían cansado, aunque muy enternecidos de la devoción con que el reverendo padre hacía las santas ceremonias del bautismo de los adultos.

Nos mantuvimos dos días en la misión, y el día 14 salimos para esta de nuestro serafico padre, en que gastamos día y medio para andar las quince leguas, y así llegamos el día 15. Fué su llegada de extraordinaria alegría y gozo para toda la gente, así de mar como de tierra; dió las gracias al señor comandante de la fineza de haberle enviado á los señores, como también los parabienes de la felicidad de la expedición. “No sé, dijo su reverencia, con qué corresponder á tanta fineza.

## CAPITULO L.

SUSCITA EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DIFÍCULTADES SOBRE LA FACULTAD DE CONFIRMAR, Y CON RECURSO Á LA COMANDANCIA LO IMPIDE, Y SALE DECIDIDO Á FAVOR DE LA FACULTAD: VIENE Á CONFIRMAR Á ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y DE VUELTA MUERE SU AMADO COMPAÑERO Y DISCÍPULO EL PADRE FRAY JUAN CRESPI.

No sin fundamento recelaba el venerable padre Junipero que podría hacer alguna falta para el bien de estos establecimientos aun la sombra del excelentísimo señor Bucareli, cuanto mas su autoridad en el gobierno; pues en cuanto ya esta provincia no corría á su cargo, empezó á experimentar tales disposiciones, que no solo eran impeditivas á la extensión, sino destructivas de lo conquistado si se ponían en planta. Procuraba el venerable padre con su gran prudencia y paciencia al autor de dichas indisposiciones (que era el que gobernaba la provincia, que el excelentísimo señor Bucareli lo había enviado para dar fomento y calor á la espiritual conquista) cuantas razones le dictaba su mucha práctica y alto alcance, á fin de contener dichas disposiciones y providencias por las fatales consecuencias que de ellas se seguían á lo ya reducido y conquistado.

Pero las eficaces razones que le proponía, le hacían al parecer tan poca fuerza para convencerlo y contenerlo, que antes iba cada día ideando otras, sacando nuevos proyectos para impedir los adelantamientos de las misiones fundadas, que corrían con grande aumento en lo espiritual y temporal. Todos estos medios de que se valía el enemigo para mortificar á este fervoroso prelado, los sufría con mucha paciencia y grande paz interior, no obstante que le penetraban su corazón y le eran mas sensibles que las penetrantes saetas que le pudiesen disparar los mas bárbaros y feroces gentiles. Omitiendo muchos casos que en prueba de lo dicho podía referir, apuntaré solo uno, y esto solamente para hilar la historieta, y no se eche menos la visita del venerable padre presidente á las misiones, para confirmar el año de 80, atribuyéndoselo á omisión.

Suscitó dicho señor gobernador la dificultad si se podría usar de la facultad de confirmar, porque no tenia el pase del real patronato ó vicepatronato; y respondiéndole su reverencia que sí lo tenia, pues había pasado en Madrid por el real consejo, y en Méjico por su excelencia y real acuerdo, que ya hacia un año que usaba de ella, sin que le hubiese entrado hasta la presente tal escrúpulo. Dijole que le enseñase la patente y todos los instrumentos concernientes á la dicha facultad, y pidiéndole el pase, le respondió que el original quedaba en el archivo del reve-

“Corresponderé con confirmarle los muchos de la tripulación que no estarán confirmados, y así podrá dar la orden para que se preparen para ello.” Así lo hizo, y el día 21 de dicho octubre, después de la misa cantada, en la que hizo una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmación, la administró así á los indios como á los españoles y gente de mar que no estaban confirmados; y continuó otros tres días en hacer confirmaciones para que no quedase persona alguna sin confirmar; y bautizó á doce gentiles, convidando á los señores oficiales para padrinos, que lo agradecieron mucho, é inmediatamente lo confirmó, como también tuvo el gusto de confirmar los tres recién bautizados del puerto de Bucareli.

En solo este santo ejercicio pensaba su reverencia, olvidando totalmente su accidente; pero no se olvidaron los señores cirujanos, y queriendo ponerlo en cura se excusó, diciendo: que con lo que había descansado se sentía mejor; que el accidente sin duda como de tantos años necesitaria de larga cura, y como su detención era de pocos días, sería por demás el empezar la cura; que mejor sería el dejarla para el Médico divino.

A los nueve días de estar su reverencia en esta misión, llegó correo por tierra de la antigua California con la triste noticia de la muerte del excelentísimo señor virey Bucareli y de la publicación de la guerra con Inglaterra, que causó á todos gran tristeza, por haber perdido un tan celoso virey; y esta funesta noticia, junto con la publicación de la guerra, obligó á los señores á navegar cuanto antes para San Blas: así lo practicaron saliendo de este puerto el último día de octubre, quedando en esa misión el venerable padre presidente, para quien fué mayor la pena de la muerte de su grande bienhechor y protector para esta espiritual conquista el excelentísimo señor Bucareli, que aunque ya no corría esta provincia á cargo del vireinato, sino de la nueva comandancia general, consideraba que mucho podría valer su permanencia en el vireinato, á lo menos para contener los atrasos que pudieran ocurrir. Con esta pena, aunque siempre confiado en Dios, salió mi venerable padre presidente de esta misión el día 6 de noviembre, dejando confirmados á todos los neófitos, y pasó á practicar lo propio á la misión de Santa Clara, en la que se detuvo algunos días para confirmar así á los neófitos como á los de la tropa y vecinos del pueblo de San José de Guadalupe que no estaban confirmados, y con este mérito y algo aliviado de su accidente, se retiró á su misión de San Carlos.

riendo padre prefecto, que el instrumento necesario y suficiente era la patente firmada, sellada y refrendada por el secretario, y para que le constase tener el pase de su excelencia, y de consiguiente el del real consejo, que leyese aquella carta del excelentísimo señor Bucareli (que le puso en sus manos) en que le daba los parabienes, de que hubiese recibido la facultad de confirmar, y de los muchos que el año anterior había confirmado.

Dijole que esto no servía, porque las provincias internas ya no pertenecían al gobierno del virreinato, sino de la comandancia general. Pues señor, ahora ¿quién es el vice-patrono? Y respondiéndole que en todas las provincias el comandante general, y en estas Californias que lo era él, como gobernador. Pues señor, dijo el fervoroso prelado, si está todo en la tierra, es fácil de componerse: aquí tiene usted la patente con la facultad; suplico se ponga el pase para que estos pobres no se priven de tanto bien, pues no siendo la facultad mas que para diez años, van estos corriendo. A cuya propuesta (llevando adelante sus intentos) que el pase en donde lo había de poner era al pie del breve que había dado su santidad original, y al pie del pase original del consejo, y mientras no le entregase los originales, lo exhortaba no pasase á confirmar hasta que viniese respuesta de la comandancia á la consulta que tenia hecha.

Dejo á la consideracion de los que esto leyeren, la pena que causaria al fervoroso corazón del venerable padre, que conocia cuánto importaba en estos tan neófitos en la fe este santo sacramento; pero ofreciéndolo al Señor, suspendió el confirmar, no fuese que tambien lo privase de bautizar. No es de creer que dicho señor obrase de malicia, sino que como carecia de asesor, obraria segun su alcance, que presumiria que así lo debería hacer. En vista de todo lo dicho, no solo suspendió la administracion de la confirmacion, sino que remitió al colegio la patente y facultad, escribiendo cuanto había pasado con dicho señor gobernador. En cuanto recibió el reverendo padre guardian las cartas, se presentó al nuevo virrey pidiéndole testimonio del pase que se había dado al breve de su santidad, y remitiéndolo al comendante general, envió orden al señor gobernador que en manera alguna impidiese al reverendo padre presidente el confirmar, y que siempre y cuando su paternidad quisiese salir para las misiones le aprontase escolta. Con esto cesó esta borrasca, pero se siguieron otras, que no pararon los vientos contrarios hasta la muerte, para que el martirio que deseaba fuese inminente.

En todo el tiempo que tardó el venir la decision de la duda, que fué largo por la mucha distancia que hay de aquí á Méjico, de Méjico á Sonora y de Sonora á Monterey, no hizo confirmaciones ni salió de su mision, sino que en ella se ocupó en el ordinario ejercicio, consolándolo

el Señor con muchos gentiles que ocurrían de bien lejos pidiendo el sacro bautismo, en cuyo catequisma se ejercitaba, y después bautizolos, aumentando hijos á la santa Iglesia, á pesar del infierno.

Por el mes de setiembre de 81 que llegó la dicha decision, después de haber celebrado confirmaciones en su mision, salió á practicar lo propio en la de San Antonio, y se regresó á principios de octubre para celebrar la fiesta de nuestro santo padre en su mision de San Carlos. Pasada la fiesta determinó venir á confirmar en estas dos misiones del Norte, y se ofreció el venir con su reverencia su discípulo fray Juan Crespi, deseoso de ver este puerto ya poblado de cristianos, pues no lo había visto su reverencia sino poblado de gentiles el año 1769. Llegaron á esta mision el 26 de octubre, que fué para mí de extraordinaria alegría y gozo, pues vi en esta mision juntos á nuestro amado padre lector y maestro y á mi querido condiscípulo el padre fray Juan Crespi, que segun poco después sucedió, parece que vino á decirme: adios hasta la eternidad. Mantuviéronse en esta mision hasta el 9 de noviembre, en que en dicho tiempo hizo el venerable padre presidente varios dias confirmaciones, dejando confirmados á todos los neófitos que desde la última visita se habían bautizado.

Salieron dicho dia de esta mision para la de Santa Clara, siendo para mí, y creo que tambien para sus reverencias, igual la pena á la despedida, habiendo sido igual la alegría en la llegada. Confirmó el reverendo padre presidente los neófitos de aquella mision, y se retiraron para su mision antes que creciesen los rios. A los pocos dias de llegados enfermó de muerte el padre Crespi, y conociendo que Dios lo llamaba para la eternidad, se dispuso y preparó con los santos sacramentos, y el dia 1º de enero de 1782 entregó su alma al Criador, á los sesenta años diez meses de su edad, habiendo trabajado los treinta años en misiones de infieles; esto es, los diez y seis en la mision de nuestro seráfico padre San Francisco del valle de Tilaco, de indios pames de la Sierra Gorda, en la que procuró imitar á su amado lector y maestro el venerable padre Junipero, trabajando así en lo espiritual como en lo temporal, bautizando muchos centenares de indios, educándolos así en los misterios de nuestra santa fe como en el trabajo temporal, á fin de civilizarlos y que tuviesen con que mantenerse y vestirse. Fabricó una grande iglesia de cal y canto con sus bóvedas y torre, y solicitó de cuenta del sínodo le enviasen de Méjico colaterales y santos para el adorno interior; todo lo que consiguió á medida de sus deseos; y dejando aquella mision de la Sierra Gorda en buen estado y ya en vísperas de entregar al ordinario, fué nombrado por el reverendo padre guardian y venerable discretorio del colegio para venir á estas Californias, y en cuanto recibió la carta del co-

legio, lleno de júbilo y alegría se puso en camino para el puerto de San Blas con otros cuatro compañeros, sin detenerse á pasar por el colegio á despedirse por no dar lugar la precision de estar cuanto antes en el puerto.

Lo restante de su vida, que fueron catorce años, los empleó en estas Californias, trabajando incesantemente, como queda dicho en esta historia, por los muchos viajes que hizo con las expediciones de tierra que quedan ya referidas; y si el curioso lector quisiera saber lo que trabajó y padeció á fin de que se lograra esta conquista, no tiene mas que leer los diarios que dicho padre escribió por los caminos en lugar de descansar en las paradas, como tambien en el que formó en la expedicion de mar para el registro de las costas de este mar Pacífico, que habiendo sido el primer registro de la costa hasta el grado 55 en un mar y costa no conocida, iban siempre en un continuo peligro de perderse dando en alguna isla, farallón ó piedras anegadas; pero de todos estos peligros lo libró Dios para que trabajase en esta su mística viña, ayudando á su venerable y ejemplar maestro, que desde la llegada á Monterey lo nombró por su compañero y conministro de la mision de San Carlos, en donde trabajó desde la fundacion hasta que murió, catequizando y bautizando innumerables gentiles, como queda dicho hablando de dicha mision. Con este cúmulo de méritos y ejercicio en las virtudes, en las que floreció desde niño que lo conoció, y estudiamos juntos desde las primeras letras hasta concluir la teología y moral, y siempre lo conocí muy ejemplar, que entre los condiscípulos era conocido con el nombre de Beato ó Místico, y de la misma manera continuó toda su vida con una candidez columbina y de una profundísima humildad, de modo que siendo corista estudiante, si alguna vez concebía el haber impaciencia á alguno de los condiscípulos, iba á su celda y se le hincaba de rodillas pidiéndole perdón: siendo corto de memoria, que no podia decir de coro ó memoria las pláticas doctrinales en la misa los domingos y dias festivos, tomaba un libro, y después del Evangelio de la misa del pueblo, leia una de las pláticas doctrinales, con lo que instruía al pueblo y edificaba á todos con su humildad. Adornado de esta y de las demás virtudes y colmado de méritos por lo mucho que trabajó en la conversion de los gentiles, lo llamó Dios para darle el premio de sus afanes y fatigas apostólicas, y preparado con todos los sacramentos, que le ministró el venerable padre Junipero, y auxiliado por su reverencia, entregó su alma al Criador, y piamente creemos todos los que lo conocimos y tratamos, que iria en derecha á gozar de Dios. Dióle sepultura el venerable padre Junipero en el presbiterio al lado del evangelio en la iglesia de dicha mision de San Carlos, en compañía de otros dos padres misioneros, después de haberle hecho las debidas honras, á las

que asistieron el comandante del presidio con toda la tropa de él y de la mision, y de los neófitos de ella, cuyos llantos de éstos expresaron el amor que le tenían como á padre, y lo expresó tambien el venerable padre Junipero, pidiéndome poco antes de morir que le diese sepultura al lado de su amado discípulo y compañero el padre fray Juan Crespi, en que manifestó, no solo el amor que le profesaba, sino tambien el concepto grande en que lo tenia su inculpable vida y ejemplares virtudes.

No he querido omitir esta breve relacion del dicho padre fray Juan Crespi, no tanto por haber sido mi tan amado condiscípulo y compañero mas de cuarenta años, así en esa provincia como en el ministerio apostólico; como para que esa provincia su santa madre lo tenga presente para encomendarlo á Dios por si necesitase de sufragios para ir á recibir en el cielo el premio de sus apostólicos afanes.

## CAPITULO LI.

ESTABLECIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA BARBARA. FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES Y DE LA MISION DE SAN BUENAVENTURA Y DEL PRESIDIO DE SANTA BARBARA: FUNESTO ACAECIMIENTO DEL RIO COLORADO.

Tan impresionado quedó el nuevo comandante general don Teodoro de Croix de la recomendacion del excelentísimo señor virey sobre la pretension del venerable padre Junipero para las fundaciones del canal de Santa Bárbara, que desde el camino y antes de llegar á su destino, envió orden al gobernador para que fuese á los Arizpes el capitán don Fernando Rivera, para comisionarlo á reclutar setenta y cinco soldados para la fundacion de un presidio y tres misiones en la dicha canal de Santa Bárbara, el presidio y una mision en el centro de la canal con el nombre de la santa, y las otras dos dedicadas á la Purísima Concepcion de María Santísima, y la de San Buenaventura en los dos extremos de la canal, dotada cada una de quince soldados, y los restantes para el presidio con sus correspondientes oficiales, é igualmente para reclutar familias de pobladores para fundar un pueblo titulado de Nuestra Señora de los Angeles en el rio nombrado de Porciúncula.

Al mismo tiempo encargó á los padres del colegio de la Santa Cruz de Querétaro, fundasen dos misiones en el rio Colorado, así para la conversion de aquellos gentiles como para asegurar el paso que se había descubierto, á fin de la comunicacion de aquellas provincias con esta, pero las dichas misiones con método totalmente diverso de estas; esto es, sin presidio, sino que en cada una de ellas había de haber ocho soldados y ocho vecinos pobladores casados y con familias,

riendo padre prefecto, que el instrumento necesario y suficiente era la patente firmada, sellada y refrendada por el secretario, y para que le constase tener el pase de su excelencia, y de consiguiente el del real consejo, que leyese aquella carta del excelentísimo señor Bucareli (que le puso en sus manos) en que le daba los parabienes, de que hubiese recibido la facultad de confirmar, y de los muchos que el año anterior había confirmado.

Dijole que esto no servía, porque las provincias internas ya no pertenecían al gobierno del virreinato, sino de la comandancia general. Pues señor, ahora ¿quién es el vice-patrono? Y respondiéndole que en todas las provincias el comandante general, y en estas Californias que lo era él, como gobernador. Pues señor, dijo el fervoroso prelado, si está todo en la tierra, es fácil de componerse: aquí tiene usted la patente con la facultad; suplico se ponga el pase para que estos pobres no se priven de tanto bien, pues no siendo la facultad mas que para diez años, van estos corriendo. A cuya propuesta (llevando adelante sus intentos) que el pase en donde lo había de poner era al pie del breve que había dado su santidad original, y al pie del pase original del consejo, y mientras no le entregase los originales, lo exhortaba no pasase á confirmar hasta que viniese respuesta de la comandancia á la consulta que tenia hecha.

Dejo á la consideracion de los que esto leyeren, la pena que causaria al fervoroso corazón del venerable padre, que conocia cuánto importaba en estos tan neófitos en la fe este santo sacramento; pero ofreciéndolo al Señor, suspendió el confirmar, no fuese que tambien lo privase de bautizar. No es de creer que dicho señor obrase de malicia, sino que como carecia de asesor, obraria segun su alcance, que presumiria que así lo debería hacer. En vista de todo lo dicho, no solo suspendió la administracion de la confirmacion, sino que remitió al colegio la patente y facultad, escribiendo cuanto había pasado con dicho señor gobernador. En cuanto recibió el reverendo padre guardian las cartas, se presentó al nuevo virey pidiéndole testimonio del pase que se había dado al breve de su santidad, y remitiéndolo al comendante general, envió orden al señor gobernador que en manera alguna impidiese al reverendo padre presidente el confirmar, y que siempre y cuando su paternidad quisiese salir para las misiones le aprontase escolta. Con esto cesó esta borrasca, pero se siguieron otras, que no pararon los vientos contrarios hasta la muerte, para que el martirio que deseaba fuese inminente.

En todo el tiempo que tardó el venir la decision de la duda, que fué largo por la mucha distancia que hay de aquí á Méjico, de Méjico á Sonora y de Sonora á Monterey, no hizo confirmaciones ni salió de su mision, sino que en ella se ocupó en el ordinario ejercicio, consolándolo

el Señor con muchos gentiles que ocurrían de bien lejos pidiendo el sacro bautismo, en cuyo catequisma se ejercitaba, y después bautizolos, aumentando hijos á la santa Iglesia, á pesar del infierno.

Por el mes de setiembre de 81 que llegó la dicha decision, después de haber celebrado confirmaciones en su mision, salió á practicar lo propio en la de San Antonio, y se regresó á principios de octubre para celebrar la fiesta de nuestro santo padre en su mision de San Carlos. Pasada la fiesta determinó venir á confirmar en estas dos misiones del Norte, y se ofreció el venir con su reverencia su discípulo fray Juan Crespi, deseoso de ver este puerto ya poblado de cristianos, pues no lo había visto su reverencia sino poblado de gentiles el año 1769. Llegaron á esta mision el 26 de octubre, que fué para mí de extraordinaria alegría y gozo, pues vi en esta mision juntos á nuestro amado padre lector y maestro y á mi querido condiscípulo el padre fray Juan Crespi, que segun poco después sucedió, parece que vino á decirme: adios hasta la eternidad. Mantuviéronse en esta mision hasta el 9 de noviembre, en que en dicho tiempo hizo el venerable padre presidente varios dias confirmaciones, dejando confirmados á todos los neófitos que desde la última visita se habían bautizado.

Salieron dicho dia de esta mision para la de Santa Clara, siendo para mí, y creo que tambien para sus reverencias, igual la pena á la despedida, habiendo sido igual la alegría en la llegada. Confirmó el reverendo padre presidente los neófitos de aquella mision, y se retiraron para su mision antes que creciesen los rios. A los pocos dias de llegados enfermó de muerte el padre Crespi, y conociendo que Dios lo llamaba para la eternidad, se dispuso y preparó con los santos sacramentos, y el dia 1º de enero de 1782 entregó su alma al Criador, á los sesenta años diez meses de su edad, habiendo trabajado los treinta años en misiones de infieles; esto es, los diez y seis en la mision de nuestro seráfico padre San Francisco del valle de Tilaco, de indios pames de la Sierra Gorda, en la que procuró imitar á su amado lector y maestro el venerable padre Junipero, trabajando así en lo espiritual como en lo temporal, bautizando muchos centenares de indios, educándolos así en los misterios de nuestra santa fe como en el trabajo temporal, á fin de civilizarlos y que tuviesen con que mantenerse y vestirse. Fabricó una grande iglesia de cal y canto con sus bóvedas y torre, y solicitó de cuenta del sínodo le enviasen de Méjico colaterales y santos para el adorno interior; todo lo que consiguió á medida de sus deseos; y dejando aquella mision de la Sierra Gorda en buen estado y ya en vísperas de entregar al ordinario, fué nombrado por el reverendo padre guardian y venerable discretorio del colegio para venir á estas Californias, y en cuanto recibió la carta del co-

legio, lleno de júbilo y alegría se puso en camino para el puerto de San Blas con otros cuatro compañeros, sin detenerse á pasar por el colegio á despedirse por no dar lugar la precision de estar cuanto antes en el puerto.

Lo restante de su vida, que fueron catorce años, los empleó en estas Californias, trabajando incesantemente, como queda dicho en esta historia, por los muchos viajes que hizo con las expediciones de tierra que quedan ya referidas; y si el curioso lector quisiera saber lo que trabajó y padeció á fin de que se lograra esta conquista, no tiene mas que leer los diarios que dicho padre escribió por los caminos en lugar de descansar en las paradas, como tambien en el que formó en la expedicion de mar para el registro de las costas de este mar Pacífico, que habiendo sido el primer registro de la costa hasta el grado 55 en un mar y costa no conocida, iban siempre en un continuo peligro de perderse dando en alguna isla, farallón ó piedras anegadas; pero de todos estos peligros lo libró Dios para que trabajase en esta su mística viña, ayudando á su venerable y ejemplar maestro, que desde la llegada á Monterey lo nombró por su compañero y conministro de la mision de San Carlos, en donde trabajó desde la fundacion hasta que murió, catequizando y bautizando innumerables gentiles, como queda dicho hablando de dicha mision. Con este cúmulo de méritos y ejercicio en las virtudes, en las que floreció desde niño que lo conocí, y estudiamos juntos desde las primeras letras hasta concluir la teología y moral, y siempre lo conocí muy ejemplar, que entre los condiscípulos era conocido con el nombre de Beato ó Místico, y de la misma manera continuó toda su vida con una candidez columbina y de una profundísima humildad, de modo que siendo corista estudiante, si alguna vez concebía el haber impaciencia á alguno de los condiscípulos, iba á su celda y se le hincaba de rodillas pidiéndole perdón: siendo corto de memoria, que no podia decir de coro ó memoria las pláticas doctrinales en la misa los domingos y dias festivos, tomaba un libro, y después del Evangelio de la misa del pueblo, leía una de las pláticas doctrinales, con lo que instruía al pueblo y edificaba á todos con su humildad. Adornado de esta y de las demás virtudes y colmado de méritos por lo mucho que trabajó en la conversion de los gentiles, lo llamó Dios para darle el premio de sus afanes y fatigas apostólicas, y preparado con todos los sacramentos, que le ministró el venerable padre Junipero, y auxiliado por su reverencia, entregó su alma al Criador, y piamente creemos todos los que lo conocimos y tratamos, que iria en derecha á gozar de Dios. Dióle sepultura el venerable padre Junipero en el presbiterio al lado del evangelio en la iglesia de dicha mision de San Carlos, en compañía de otros dos padres misioneros, después de haberle hecho las debidas honras, á las

que asistieron el comandante del presidio con toda la tropa de él y de la mision, y de los neófitos de ella, cuyos llantos de éstos expresaron el amor que le tenían como á padre, y lo expresó tambien el venerable padre Junipero, pidiéndome poco antes de morir que le diese sepultura al lado de su amado discípulo y compañero el padre fray Juan Crespi, en que manifestó, no solo el amor que le profesaba, sino tambien el concepto grande en que lo tenia su inculpable vida y ejemplares virtudes.

No he querido omitir esta breve relacion del dicho padre fray Juan Crespi, no tanto por haber sido mi tan amado condiscípulo y compañero mas de cuarenta años, así en esa provincia como en el ministerio apostólico; como para que esa provincia su santa madre lo tenga presente para encomendarlo á Dios por si necesitase de sufragios para ir á recibir en el cielo el premio de sus apostólicos afanes.

## CAPITULO LI.

ESTABLECIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA BÁRBARA. FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES Y DE LA MISION DE SAN BUENAVENTURA. Y DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA: FUNESTO ACAECIMIENTO DEL RIO COLORADO.

Tan impresionado quedó el nuevo comandante general don Teodoro de Croix de la recomendacion del excelentísimo señor virey sobre la pretension del venerable padre Junipero para las fundaciones del canal de Santa Bárbara, que desde el camino y antes de llegar á su destino, envió orden al gobernador para que fuese á los Arizpes el capitán don Fernando Rivera, para comisionarlo á reclutar setenta y cinco soldados para la fundacion de un presidio y tres misiones en la dicha canal de Santa Bárbara, el presidio y una mision en el centro de la canal con el nombre de la santa, y las otras dos dedicadas á la Purísima Concepcion de María Santísima, y la de San Buenaventura en los dos extremos de la canal, dotada cada una de quince soldados, y los restantes para el presidio con sus correspondientes oficiales, é igualmente para reclutar familias de pobladores para fundar un pueblo titulado de Nuestra Señora de los Angeles en el rio nombrado de Porciúncula.

Al mismo tiempo encargó á los padres del colegio de la Santa Cruz de Querétaro, fundasen dos misiones en el rio Colorado, así para la conversion de aquellos gentiles como para asegurar el paso que se había descubierto, á fin de la comunicacion de aquellas provincias con esta, pero las dichas misiones con método totalmente diverso de estas; esto es, sin presidio, sino que en cada una de ellas había de haber ocho soldados y ocho vecinos pobladores casados y con familias,

un sargento en una mision y un alférez en la otra como comandantes. Que los padres misioneros no habian de cuidar mas que de lo espiritual, y que los gentiles que se bautizasen viviesen en sus rancherías y se mantuviesen como cuando gentiles. En este método, totalmente diverso del que aquí hemos observado, se fundaron; pero en breve se vieron los distintos efectos, pues mataron al comandante, sargento, á casi todos los soldados y vecinos, salvo unos pocos que se escondieron, que aunque libraron la vida, perdieron la libertad quedando cautivos con todas las mujeres y niños: martirizaron á los cuatro misioneros y pegaron fuego á las dos misiones y se quemó cuanto habia, y se perdió como tambien se imposibilitó el paso para la comunicacion. Adelante esta noticia para lo que resta que decir.

En cuanto el señor gobernador recibió la órden del señor comandante general, despachó al dicho capitán Rivera, su teniente en la antigua California, quien se embarcó en Loreto y fué á la comandancia general á recibir las órdenes é instrucciones y todo lo necesario para el efecto, y puso en ejecucion la comision. Empezó su recluta por la provincia de Sinaloa, despachando partidas de reclutas, así de soldados como de pobladores, por mar á Loreto, para que subiesen por tierra á San Diego; y las que reclutó en Sonora las condujo por el rio Colorado, con toda la caballada y mulada, que pasaban de mil cabezas.

Llegó el dicho capitán Rivera con toda su expedicion al rio Colorado, en donde halló ya fundadas las dos misiones expresadas; y reparando que la catallada y mulada llegó la mayor parte flaca y enferma, receloso de que no se le muriese en el tramo de ochenta leguas que todavía le faltaban para llegar á la mision de San Gabriel, adonde habia de salir, determinó quedarse á las orillas del rio Colorado, hasta tanto que se recuperaba. Y quedando con un solo sargento y seis soldados pertenecientes al presidio de Monterey, que le habia enviado el señor gobernador, despachó la expedicion con los oficiales que venian de Sonora para estos establecimientos, convoyados de un alférez y nueve soldados veteranos de uno de los presidios de Sonora.

Hallábase muy de antemano el señor gobernador en la mision de San Gabriel recibiendo la tropa que iba subiendo por tierra desde la antigua California, y allí recibió este último trozo que se condujo por el rio Colorado; con lo que tuvo junta toda la tropa con los dos tenientes, y dos alférez, y solo faltaba el capitán Rivera, y el sarjento y los seis soldados que le habian enviado para que se viniese en cuanto se recuperase la caballada; y despachó al alférez con los nueve soldados veteranos, para que se retirasen á su presidio de Sonora, por el mismo camino que habia traído la expedicion por el paso del rio Colorado.

Así lo practicó el alférez con su partida de nueve hombres, y mucho antes de llegar al rio en-

tendió de los gentiles del camino que los indios del rio habian matado á los padres y los soldados y habian quemado las dos misiones. No quiso el alférez, que era hombre de valor, dar crédito á los gentiles, ni volver atrás por solo el dicho de ellos, sino que siguió su camino, y llegó al sitio y vió ser verdad, pues halló todas las fabricas reducidas á ceniza, y tirados los cadáveres; y no hallando á quien preguntar, sino mucha gentilidad con quien pelear, viéndose con tan poca gente, pues de los nueve soldados le mataron dos, y otro que estaba herido, tomó á buen partido la retirada para San Gabriel, que para lograrla no tuvo poco que hacer las dos primeras jornadas, que hubo de pelear con los gentiles que lo seguian ó intentaban no dár un que pudiese dar la noticia. Quiso Dios se librasen y llegasen á San Gabriel sin mas desgracia que la dicha de los dos soldados muertos y uno herido que sanó. Dió cuenta de todo lo que habia visto y sucedido al señor gobernador, y este al comandante general, despachando para el efecto al mismo alférez con los siete soldados que le habian quedado por la California, para que se embarcase en Loreto, y no parase hasta poner los pliegos en manos del comandante general, que se hallaba en la ciudad de los Arispe, presumiendo que dicho señor ignoraba lo acaecido.

Este funesto acaecimiento demoró algo las fundaciones de la canal, porque receloso el señor gobernador no tuviesen esadia de venir á dar á estos establecimientos, ó que por su mal ejemplo lo quisiesen hacer las naciones intermedias de dicho rio y estas misiones, procuró conservarse con toda la tropa en la mision de San Gabriel hasta ver las resultas: interin dispuso la fundacion de un pueblo de españoles en el rio de Porciúncula, llamado por la primera expedicion del año 1769. Juntó todos los vecinos pobladores que habian venido para colonos, les señaló sitio y tierra en las orillas del rio, distante de la mision de San Gabriel cuatro leguas rumbo al Noroeste, y allí escoltados de un cabo y tres soldados, fundaron su pueblo á últimos del año de 81 con el título de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula, en el que se mantienen de sus siembras, etc., como queda dicho del pueblo de San José en su capitulo, aunque con el trabajo de haber de andar cuatro leguas para oír misa.

## CAPITULO LII.

PROSIGUE LA MATERIA DE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL Y BAJA PARA EL EFECTO EL VENERABLE PADRE JUNIPERO Á SAN GABRIEL, Y FUNDA LA MISION DE SAN BUENAVENTURA.

Viendo el señor gobernador que cumplia ya medio año del fatal acontecimiento del rio Colorado, y que nada resultaba en estos establecimientos

tos, acordó el dar paso á las fundaciones interin llagaban los barcos, por los que esperaban, segun las cartas que se habian recibido, los seis misioneros de nuestro colegio que tenia pedido el comandante general, valiéndose del excelentísimo señor virey; y como ya no podia tardar mucho, quiso dar principio á la fundacion, para cuyo efecto escribió por febrero de 82 al reverendo padre presidente pidiéndole dos misioneros, uno para dar principio á la mision de San Buenaventura y otro para la de Santa Bárbara.

Hallábase entonces el venerable padre presidente en su mision de San Carlos en su ordinaria tarea, y habiendo recibido la carta, dando por cierta la venida de los seis misioneros que estaban nombrados y ya su reverencia sabia por carta, quiénes eran; por las vivas ansias que tenia de dichas fundaciones, puso la mira al número de operarios que éramos, que no habia mas supernumerario que uno en su mision de Monterey, que suplia cuando salia su reverencia á la visita; y que en la de San Diego estaba mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon, que habia llegado poco hacia de la dilatada expedicion que casualmente hubo de hacer á las Filipinas, cuyo barco, que por diciembre anterior arribó á San Diego, lo dejó enfermo, y se hallaba todavía convaleciendo en la dicha mision de San Diego. Confiado en que estaria algo reforzado para suplir, le escribió que se animase y pasase á la mision de San Gabriel, que allí se verian, como lo hizo y diré después.

No quiso su reverencia perder el mérito de los trabajos, así del camino como en las fundaciones que ya preveia: dejó el supernumerario supliendo en la mision de Monterey, é hizo la cuenta como que salia á visitar, y así se puso en camino para San Gabriel, haciéndole olvidar los accidentes el fervoroso celo é innata inclinacion que tenia de aumentar el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. De paso hizo confirmaciones en las dos misiones de San Luis y San Antonio, dejando confirmados los neófitos que se habian bautizado después de su última visita. Pasó por la canal de Santa Bárbara, alegrándose mucho de ver aquella gentilidad, que ya estaba en visperas de que les amaneciese la luz de la fe: procuró regalarlos y agasajarlos, dándoles á entender que en breve volveria, y no tan de paso, sino á vivir con ellos, de que manifestaban alegrarse.

El 18 de marzo, y muy tarde, llegó al nuevo pueblo de Nuestra Señora de los Angeles, y paró á hacer noche, y el dia siguiente muy de mañana salió para la mision de San Gabriel, que dista cuatro leguas; y segun me dijo su reverencia, se le hicieron largas, ya fuese porque iba en ayunas, ó por los grandes deseos de llegar, que ya fué tarde. Halló á los padres ministros de ella sin novedad, y con ellos al padre Cambon, ya convaleciente y en estado de poder trabajar, de

que se alegró mucho; y dejando los cumplimientos para después, mandó repicar para la misa, que cantó su reverencia, y en ella hizo una fervorosa plática del santísimo patriarca señor san José, cuyo dia era, olvidando el cansancio de ciento treinta leguas desde Monterey, y las cuatro últimas andadas aquella misma mañana.

Por la tarde hizo al señor gobernador los religiosos cumplidos, que correspondió á la visita el dia siguiente, y en ella trataron el punto de las fundaciones y resolvieron el fundar la mision de San Buenaventura al principio de la canal, y quedando en ella de ministro interino el padre Cambon, pasarian á fundar en el centro de la canal el presidio y la mision de Santa Bárbara.

Aunque el devoto padre deseaba celebrar en la mision la semana Santa, pero se hubo de contentar solo con los deseos, porque se publicó la salida para el 26 de marzo, que fué martes Santo. En los seis dias que estuvo su reverencia en la mision de San Gabriel hizo los mas dias confirmaciones hasta el mismo dia de la salida, que después de acabada la misa hizo las últimas, y salió con la expedicion, que se componia de tanto gentío que jamás se habia visto tanta tropa junta en estas fundaciones, pues á mas de la tropa perteneciente al presidio y tres misiones, que eran setenta soldados con su teniente capitán comandante para el nuevo presidio, un alférez, tres sargentos y sus correspondientes cabos. Iba el señor gobernador con diez soldados de la compañía de Monterey, sus mujeres y familias, que los mas eran casados: los arrieros con las recuas de útiles, víveres y sirvientes, y algunos indios neófitos para dar principio á la mision: solo de padres era tan corto el número, que se reducía al venerable padre Junipero y al padre fray Pedro Cambon. Viendo el venerable padre tanta disposicion y tanto gentío que iba á la fundacion de la mision de San Buenaventura, podia decir, acordándose de la cortedad de gente y provisiones con que se habian fundado las demás: *Quo tandem tardius eo solemnius*, que se dice de la canonizacion del mismo doctor seráfico.

Salió toda la dicha expedicion que habia en la mision de San Gabriel el dia 26 de marzo, y se dirigió rumbo al Noroeste para la costa de la canal de Santa Bárbara. A la primera jornada como á la media noche les llegó correo de la dicha mision de San Gabriel despachado por el señor teniente coronel don Pedro Fajes, comandante de la expedicion que habia venido por orden del comandante general al rio Colorado con el encargo de que cruzando el rio caminase á San Gabriel á comunicar y tratar las órdenes que llevaba con el señor gobernador de la provincia; y habiendo llegado dicho señor Fajes le despachó correo, y en cuanto recibió la carta, á aquella misma hora se puso en camino con sus diez soldados, retrocediendo para San Gabriel, dejando la órden al comandante del nuevo presidio de Santa Bárbara

para que siguiese la expedición su camino á la cañal, que él luego volvería; que en caso de dilatarse diese principio á la mision de San Buenaventura, y que allí lo esperasen. Con esto siguió para San Gabriel á tratar con el señor Fajes el asunto del rio Colorado de que hablaré en el capítulo siguiente.

Seguió la expedición al otro dia su camino, y el 29 de marzo llegaron al principio de la cañal; pararon su real en el paraje nombrado por la primera expedición del año de 69 de la *Assumpta*, ó asuncion de nuestra Señora, prometido desde entonces para la mision de San Buenaventura, cuyo sitio está cerca de la playa, en cuya orilla hay un gran pueblo de gentiles, bien formado de casas piramidales pajizas. Está dicho sitio en la altura del Norte de 34 grados y 13 minutos. El dia siguiente de la llegada se empleó la gente en hacer una grande cruz, una enramada que sirviese de capilla, y en componer, y adornar el altar para decir el siguiente dia la primera misa.

El dia último de marzo y primero de la alegre Pascua de la resurreccion del Señor, bendijo el venerable padre presidente el terreno y santa Cruz, y adorada la enarbolaron y fijaron, y cantó su reverencia la primera misa, en la que predicó del soberano misterio á la tropa; y se tomó posesion del sitio para la mision del séráfico doctor san Buenaventura. Los gentiles del pueblo manifestaron alegrarse con los nuevos vecinos, y officiosos ayudaron á hacer la capilla, y continuaron gustosos, ayudando á hacer la casa para el padre, todo de madera, á la que luego dieron mano, y los soldados destinados de escolta empezaron á cortar madera para cuartel y sus casas particulares, con una estacada para la seguridad y defensa.

Asimismo se dió mano á conducir por zanja la agua de un crecido arroyo perenne, que tiene cerca del sitio, á fin de tener corriente el agua pegada á las casas, como tambien para aprovecharlas para siembras, y lograr cosechas para mantener á los que se convirtiesen. Por medio de un neófito de la mision de San Gabriel, que algo entendia la lengua, se pudo dar á entender á los gentiles el motivo á que habian venido á sus tierras, que no era otro que el dirigir sus almas para el cielo haciéndolos cristianos. Aunque en los quince dias que en dicha iniciada mision se mantuvo el venerable padre fundador no logró el ver bautizado alguno; pero sí en la visita del siguiente año ya halló su chinchorrito de cristianos, y cuando acabó la tarea de su apostólica vida, contaba ya cincuenta y tres cristianos, y cada dia se van aumentando.



## CAPITULO LIII

DASE NOTICIA DE LO SUCEDIDO EN EL RIO COLORADO, Y EFECTOS DE LA EXPEDICION. FUNDASE EL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA, SUBE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE PARA MONTEREY.

Queda dicho en el antecedente capítulo, cómo el señor gobernador desde la primera jornada del camino para el cañal se regresó para la mision de San Gabriel, á donde fué á amanecer el dia 27 de marzo, y trató con el señor teniente coronel don Pedro Fajes los asuntos y órdenes que traia del señor comandante general, y le refirió por menudo todo lo acaecido, segun las declaraciones que jurídicamente hicieron los rescatadores, que tuve la dicha de tener en mis manos, y leerlas por habérmelas prestado el dicho señor Fajes, que actualmente se halla gobernador de la provincia. Y aunque el asunto no es perteneciente á esta historia, diré solo aquello que abona lo que en estas misiones se ha practicado á direccion del venerable padre Junipero, no omitiendo cuanto sea de edificacion.

Dice que los indios yumas, que es la nacion que puebla las orillas del rio hacia al paso, aunque al principio que se fué á fundar se manifestaron de paz y no hicieron resistencia, sino al parecer se alegraban de la vecindad de los nuestros, que se fundaron dos misiones, de la Purísima Concepcion de Maria santísima, y de San Pedro y San Pablo, á distancia de tres leguas la una de la otra, y las dos á este lado del rio en el rumbo que mira á estos establecimientos de Monterey. Se establecieron dichas misiones en el método que queda dicho en el capítulo 51. Y como los padres misioneros no tenian con que atraerlos ni congratularlos, ni que tratar mucho con ellos, se dificultaba la reduccion; no obstante, no dejaban los gentiles de frecuentar los dichos pueblos, pero solo de paso á hacer sus tratos y cambalaches con los soldados y pobladores, como tambien por el interés de conseguir alguna ropa á trueque de maiz, de que ellos cogian alguno en las orillas del rio, aunque no es cosa mucha, pues se mantienen como los demás gentiles, de semillas silvestres. No obstante lo dicho, con esta comunicacion y ayuda de un buen intérprete, lograron el bautizar á algunos, aunque pocos; y como estos no vivian en los pueblos, sino en sus rancherías con los gentiles, con la misma libertad y costumbres de ellos, se arrimaban muy poco á la mision á rezar, viéndose precisados los misioneros de ir á buscarlos por las rancherías, y á estar con ellos algunos dias para rezar la doctrina, y enseñarlos algo, y para atraerlos á que fuesen á misa los dias festivos, costando lo dicho mucho trabajo y desazones.

A esto se agregó el sentimiento que causaba

á dichos gentiles el ver que las bestias y ganados de los soldados y pobladores se comian los zacates, quedando ellos privados de las semillas, de las que antes la mayor parte del año se mantenian: veian al mismo tiempo que los pobladores se habian apropiado los cortos pedazos de tierra que se pueden aprovechar, y que ellos ya no los podian sembrar como hacian antes, que en ellos sembraban maiz, frijol, calabazas y sandias, aunque de todo poco por la cortedad de la tierra, que solo en los derrames ó vegas que quedan con humedad, al minorar las aguas del rio en tiempo de seca, se logra. Viéndose privados de esto, que reputan por grande heredad, y que se aprovechaban los nuevos vecinos, no aprovechándose ellos siendo naturales de aquella tierra, los incitó el enemigo en la cabeza, como que conocia á que se dirigian estas poblaciones á hacerlos cristianos, y quirarlos de su tirana esclavitud y dominio, una gran ojeriza contra los españoles, y resolvieron echarlos no solo de su tierra, sino del mundo, acabando con ellos, para quedarse con la caballada, de que son muy codiciosos.

Nada de esto entendieron los soldados ni pobladores; pero segun las declaraciones, algo recelarian los padres misioneros, pues mucho tiempo antes iban disponiendo á los soldados y vecinos para que los cogiese la muerte prevenidos, y así todos los dias les predicaban, de que resultaba mucha frecuencia de sacramentos y asistir á la iglesia al rezo de la corona, y andar el viacrucis y otros ejercicios: así preparados y ejercitados, que parecian mas conventos que pueblos.

Un domingo, acabada la misa última, á un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones muchísimos gentiles, que quitaron la vida al comandante, al sargento y á todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que se se pudieron esconder, y á los cuatro padres misioneros, que en cuanto vieron el estrago empezaron á ejercer su ministerio apostólico confesando á unos, ayudando á otros á morir con fervorosas exhortaciones; quitaron con mayor crueldad la vida estando en el actual ejercicio de la caridad. Asimismo quitaron tambien la vida al capitán don Fernando Rivera y Moncada y á los soldados de Monterey, que todos ocho estaban con la caballada á la otra banda del rio, no obstante que pelearon bastante hasta morir, y se quedaron con la caballada.

Uno de los pocos soldados que se pudieron esconder, se escapó y fué á salir al primer presidio de la Sonora, y dió cuenta de lo sucedido al capitán del presidio, y este al comandante general, que mandó luego juntar la tropa que se pudo de dragones voluntarios de Cataluña y de soldados de cuera y los despachó al mando del teniente coronel don Pedro Fajes y con un segundo comandante capitán que era de tropa arreglada, con la órden de llegar al rio Colorado, y hallando ser verdad la declaracion del soldado, que quedó interin arrestado, procurase primero rescatar

todos los cautivos, y para ello llevase ropas y otras cosas que apetecen los indios, y conseguido esto, procurase indagar por los rescatados, quiénes habian sido las cabecillas; que los asegurasen y llevasen presos para Sonora, y que á los demás se les diese el merecido castigo; y que comunicase con el gobernador de Monterey, y tratasen de ir á caerles á un mismo tiempo por ambas partes del rio, para que saliese á toda satisfaccion la empresa y quedasen los gentiles castigados y escarmentados, y no se imposibilitase el paso tan importante.

Caminó el dicho señor comandante Fajes con su expedición para el rio Colorado, y llegados á él hallaron despobladas las orillas del rio cerca del paso, cruzaron á esta banda, llegaron á los sitios de las misiones, y lo hallaron todo quemado y reducido á cenizas; los difuntos tirados al sol y sereno, que mandó enterrar, halló los cuerpos de los venerables padres misioneros de la primera mision fray Juan Diaz, de la provincia de San Miguel de la Estremadura, y fray Matias Moreno de la provincia de Burgos, los halló tirados enteros al sol en distintos sitios el uno del otro, los que mandó poner en unos cajones para llevarlos á Sonora.

De allí pasó al sitio de la otra mision, y la halló de la misma manera incendiada, y á los difuntos tirados, y practicó lo propio que con los de la primera. Pero no hallaban los cuerpos de los misioneros, que eran los padres fray Francisco Garcés, de la provincia de Aragon, y fray Juan Barraneche, de la provincia de Santa Elena de la Florida y Habana: pensaban todos que no les habrian quitado la vida, fundados en que el dicho padre Garcés era muy querido de los indios, habia vivido mucho tiempo con ellos, sin compañero y sin soldado, sin haberle hecho lo mas mínimo, antes bien lo estiman entrañablemente, y lo mantenian con sus comidas silvestres; que comia con tanto gusto como los mismos gentiles, conocido de ellos por el viva Jesús, que era su salutacion ordinaria con los indios, y hacia que ellos así se saludasen.

Dicho padre con un solo indio de compañero habia andado muchísimas naciones no conocidas desde el rio Colorado antes que se poblase; vino á estas misiones y de aquí se fué y entró á la provincia del Moxi y de esta á Sonora, sin que los gentiles de tantas naciones como visitó le hubiesen hecho lo mas mínimo y sin entender la lengua él y su compañero el indio, y tan distintas lenguas de tantas naciones, y en todas partes les daban de comer de las comidas que usan. Por lo dicho juzgaban todos que no lo matarian ni á su compañero, sino que estarian entre los gentiles, que no podian dar con ellos para preguntarles. Pero no quiso Dios privarle del grande mérito de dar su sangre y vida en demanda de la conversion de los gentiles y quiso Dios que fuese cuando mas resguardado se hallaba de tropa, pues

le quitaron la vida con la misma crueldad que á los demás, segun la declaracion que dieron después los que quedaron con vida y cautivos.

Repararon los soldados de la expedicion que iban recogiendo á los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde entre la demás quemada, toda vestida de zacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no: habia entre ellas la manzanilla y otras. Mandó el comandante cavar allí, y hallaron á los benditos padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido; y segun consta de las declaraciones hechas, allí los enterró una india gentil vieja, que en vida quería y estimaba mucho á los padres, y viéndolos muertos hizo un hoyo y los enterró.

Mandó el comandante Fajes ponerlos en unos cajones, que después llevó consigo y los entregó personalmente al reverendo padre presidente de las misiones de la Pimeria en Sonora, pertenecientes al colegio de Santa Cruz de Queretaro, junto con las declaraciones hechas sobre todo lo acaecido, y entre las cosas particulares que en ellas se contienen y he leído, es una la siguiente que no omito por mas particular; dice que:

Después de haber sucedido el incendio de las misiones, luego que entraba la noche se veía una procesion de gente vestida toda de blanco, todos con velas en las manos encendidas y delante su cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto en donde habia estado la mision y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas desaparecian, y que esto lo vieron muchas veces no solo los cristianos, sino tambien los gentiles, y que á estos les causó tal horror é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron como ocho leguas mas abajo, tambien á la orilla del rio; que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque á estos no causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué la causa de no haber hallado en el sitio á la nacion Yuma. Buscáronlos rio abajo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos en la espesura de un bosque ó monte de arboleda pegada al rio, sin poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos á trueque de ropas; y viendo el comandante que por entonces no podia hacer otra accion, determino volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos, y dar cuenta de todo al comandante general, y así lo practicó.

Enterado de todo el señor comandante general, dióle nueva orden para que se juntase la expedicion á fin de coger las cabecillas, que ya constaba por las declaraciones de los rescatados, quienes habian sido los principales motores, como tambien para escarmentar aquella atrevida y rebelde

nacion Yuma. Para que se cogiese, dió orden al teniente coronel Fajes, que iba de comandante, para que llegado al Rio Colorado dejase allí al mando del capitán que iba de segundo comandante la mayor parte de la tropa, y con parte de ella cruzando el rio, llegase á estos establecimientos á tratar con el señor gobernador de la provincia sobre este asunto, á quien le enviaba la orden para que con toda la tropa que fuese posible pasase en persona á la expedicion del Colorado, para que repartida dicha tropa por ambas partes del rio, se lograra el deseado fin. A esto venia el dicho señor Fajes, y llegó á San Gabriel el mismo dia 26 de marzo que habia salido de dicha mision el señor gobernador para la fundacion de la Canal, como ya dije.

En cuanto el señor gobernador recibió los pliegos que le remitió el señor Fajes, se regresó para dicha mision; allí trataron ambos el asunto, y acordaron el dilatar la ida al Rio Colorado hasta setiembre que estaria el rio en disposicion de vadearse; y para que no estuviese la tropa de Sonora detenida tanto tiempo en dicho rio, pasó el señor Fajes al rio á darles la orden para que se retirasen á la Sonora con los pliegos para la comandancia, en que se daba cuenta de lo determinado, y el señor Fajes se regresó con su tropa á San Gabriel á esperar el tiempo señalado para la expedicion, la que se ejecutó por setiembre; pero no se consiguió la pacificacion de dicha nacion, aunque se mataron á muchos gentiles, sin muerte alguna de parte de los nuestros, solo algunos salieron heridos, aunque no de muerte; pero siempre el paso imposibilitado. Con lo dicho parece quedarian desengañados los señores comandantes general y gobernador de la provincia, que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los indios no era tan á propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que desengañados con los gastos que se habian hecho, y tan excesivos, sin efecto alguno, parece les hizo ceder del intento y proyecto que tenian de que los establecimientos de la Canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen solo en lo espiritual, y que los gentiles que se convirtiesen viviesen y se martuviesen como cuando gentiles y en la misma libertad.

#### CAPITULO LIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE DE LA FUNDACION DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA.

En cuanto el señor gobernador se vió desocupado por lo resuelto de la suspension de la expedicion del Colorado hasta el mes de setiembre que hubo despachado al rio al señor Fajes, como queda dicho, salió de San Gabriel para dar mano á los establecimientos de la Canal. Llegó á mediados de abril á la iniciada mision de San Bue-

naventura, vió el sitio y lo mucho que se iba estableciendo con el mismo método espiritual y temporal que todas las demás, y no habló palabra, no obstante que tenia ideado é informado, como después se supo, que fuesen estas misiones fundadas segun el nuevo método del Rio Colorado, aunque la variacion de éxitos y efectos, segun lo que habia oido al señor Fajes, puede ser le abriese los ojos y le hiciese mudar de idea é intencion, pues no habló palabra ni se quiso oponer al método que vió en la mision de San Buenaventura.

En breve habló de pasar adelante y dar mano á la fundacion del presidio de Santa Bárbara, y el venerable padre presidente trató lo mismo. Dejó de ministro interino de San Buenaventura al padre Cambon, mientras llegaban los barcos, y con ellos seis misioneros que se esperaban. Y el señor gobernador para la escolta de la mision principiada, dejó un sargento y catorce soldados, que hasta la presente no se habia fundado con tanta escolta mision alguna, y en breve se le añadieron otros diez al regreso del señor Fajes, interin llegaba el mes de setiembre para la expedicion del Colorado.

Toda la demás tropa siguió para la fundacion del presidio con los dos oficiales teniente y alférez, y señor gobernador con los diez soldados de Monterey. Fué tambien siguiendo la expedicion el venerable padre presidente. Caminaron por la costa ó playa de la canal mirando las islas que la forman, y habiendo andado como nueve leguas de la mision de San Buenaventura, que se juzgó como á la mediania de la canal, mandó el gobernador parar la tropa, y con el reverendo padre presidente y algunos soldados se hizo el registro de aquellas cercanias, y hallaron sitio muy al propósito para la ubicacion del presidio á la vista de la playa, que allí forma una especie de ensenada en la que podrian dar fondo los barcos, en cuya playa tiene una grande ranchería de gentiles. Mandó el señor gobernador parar el real en dicho sitio apto, y se puso mano á hacer una cruz grande y una barraca para primer capilla y la mesa para el altar. Bendijo el venerable padre presidente el terreno y la santa cruz, que adorada y enarbolada, dijo la primera misa, que oyó el señor gobernador con los oficiales y toda la tropa, y en ella hizo su reverencia una fervorosa plática, y se concluyó la funcion tomando posesion del sitio sin la menor contradiccion de los naturales de él.

El dia siguiente empezaron el corte de madera para las fabricas de capilla, casas para el padre, oficiales, cuartel, almacenes, casas para las familias particulares de los soldados casados y estacada. Mantúvose el venerable padre presidente en dicho presidio una temporada, hasta que le dijo el señor gobernador que no empezaria á fundar la mision hasta quedar concluido el presidio: oyendo esto su reverencia, dijo: Pues, señor, yo aquí no hago falta no pasando á fundar la mision, y así

determino pasar á Monterey, porque ya no pueden tardar mucho los barcos; desde allí enviaré á los padres, y entre tanto, para que aquí no se quede tanta gente sin misa y quien les administre, llamaré á uno de los misioneros de San Juan Capistrano: así lo practicó, dejando primero confirmados á todos los de la tropa que no habian recibido este santo sacramento.

Salió del presidio de Santa Bárbara para Monterey lleno de gozo por ver ya fundada la mision de San Buenaventura, que tantos años habia anhelado: visitó de paso las dos misiones de San Luis y San Antonio, y en ambas hizo confirmaciones, confirmando á los que se habian bautizado desde marzo que habia hecho en ellas confirmaciones, y se retiró para su mision de San Carlos á mediados del mes de junio. Llegó á buen tiempo, pues aquel mismo dia, poco antes de llegar á Monterey, se encontró con el correo que traia los pliegos y cartas de Méjico venidos por los barcos que habian dado fondo en este puerto el 2 de junio de dicho año de 83; y aunque la noticia de la llegada de los barcos alegró á su reverencia, pero diciéndole que no venian padres, le entristeció, como diré en el capítulo siguiente.

#### CAPITULO LV.

SUSPÉNDENSE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL CON GRANDE PENA DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Al mismo tiempo que el señor comandante general mandó reclutar la tropa para los establecimientos de la canal, pidió el nuevo virrey, el excelentísimo señor don Martin de Mayorga, al reverendo padre guardian de nuestro colegio, á petición de dicho señor comandante, seis misioneros sacerdotes para las tres misiones, nombrándolos el venerable discretorio de los que voluntariamente se ofrecieron, y uno de ellos tuvo oportunidad de escribirlo, por cuyo medio llegó dicha noticia á estas misiones, y por esta daba por cierto el venerable padre presidente que vendrian con el barco dichos padres; pero no fué así, por lo que ya refiero.

Habiéndose nombrado los seis misioneros, ocurrieron á su excelencia pidiendo lo acostumbrado y establecido de ornamentos, utensilios de iglesia, sacristia, los sínodos para la mision y transporte del camino, como tambien para los de casa y campo. Todo lo mandó aprontar su excelencia, menos lo perteneciente á útiles de casa y campo, excusándose con decir habian escrito los señores comandante general y gobernador de la provincia que no eran necesarios y que no se diese para ellos. Viendo los padres esta respuesta, indagaron con toda sagacidad la causa ó motivo, y supieron por cierto de que intentaban se fundasen dichas tres misiones con nuevo mé-

le quitaron la vida con la misma crueldad que á los demás, segun la declaracion que dieron después los que quedaron con vida y cautivos.

Repararon los soldados de la expedicion que iban recogiendo á los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde entre la demás quemada, toda vestida de zacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no: habia entre ellas la manzanilla y otras. Mandó el comandante cavar allí, y hallaron á los benditos padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido; y segun consta de las declaraciones hechas, allí los enterró una india gentil vieja, que en vida quería y estimaba mucho á los padres, y viéndolos muertos hizo un hoyo y los enterró.

Mandó el comandante Fajes ponerlos en unos cajones, que después llevó consigo y los entregó personalmente al reverendo padre presidente de las misiones de la Pimeria en Sonora, pertenecientes al colegio de Santa Cruz de Queretaro, junto con las declaraciones hechas sobre todo lo acaecido, y entre las cosas particulares que en ellas se contienen y he leído, es una la siguiente que no omito por mas particular; dice que:

Después de haber sucedido el incendio de las misiones, luego que entraba la noche se veía una procesion de gente vestida toda de blanco, todos con velas en las manos encendidas y delante su cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto en donde habia estado la mision y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas desaparecian, y que esto lo vieron muchas veces no solo los cristianos, sino tambien los gentiles, y que á estos les causó tal horror é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron como ocho leguas mas abajo, tambien á la orilla del rio; que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque á estos no causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué la causa de no haber hallado en el sitio á la nacion Yuma. Buscáronlos rio abajo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos en la espesura de un bosque ó monte de arboleda pegada al rio, sin poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos á trueque de ropas; y viendo el comandante que por entonces no podia hacer otra accion, determino volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos, y dar cuenta de todo al comandante general, y así lo practicó.

Enterado de todo el señor comandante general, dióle nueva orden para que se juntase la expedicion á fin de coger las cabecillas, que ya constaba por las declaraciones de los rescatados, quienes habian sido los principales motores, como tambien para escarmentar aquella atrevida y rebelde

nacion Yuma. Para que se cogiese, dió orden al teniente coronel Fajes, que iba de comandante, para que llegado al Rio Colorado dejase allí al mando del capitán que iba de segundo comandante la mayor parte de la tropa, y con parte de ella cruzando el rio, llegase á estos establecimientos á tratar con el señor gobernador de la provincia sobre este asunto, á quien le enviaba la orden para que con toda la tropa que fuese posible pasase en persona á la expedicion del Colorado, para que repartida dicha tropa por ambas partes del rio, se lograra el deseado fin. A esto venia el dicho señor Fajes, y llegó á San Gabriel el mismo dia 26 de marzo que habia salido de dicha mision el señor gobernador para la fundacion de la Canal, como ya dije.

En cuanto el señor gobernador recibió los pliegos que le remitió el señor Fajes, se regresó para dicha mision; allí trataron ambos el asunto, y acordaron el dilatar la ida al Rio Colorado hasta setiembre que estaria el rio en disposicion de vadearse; y para que no estuviese la tropa de Sonora detenida tanto tiempo en dicho rio, pasó el señor Fajes al rio á darles la orden para que se retirasen á la Sonora con los pliegos para la comandancia, en que se daba cuenta de lo determinado, y el señor Fajes se regresó con su tropa á San Gabriel á esperar el tiempo señalado para la expedicion, la que se ejecutó por setiembre; pero no se consiguió la pacificacion de dicha nacion, aunque se mataron á muchos gentiles, sin muerte alguna de parte de los nuestros, solo algunos salieron heridos, aunque no de muerte; pero siempre el paso imposibilitado. Con lo dicho parece quedarian desengañados los señores comandantes general y gobernador de la provincia, que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los indios no era tan á propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que desengañados con los gastos que se habian hecho, y tan excesivos, sin efecto alguno, parece les hizo ceder del intento y proyecto que tenian de que los establecimientos de la Canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen solo en lo espiritual, y que los gentiles que se convirtiesen viviesen y se martuviesen como cuando gentiles y en la misma libertad.

#### CAPITULO LIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE DE LA FUNDACION DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA.

En cuanto el señor gobernador se vió desocupado por lo resuelto de la suspension de la expedicion del Colorado hasta el mes de setiembre que hubo despachado al rio al señor Fajes, como queda dicho, salió de San Gabriel para dar mano á los establecimientos de la Canal. Llegó á mediados de abril á la iniciada mision de San Bue-

naventura, vió el sitio y lo mucho que se iba estableciendo con el mismo método espiritual y temporal que todas las demás, y no habló palabra, no obstante que tenia ideado é informado, como después se supo, que fuesen estas misiones fundadas segun el nuevo método del Rio Colorado, aunque la variacion de éxitos y efectos, segun lo que habia oido al señor Fajes, puede ser le abriese los ojos y le hiciese mudar de idea é intencion, pues no habló palabra ni se quiso oponer al método que vió en la mision de San Buenaventura.

En breve habló de pasar adelante y dar mano á la fundacion del presidio de Santa Bárbara, y el venerable padre presidente trató lo mismo. Dejó de ministro interino de San Buenaventura al padre Cambon, mientras llegaban los barcos, y con ellos seis misioneros que se esperaban. Y el señor gobernador para la escolta de la mision principiada, dejó un sargento y catorce soldados, que hasta la presente no se habia fundado con tanta escolta mision alguna, y en breve se le añadieron otros diez al regreso del señor Fajes, interin llegaba el mes de setiembre para la expedicion del Colorado.

Toda la demás tropa siguió para la fundacion del presidio con los dos oficiales teniente y alférez, y señor gobernador con los diez soldados de Monterey. Fué tambien siguiendo la expedicion el venerable padre presidente. Caminaron por la costa ó playa de la canal mirando las islas que la forman, y habiendo andado como nueve leguas de la mision de San Buenaventura, que se juzgó como á la mediania de la canal, mandó el gobernador parar la tropa, y con el reverendo padre presidente y algunos soldados se hizo el registro de aquellas cercanias, y hallaron sitio muy al propósito para la ubicacion del presidio á la vista de la playa, que allí forma una especie de ensenada en la que podrian dar fondo los barcos, en cuya playa tiene una grande ranchería de gentiles. Mandó el señor gobernador parar el real en dicho sitio apto, y se puso mano á hacer una cruz grande y una barraca para primer capilla y la mesa para el altar. Bendijo el venerable padre presidente el terreno y la santa cruz, que adorada y enarbolada, dijo la primera misa, que oyó el señor gobernador con los oficiales y toda la tropa, y en ella hizo su reverencia una fervorosa plática, y se concluyó la funcion tomando posesion del sitio sin la menor contradiccion de los naturales de él.

El dia siguiente empezaron el corte de madera para las fábricas de capilla, casas para el padre, oficiales, cuartel, almacenes, casas para las familias particulares de los soldados casados y estacada. Mantúvose el venerable padre presidente en dicho presidio una temporada, hasta que le dijo el señor gobernador que no empezaria á fundar la mision hasta quedar concluido el presidio: oyendo esto su reverencia, dijo: Pues, señor, yo aquí no hago falta no pasando á fundar la mision, y así

determino pasar á Monterey, porque ya no pueden tardar mucho los barcos; desde allí enviaré á los padres, y entre tanto, para que aquí no se quede tanta gente sin misa y quien les administre, llamaré á uno de los misioneros de San Juan Capistrano: así lo practicó, dejando primero confirmados á todos los de la tropa que no habian recibido este santo sacramento.

Salió del presidio de Santa Bárbara para Monterey lleno de gozo por ver ya fundada la mision de San Buenaventura, que tantos años habia anhelado: visitó de paso las dos misiones de San Luis y San Antonio, y en ambas hizo confirmaciones, confirmando á los que se habian bautizado desde marzo que habia hecho en ellas confirmaciones, y se retiró para su mision de San Carlos á mediados del mes de junio. Llegó á buen tiempo, pues aquel mismo dia, poco antes de llegar á Monterey, se encontró con el correo que traia los pliegos y cartas de Méjico venidos por los barcos que habian dado fondo en este puerto el 2 de junio de dicho año de 83; y aunque la noticia de la llegada de los barcos alegró á su reverencia, pero diciéndole que no venian padres, le entristeció, como diré en el capítulo siguiente.

#### CAPITULO LV.

SUSPÉNDENSE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL CON GRANDE PENA DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Al mismo tiempo que el señor comandante general mandó reclutar la tropa para los establecimientos de la canal, pidió el nuevo virrey, el excelentísimo señor don Martin de Mayorga, al reverendo padre guardian de nuestro colegio, á petición de dicho señor comandante, seis misioneros sacerdotes para las tres misiones, nombrándolos el venerable discretorio de los que voluntariamente se ofrecieron, y uno de ellos tuvo oportunidad de escribirlo, por cuyo medio llegó dicha noticia á estas misiones, y por esta daba por cierto el venerable padre presidente que vendrian con el barco dichos padres; pero no fué así, por lo que ya refiero.

Habiéndose nombrado los seis misioneros, ocurrieron á su excelencia pidiendo lo acostumbrado y establecido de ornamentos, utensilios de iglesia, sacristia, los sínodos para la mision y transporte del camino, como tambien para los de casa y campo. Todo lo mandó aprontar su excelencia, menos lo perteneciente á útiles de casa y campo, excusándose con decir habian escrito los señores comandante general y gobernador de la provincia que no eran necesarios y que no se diese para ellos. Viendo los padres esta respuesta, indagaron con toda sagacidad la causa ó motivo, y supieron por cierto de que intentaban se fundasen dichas tres misiones con nuevo mé-

todo, esto es, con el que se fundaron las dos del rio Colorado, como queda expresado.

En cuanto se cercioraron de esto, se presentaron por escrito al venerable discretorio, excusándose para la venida por lo que habian sabido, y que en atencion á que con el nuevo método no habian de conseguir la conversion de los gentiles (que desea su majestad), que eran los de la canal de la misma calidad que los de la California nueva, pues están en el centro de lo conquistado, que solo se conseguia su reduccion por el interés de tener que comer y vestir, y después poco á poco se les entra el conocimiento del bien y del mal espiritual. Que mientras no tuvieren los misioneros que darles, no les cobrarían afecto; si no vivian juntos en pueblo bajo de campana, sino en sus rancherías, de la misma manera que cuando gentiles, desnudos y hambrientos, no se podría conseguir el que dejasen las viciosas costumbres de la gentilidad, ni que se civilizasen, como tanto encarga su majestad á los misioneros dedicados á las nuevas conversiones, como consta por sus leyes de Indias; y supuesto que con el nuevo método ideado no se habia de conseguir el fin, era ocioso el que su majestad gastase en sinodos anuales y en su trasporte de mar y tierra; y que habiéndose ofrecido ellos voluntariamente, de la misma manera se excusaban.

Viendo el reverendo padre guardian y padres discretos las razones tan fundadas de los misioneros destinados, las representaron á su excelencia; pero como la determinacion no dependia de su superior gobierno, sino de la comandancia general, que dista mas de quinientas leguas de Méjico; hubo demora en la respuesta, y se suspendió la venida de dichos ministros. Y escribió el reverendo padre guardian al padre presidente lo que habia pasado, y que en atencion á ello, no pasase á fundar dichas misiones hasta nueva orden, que seria cuando no hubiera novedad en el método que hasta la presente se habia observado, y con él conseguido el principal fin.

Afligió en gran manera esta impensada noticia al fervoroso corazon del celosísimo prelado, considerando ser ardid del enemigo para impedir la conversion de aquellos gentiles; pero no por esto perdió la paz interior, sino que ofreciendo al Señor sus deseos, se conformó con su santísima voluntad y se resignó á la del prelado, pues la mas leve insinuacion la cumplia como si fuera precepto. Veia la voluntad del prelado al mismo tiempo que ya tenia fundada una de las tres misiones, porque daba por cierto vendrian los misioneros, porque viendo que no solo no venian, sino que le decia el reverendo padre guardian se suspendiesen las fundaciones, entró en la duda si debia retirar el misionero de la mision fundada de San Buenaventura, supuesto que estaba tan á los principios, y si el darla por fundada dejando en ella padres, seria faltar á la voluntad del prelado. No quiso su reverencia por sí deliberar,

por no errar, llevado de la grande inclinacion que siempre tuvo de aumentar el número de misiones, que para ello jamás se le propuso dificultad alguna, confiado siempre en Dios, como dueño de esta espiritual labor, y así para no proceder con su solo parecer, quiso hacer junta de misioneros los mas inmediatos á Monterey.

Hallábase en su mision con el compañero y uno supernumerario; escribió á las cuatro misiones mas inmediatas, y concurrimos uno de cada mision: juntos todos los siete, nos leyó la carta del reverendo padre guardian, que referia todas las noticias dichas, como también nos refirió el cómo se habia fundado la mision de San Buenaventura en el mismo método de las demás de la conquista, como lo habia visto el señor gobernador y no habia hablado palabra, quien si en su interior tenia otra cosa, hasta ahora no lo habia expresado; que tal vez habiendo experimentado el efecto de las dos del rio Colorado con tanta pérdida de tantas vidas y excesivos gastos de la real hacienda, así por lo que allí se perdió como en lo que se gastó en las expediciones para castigar á los gentiles y sin efecto, podría ser que hubiese mudado de dictámen. Pero que no obstante esto, deseaba nuestro parecer para determinar si habia de permanecer la mision de San Buenaventura.

Enterados de todos los puntos y conferencias los reparos que á cada uno ocurrieron, se resolvió que en atencion á lo dicho, ya que para la dicha mision de San Buenaventura se habian recibido desde el año de 69, no solo los ornamentos, vasos sagrados, utensilios de iglesia y sacristía, sino también los de casa y campo, y que para dicha fundacion habian estado depositados desde el año de 71, y á la presente habia dos misioneros supernumerarios que podrian estar de ministros de la iniciada mision, fueron todos de parecer subsistiese esta, dándose por fundada por haber llegado la orden del prelado verificada ya la fundacion y en el antiguo método, porque de desamparar el sitio se seguirian muy malas consecuencias y atrasos á la conquista.

Conformóse su reverencia con el parecer de todos, quedando su corazon y conciencia sosegada. Luego nombró dos ministros para ella, para que cuanto antes caminasen para su destino, quedándose por esta razon la de San Carlos sin supernumerario, y ya imposibilitado el venerable padre presidente á salir al ministerio de confirmaciones en las demás misiones. De todo lo resuelto y practicado dió cuenta por los barcos al reverendo padre guardian del colegio y venerable discretorio, suplicando que para el siguiente año enviasen á lo menos dos religiosos para supernumerarios, porque se veia por esta falta imposibilitado de salir á visitar y confirmar, y que en caso de enfermedad ó muerte de algun misionero, no habia quien pudiese suplir, que seria de mucho desconsuelo para el que quedase solo.

Vióse el fervoroso y laborioso prelado imposibilitado de salir á sus visitas anuales hasta el siguiente año, de que hablaré en el capítulo siguiente; pero se dió con mas afán á la espiritual labor de su mision, y lo consoló el Señor enviándole muchos gentiles, hasta rancherías enteras, en cuya educacion se empleó instruyéndolos en el catequismo, é instruidos bautizaba y confirmaba, aumentando en gran manera el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. Este fruto espiritual que con abundancia cogia en su mision, por un lado lo consolaba y por otro lo afligia, acordándose de la canal, que mayor fruto se cogeria, por lo que incesantemente pedia al Señor operarios para aquella su vifa, pues según lo que habia experimentado, estaban ya de sazón.

#### JAPITULO LVI.

LLEGA EL SOCORRO DE DOS MISIONEROS Y SALE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE Á HACER SU ÚLTIMA VISITA Á LAS MISIONES DEL SUR.

Enterado el reverendo padre guardian por carta del padre presidente de quedar establecida la mision de San Buenaventura con el mismo método que las demás, lo que aprobó, y viendo que ya no quedaba supernumerario alguno, propuso al discretorio esta necesidad, y no obstante de hallarse el colegio con tan corto número de religiosos que siguiesen la comunidad, que apenas excedia el número de diez y ocho que estábamos en estas nueve misiones, y que no se tenia la menor noticia de la mision de España, determinaron viniesen dos para suplir en las necesidades que ocurriesen, los que luego se aprontaron y caminaron para San Blas, y habiéndose embarcado llegaron con felicidad á este puerto el 2 de junio de 1783, y habiendo descansado unos dias en esta mision y en la de Santa Clara, llegaron por tierra á la de San Carlos de Monterey á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que hallaron malo de una fluccion que le habia caído al pecho.

Este accidente del dolor del pecho ya hacia muchos años que lo padecia desde que estuvo en el colegio, aunque jamás se quejó ni hizo la menor diligencia de ponerse en cura, haciendo tanto caso de este accidente como de la llaga ó hinchazon del pié y pierna, que cuando le hablamos de aplicarle algun remedio solia responder: *dejemos esto, no lo váquemos á echar á perder: así vamos pasando*; añadiendo el dicho de santa Agueda: *Medicinam carnalem corpori meo nunquam ex-hibui*. Este dolor y sufoccion del pecho, aunque nunca se explicó si sentia ó no lastimado de él, yo así lo juzgué, acordándome de lo que su paternidad practicaba en muchos de los sermones de las misiones que predicó entre fieles, que ya queda dicho, á fin de mover á los del auditorio á llorar sus culpas y dolerse de sus pecados.

A mas de la cadena que ya solia sacar é imitacion de san Francisco Solano, con la que cruelmente se azotaba en el púlpito, mas de ordinario sacaba una grande piedra que solia tener prevenida en el púlpito, y al concluir el sermón con el acto de contricion, enarbolaba la imagen de Cristo crucificado con la mano izquierda, y cogia con la otra el canto ó piedra, con la que se daba en el pecho todo el tiempo del acto de contricion tan crueles golpes, que muchos del auditorio recelaban no se rompiese el pecho y se cayese muerto en el púlpito.

Usaba también para mas mover al auditorio, principalmente en los sermones de infierno ó de la eternidad, de otra inventiva bien pesada, lastimosa y peligrosa para lastimar el pecho; y era que solia sacar una hacha de cuatro pabillos encendida, á fin de que los oyentes viesan la alma en pecado ó condenada, y concluía abriéndose el pecho (que para el efecto tenia el hábito y túnica abiertos por delante) y á raíz de la carne apagaba la grande llama del hachon, deshaciéndose la gente en lágrimas, unos de dolor de sus pecados y otros de compasion del fervoroso predicador, juzgando que sin duda habria lastimado su pecho. Pero bajaba el celoso padre del púlpito sin la menor novedad y como si tal accion hubiera hecho, y jamás manifestó si habia quedado lastimado, aunque era natural que así sucediese, y que quedase el pecho herido y quemado, de cuyas resultas le quedaria lo que parecia cargazon en el pecho, de que solo sentia alivio descargando y deponiendo algunas flamas. Una de las ocasiones en que se sintió mas malo fué cuando llegaron los dos misioneros dichos á la mision de Monterey, los que recibió el venerable prelado con estrecho abrazo de amoroso padre, alegrándose mucho de su llegada; pero sintiendo al mismo tiempo el que no hubiesen venido mayor número para poder verificar las fundaciones de la canal. Dió á Dios las debidas gracias conformándose con su santa voluntad, repitiéndole sus súplicas para que enviase operarios para la canal.

En cuanto tuvo quien pudiese suplir su ausencia determinó dejar en su mision uno de los que acababan de llegar, que fué el padre fray Diego Noboa, de la provincia de Santiago de Gálvea, y con él otro de la misma provincia llamado el padre fray Juan Riobó, bajar para San Diego este para suplir en cualquiera necesidad de las misiones del Sur, y su reverencia para hacer la última visita de aquellas misiones y confirmar los neófitos de ellas. Dilatóse la salida del barco hasta agosto, y en esta detencion se le agravó el accidente del pecho, de modo que todos juzgamos no estaba en disposicion de embarcarse, y mucho menos para poder volver por tierra con tan dilatado camino.

Lo mismo juzgaba el venerable padre presidente, pues el dia que se embarcaba me escribió la despedida, encargándome los asuntos particu-

res del oficio, y concluía su carta con mucha gracia y resignación: *Todo esto digo porque mi vuelta puede ser en carta, pues tan agravado me hallo; encomiéndeme á Dios.* No obstante de hallarse tan malo, el celoso y fervoroso incendio que residía en su corazón le hacía posponer su salud y vida por la caridad del prójimo, no dándole lugar á privarlos de los bienes espirituales del santo sacramento de la confirmación, y como veía que solo hasta julio del siguiente año que se cumplía el decenio de la concesión, duraba esta extraordinaria facultad, no quiso omitir el hacer la diligencia de su parte, para que lograsen este bien espiritual, esperando en que Dios nuestro Señor, por quien emprendía este viaje, le asistiría. Con esta confianza se embarcó con el padre arriba expresado, y sin la menor novedad desembarcó por el mes de setiembre en San Diego.

Aunque no llegó mejor de sus males, pero si muy alentado en el fervor y espíritu, de modo que luego trató con los padres de la disposición de los neófitos para confirmarlos: así lo practicó, y dejándolos á todos con este bien espiritual, emprendió el camino por tierra de ciento setenta leguas hasta Monterey, haciendo su mansión en cada misión, procurando no dejar cristiano alguno sin confirmar, por ser la última visita con la dicha facultad. En la misión de San Gabriel, según me escribieron los ministros, se vió apurado del accidente del pecho, que pensaban que allí se moría; pero no por esto dejaba de rezar, decir misa y confirmar, y era ya con tanta fatiga, que los indios chicos que le ayudaban á la misa, decían á sus padres ministros con mucha pena y dolor, que expresaban con lágrimas: Padres, ya el padre viejo (así lo llamaban) se quiere morir, con lo que se enternecían los padres y se les oprimía el corazón, y mas cuando tuvo á todos los neófitos confirmados, trató de ponerse en camino para la siguiente misión de San Buenaventura, recelosos no muriese en el camino, que es de mas de treinta leguas, sin mas población que gentilidad.

Pero dióle Dios fuerzas para llegar á su querida misión de San Buenaventura (la última que habia fundado el año anterior), y viendo ya en ella su competente número de cristianos que el año antecedente habia visto gentiles, no cabía de alegría, dando muchas gracias á Dios; los que confirmó con extraordinario gozo y júbilo de su corazón, que al parecer le alivió sus males, pues salió de ella ya muy aliviado de la sofocación del pecho y siguió su camino con el mismo alivio.

Cruzó por los pueblos de gentiles de las veinte leguas de la costa de la canal de Santa Bárbara, que no bajan de veinte pueblos bien formados y poblados de mucho gentío, y en cada uno de ellos se le derretía el corazón por los ojos: ya que no podía regar aquella tierra con su sangre para lograr su reducción, porque no estaba en su

mano, procuró regarla con lágrimas nacidas de sus fervorosos deseos, que le hacían prorumpir con el *Rogate Dominum mesis, ut mitat operarios in messem suam:* (Matth. 9, vers. 38.) y la carencia de estos es de creer que le acortó la vida, según las vivas ansias que tenia de la conversión de los gentiles, pues desde que recibió la noticia de no venir misioneros para las misiones de la canal, se le oprimió el corazón, ofreciéndolo á Dios nuestro Señor con sus deseos de la propagación de la fe.

Saliendo de la canal siguió su camino, cruzando por las dos misiones de San Luis y San Antonio, en las que se detuvo á confirmar á los neófitos recién bautizados; y colmado de méritos llegó á su misión de San Carlos por enero de 1784, con mas fuerzas y salud que cuando por agosto se embarcó, dejando á todos admirados y llenos de gozo viéndolo otra vez en su misión cuando pensaban no volverlo á ver.

La llegada á su misión no fué para dar descanso á su cuerpo, tan fatigado de los caminos sobre la avanzada edad de setenta años ya cumplidos, sino para aplicarse con mas fervor al culto de su viña, catequizando á los gentiles, bautizando y confirmando, y en los demás ejercicios en que ordinariamente se empleaba, teniendo para ello distribuido el tiempo. Celebró la cuaresma y semana Santa con su acostumbrada devoción y ejercicios, y después de Pascua y haber concluido con los que habian de confesar y comulgar para el cumplimiento de la Iglesia, trató de venir á estas misiones del Norte á hacer la última visita.

## CAPITULO LVII.

### ULTIMA VISITA QUE HIZO EN ESTAS MISIONES DEL NORTE.

En cuanto se vió desocupado el venerable padre presidente de los precisos quehaceres de su misión, principalmente del cumplimiento de la Iglesia, salió para estas misiones á hacer las últimas confirmaciones y á bendecir la iglesia de la misión de Santa Clara, para lo que lo tenían convidado los misioneros de ella, que tenían determinado dedicarla el 16 de mayo. Salió su reverencia de su misión á últimos de abril, y no deteniéndose en Santa Clara, reservando para la vuelta el hacer confirmaciones, se vino para esta de nuestro padre San Francisco, la mas interna, adonde llegó el 4 de mayo sin novedad en la salud. Fué para mí su llegada de extraordinario gozo el ver en esta misión, la mas interna de lo conquistado, á mi amado y siempre venerado padre maestro y lector, que nueve meses antes se habia por carta despedido de mí, como si no nos volviésemos á ver: deseaba lograr la dicha de gozar su compañía tan amable por algunos dias en esta misión; pero Dios dispuso no fuese como

deseábamos, pues á los dos dias de llegados hubé de salir á toda prisa para la de Santa Clara, por haber venido la noticia por posta de hallarse muy malo el principal ministro de ella el reverendo padre fray José Antonio Murguía.

En cuanto recibí la carta, tomada la bendición del venerable prelado, que quedó para las confirmaciones, me puse en camino, y hallé al enfermo con una fuerte calentura; dispúsose con todos los santos sacramentos, y el dia 11 de dicho mes de mayo entregó su alma al Criador, de quien piamente creemos todos iria á descansar en la iglesia triunfante, y recibir del Señor el premio de su fervoroso celo de la conversión de las almas, en cuyo ejercicio se empleó treinta y seis años; los veinte en las misiones de los pames de la sierra Gorda, en las que convirtió á muchas almas, fabricó una suntuosa iglesia, que fué la primera que en aquellas conquistas se hizo de cal y canto.

Vino desde aquellas misiones para las Californias; en la antigua trabajo cinco años, y entregadas aquellas misiones á los padres dominicos, subió para esta nueva California, en la que fundó la misión de nuestra seráfica madre Santa Clara, dejando en ella bautizados cuando murió mas de seiscientos gentiles. En esta su misión acababa de fabricar una grande iglesia, que según dijo el reverendo padre presidente, es la mejor y mas grande de todos estos establecimientos, de cuya fábrica habia sido el difunto no solo maestro, director y sobrestante, sino tambien peon, enseñando á los indios neófitos; teniéndola concluida para celebrar la dedicación el dia 16 de mayo, fué Dios servido de llevarlo para sí el dia 11 de dicho mes, sin duda, como piamente creemos, para que tuviese mas premio en el cielo.

El especial afecto que siempre tuve á este religioso desde el año de 50 que nos conocimos y empezamos á ser compatriotas en el ministerio, hasta su muerte, que quiso Dios fuese yo y le administrase los santos sacramentos y ayudase, y la correspondencia de su afecto, no me da lugar á omitir esta memoria. No era menor el afecto que le tenia el venerable padre Junipero, pues siempre lo tuvo por perfecto religioso y grande operario para la viña del Señor, y por esto lo solicitaba con grandes ansias para estas nuevas misiones, como se puede ver en las cartas que quedan copiadas en su lugar. No obstante el cordial afecto que le tenia, no pudo su reverencia asistir á su muerte, pues no dió lugar lo agudo de la fiebre, y lo distante de quince leguas que se hallaba confirmando en esta misión de nuestro padre. Y en cuanto concluyó, dejando confirmados á todos los neófitos, caminó para Santa Clara en compañía del gobernador, que estaba convidado para padrino de la dedicación de la iglesia.

Llegaron á aquella misión el 15 de dicho mes por la mañana, en donde los recibimos cuasi sin podernos hablar, por la pena que nos embargó

las palabras, considerando la muerte del padre, que habia trabajado tanto para fabricar la iglesia que venian á bendecir, y cinco dias antes de la dedicación se lo habia llevado Dios para premiarlo en el cielo. Por la tarde se hizo con toda la solemnidad posible la bendición según el ritual romano, con asistencia de todo el pueblo de neófitos y muchos gentiles que asistieron, como tambien de la tropa y del vecindario del pueblo de San José de Guadalupe. Y el dia siguiente, que fué el domingo quinto después de Pascua, dia de la consagración de la basilica de nuestro santísimo padre San Francisco, cantó el reverendo padre presidente la misa, en la que predicó al pueblo con aquel espíritu y fervor que acostumbraba, y concluida la misa hizo confirmaciones en los que estaban ya preparados.

Aunque pensaba retirarme á mi misión, me detuvo su paternidad diciéndome se queria disponer para morir, por si no nos viésemos mas, pues se hallaba ya postrado, y que ya no le podia quedar mucho tiempo de vida. Hizo unos dias de ejercicios espirituales y su confesión general, ó repitió la que otras veces habia hecho, derramando muchas lágrimas, no siendo menos las mias recelando no fuese esta la última vez que nos viésemos: no logrando lo que ambos deseábamos de morir juntos, ó á lo menos que el último asistiese al que se adelantase, y mirando el que su paternidad se iba para su misión y yo para la mia, distantes cuarenta y dos leguas, y todas de gentilidad, no seria muy fácil el conseguirlo; pero quiso el padre de las misericordias y Dios de toda consolación darme este consuelo, que diré en el siguiente capítulo.

Los dias que se detuvo en Santa Clara se empleó en disponerse para morir, como tambien en el santo ejercicio de bautizar á algunos que concurrieron (de que fué siempre muy goloso y jamás se vió harto) y confirmar á los neófitos que no habian recibido este santo sacramento; y habiendo algunos que por enfermos no pudieron venir á la iglesia, fué su paternidad á surranchería á confirmarlos en sus casas, para que no se privasen de este bien; y no dejando á cristiano alguno sin confirmar, el mismo dia que hizo las últimas confirmaciones se puso en camino para su misión de Monterey, dejándome con aquella pena que se deja considerar de un filial afecto.

En cuanto llegó á su misión, que fué á principios de junio, envié para la de Santa Clara para ministro en lugar del difunto padre Murguía, al que estaba en Monterey de supernumerario fray Diego Nobos; y su paternidad entabló de nuevo su apostólico ejercicio, instruyendo de nuevo á los que faltaba de confirmar, antes que se cumpliese el decenio de la comision y facultad, que era el 16 de julio de dicho año de 84, y para dicho dia tuvo ya confirmados á todos los de su misión, sin quedar neófito alguno por confirmar. Y al ver su paternidad espirada la facultad

dad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo día 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo día llegó el anuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho día 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venían de San Blas con los víveres y avíos, y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habían de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decía la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenía el colegio, por los que habían fallecido y otros que se habían regresado para España cumplido el tiempo y de la misión, que años había esperaban de España no se tenía la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazón del venerable padre Junipero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir, y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro más seguro conducto tuvo aviso de ella, pues según obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los más retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supió á los quince días de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones más cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que cada una viniese un padre de cada misión para los avíos que traía el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista, y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y según el efecto, todo esto se dirigía á que asistiésemos á su muerte, y así habría sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

#### CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decía fuese para Monterey, aunque no me decía fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fui por tierra. Llegué el día 18 de agosto á su misión de San Carlos, y hallé á su paternidad muy postrado de

fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asunción de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oírlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocía desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El día siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentía muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Virgen, y el siguiente día, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del vía crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba interin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenía de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera había estado desde el día que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo día que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco días de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la misión á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que había caído al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hizolo así sin más efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecía se le oyó la menor demostración de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traído del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Día 25 de agosto me dijo que sentía no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habían quedado olvidadas. En cuanto vi el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaría mucho á dejarnos nuestro

amado prelado según lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la misión de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres días después y solo pudo asistir á las honras el día 7, como diré después.

Día 26 se levantó más fatigado, diciéndome había pasado mala noche, y así que quería disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estuvo todo el día recogido sin admitir distracción alguna, y por la noche repitió conmigo su confesión general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el día 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los mañanas antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecía: preguntando cómo había pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrara una forma y la reservase, que él avisaría: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que quería recibir al Divinísimo de Viático, y que para ello iría á la iglesia: diciéndome yo que no había necesidad, que se adornaría la celdita del mejor modo que se pudiese y vendría Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que quería recibirlo en la iglesia supuesto podía ir por su pié, no era razón que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista más de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la función con parte de tropa, que juntó con la de la misión, y todos los indios del pueblo ó misión acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devoción.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la función. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota función entonces el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum*; expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viático con todas las ceremonias del ritual, y concluida la función devotísima, que con tales circunstancias jamás había visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devoción y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedó solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así tan recogido no di lugar entrasen á hablarle.

Vi iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venía llamado del padre para hacerle el cajón para enterrarlo, y quería preguntarle cómo lo quería. Enterneciéndome, y no dándole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como él que había hecho para el padre Crespi. Todo el día lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el día y sin hacer cama.

Por la noche se sintió más agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjeme que se podía recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentía más alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraídos del amor grande que le tenían como á padre que los había reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecía. Y me respondió que le parecía estar muy agravado; á mí me parece que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si quería la absolución y aplicación de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolución plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la orden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el día del doctor señor san Agustín, 28 de agosto; al parecer aliviado y sin tanta suforación del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arrimada á la cama. Esta consistía en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponía una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendía en el suelo la frazada y una almohada y se tendía sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogía con la frazada y almohada; y en su misión y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponía la cruz sobre la almohada; así la tenía en esta ocasión, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del día que nana de entregar su alma al Creador.

Como á las diez de la mañana de dicho día de san Agustín vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitán y comandante don José Ca-

dad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo día 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo día llegó el anuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho día 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venían de San Blas con los víveres y avíos, y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habían de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decía la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenía el colegio, por los que habían fallecido y otros que se habían regresado para España cumplido el tiempo y de la misión, que años había esperaban de España no se tenía la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazón del venerable padre Junipero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir, y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro más seguro conducto tuvo aviso de ella, pues según obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los más retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supo á los quince días de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones más cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que cada una viniese un padre de cada misión para los avíos que traía el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista, y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y según el efecto, todo esto se dirigía á que asistiésemos á su muerte, y así habría sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

#### CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decía fuese para Monterey, aunque no me decía fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fui por tierra. Llegué el día 18 de agosto á su misión de San Carlos, y hallé á su paternidad muy postrado de

fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asunción de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oírlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocía desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El día siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentía muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Virgen, y el siguiente día, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del vía crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba interin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenía de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera había estado desde el día que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo día que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco días de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la misión á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que había caído al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hizolo así sin más efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecía se le oyó la menor demostración de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traído del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Día 25 de agosto me dijo que sentía no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habían quedado olvidadas. En cuanto vi el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaría mucho á dejarnos nuestro

amado prelado según lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la misión de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres días después y solo pudo asistir á las honras el día 7, como diré después.

Día 26 se levantó más fatigado, diciéndome había pasado mala noche, y así que quería disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estuvo todo el día recogido sin admitir distracción alguna, y por la noche repitió conmigo su confesión general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el día 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los mañanas antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecía: preguntando cómo había pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrara una forma y la reservase, que él avisaría: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que quería recibir al Divinísimo de Viático, y que para ello iría á la iglesia: diciéndome yo que no había necesidad, que se adornaría la celdita del mejor modo que se pudiese y vendría Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que quería recibirlo en la iglesia supuesto podía ir por su pié, no era razón que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista más de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la función con parte de tropa, que juntó con la de la misión, y todos los indios del pueblo ó misión acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devoción.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la función. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota función entonces el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum*; expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viático con todas las ceremonias del ritual, y concluida la función devotísima, que con tales circunstancias jamás había visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devoción y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedó solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así tan recogido no di lugar entrasen á hablarle.

Vi iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venía llamado del padre para hacerle el cajón para enterrarlo, y quería preguntarle cómo lo quería. Enterneciéndome, y no dándole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como él que había hecho para el padre Crespi. Todo el día lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el día y sin hacer cama.

Por la noche se sintió más agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjole que se podía recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentía más alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraídos del amor grande que le tenían como á padre que los había reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecía. Y me respondió que le parecía estar muy agravado; á mí me parece que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si quería la absolución y aplicación de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolución plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la orden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el día del doctor señor san Agustín, 28 de agosto; al parecer aliviado y sin tanta suforación del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arrimada á la cama. Esta consistía en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponía una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendía en el suelo la frazada y una almohada y se tendía sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogía con la frazada y almohada; y en su misión y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponía la cruz sobre la almohada; así la tenía en esta ocasión, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del día que nana de entregar su alma al Creador.

Como á las diez de la mañana de dicho día de san Agustín vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitán y comandante don José Ca-

nizares, muy conocido de su paternidad desde la primera expedición del año de 69, y el señor capellan real don Cristóbal Diaz, que tambien lo habia tratado en este puerto el año de 79. Recibiólos con extraordinarias expresiones, mandando se diese un solemne repique de las campanas; y parado les dió un estrecho abrazo, como si estuviese sano, haciéndoles sus religiosos y acostumbrados cumplimientos, y sentados, y su paternidad en su equipal, le refirieron los viajes que habian hecho al Perú desde que no se habian visto, que era desde el dicho año de 79.

Después de haberlos oído les dijo: Pues señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos y que después de tanto viaje como han hecho, el que hayan venido de tan lejos á este puerto para echarme una poca de tierra encima. Al oír esto los señores y todos los demás que estaban presentes, nos quedamos sorprendidos, viéndolo sentado en la sillita de cañas y que con todos los sentidos habia contestado á todo: dijéronle, disimulando las lágrimas, que no pudieron contener: No, padre, confiamos en Dios que todavía ha de sanar y proseguir en la conquista. Respondióles el siervo de Dios, quien si no tuvo revelación de la hora de su muerte no pudo menos que decir que la esperaba breve, y les dijo: Si, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima, que mucho se los agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: Quesec que me entierren en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tirarán donde quisieren.

Cuando las lágrimas me dieron lugar para responderle, le dije: Padre presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, se hará lo que vuestra paternidad desea, y en este caso pido á vuestra paternidad por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que llegando á la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre, y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos, y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo, dijo, que si el Señor por su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos, y el que se logre la reducción de tanta gentilidad que dejo sin convertir.

No pasó mucho rato cuando me pidió rociase con agua bendita el cuartito; lo hice, y preguntándole si sentia algo, me dijo que no, sino para que no lo haya; quedose en un profundo silencio, y de repente muy asustado me dijo: Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la Recomendacion del alma y que sea en alta voz, que yo la oiga. Así lo hice asistiendo á todo los dichos señores del barco, como tambien su paternidad compañero fray Matías Noriega, el cirujano y otros muchos, así del barco como de la mi-

sion. Y le leí la Recomendacion del alma, á la que respondia el venerable moribundo como si estuviera sano, sentadito en el equipal ó silla de cañas, enterneciéndonos á todos.

En cuanto acabé, prorumpió lleno de gozo diciendo: Gracias á Dios, gracias á Dios ya se me quitó totalmente el miedo; gracias á Dios ya no hay miedo, y así vamos afuera. Salimos todos al cuartito de afuera con su paternidad; viendo todos esta novedad quedamos al mismo tiempo admirados y gozosos; y el señor capitán del barco le dijo: Padre presidente, ¿ya ve vuestra paternidad lo que sabe hacer mi devoto san Antonio? Yo le tengo pedido que lo sana y espero que lo ha de hacer, y que todavía ha de hacer algunos viajes para el bien de los pobres indios. No le respondió el venerable padre de palabra; pero con una risita que hizo nos dió bien claro á entender que no esperaba esto ni pensaba en sanar.

Sentose en la silla de la mesa, cogió el Diurno y se puso á rezar; en cuanto se concluyó le dije que era mas de la una de la tarde, que si queria tomar una taza de caldo, y diciendo que si, lo tomó, y después de darme gracias, dijo: Pues vamos ahora á descansar. Fué por su pié al cuartito en donde tenia su cama ó tarima, y quitándose solo el manto, se recostó sobre las tablas cubiertas con la frazada con su santa cruz arriba dicha, para descansar. Todos pensábamos que era para dormir, supuesto que en toda la noche no habia probado el sueño. Salieron los señores á comer; pero estando con algun cuidado, al cabo de un poco rato volví á entrar, y arrojándome á la cama para ver si dormia, lo hallé como poco antes lo habiamos dejado, pero durmiendo ya en el Señor, sin haber hecho demostracion ni señal de agonias, quedando su cuerpo sin mas señal de muerto que la falta de respiracion, sino al parecer durmiendo, y piamente creemos que durmió en el Señor poco antes de las dos de la tarde el día del señor san Agustín del año de 1784, y que iria á recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas.

Dió fin á su laboriosa vida siendo de edad de setenta años, nueve meses y cuatro días. Vivió en el siglo diez y seis años, nueve meses y veintin días, y de religioso cincuenta y tres años, once meses y trece días, y de estos en el ejercicio de misionero apostólico treinta y cinco años cuatro meses y trece días, en cuyo tiempo obró las gloriosas acciones que ya vimos, en las que fueron mas sus méritos que sus pasos, habiendo vivido siempre en continuo movimiento, ocupado siempre en virtuosos y santos ejercicios y en singulares proezas, todas dirigidas á la gloria de Dios y salvacion de las almas. Y quien con tanto afán trabajó para ellas, ¿cuánto mas trabajaria para el logro de la suya?

Mucho podria decir, pero pide mas tiempo y mas sosiego; que si Dios me lo concede y fuere su voluntad santísima, no omitiré el trabajo de es-

cribir algo de sus heroicas virtudes para edificacion y ejemplo.

En cuanto me cercioré de haber quedado huérfanos sin la amable compañía de nuestro venerado prelado, que no dormia, sino que en realidad habia muerto, mandé á los neófitos que allí estaban hiciesen señal con las campanas; y luego que con el doble se dió el triste aviso, ocurrió todo el pueblo llorando la muerte de su amado padre, que los habia reengendrado en el Señor y estimado mas que si hubiera sido padre carnal; todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimia el corazon por los ojos y llorarlo. Fué tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fué preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajon que su paternidad el día antes habia mandado hacer. Y para amortajarlo no fué menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias (que heredaron para memoria el capitán del paquebot y el padre capellan que se hallaban presentes) y se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordon y sin túnica interior, pues las dos que tenia para los viajes, seis días antes de morir las mandó lavar con los paños menores de muda, y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo hábito y capilla con la cuerda.

Puesto el venerable cadáver en el cajon y con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores para adornar el cuerpo de su venerable padre difunto. Mantúvose en la celda hasta entrada la noche, siendo continuo el concurso que entraba y salia rezándole y tocando rosarios y medallas á sus venerables manos y rostro, llamándole á boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenian y del ejercicio de virtudes heroicas que en él habian experimentado en vida.

Al anoecer lo llevamos á la iglesia en procesion, que formó el pueblo de neófitos con los soldados y marineros que se quedaron; y puesto sobre una mesa con seis velas encendidas, se concluyó la funcion con un responso. Pidiéronme que quedase la iglesia abierta para velarlo y rezar á coros la corona por el alma del difunto, remudiéndose por cuadrillas, pasando así la noche en continuo rezo: condescendí á ello, quedando dos soldados de centinela para impedir cualquiera piedad indiscreta ó de hurto, pues todos anhelaban lograr alguna cosita que hubiese usado el difunto; principalmente la gente de mar y de la tropa, que como de mas conocimiento y que tenian al venerable padre difunto en grande opinion de virtud y santidad, por lo que los que lo habian tratado en mar y tierra me pedian alguna cosita de las que hubiese usado; y aunque les prometí que á todos consolaria después del entierro, no fué bastante para que no se propasasen cortándole pedazos del hábito del lado de abajo

para que no se conociera, y parte del cabello del cerquillo sin poderlo advertir la centinela, si no es que diga que fué consentidor y participante del devoto hurto, pues todos anhelaban lograr algo del difunto para memoria, aunque era tal el concepto en que lo tenian, que llamaban reliquia, y procuré corregirlos y explicarles, etc.

## CAPITULO LIX.

SOLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

La cortedad de la tierra y de la gente que la Puebla no daban lugar á hacer al bendito cadáver del venerable padre Junipero aquel entierro y honras con la pompa que le merecian sus heroicas virtudes, por reducirse solo á la tropa del presidio, distante como una legua de la mision, y de la escolta de esta, como tambien de los neófitos de que se compone el pueblo de la mision, que son como seiscientas personas de todas edades. Tambien era difícil la asistencia de muchos sacerdotes, porque no habiendo en los presidios capellanes, y en las misiones solo dos misioneros en cada una y tan distantes entre sí, es natural que en el entierro de alguno de los misioneros no asista otro que el compañero que queda en vida, y que no haya mas concurso de gente que los indios neófitos y la escolta de un cabo con cinco soldados.

Pero quiso Dios honrar á su fiel siervo (que tanto habia trabajado para formar pueblos que alabasen al Señor y que igualmente habia huido de todo lo que era honra) el que muriese en ocasion que estuviese fondeado en el puerto de Monterey el barco, que solo en dicho corto tiempo que se detiene una vez al año á dejar la carga logramos concurso de gente española; con lo que se logró para el entierro el concurso de la gente de mar y del real presidio, como tambien la de cuatro sacerdotes y cinco para las honras de que hablaré después.

Fué el entierro el día inmediato después de su muerte, que fué el día domingo 29 de agosto. La mañana del dicho día llegó al presidio el padre fray Buenaventura Sitjar, ministro de la mision de San Antonio, distante veinticinco leguas de Monterey, quien en cuanto recibió mi carta que queda expresada en su lugar, despachándola para San Luis, distante otras veinticinco leguas, se puso en camino sin pérdida de tiempo y no pudo alcanzarlo vivo; y sabiendo en el presidio que la tarde antecedente habia fallecido el venerable prelado, se detuvo en él á decir misa, y concluida se fué para la mision con el señor ayudante inspector de ambas Californias (ausente el señor gobernador), como tambien fué el comandante del presidio cuasi con toda la tropa, dejando la muy precisa guardia en el real presidio.

Poco después llegó el señor capitán y comandante del paquebot con el padre capellán y con los oficiales de mar y toda la tripulación, dejando a bordo la muy precisa para custodiar el barco, como también para que con la artillería de abordó se le hiciese al venerable padre difunto los honores, disparando de media a media hora un cañón, al que correspondía con otro el presidio (en cuyo ejercicio estuvieron todo el día), cuyos tiros con el funesto doble de las campanas enternecían los corazones de todos.

Junta toda la gente en la iglesia, que siendo bastante grande se llenó, cantose una vigilia con toda la solemnidad posible, é inmediatamente canté la misa asistiendo los señores con velas encendidas, y se concluyó con un responso cantado y se dejó la función del entierro para la tarde, quedando el gentío en la misión empleándose en visitar al difunto, rezándole y tocándole rosarios y medallas a su bendito cadáver; continuando las campanas con el funestodo ble y la artillería de mar y tierra con sus tiros como si fuera algún general.

A las cuatro de la tarde se hizo señal con las campanas y se volvió a juntar toda la gente en la iglesia; se formó la procesion con cruz y ciriales, componiéndose toda la gente de indios neofitos, marineros, soldados y oficiales, estos con velas en dos filas, y la capa con ministros los mismos de la mañana; y después de cantado un responso cargaron al venerable difunto, remudándose a tramos, porque todos los señores; así de mar como de tierra, querían lograr la dicha de haberlo cargado sobre sus hombros. Dióse vuelta por toda la plaza, que es bastante capaz; hicieronse cuatro posas ó paradas y en cada una se canto un responso.

Llegados a la iglesia fue colocado sobre la misma mesa al pié de las gradas del presbiterio; se pasó al entierro cantando las Laudes con toda solemnidad, según el manual de la orden; fue sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y se concluyó la función con un responso cantado, aunque las lágrimas, suspiros y clamores de los asistentes tapaban las voces de los cantores. Lloraban los hijos la muerte de su padre, que habiendo dejado a sus ancianos padres en su patria, había venido de tan lejos solo con el fin de hacerlos sus hijos é hijos de Dios, por medio del santo bautismo. Lloraban las ovejas la muerte de su pastor, que había trabajado tanto para darles el pasto espiritual y los había libertado de las uñas del lobo infernal; y finalmente, los súbditos por la falta de su prelado, tan docto, tan prudente, afable, laborioso y ejemplar, conociendo la grande falta que hacia para el adelantamiento de estas espirituales conquistas.

Acabada la función, se me amontonó toda la gente pidiéndome alguna cosa de las que hubiese usado el padre, y como eran tan pocas las que el venerable padre tenía de su uso, no era fácil

contentar a todos. Para evitar el tropel de la gente que pedía, saqué la túnica interior que había usado el padre (aunque a lo último no la usaba, pues como ya dije murió con solo el hábito) y la entregué al comandante del paquebot para que la repartiése entre la gente de mar, a fin de que hiciesen unos escapularios, que los trajesen a bendecir el día 4 de setiembre, que para este día, como setimo de la muerte, se harian las honras al padre difunto, con lo que quedaron contentos; y a la tropa y a otros particulares repartí los paños menores, haciendo tiras de ellos, como también dos paños de narices.

El uno de ellos heredó el médico ó cirujano real don Juan Garcia, así por lo que le había asistido, como por el antiguo conocimiento y particular afecto que tenía al difunto. A los pocos dias que volvió a la misión me dió las gracias del paño, diciéndome: Con el paño espero hacer mas curas que con mis libros y bótica: tenía en la enfermería, dijo, un marinero muy malo de unos fuertes dolores de cabeza que no le dejaban sosegar; me dejé de medicamentos y le amarré el paño, quedóse dormido y amaneció sano y bueno. Espero, dijo, que el paño ha de hacer mas que la bótica general. Tal era el concepto que tenía hecho del venerable padre Junipero.

No era menor el que tenía de sus virtudes el padre predicador fray Antonio Paterna, que le conocía desde el año de 50 que vino de España en la misma misión, aunque en el segundo viaje estuvo muchos años en las misiones de la Sierra Gorda, al mismo tiempo que allí estaba el venerable padre presidente, y desde el año de 71 en estas misiones, y actualmente se halla de ministro de la misión de San Luis, á quien escribí, como ya queda dicho, el aviso de hallarse enfermo el reverendo padre presidente, que lo deseaba ver antes de morir. En cuanto recibí mi carta se puso en camino apresuradamente con los deseos de alcanzarlo vivo; pero por mucha prisa que se dió caminando todo el día y parte de la noche, no pudo llegar a tiempo ni aun para el entierro, pues llegó a los tres dias de haber muerto, y solo pudo asistir a las honras, como diré en el capítulo siguiente.

De la fatiga del camino en un religioso de sesenta años de edad, que caminó la mayor parte malo y muy caloroso en el mes de agosto, que hacen excesivos calores en la Sierra de Santa Lucia, le resultó á los pocos dias de su llegada un grande y grave accidente que nos puso a todos en cuidado, como también al cirujano real, que dijo ser dolor colico: hizo el médico su oficio, y diciéndole era cosa de cuidado, se dispuso el padre para morir pensando seguir al venerable padre presidente. Viéndole fatigado de los dolores, le dije: Padre, quiere cenirse con el cilicio de cuerdas de nuestro padre presidente fray Junipero? tal vez querrá Dios aliviarlo. Si, padre, me respondió, traigámelo: cínóse con él y en breve sintió alivio,

de modo que ya suspendí el darle el Viático: se fue mejorando y en breve se recuperó y se puso sano y bueno, de suerte que cuando salió de aquella misión para esta ya decía misa.

El referir estos casos no es mi intento publicarlos por milagros, ni es mi ánimo que como a tales los tengan, pues puede haber sido el efecto natural ó casualidad, y á mi no me toca el indagarlo ni examinarlo, sino repetir la protesta del principio: que así en este particular como en todo lo que llevo escrito en esta relacion historica y demas que diré, me conformo con el breve de la santidad del señor Urbano VIII expedido en 3 de junio de 1631 y con los demás decretos pontificios. Solo he referido dichos casos en prueba de la grande opinion en que estaban las virtudes del reverendo padre Junipero, y su vida ejemplar en toda clase de gentes, que lo habían tratado y comunicado de muchos años: cuya fama y publica voz de sus virtudes les hacia codiciar alguna cosa que hubiese usado el padre, como también los atraía á asistir á honrarlo después de muerto, como se verá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO LX.

DEVOTAS HONRAS QUE EL DIA SETIMO SE HICIERON AL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Descooso de manifestarme agradecido discípulo á un siempre amado y venerado maestro, no me contenté con las honras que se le hicieron en el entierro, sino que procuré repéurles el día setimo, anhelando mas sufragios para su alma por si necesitase de algunos para recibir en el cielo el premio de sus tareas apostolicas. En cuanto formular mis deseos se dieron por convidados todos los señores, así del presidio como del barco. Y así el día 4 de setiembre concurrió a la misión igual concurso de gente (si no fue mayor) de comandantes, oficiales, soldados, marineros é indios, según y como el día del entierro, haciéndole los mismos honores con la artillería, que ya dije en la primera función, que duraron con el doble de las campanas todo el tiempo de la función que duró.

Una vigilia cantada con toda la solemnidad posible, y concluida con la misa, asistiendo de ministros los mismos que el día del entierro, y en el coro asistieron los padres fray Antonio Paterna y fray Buenaventura Sijar, con los indios cantores instruidos por el padre difunto, y concluyó la función con un solemne responso. No faltaron en esta función lágrimas y suspiros, así de los hijos neofitos como de los demas que asistieron, dándonos á entender con sus lágrimas lo muy querido que fué de los hombres el venerable padre Junipero, y su gran estima, cuando todos que por sus heroicis virtudes, que en el experi-

mentaron en su laboriosa y ejemplar vida, fué y es querido de Dios, de quien habrá recibido el premio de sus afanes apostólicos.

Concluida la función, me presentaron un gran número de escapularios que habían hecho de la túnica del venerable padre, que ya dije regalé al señor comandante de mar para que la repartiése; los que bendije, advirtiéndoles que la veneracion en que los habían de tener, era por ser de sayal de nuestro serafico padre san Francisco, y con la bendicion de la iglesia, que el ser dichos escapularios de la túnica del padre Junipero, les habia de servir para que se acordasen de su reverencia para encomendarlo á Dios, que le dé el eterno descanso: dijeron todos que quedaban entendidos. Pero no quedaron todos contentos, diciendome no habían participado de la túnica, principalmente los de tierra, y así me pidieron alguna alhaja para memoria del padre; y como no había que darles mas que libros, no tenía con que contentarlos; pero acordándome de una porcion de medallas que tenía el venerable padre, con que solia regalar a los devotos, las saqué y repartí, de modo que quedaron todos contentos y consolados, y con memoria para abordarse del venerable padre Junipero para encomendarlo á Dios.

Solo nosotros sus súbditos nos quedamos con la triste pena y dolor de vernos privados de tan amable padre, prudente prelado y tan docto y ejemplar maestro, que como tan carinoso padre, era de todos sus hijos amado, pues á todos sus súbditos tenía consolados, como maestro tan docto, descansa bamos en sus altos dictámenes y prudentes reflexiones; y finalmente, como tan ejemplar maestro, nos animaba á todos con el ejemplo de sus apostolicos afanes, á trabajar con gusto y alegría en esta vin del Señor, que plantó su apostolico celo en esta tan interior é inculta tierra, tan apartada de la cristiandad que se puede contar entre las remotissimas del centro de la Iglesia. Estas y demas acciones que quedan referidas en esta relacion historica, todas de si tan gloriosas, no nos daran lugar á que nos olvidemos del padre Junipero; y no se perpetuará su memoria en nosotros sus súbditos, sino en todos los moradores de esta setentrional California.

De modo que si no temiera la nota de apasionado discípulo, viendo á mi venerado maestro que dejó en el otro mundo todos los honores con la gloria de su sabiduria y se trasplantó en este nuevo mundo de la America, y que no tuvo sosiego hasta internarse en lo mas setentrional para vivir y morir *in terram alienarum gentium*, olvidado del mundo, solo á fin de esplayar su apostolico celo en la conversion de los miserables gentiles, me atreviera á decir de él lo que Salomón dijo de aquel sapio varon (cap. 39. *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requirerit a generatione in generatione*). No se apagará su memoria, porque las obras que hizo cuando vivía han de quedar estampadas entre los habitantes de esta nueva

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservación.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdicción sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdicción del tiempo. Acabó la vida del padre Junipero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro días, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una misión, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razón, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedit memoria ejus*. Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediría á Dios por ella y por todos los gentiles para que se convirtieran á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaría de nosotros ni de pedir á Dios por la conversión de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la misión de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que había sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo lo que me dice de la promesa que nos dejó nuestro venerable prelado fray Junipero: *Dilectus deo, et hominibus*; y yo digo á vuestra reverencia que demos gracias á Dios, pues ya vemos en esta misión cumplida la promesa de nuestro venerable padre presidente fray Junipero, pues en estos cuatro meses últimos hemos bautizado mas gentiles que en los tres años

últimos, y atribuimos estas conversiones á la intercesión de nuestro venerable padre Junipero, que lo estará pidiendo á Dios como se lo pedía incesantemente en vida, y piamente creemos que está gozando de Dios, y que con mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin duda alcanzará la conversión de los muchos que hemos bautizado en estos cuatro meses que se han cumplido desde su muerte; estos son indios que han venido de muy lejos y son de distinto idioma que los naturales de esta misión, pues han sido preciso valernos del intérprete de San Gabriel; y viendo que ellos por sí solos han venido de tan lejos á pedir el bautismo, piamente creemos ser movidos de impulso interior, que les alcanzará nuestro venerable padre de Dios nuestro Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que en medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecimiento número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su misión de San Juan de Capistrano, creo podrían haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que había en las misiones el día que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el día último del mismo año de 84, según consta de los informes años que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habían bautizado novecientos treinta y seis, á cuyo número ningún año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguía la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesión y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversión de toda esta inmensa gentilidad, y según hacer el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heroico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria eterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

#### CAPITULO ULTIMO.

EN QUÉ SE RECOPIAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNIPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junipero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusión de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debía hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicación convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducían al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razón de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que vivíamos, y si había algunas temporadas de separación por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volviamos á juntar hacer confesión general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio había hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, si solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que según San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus*.

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heroicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heroico: el uno en cuanto el hombre anhela á este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Virgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones exteriores y palabras, según aquello de

Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dico: *Quisquis non precepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vite momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque iudicio communi hominum tantam vite perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse praeclitus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virtutibus acquisitis in eodem gradu*. Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione*.

Esto es, para que una virtud sea heroica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedición, prontitud y delectación sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegación suya y sujeción de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustín cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junipero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que según los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formación de todo el edificio espiritual, según la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heroico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

#### § I.

##### PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Esta

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservación.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdicción sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdicción del tiempo. Acabó la vida del padre Junipero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro días, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una misión, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razón, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedit memoria ejus*. Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediría á Dios por ella y por todos los gentiles para que se convirtieran á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaría de nosotros ni de pedir á Dios por la conversión de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la misión de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que había sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo lo que me dice de la promesa que nos dejó nuestro venerable prelado fray Junipero: *Dilectus deo, et hominibus*; y yo digo á vuestra reverencia que demos gracias á Dios, pues ya vemos en esta misión cumplida la promesa de nuestro venerable padre presidente fray Junipero, pues en estos cuatro meses últimos hemos bautizado mas gentiles que en los tres años

últimos, y atribuimos estas conversiones á la intercesión de nuestro venerable padre Junipero, que lo estará pidiendo á Dios como se lo pedía incesantemente en vida, y piamente creemos que está gozando de Dios, y que con mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin duda alcanzará la conversión de los muchos que hemos bautizado en estos cuatro meses que se han cumplido desde su muerte; estos son indios que han venido de muy lejos y son de distinto idioma que los naturales de esta misión, pues han sido preciso valernos del intérprete de San Gabriel; y viendo que ellos por sí solos han venido de tan lejos á pedir el bautismo, piamente creemos ser movidos de impulso interior, que les alcanzará nuestro venerable padre de Dios nuestro Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que en medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecimiento número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su misión de San Juan de Capistrano, creo podrían haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que había en las misiones el día que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el día último del mismo año de 84, según consta de los informes años que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habían bautizado novecientos treinta y seis, á cuyo número ningún año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguía la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesión y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversión de toda esta inmensa gentilidad, y según hacer el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heroico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria eterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

#### CAPITULO ULTIMO.

EN QUÉ SE RECOPIAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNIPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junipero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusión de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debía hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicación convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducían al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razón de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que vivíamos, y si había algunas temporadas de separación por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volviamos á juntar hacer confesión general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio había hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, si solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que según San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus*.

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heroicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heroico: el uno en cuanto el hombre anhela á este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Virgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones exteriores y palabras, según aquello de

Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dico: *Quisquis non precepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vite momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque iudicio communi hominum tantam vite perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse praeclitus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virtutibus acquisitis in eodem gradu*. Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione*.

Esto es, para que una virtud sea heroica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedición, prontitud y delectación sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegación suya y sujeción de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustín cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junipero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que según los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formación de todo el edificio espiritual, según la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heroico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

#### § I.

##### PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Esta

divina doctrina de tal manera imprimió en su corazón su humilde siervo fray Junipero, que en cuanto lo llamó el Señor por medio de su divina gracia para el apostólico instituto, que desde luego propuso en su corazón imitarlo, siguiendo su doctrina en cuanto le fuera posible, poniéndola en práctica, empezando su oficio de la predicación descalzándose á imitación de Jesucristo de las sandalias, como nos lo dice la venerable madre sor Maria de Jesús de Agreda en su Mística Ciudad (part. 2. lib. 4. cap. 28. núm. 685), contentándose con el humilde uso de las alpargatas, de que usó hasta la llegada al colegio, que para seguir ó imitar á los del colegio volvió á usar de sandalias, hasta que saliendo á las misiones de la Sierra Gorda, volvió á descalzarse de las sandalias y prosiguió con las alpargatas hasta que se consumieron.

Hablando el Sr. Benedicto XIV de los actos de la virtud de la humildad, cuenta entre ellos la sincera abnegación de sí mismo, por la que en sus obras buenas se reputa uno siervo inútil, según lo de san Lucas (17. v. 10.) Cum feceritis omnia que precepta sunt etc. De tal manera se reputaba por inútil entre los demás misioneros el padre Junipero, que cuando se regresaba á su misión, concluida la visita de las damas, prorumpia con estas humildes y fervorosas palabras: "Edificado vengo del fervor de celo de todos los padres compañeros, de lo muy adelantadas que tienen sus misiones, en lo temporal y espiritual, y ciertamente es esta misión la mas atrasada," como queda dicho en el cap. 49; y no solo en el ejercicio de la misión entre infieles, sino tambien entre fieles, se reputaba por el mas inútil, edificándose cuando sabía el fruto que sacaban los otros misioneros. Y siendo mucho mayor el que su reverencia sacaba, y mayores las conversiones que de sus fervorosos sermones se seguían, lo reputaba por mucho menos que el de los demás, dando á entender ser siervo inútil y sin habilidad, sintiendo esta falta, que impedía á su parecer la mayor gloria de Dios y servicio del colegio, y puntual cumplimiento de la obediencia.

Después de haber empleado su espíritu y fervor en las conversiones de la Sierra Gorda, lo ocupó la obediencia en el de vicario de coro, en lo que se ofrece cantar; cuyo cargo admitió con toda humildad y sumisión, quejándose de sí mismo como inútil, por ignorar la solfa, como queda dicho. En otra temporada que lo tuvo empleado la obediencia como maestro de novicios, se consideró inútil para ello; y por obediente lo admitió, con la mira de ejercitarse, no como maestro, sino como novicio, practicando lo mismo que aprendió en el noviciado, recién llegado al colegio, como queda insinuado; añadiendo lo que su fervoroso espíritu le dictaba, sin ser molesto á sus novicios, de los que vivían todavía algunos en el colegio, los que se tienen por felices y dicho-

sos de haber sido hijos de tan ejemplar maestro.

Otro acto de humildad, cuenta, en los siervos de Dios el señor Benedicto XIV, y es sentir y huir las honras y aplausos que se le tributan, y no recibir las dignidades sino forzados de la obediencia ó de la autoridad de los superiores. Queda ya dicho cómo renunció los aplausos que tenía en su patria y amada provincia, y no se contentó con solo esto, sino que lo mismo fue poner los pies en el barco, que decirme: ya se acabó todo respeto y mayoría entre los dos, se acabó ya la maestria y reverencia: somos ya en todo y por todo iguales; y con las obras en cuanto se ofrecía, siempre se reputaba por el menos entre los dos, con harta rubor mio y admiración de todos los que lo veían; de modo que lo mismo era poner los ojos en él, así seculares como eclesiásticos, aun de los de mas alta dignidad, y regulares, que formar un gran concepto de él de humilde, dacto y santo.

En este concepto lo tuvieron todos los religiosos del convento de Málaga, que fué el primero que pisamos cuando salimos de Mallorca, y el que mas percibió su humildad y literatura fué el reverendo padre guardian, lector jubilado de aquella provincia de Granada; queriendo probar el concepto que de dicho padre Junipero tenía hecho, y en breve conoció no haber sido fallido el concepto que á primera vista habia hecho del dicho padre. Pero, conociendo el humilde padre el demasiado cariño que experimentaba de aquel prelado, luego luego determinó apartarse y que nos fuémos al barco, como se ejecutó. En este mismo concepto lo tuvo el reverendo padre comisario de la misión en cuanto llegamos al hospicio de Cádiz, y lo mismo juzgaron los padres de la misión de nuestro colegio, y los de la misión del colegio de Querétaro, que estaban en otro hospicio con su comisario, que lo era de todas las misiones y colegios.

En este mismo concepto lo tuvieron así el capitán y oficiales del navio, en cuanto lo vieron subir á él, y lo mismo juzgaron la gente de la tripulación desde el primero hasta el último, y todos los padres de la misión de los reverendos padres dominicos con su presidente, que habia sido lector en Salamanca, quien luego trabó gran amistad con el venerable padre, de quien hizo mayor concepto que todos los demás. En el mismo concepto lo tuvieron los seculares en quantos caminos anduvo y en quantos pueblos y haciendas pasó, no solo en tiempo de misioner, sino aun yendo de paso, dejando en todas partes gran fama de humilde y santo, no olvidándolo aun después de muchos años del visto, quedándose imprimiendo su fisonomía; si no es que ligamos por estas sus virtudes las tenía impresas en su humilde aspecto. Así parece que las leyeron en grande lo vieron los ilustrísimos señores obispos de la Puebla de los Angeles y de Oajaca, ó Antequera, cuando fué á predicar misión en dicha pu-

dad con otros cinco misioneros de nuestro colegio. Pasado por la ciudad de Puebla, fueron los seis á tomar la bendición del ilustrísimo prelado; y á pedirle las licencias de confesar en los pueblos de su obispado que habian de cruzar hasta llegar al de Oajaca. En cuanto los vió el ilustrísimo prelado, les concedió á todos las licencias que le pedían, y poniendo la vista en el venerable padre Junipero, que no habia hecho la propuesta por no ir de presidente, sino otro mas antiguo, le preguntó cómo se llamaba. Y diciéndole que fray Junipero, dijo su ilustrísima á su secretario: Pues á este padre se le dan generales las licencias y perpetuas, para hombres, mujeres y niños hasta las recóctas; y á los demás para hombres y mujeres solamente.

El ilustrísimo de Oajaca, en cuanto lo vió le concedió lo mismo, y le encomendó que habia de hacer misión á toda la clerecía á puerta cerrada, como lo practicó con edificación de todos, con mucho fruto, y con universal concepto de muy docto é igualmente fervoroso y prudente, como queda insinuado en el capítulo 10, y por poco que lo tratasen formaban de él grande concepto de su literatura y mucha profundidad. En el mismo concepto lo tuvieron los religiosos del colegio desde el primer día en que él puso los pies, teniéndolo por muy virtuoso; y lo que mas alababan y alabaron de él fué su humildad profundísima, viéndole hecho un novicio coarista, leyendo en la mesa con mas gusto que si leyese en la cátedra de la universidad, y sirviendo en ella, como ya queda dicho, como si fuera el menor del colegio.

Recién llegado á él, viéndolo tan humilde, simpático y recogido, quisieron probar su literatura; para cuyo fin le encomendó el prelado el sermón de san Fernando, patron del colegio; en el que expuso el salmo 44. "Eructabit cor meum verbum bonum: dico ego opera mea Regi;" refiriendo toda la vida y virtudes del santo; dejando no solo á todo el auditorio, sino á toda la comunidad admirada de tan peregrinas noticias y tan bien tejidas con los versos del salmo; sintiendo todos que un hombre tan docto y ejemplar se fuese á atrincherar entre los infieles, para cuyas misiones lo tenía ya nombrado la obediencia. Y para que no se fuese fueron muchos de los padres viejos y discretos á pedir al reverendo padre guardian para que no saliese del colegio. Pero conociendo el prelado el fervoroso celo del dicho padre Junipero, no quiso privarle de empleo que tanto anhélaba, de la conversion de los gentiles. Y no solo no condescendió á que se quedase en el colegio, sino que lo eligió de presidente de las santas misiones, como queda dicho. Pero viendo el título y patente de presidente, luego fué el humilde padre al prelado á renunciarla, tomando por motivo la falta de práctica por tan novísimo en el ejercicio. Y fueron tan eficaces sus súplicas, que hubo el reverendo padre guardian de ad-

mitirle la renuncia, con lo que quedó contentísimo el humilde padre.

Pero al año y medio que se celebró en dicho colegio el capítulo, en el que fué electo de guardian el que fué su maestro de novicios y gran maestro de la mística, el venerable padre fray Bernardo Pineda, le reintituyó este nueva patente de presidente de las misiones, mandándole por santa obediencia la admitiese. Así lo practicó, y en cuanto cumplió los tres años, no obstante que el oficio de presidente no tiene tiempo señalado, renunció con otro guardian, diciéndole que si era oficio honroso; participasen todos; y si gravoso; tambien. Con lo que se la admitió, quedando el humilde padre contentísimo sin tal carga por entonces, y mas despejado para ejercitarse en la humildad; como lo practicó, no contentándose con instruir á aquellos neófitos, y en los demás ejercicios espirituales; como queda dicho en el capítulo 7, sino tambien se ejercitó en el ejercicio temporal hasta no desdafiarse de practicar los oficios mas bajos y mas humildes, como de peon de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia; hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose tambien entre los albañiles á llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes; con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente, y por sandalias traía un pedazo de cuero crudo; que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman *apats nipsis*, que es lo mismo que guaracha ó abarca; de modo que al verlo edificaba á todos, como edificó al que fué su maestro en la mística recién llegado al colegio el citado padre Pineda, que viéndolo un día metido entre una cuadrilla de indios que pasaban de veinte, que cargaban una grande viga; ayudando él á llevarla, y que por mas chico que ellos no alcanzaba, metió el pedazo de manto. Edificado de lo que veía, me llamó á toda prisa para que yo lo viera, juzgando me vendria de nuevo; me dijo: mire su lector cómo anda el via crucis y con qué traje. A lo que le respondí: eso es de todos los días. Otros casos particulares podria referir en prueba de su humildad, lo que omito por no ser molesto.

Y si por humilde logró en la Sierra Gorda el sacudirse de la prelación, no así en la California, que se vió precisado á cargarla diez y siete años hasta la muerte. Quanto mayor era la honra que le seguía, tanto mayor era la repugnancia que á ella tenía, poniendo todos los medios que le dictaba su humildad y prudencia, para evitar toda ocasion. En todos los capítulos salia electo en guardian, y en uno de ellos que le aseguraban saldria confirmado, hizo cuantas diligencias pudo para no hallarse en el colegio al tiempo del capítulo, que fué en ocasion de estar en Méjico

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardiana.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándose el dolor que le causaba en su corazón, le dije: "Mi padre lector, no sería malo, sino muy conveniente, que vuestra reverencia escribiese al excelentísimo señor Galvez, que actualmente se halla de ministro y puede tanto con el rey; que haciéndole presente el estado en que nos hallamos, y que supuesto que su excelencia fué el primer móvil de esta conquista, intervenga con su majestad para su conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no pudiese tanto como puede, le escribiera; pero como puede tanto, no quisiera supiese que todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que todo lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

## § II.

### VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

### PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazónarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heroica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oír sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á

elejir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junipero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañeria, sin altivez, sin hipocresia su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comur adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelates del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguio con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leído el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heroica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elias dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junipero: *Procegitque se et ab dormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos, nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

### JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificación á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuiques suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junipero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedía los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado,

por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus órdenes, que ni aun contestaba al bienhechor de haber recibido su carta; pero me alegraría mucho que supuesto tiene su reverencia informe de todo, el que satisfaga al bienhechor y le dé alguna excusa por no haberle yo escrito por muy ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto, sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sujetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan tímido en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si sería faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debía mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el orden, si solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardiana.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándose el dolor que le causaba en su corazón, le dije: "Mi padre lector, no sería malo, sino muy conveniente, que vuestra reverencia escribiese al excelentísimo señor Galvez, que actualmente se halla de ministro y puede tanto con el rey; que haciéndole presente el estado en que nos hallamos, y que supuesto que su excelencia fué el primer móvil de esta conquista, intervenga con su majestad para su conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no pudiese tanto como puede, le escribiera; pero como puede tanto, no quisiera supiese que todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que todo lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

## § II.

### VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

### PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazonar todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heroica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oír sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á

elejir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junipero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañeria, sin altivez, sin hipocresia su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comur adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelates del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de cuantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurría al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguio con este y su industria continuos aciertos en cuantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á cuantos han visto y leído el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heroica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elias dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junipero: *Procegitque se et ab dormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos, nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino cuantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

### JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificación á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuiques suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junipero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedía los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado,

por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus órdenes, que ni aun contestaba al bienhechor de haber recibido su carta; pero me alegraría mucho que supuesto tiene su reverencia informe de todo, el que satisfaga al bienhechor y le dé alguna excusa por no haberle yo escrito por muy ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendía á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto, sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sujetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan tímido en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si sería faltar á ella si se proseguía la mision, ó si debía mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendía la mision fundada antes de recibir el orden, si solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-

vando todos los dichos preceptos, para no faltar á la obediencia de Dios y conservar para sí la justicia, santificación ó santimonia; *sibi sanctimoniam*.

Y de tal manera procuraba esta virtud en todas las acciones y obras, y al parecer pensamientos, que todo lo que en él se veía, oía y experimentaba, todo era dirigido á Dios y al bien del prójimo. Siempre sus conversaciones y pláticas eran edificantes; y si se hablaba de ausentes, que podría entibiar la caridad del prójimo, procuraba desviar la conversacion ó decir claramente: *no hablemos de esto, que me causa pena*; de modo, que podríamos decir de él lo que de la sombra del árbol de su nombre dijo Plinio, citado de Nicolás de Lyra, lib. 3, Reg. cap. 19, v. 5, que ahuyenta las serpientes y todo animal ponzoñoso: *Juniperus arbor est creta in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt. Leo in umbra ejus homines secure dormiunt*. Esto mismo experimentábamos en la presencia de nuestro Junipero, pues en su presencia ni se oía ni se podía hablar palabra que no fuese edificante. Y si alguno se desmandaba, en el semblante manifestaba luego la repugnancia de tal conversacion, que servia de correccion, y se mudaba luego la plática, pasándola á tratar de lo que siempre tenia en su corazon y en la mente, que era el aumento de la conversion de los gentiles.

Otro acto de la virtud de la justicia cuenta san Anselmo, que es tener paciencia con el enemigo: *inimico patientiam*. No tuvo este siervo de Dios mas enemigo que el que conocia ó le constaba ser enemigo de Dios, ó que veía que impedía con sus hechos la propagacion de la fe y conversion del gentilismo. Portábase con los primeros con amorosas amonestaciones, con pláticas y sermones para hacerlos amigos de Dios, y con los segundos nunca daba á entender estuviere sentido de ellos, que procuraba poco á poco hacerlos agentes y coadjutores de santa obra, con cuya paciencia solian muchos conseguir el efecto deseado, y con los otros que no coadyuvaban, no manifestaba el sentimiento, sino que desahogaba su pena con decir: *no será la voluntad de Dios todavía, no estará de sazón la mies, Dios dispondrá lo que fuere de su agrado*, procurando de su parte hacer á los tales cuantos bienes podia.

Bien lo experimentó el oficial que le ocasionó el trabajo de ida y vuelta á Méjico en solicitud de providencias favorables para la propagacion de la fe y conservacion de los nuevos establecimientos, de quien determinó la real junta se retirase del mandato. Y estando para salir de Monterey, llegado el nuevo comandante, temeroso no ser mal recibido de su excelencia, valiéndose de uno de los misioneros muy estimado del venerable padre presidente, le pidió una carta de recomendacion para el señor virey. Y respondiendo que con mucho gusto lo haria, lo practicó con tanta caridad y con tal sigilo, que no qui-

so que el recomendado supiese el contenido, pues la envió cerrada y por otro conducto; y en cuanto llegó á Méjico vió el efecto de la carta, pues le entregó su excelencia una compañía con el baston de capitan de ella, quedando su excelencia muy edificado de la caridad del venerable padre Junipero, viendo que olvidando que le habia hecho padecer en ida y vuelta de Méjico tantos trabajos, le correspondió cediendo para sus ascensos, así el mérito de dichos trabajos como todos los demás que habia padecido, y méritos que su reverencia habia contraido en estas conquistas. Así lo leyó en la carta respuesta de su excelencia que tengo á la vista y dice así:

“En carta de 19 de junio último expuso vuestra reverencia la pena que le daba ver despojando del mando de esos establecimientos al oficial que antes estaba mandando, y á estímulos de su fervorosa piedad recomendó su mérito, aplicándole los servicios que por sí propio ha contraído, para dar mas valor á los suyos. Este oficial llegó aquí enfermo; y siempre que haya arbitrio conocerá en mi atencion la que me ha merecido una accion tan pia, honesta y religiosa como la que vuestra reverencia me manifestó, deseoso de contribuir á las satisfacciones de este interesado.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 2 de enero de 1775.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junipero Serra.”

Otros varios casos podria referir, que omito para dar lugar á lo que falta de las demás virtudes. Y pasando al último acto que refiere de la justicia san Anselmo: *egeno operosam misericordiam*: en ambas conquistas en que tan gloriosamente trabajó este infatigable operario, así en la Sierra Gorda de la nacion pame como en la antigua y nueva California, tuvo un campo muy abierto para ejercitarse en este acto de la virtud de la justicia: *egeno operosam misericordiam*; pues los habitantes de ambas conquistas eran todos unos pobres miserables y necesitados de un todo, así para mantenerse como para cubrir su desnudez, con quienes tuvo bastante que ejercitar las obras de misericordia, así espirituales como corporales, pues no solo empleó todo su talento para su reduccion, instruccion y demás ministerios espirituales, sino que tambien todo su conato era en solicitarles para comer y que vestir, gastando todo el sínodo que da su majestad á los misioneros; y no siendo suficiente, solicitaba limosnas de bienhechores y aplicaba las misas para dicho fin. Y á fin de que los convertidos lograsen este subsidio con mas abundancia y con subsistencia, les instruyó en las siembras, para lograr cosechas de las principales semillas para mantenerse, y de fabricar alguna ropa para vestirse, como queda dicho.

La mayor pena que daba al compasivo corazon de este siervo de Dios, era el no tener que

dar á los pobres indios tan necesitados, procurando consolarlos con amorosas palabras, repartiéndoles por su propia mano la comida, aun aquella que para sí necesitaba, y lo mismo hacia de la poca ropa, por sus propias manos cortaba las camisas y enaguas, como tambien cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba á coser para instruir á los neófitos; como que en breve aprendieron. Este ejercicio le duró todo el tiempo que permaneció en el ministerio, hasta tres dias antes de morir; en mi presencia estuvo en esta faena de cortar y reparar ropa.

Y cuatros dias antes de su muerte, estando juntos, entró una india vieja de mas de ochenta años, neófita, que en cuanto nos saludó, se levantó el venerable padre, y metiéndose en el cuartito donde dormia, sacó una frazada camera y la regaló á la vieja. Sonriéndome yo, le dije: *¿qué le va á pagar las gallinas?* me acompañó en la risa diciéndome que sí. El motivo de la risa de ambos era, que dicha india siendo todavía gentil, recien fundada la mision de San Carlos, no teniendo la mision mas de una gallina con sus pollos para procrear, instruyó á un nietecito suyo á que matase los pollos con su arquito, como lo hacia, y entre ambos se los comian, y hallada en el hurto, le pusieron por distintivo la vieja de las gallinas, y esto le motivó á reir; pero él cumplió con el acto y obra de misericordia ya dicho, cuya accion tan caritativa, dió motivo á que en su muerte no se le hallase en la cama sobre las desnudas tablas mas que media frazada, como queda dicho arriba.

#### FORTALEZA.

Hablando de esta heroica virtud san Ambrosio, citado de mi seráfico doctor san Buenaventura (lib. 2, peca. c. 31), dice: fuerte es aquel que se consuela padeciendo algun dolor: *est fortis qui se in dolore aliquo consolatur*. Grandes fueron y continuos los dolores que padeció el siervo de Dios fray Junipero por la llaga del pié é hinchazon de la pierna, que padeció desde el año 49 hasta la muerte, como queda arriba dicho; pero nunca se quejó y solo lo manifestaba cuando le impedía sus correrias apostólicas, ó cuando le impedía el poder celebrar el santo sacrificio de la misa, como se vió á la salida de la antigua California, subiendo con la expedicion para la nueva y setentrional, que fué la única vez que solicitó algun medicamento para lograr el deseado fin de ver fijada la santa cruz en el primer puerto de San Diego, y fué el bestial medicamento que ya queda dicho, capítulo 15. En las demás ocasiones, no obstante de ser grandes los dolores, parece que en ellos tenia su consuelo, olvidando el solicitar medicamentos. Y las veces que se proporcionaba ocasion de facultativos y medicamentos, como fué á la ida de Méjico y cuando venian los barcos á

aquellos nuevos establecimientos, trayendo sus cirujanos reales, que le ofrecian gustosos el sanarlo, les respondia: dejémoslo, que ya es llaga vieja y necesita de cura larga; y apurándolo uno de sus amados compañeros en una de estas ocasiones, les respondió: *medicinam carnalem nunquam exhibui corpori meo*.

Lo mismo practicaba en los graves dolores de pecho que padecia, sin duda ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contricion con que finalizaba los sermones, como tambien de apagar en su pecho desnudo la hacha encendida, á imitacion de san Juan Capistrano, que apagándose la solia arrancar un pedazo de cuero, de lo que varias veces le resultó quedar muy mal herido; y ninguno de estos dolores le hacia abrir la boca para la menor queja ni para solicitar medicamento, pues parecia tenia en estos dolores todo su consuelo, efecto de su fortaleza: *Est fortis qui se in dolore aliquo consolatur*.

Y prosiguiendo el citado san Ambrosio, dice de esta virtud: ciertamente con razon se llama fortaleza la de aquel que se vence á sí mismo y reprime la ira: *et revera jure ea fortitudo vocatur, qua unusquisque seipsum vincit iram continet*. Vencióse el venerable padre á sí mismo, reprimiendo todo movimiento de ira, de modo que parecia nada le inmutaba, sino el ver ofendido á Dios por los pecadores y cuando reparaba se impedía la propagacion de la fe. Aun esto que lo inmutaba, reprimia con fervorosos actos de resignacion á la voluntad de Dios, cuya conformidad solia expresar con algun suspiro con estas palabras: *Dejémoslo todo á Dios; hágase en todo su santísima voluntad*; y estos actos tan heroicos parece que contenian todo lo irascible, quedando pacífico é inmutable como si tal cosa hubiese sucedido; y en breve veía el efecto de esta resignacion, ya por la reduccion de los pecadores, amonestados del siervo de Dios, que se le rendian á sus piés pidiendo confesion, como de los gentiles que movidos de lo alto, le pedian el santo bautismo.

Prosigue el mismo san Ambrosio hablando del varon fuerte ó adornado de la virtud de la fortaleza, y dice, que con halagos ningunos se ablanda ó desvia de lo empezado: *Nullis illecebris emollitur, atque inflectitur*. Así lo dió á entender desde la vocacion con que lo movió Dios á venir á emplear su vida en la conversion de los gentiles, que en cuanto supieron los reverendos padres que entonces gobernaban esa santa provincia su vocacion y vieron tenia ya la patente, le ofrecieron no saliese de la provincia, que está en el inmediato capítulo lo haria custodio, no obstante de hallarse jóven y ocupado con la cátedra, que nada de esto se oponia ni era incompatible; pero ni estos halagos, ni otros mayores empleos que se le podian poner á la vista, ni la mucha estimacion, así dentro como fuera de la provincia,

fueron bastantes para ablandarlo ni hacerlo retroceder de la vocación; ni menos el considerar la pena grande que causaría su salida á sus ancianos padres; sino que revestido su corazón de la fortaleza, lo dejó todo para emplearse en la conversión de las almas; por lo que podemos decir de este siervo de Dios lo de san Ambrosio, que *nullis illecebris emolitur, atque inflectitur.*

Concluye san Ambrosio lo heroico de esta virtud diciendo que el varón fuerte ni se conturba con lo adverso; ni con lo favorable se enzalza: *non adversis perturbatur, non extollitur secundis.* Era tal su fortaleza, que en cuantos casos sucedían, ya favorables, ya adversos á la conquista, siempre se manifestó como inmóvil, siempre de un mismo ánimo y puesto su corazón y confianza en el Señor, quien de ordinario lo consolaba, cumpliéndole, después de haber probado su fortaleza, sus fervorosos deseos. Así se ve en lo que queda referido al principio de esta conquista en su primera misión de San Diego, capítulo 20, que aunque el comandante con todo el cuerpo de la expedición tenía determinado el desamparar el primer puerto del puerto de San Diego y hacer la retirada para la antigua California por la falta de víveres, señalando día para ello si no llegaba el barco para el día de señor san José, resolvió el siervo de Dios no dejar el puesto aunque todos se retirasen, causándole grandísima pena y dolor la determinación de la expedición; pero siempre confiando en Dios que no se verificaría la retirada, como de facto así sucedió, pues el mismo día del santísimo patriarca se divisó el barco, con lo que se resolvió lo contrario y siguió felizmente la conquista, debiéndose á su magnanimidad y fortaleza.

Con esta misma virtud consiguió la reedificación de la dicha misión de San Diego después de incendiada por los bárbaros gentiles que quitaron la vida tan inhumanamente á uno de los dos misioneros, llamado fray Luis Jaime, como queda dicho con bastante extensión en el capítulo 40, que hallando en el comandante una total repugnancia para la reedificación, negando aun la escolta de los soldados de la misión, no desmayó el fervoroso padre, sino que clamando á Dios para el efecto, lo consoló el Señor el día del príncipe san Miguel. Otros varios casos podría referir que omito, y creo bastará el decir que nunca retrocedió de aquel fervoroso celo de la propagación de la fe, atropellando cualquiera dificultad que le pusiesen delante, facilitándose todo el santo fin á que se dirigía; que aunque para muchos parecía indiscreto celo, pero el efecto tan favorable que se seguía de la propagación de la fe sin la menor desgracia, hacía ver no ser indiscreto su celo, sino muy agradable al Señor, que conoce los interiores de cada uno.

Nunca el miedo de perder la vida en manos de los bárbaros le hizo volver atrás; solo lo contenía tal cual vez la consideración de los malos efectos

que podían resultar de perder la vida en manos de aquellos á que había venido á darles la vida espiritual; y solía muchas veces decir, que de quitar la vida á los padres, aunque quedaria regada la tierra; pero la tropa militar querria vengar la muerte; de lo que resultaria la perdición de muchos infelices indios y la apostasia de los demás, dejando la misión despoblada, como se vió en la de San Diego.

Esta mira parece que le movió en la misión de la Sierra Gorda el huir de este peligro. Fué el caso, que estando una noche con su compañero, que entonces lo era el que actualmente es obispo de Mérida de Maracaibo, el ilustrísimo señor don fray Juan Ramos de Lora, sentados ambos en las gradas de la cruz del cementerio de su misión, Santiago de Jalpan, como á las ocho de la noche, tomando el fresco, de repente dijo al dicho padre su compañero: quitémonos de aquí; vamos adentro, que no estamos seguros. Así lo practicaron, y el siguiente día supieron por cierto le iban á quitar la vida, de modo que si no se quitan, ambos allí habrían muerto.

En otras muchas ocasiones atropelló con todos los peligros, como se vió al tránsito de la misión de San Gabriel al sitio de San Juan Capistrano, que pasaba á su fundación, que como queda dicho, capítulo 43, se vió en evidente peligro de la muerte, por haberse arriesgado á cruzar el tramo todo poblado de bárbaros con un solo soldado. Lo mismo practicó innumerables veces en tantos viajes como anduvo, de manera que podríamos decir de él lo que del varón fuerte dice san Agustín, que ni temerariamente acomete ni sin reflexión teme: *Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet.* (Aug. Epist. 29, ad Hieroni. ante med. tom. 2.)

#### TEMPLANZA.

La última de las cuatro columnas del espiritual edificio es la cuarta de las virtudes cardinales, llamada templanza, que en sentir de san Agustín, lib. 1, de lib. arb. cap. 13, col. 580, es un afecto que pone modo y freno á todas las pasiones desordenadas: *Temperantia est affectio coercens, et cohibens appetitum ab iis rebus que turpiter appetuntur.* Y hablando san Próspero de los efectos que causa esta noble virtud en el alma adornada de ella, dice, lib. 3, de Vit. contemp. cap. 19, pag. 92, que hace templado templando los afectos del que los posee: *Temperantia temperantem facit. affectus temperant.*

Todo el afecto de este siervo de Dios al parecer se dirigía á la propagación de la fe y aumento de misiones, para lo que ponía todos los medios posibles, ya con exhortaciones de palabra, ya con cartas edificantes, solicitando medios y auxilios para tan santo fin, y con tanta eficacia y repetición de súplicas, que á los menos afectos pare-

cia importuno; pero sufría con mucha paciencia dicha nota, con tal que lograra el fin de aumentar dichas misiones, saliendo de su boca muy de ordinario: *gracias á Dios que hasta ahora no hay misión alguna que no tenga hijos al cielo.* Viendo en el padre Junipero tanta eficacia en pretender nuevas fundaciones, no faltaron sujetos de categoría y carácter que dijeron de él: *Es el padre Junipero un varón santo; pero en el asunto de pedir fundaciones de misiones es santo pesado;* pero en este afecto tan extraordinario se templaba atemperándose á los medios y fuerzas que se le proporcionaban, conformándose en todo á la voluntad divina y de los prelados.

Así se vió en la pretensión de la fundación de las tres misiones de la canal de Santa Bárbara, que enviando el excelentísimo señor don fray Antonio María Bucareli suficiente tropa para ella y lo demás necesario, y carta al señor gobernador de aquellos establecimientos, de que se pusiese en acuerdo con el reverendo padre Junipero para las fundaciones, recibió al mismo tiempo dicho venerable padre carta del prelado del colegio, que le decía tuviese presente la inopia de misioneros en que se hallaba el colegio, á causa de no haber llegado la misión de España. Esta leve insinuación fué bastante para templar su afecto á dichas fundaciones, pues ya no trató de tal asunto, esperando siempre el socorro de misioneros con la llegada de la misión de España. Pero viendo que el año de 83 no había noticia de tal misión, y lo mismo el siguiente de 84, lo mismo fué llegar los barcos con la noticia de no venir padres ni haber llegado la misión, parece que le llegó el aviso de su cercana muerte, como queda dicho, capítulo 57.

Continuando el citado san Próspero los efectos de dicha virtud, dice que hace abstinentes, parco, sobrio y moderado: *abstemium, parcum, sobrium, moderatum.* Tan abstinentes era este siervo de Dios, tan parco, tan sobrio y moderado en la comida y bebida, que con poco ó casi nada se contentaba, como lo dió á entender en la carta que me escribió y queda copiada en la vida, capítulo 19, que para ponderar no padecer necesidad, me decía, que teniendo una tortillita que no pasara de dos onzas, si se que llegara, y yerbas silvestres del campo; ¿qué mas nos queremos? Carne pocas veces la probaba, contentándose con las yerbas que acompañaban la ración, y con fruta siempre que la había, que entonces era solo la comida. Y diciéndole yo cómo no comía, me respondía: *¿pues y qué es lo que hago? Esta y el pescado es la comida que tomaba la Virgen santísima.* Parece que esta consideración le causaba una extraordinaria afición á la fruta y pescado, de modo que mientras había pescado comía como los demás; pero la carne siempre la miraba con mucha repugnancia, y solía dar por excusa á los que advertían que no la comía, el que no podía mascarla. Jamás se quejó de la comida;

nunca dijo si estaba salada ó dulce, buena ó mala, que parecía á todos carecía de gusto.

Era parco en la comida: estando en el colegio, muchos días á la mitad de la comida se levantaba del asiento y subía al púlpito á leer en la mesa. Y estando en las misiones guardaba la misma moderación en la comida, sin comer jamás á deshora, sino en las señaladas, de modo que se le conocía estaba adornado de la virtud de la templanza por los efectos que de esta virtud se le veían practicar, que en sentir de san Pedro Celestino (Opúsc. 1, part. 5, cap. 4), son otras tantas virtudes.

De tal manera, que en todas sus acciones exteriores dió pruebas muy eficaces de ser un varón adornado de honestidad y modestia, de sobriedad y abstinencia, de pureza y castidad, recato y pudicia. Así lo manifestó en la mortificación de sus sentidos y potencias, en la pobreza y desnudez de hábito, en la suavidad de sus palabras tan medidas, en sus pasos graves sin afectación, y en sus ayunos casi continuos y rigurosos; efectos todo de la templanza, según san Próspero, si no es que digamos con el citado san Pedro Celestino y el angélico doctor santo Tomás (2, 2, q. 131, art. 1), que son otras tantas virtudes, piedras preciosas de que se compone la cerca del espiritual edificio.

No le faltaron á este siervo de Dios los demás efectos de la virtud de la templanza que enumera san Próspero, ni las otras partes ya integrales, ya potenciales y subjetivas, que refiere santo Tomás en el citado lugar. Fué serio desde niño, cuya seriedad conservó toda su vida, de tal modo que á la vista parecia de un genio adusto y casi intratable; pero lo mismo era comunicarlo y tratarlo, que mudar de concepto, teniéndolo ya por suave, dulce y atractivo, llevándose los corazones de todos para el afecto. Era asimismo muy vergonzoso, principalmente con todos los que no había tratado; pero habiendo mujeres en su presencia, siempre continuaba la seriedad y modestia, así en la vista como en el habla, procurando introducir la conversación mística y ejemplar, refiriendo algunos pasos de las vidas y hechos de ellos, con el fin sin duda de introducir en sus corazones la devoción é imitación de los santos, pues estos eran sus fervorosos deseos, efecto de la templanza: *desideria sancta multiplicat*, que dice San Próspero. Y no se contentaba el siervo de Dios de multiplicarlos en sí, sino también en los prójimos que á él se le arrimaban.

Cuenta el citado san Próspero entre los efectos de la templanza la penitencia: *vilitiosa castigat*; y de tal manera ejercitaba fray Junipero esta virtud, que para mortificar su cuerpo no se contentaba con los ejercicios ordinarios del colegio de disciplinas, vigiliias y ayunos, sino que á solas maceraba su cuerpo con ásperos silicios, y á las caderas, ya de tejidos de punta de alambres con que cubria su cuerpo, como con disciplinas de sangre, á lo mas

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino también por los ajenos, como lo hacía con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitación de san Jerónimo, ya á imitación de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitación de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificación en la privación del sueño por sus continuas y largas viglias. Su descanso solia de ordinario reducirse, mientras estubo en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oracion, proseguia haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la via dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solia de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogia, no para dormir, sino continuando en oracion hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los dias que no eran de comunión decia antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las viglias, como que tenia á su arbitrio toda la noche, y segun decian los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oracion, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solian decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junipero*, pues solo en las siestas solia tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormia, parece que velaba su corazon alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solia prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*; y despertándose con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondia, conocia claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



## III.

## VIRTUDES TEOLÓGICAS.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junipero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la union entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teologales, que inmediatamente miran á Dios y la religion que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heroico, segun la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

## FE.

Esta nobilísima virtud, segun San Pablo (ad Hebr. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasion de las cosas invisibles: *Sperandarum substantiarum argumentum non apparentium*. A esta definicion del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, segun dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definicion nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Serm. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razon, ejercitándose desde entonces en actos heroicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discipulos en los misterios mas inefables, arduos é imperscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, segun lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicacion é inteligencia de ellos, como tambien en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresion, que casi podiamos decir con san Gregorio, que su explicacion era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de dia en dia añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentia de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oírlo hablar de la sagrada Escritura parecia que la sabia de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenia especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, simbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentia de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecia se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecia molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leido, tendria muy presente la exposicion del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitate sermonis*. "Hæc brevitatis excludit verborum ambages et sententias involutas, verba etiam ardua super capacitatem audientium... Ista enim abbreviatio non excludit cum expedit, sermonis prolixitatem, quia Dominus ipse aliquando prolixè prædicavit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo (15)."

Del alto conocimiento que tenia de Dios, le vino el desprecio que hacia de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone San Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro premio æterno contemnit*. Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como tambien el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Carlos de Monterey*. Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordon y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobre-

za y el desprecio que hacia de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado San Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit*. Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junipero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponia á la propagacion de la fe, conversion de gentiles y reduccion de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedicion queria volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el dia de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificacion de San Capistrano, y en otros muchos casos que podria referir en prueba de la confianza grande que tenia siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversion de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit*. Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversion de los indios apaches del rio de San Sabá; pues no obstante que veia que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podia recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Bened. XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesion de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junipero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creia en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2. dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestacion de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quadam protestationes fidei*, habiendo sido, segun se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestacion de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió accion alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que calaba el que todos los que estaban á su cargo y no-

silencioso de la noche, retirándose en una de las tribunas del coro. Pero aunque lugar tan secreto y en hora tan silenciosa, no faltaban religiosos que oyesen los crueles golpes, ni menos faltó curioso que deseando saber quién era, perdió el tiempo para salir de la dificultad, quedando edificado.

No se contentaba en castigar su cuerpo por las imperfecciones y pecados propios, sino también por los ajenos, como lo hacía con invectivas que usaba para mover al auditorio á dolor y á penitencia de sus pecados, ya de la piedad con que se golpeaba el pecho á imitación de san Jerónimo, ya á imitación de su devoto san Francisco Solano de la cadena con que se azotaba, ya de la hacha encendida que apagaba en su desnudo pecho, quemando sus carnes á imitación de san Juan Capistrano y otros varios, todo con el fin no solo de castigarse á sí mismo, sino para mover á los de su auditorio á penitencia de sus propios pecados.

No fué menor su mortificación en la privación del sueño por sus continuas y largas viglias. Su descanso solia de ordinario reducirse, mientras estubo en el colegio, hasta las doce que iba á maitines, y á las doce y media, que es cuando se concluye la oracion, proseguia haciendo sus ejercicios, variando todas las noches; una noche los de la muerte, otra los de la cruz, otra la via dolorosa, otra el aposentillo y otros varios, que solia de ordinario concluir á las cuatro de la mañana, y después se recogia, no para dormir, sino continuando en oracion hasta la hora de prima ó de decir misa, la que siendo maestro de novicios, los dias que no eran de comunión decia antes de prima, y en el otro tiempo después de concluida esta.

Cuando estuvo en las misiones no eran mas cortas las viglias, como que tenia á su arbitrio toda la noche, y segun decian los soldados de la escolta, casi toda la noche la pasaba en vigilia y oracion, pues todas las centinelas que se remudaban siempre lo estaban oyendo, y solian decir: *no sabemos cuándo duerme el padre Junipero*, pues solo en las siestas solia tomar descanso, atendiendo á que su compañero ó compañeros estaban velando y celando. Aun los ratos que descansaba y dormia, parece que velaba su corazon alabando á Dios y orando, pues no pocas veces durmiendo juntos, ó ya en tienda de campaña ó bajo de enramada, solia prorumpir con estas dulces palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto*; y despertándose con tales palabras, le preguntaba: padre, ¿tiene alguna novedad? y como nada me respondia, conocia claramente que estaba durmiendo ó enajenado, ó que era efecto del continuo rezo mental y vocal.



## III.

## VIRTUDES TEOLÓGICAS.

Habiendo visto la profundidad del cimiento del espiritual edificio que intentó fabricar el siervo de Dios fray Junipero, y las fuertes columnas que levantó de las cuatro virtudes cardinales, y la union entre estas por otras particulares virtudes y obras de misericordia, que como preciosísimas piedras forman como cerca hermosa y muy vistosa, nos queda que ver lo mas principal del templo, que es como tabernáculo para el *Sancta Sanctorum*, el que forma las virtudes principales, las teologales, que inmediatamente miran á Dios y la religion que mira al divino culto, las que practicó y tuvo este siervo de Dios en grado heroico, segun la doctrina de las dos doctísimas plumas, el cardenal Aguirre y el señor Benedicto XIV ya citados. Veamos la primera, que es la virtud de la

## FE.

Esta nobilísima virtud, segun San Pablo (ad Hebr. 11, v. 1), es un solidísimo fundamento de lo que se espera y una eficaz y cierta persuasion de las cosas invisibles: *Sperandarum substantiarum argumentum non apparentium*. A esta definicion del apóstol se reducen todas las demás que de ella dan los santos padres que tratan de esta virtud, segun dice el señor Benedicto XIV (lib. 3. de Serv. Dei beatif. Cap. 23, § I), fundado en la doctrina de santo Tomás. Sobre cuya definicion nota el insigne misionero apostólico de Italia nuestro san Bernardino de Sena (Op. tam. 1. Sermon. 2 de Dom. Quinq. in princ. pag. mihi 10 col. I) que la llama el apóstol sustancia, como un pedestal sobre el que se sustenta lo principal del edificio espiritual.

Estuvo este siervo de Dios muy adornado de esta solidísima virtud desde que el Señor se la infundió en el bautismo, y empezó á lucir en él desde que le entró el uso de razon, ejercitándose desde entonces en actos heroicos de esta virtud. Fuéronsele aumentando desde novicio en los estudios; concluidos estos, ocupado en ambas cátedras, en la teología instruyendo á sus discipulos en los misterios mas inefables, arduos é imperscrutables (así los llama el apóstol, Rom. 11, v. 33, segun lee san Juan Crisóstomo, hom. 4. in Gen.) con toda la claridad que permite el entendimiento humano para la explicacion é inteligencia de ellos, como tambien en la del Espíritu Santo, explicando en los puntos de doctrina estos soberanos misterios de la fe á los mas rudos é ignorantes, con tanta claridad y expresion, que casi podiamos decir con san Gregorio, que su explicacion era conocida de los ignorantes sin ser molesta á los sabios.

En su laboriosa vida fué de dia en dia añadien-

do quilates á esta virtud, los que se ven patentes por las señales que se expresan en su vida, que si se refleja sobre sus tareas apostólicas, veremos con toda claridad que su fe fué grande, pues hallaremos las señales que refiere san Antonino de Florencia que demuestran una fe grande: *fides alicujus magna ostendi potest; primo si alta de Deo sentit* (in Sum. part. 4, tit. 8, cap. 3, § 7). Tan altamente sentia de Dios y de sus divinos atributos cuán alto era su discurso y rara memoria, de tal manera, que al oírlo hablar de la sagrada Escritura parecia que la sabia de memoria, y para explicar los puntos mas recónditos y los misterios mas imperscrutables, parece tenia especial don de Dios, valiéndose de ejemplos, simbolos y comparaciones acomodadas para los mas rústicos y de menos alcance; en cuyas explicaciones manifestaba á todos lo que altamente sentia de Dios, y lo manifestaba no solo por la alta doctrina que enseñaba, sino mas principalmente por el extraordinario gozo y afecto que de ella expresaba, de modo que en estas santas conversaciones y pláticas parecia se enajenaba, de lo que resultaba ser mas largo de lo ordinario, que á muchos, principalmente á los poco devotos de la divina palabra, parecia molesto, y que no faltaba quien dijese no se conformaba con la doctrina de nuestro seráfico padre san Francisco. Pero como este celosísimo misionero era tan docto y leido, tendria muy presente la exposicion del seráfico doctor san Buenaventura, sobre el capítulo 9 de nuestra seráfica regla: *In brevitare sermonis*. "Hæc brevitatis excludit verborum ambages et sententias involutas, verba etiam ardua super capacitatem audientium... Ista enim abbreviatio non excludit cum expedit, sermonis prolixitatem, quia Dominus ipse aliquando prolixè prædicavit, sicut patet in Joanne (12) et Mattheo (15)."

Del alto conocimiento que tenia de Dios, le vino el desprecio que hacia de las cosas caducas y temporales para conseguir el premio eterno en el cielo, que es la segunda señal que pone san Antonino para conocer la grandeza de la fe de algun siervo de Dios: *Secundo si caduca pro premio æterno contemnit*. Bastante queda dicho del desprecio que hizo de todas las cosas caducas de este mundo de honras, dignidades y empleos, como tambien el continuo desprecio que hizo aun de aquellas cosas muy precisas para su uso, como libros, ropa, etc.; de modo, que cuando murió no se halló en tanto libro que llenaba el estante, ni uno siquiera que dijese fuese de su propio uso, sino que en todos ellos se halló de letra de este siervo de Dios: *Pertenece á la mision de San Carlos de Monterey*. Lo mismo digo de la ropa de su propio uso, que poco antes de morir la mandó lavar y apartó, quedándose solo con el solo hábito, capilla, cordon y unos solos paños menores, que es lo que le sirvió de mortaja para enterrarlo, manifestando lo amante que era de la santa pobre-

za y el desprecio que hacia de las cosas caducas.

La tercera señal que propone el citado San Antonino para conocer la grandeza de la fe, es la confianza en Dios en todas sus adversidades: *Tertio si in adversis in Deo confidit*. Ya queda dicho arriba que el venerable padre Junipero no miraba á cosa alguna por la adversa, sino aquello que se oponia á la propagacion de la fe, conversion de gentiles y reduccion de ellos. En los mayores apuros en que se vió, fué el ver que toda la expedicion queria volver las espaldas del puerto de San Diego para la retirada á la antigua California, no dando mas tiempo para esperar sino hasta el dia de señor san José, como queda largamente dicho en la vida, y en este mayor conflicto puso toda su confianza en Dios, quien lo consoló, como queda arriba insinuado. Casi en igual conflicto se halló en la misma mision de San Diego, cuanto á la reedificacion de San Capistrano, y en otros muchos casos que podria referir en prueba de la confianza grande que tenia siempre en Dios.

Y esta grande confianza en Dios le hizo no volver la espalda atrás, sino seguir siempre en la conversion de los bárbaros, cuarta señal que da el citado san Antonino de la fortaleza de la fe: *quarto si a bono opere non desistit*. Vióse claro esta gran fortaleza, con que se resolvió con todo gusto y voluntad el pasar á la conversion de los indios apaches del rio de San Sabá; pues no obstante que veia que los tres padres que fueron para dicha conquista, á los dos quitaron alevosamente aquellos bárbaros la vida, y que al tercero hirieron gravemente, librándose solo de milagro y que podia recelar le sucediese lo mismo, no desistió, sino que poniendo toda su confianza en Dios, gustosamente admitió la propuesta del prelado y resolvió ponerse en camino para dicha conquista.

Otras señales pone el señor Bened. XIV (lib. 3, de servo Dei Beat. et Can. Cap. 23 num. 4) para conocer la heroicidad de la fe, y son, primeramente, la externa confesion de lo que interiormente se cree. Esta señal se vió clara y casi continua en la vida del siervo de Dios fray Junipero por el ejercicio de los actos exteriores que practicaba sobre todos los misterios que con viva fe creia en su interior; y si en sentir de santo Tomás (2. 2. dæ. q. 124, art. 5) cualquiera acto de virtud es una solemne protestacion de la fe: *omnium virtutum opera secundum quod referuntur in Deum sunt quadam protestationes fidei*, habiendo sido, segun se ve en la vida, casi un continuo ejercicio de actos virtuosos, hallaremos que fué una continua protestacion de la fe de este fervoroso siervo de Dios. Secundariamente dice, que se conoce por la observancia de los preceptos, de lo que queda bastante dicho de que no se vió accion alguna que no fuese muy edificante y ejemplar.

No contentándose con solo esto, sino que calaba el que todos los que estaban á su cargo y no-

vísimos en la fe, guardasen puntualmente los divinos preceptos, corrigiendo y castigando, si necesario era, cualquier desman que en ellos viese; y lo mismo en los preceptos de la santa Iglesia, quedando en todos ellos tan instruidos, que pasaban ya á escrupulosos, no admitiendo dispensa; si necesario era, ni queriendo valerse de los privilegios concedidos por la Iglesia á los neófitos, soliendo responder que eran cristianos como los españoles y asistían á la misa no solo los dias festivos para todos, sino tambien aquellos que no obligaban á los neófitos, no obstante que estaban bien instruidos, que no les obligaba á ellos la Iglesia.

Si ponemos la vista en la tercera señal que pone el señor Benedicto XVI, que es la oración á Dios, queda bastantemente expresado, y se verá comprobado con lo que queda que decir en la virtud de la religion, que era casi continua la oración de este siervo de Dios, por lo que se ve la heroicidad de su fe. Y no es menor prueba la otra señal que pone el citado pontífice: *Ex fidei dilatatione, aut saltem ejus desiderio.*

Tan temprano le empezaron los deseos de la propagación de la fe, que como queda dicho, desde novicio era este su particular anhelo y el derramar su sangre, si necesario fuera, para aumentar los hijos á la santa Iglesia, rebozándosele el gozo de su corazón en la leyenda de los santos mártires que habían muerto en defensa de la fe y en la propagación de ella. Estos mismos deseos tenía y tuvo toda la vida, y estos le hacían atropellar con cuantos peligros se vió, y al parecer le quedaba el sentimiento de no lograr lo que tanto deseaba. Así me lo dió á entender cuando me refirió lo que le había sucedido cuando iba á la fundación de San Juan Capistrano, que queda dicho en el capítulo 43, que me dijo: "Ciertamente que creí había llegado la hora de continuar lo que tanto deseaba." La misma expresión hizo cuando lo iba á matar el hereje inglés, capitán del paquebot que nos llevó desde Mallorca á Málaga que queda dicho, capítulo 2.

Y siempre que se veía en algunas de estas ocasiones y peligros de derramar la sangre en manos de infieles, parece que se llenaba su corazón de alegría, como se vió pocos dias después de lo acaecido en la misión de San Diego, que se divulgó entre toda la gente de aquellos establecimientos la noticia, y entramos todos en recelo no sucediese lo mismo en alguna de las demás misiones; y en la de San Carlos, en la que actualmente me hallaba disponiéndome para ir á fundar la de nuestro padre y la de Santa Clara con otros tres compañeros, se levantó entre los indios neófitos, de que la bárbara nación llamada de los Zanjones, distante como seis leguas de la misión de San Carlos, intentaban hacer con dicha misión lo que habían hecho los gentiles de San Diego. No obstante que á estas voces no se les daba total crédito, no dejaba de poner en

cuidado la tropa, así á la de la escolta de la misión, como á la del presidio de San Carlos.

A los pocos dias vino una india neófitá, toda asustada y llena de miedo, con grande llanto, diciendo al cabo que ya venían los zanjones por la cañada, ponderando que eran muchísimos y armados, que sin duda venían á pelear. En cuanto el cabo oyó la noticia, sin hacer examen de ello dió aviso al comandante del presidio, quien luego subió á caballo con una patrulla de soldados para ir á auxiliar á la misión. Al mismo tiempo el venerable padre Junipero nos comunicó, así á su compañero como á nosotros cuatro que estábamos para salir para las dos fundaciones dicha noticia; pero tan lleno de regocijo, que al parecer daba por cierto que aquella noche le habían de quitar la vida, por las expresiones con que nos avisó diciéndonos: "Ea, padres compañeros, ya llegó la hora, ya están ahí los zanjones segun dicen, y así no hay mas que animarse y disponerse para lo que Dios fuere servido." Así lo hicieron algunos que recibieron el aviso en la iglesia, reconciliándose unos á otros.

Al salir de ella, hallamos ya al comandante con los soldados del presidio, que se estaban disponiendo para la defensa de la misión, siendo ya entrada la noche y habiendo reconocido el peligro que amenazaba por estar los seis religiosos que estábamos allí en distintas casitas de palos ó madera, techadas algunas de tule, que brevemente arde como si fuese yesca, propuso al reverendo padre presidente que convenia que durmiesen todos juntos, para podernos defender en un solo cuartito que allí había de adobes con azotea, que servía de fragua para el herrero; y con esto quedábamos bien resguardados de las flechas y lumbré, y que con un soldado estábamos bien escoltados, y que con los demás repartidos, se podría resguardar la misión. Convino en ello y nos metimos todos en dicho cuartito y en toda la noche no nos dejó dormir, que la abundancia del gozo no le dejaba cerrar la boca, refiriéndonos muchos casos para animarnos, y por la mañana no se halló indio alguno de los zanjones, de que inferimos, ó que la mucha agua que llovió aquella noche los hizo no llegar, ó que fué aprensión de la india, por el mucho miedo que tienen á aquella belicosa nación; pero el susto y temor fué bastante para todos, menos para el siervo de Dios, que no cabía de alegría.

Si reflejamos en este caso, en otros que quedan dichos y otros muchísimos que podría referir, y cotejamos con el sentir del piadoso autor de las antigüedades, citado de nuestro cronista Gonzalez (6 part. en la vida de san Diego, cap. 7), que dice: "El que una vez consagró la resolución de su ánimo para tolerar para gloria de Dios todas las injurias y crueldades de los tiranos, este ya parece mártir, porque si la suerte no le concede que logre la efectiva pasión de tor-

mentos, no puede quitarle que haya padecido en el alma cuantos géneros de muertes traza-  
"das á ideas de la imaginación había ya abrazado la voluntad;" podremos piadosamente creer que si no fué mártir á violencias del cuchillo, su pronta y resuelta voluntad le consiguió, segun la doctrina del célebre Antoine (de Actib. hum. cap. 3, art. 7), el mérito del martirio, que es lo que la Iglesia nuestra madre canta de san Pascual Bailon: *Martyrem non dat gladius, sed ipsa prompta voluntas.*

#### ESPERANZA.

Vimos ya la firmeza de la fe del siervo de Dios fray Junipero, de cuya heroicidad se puede inferir cuál sería su esperanza, que siendo, en sentir de san Buenaventura (tit. 5, dict. salut. cap. 4), una fuerte columna que estriba sobre el pedestal de la fe y sustenta lo principal del espiritual edificio, ó como dicen otros, flor de la fe que nace de ella como el rayo del sol, podremos inferir con los santos Gregorio y Bernardo, que cuanto mas uno cree, tanto mayor es su esperanza: *quantum quisque credit, tantum sperat.* (Bernard. de Dom. in Pas.) Esta que segun Guillelgo Alticiodorense, es una osadía del alma concebida de la largueza de Dios para alcanzar por nuestras buenas obras la vida eterna, dilata su vista y mira con fijos ojos como á su objeto el perdón de los pecados, el premio de las buenas obras en la vida que esperamos, la gracia, la resurrección de nuestros cuerpos, la asistencia y cuidado de la Providencia divina para favorecernos en los peligros y tropiezos que pueden estorbar su consecución; y finalmente, todo lo que es arduo y difícil, si es para bien nuestro y gloria de Dios.

Esta nobilísima virtud que recibió con el sacro bautismo, desde el dia de su nacimiento fué creciendo en este siervo de Dios con la edad, y en cuanto tuvo el uso de la razón, con la instrucción de sus devotos padres se ejercitó en esta virtud, como tambien en la virtud de la fe y caridad, procurando sus devotos padres que las primicias de los actos de su hijo se consagrasen á Dios como autor divino, haciendo que él se ejercitase en fervorosos actos de ellas, como lo practicaba desde niño; y como iba aumentando en edad y conocimiento, procuró ejercitarse con mas fervor, como se ha visto en el discurso de su ejemplar y dilatada vida. Como era tan alto su alcance sobre los misterios de nuestra santa fe y perfecciones divinas, tenía siempre puesta su confianza en ellas, con la esperanza cierta de que conseguiría del Señor lo que era de su mayor agrado, para mayor gloria suya, ocurriendo siempre al Señor, así en las cosas arduas, como ya queda insinuado en su vida, como en cosas aun mas leves, pues para todas Dios era su único refugio, y de ordinario conseguía feliz despacho para sus peticiones. Y si por su humildad recelaba el fe-

liz éxito, invocaba á los santos de su especial devoción, como sucedió con el patrocinio del señor san José, que repetidas veces queda dicho, como tambien de su devoto san Bernardino de Sena, por cuyo patrocinio consiguió para un indio neófito de su misión de San Carlos, librarlo de las fauces de la muerte, cuando los circunstantes lo tenían ya por muerto y aplastado, de un grande pino que le cayó encima. Y agradecido nuestro venerable padre á su santo devoto y bienhechor, solicitó le pintaran un lienzo, el que se puso en aquella iglesia para mover la devoción en aquellos neófitos.

Otros varios casos podría referir, los que omito por no ser demasiado largo, pues basta para prueba de su esperanza en Dios lo que queda ya referido de su enfermedad y accidentes continuos del pecho, pié y pierna, en lo que podría aplicarse lo de san Agustín (Conf. lib. 10, cap. 43, tom. 1): "Merito mihi spes valida in illo est, quod sanabis omnes languores meos, per eum qui sedet ad dexteram tuam, et te interpellat pro nobis: alioquin desperarem. Multi etiam, et magni sunt languores mei, sed amplior est medicina tua." En fin, si se refleja bien y se atiende á lo que enseña san Buenaventura (in 3. Sent. dist. 26, q. 4), que todos los actos de las virtudes son otros tantos actos de la esperanza, hemos de decir que su vida fué un continuo ejercicio de esta nobilísima virtud, por lo que dijeron los auditores de la Rota en la causa de san Francisco Javier (tit. de Spe) que nada persuade con mas eficacia la esperanza de alguno, como el ejercicio de las buenas obras y acciones virtuosas: *Spes argumentum nullum validius, quam quod exercitio ducitur bonorum operum et actionibus virtutum.* Y lo mismo confirma el señor Benedicto XIV (lib. 3 de Can. SS., cap. 23, § 2, núm. 16), cuyas son estas palabras: *Omnia opera bona spem arguunt, et omnia opera bona eximia et sublimia, spem demonstrant eximiam, sublimem, et heroicam.*

#### CARIDAD Y RELIGION.

La mayor de las virtudes llama san Pablo á la tercera de las teologales, que es la caridad: *maior autem horum est caritas.* (I. Corint. 13.) Y si en sentir de san Gregorio (in Ezequ. hom. 22) cuanto uno cree y espera tanto ama, habiendo visto la firmeza de la fe y la certeza y confianza de la esperanza del siervo de Dios, podremos inferir lo ardiente de su caridad. A esta virtud, dice san Gregorio, que con razón llama el apóstol de las gentes vínculo de la perfección, porque las otras virtudes engendran la perfección, pero la caridad las ata entre sí, de modo que ya no pueden separarse del alma del amante: *Charitatem recte predicator egregius vinculum perfectionem vocat, quia virtutes quidem cetera perfectionem generant, sed tamen eas charitas ita ligat, ut*

*ab amantis mente, dissolvi jam nequeant.* (Greg. regist. lib. 4, ind. 13, cap. 95.)

Vimos ya cómo las otras dos virtudes teológicas son columna y pedestal de lo principal y más sagrado del templo. Y hablando de la caridad el célebre discípulo de san Juan Crisóstomo, san Proclo patriarca de Constantinopla, en la epístola que escribió sobre la fe a los armenios (tom. 6, op. SS. PP.), les dice que la caridad es la cumbre de lo más santo y perfecto de nuestra católica religión: *charitas sanctae religionis nostrae culmen est*, por lo que tenemos que esta virtud de la caridad es el remate y union que une y corona el estado perfecto del alma.

Las señales para conocer la heroicidad de esta nobilísima virtud, las propone Fortunato Schaecco (de not. et sig. sanct. sec. 3, cap. 3 citado del señor Benedicto XIV). La primera es el celo del culto divino, a fin de que Dios sea amado y honrado de todos. Bastante queda dicho en el discurso de la vida de este siervo de Dios, del celo que tuvo del culto divino, ya en aquella suntuosa iglesia que fabricó en la misión de Santiago de Jalpan de la Sierra Gorda, y el adorno que solicitó para ella y para la sacristía, todo dirigido al divino culto. Lo propio practicó en las misiones que fundó en ambas Californias, encargando a todos los misioneros, que siempre en las memorias que pedían de Méjico, jamás dejasen de pedir algo para la iglesia ó sacristía. En una ocasión, estando yo presente, leyó la memoria de lo que se pedía para una de las misiones, y acabándola de leer, dijo á los padres que la habían hecho: *No me cuadra esta memoria, pues no leo en ella alhaja que pidan para adorno de la iglesia*, lo que luego enmendaron los padres añadiendo algunos renglones para el divino culto.

Este celo, que es también acto de la virtud de la religión, se ha expresado en su vida, cap. 7, en donde se expresa el régimen espiritual que observó en la Sierra Gorda, que él mismo en cuanto fué posible observó en las misiones de la nueva California y Monterey, así en fabricas de iglesia, según la posibilidad de cada una, como en adorno para ellas, manifestando grande gusto cuando hallaba en sus visitas en alguna de esas misiones algunos adelantamientos en esto, y luego procuraba comunicarlo á los padres de las demás misiones para animarlos á lo mismo.

También queda dicho en el citado capítulo el régimen espiritual que practicó en los sermones en las solemnidades con que celebraba los misterios y festividades del Señor, de la Virgen santísima y de los santos, predicando en ellas para mover á los neófitos al culto y amor de Dios, siendo en esto tan grande su deseo, que lo extendía á todo el mundo. Bien lo expresó en la fundación de la misión de San Antonio, que encendido en estos deseos y como fuera de sí, repicaba las campanas, como queda dicho, llamando á todos al divino culto y amor de Dios, deseando que aquellas campanas se oyesen por todo el

mundo, señal evidente del fervoroso amor de Dios en que ardía su corazón, pues no solo lo amaba, sino que deseaba que todo el mundo lo conociese y amase.

Otra señal de fervor de la caridad y amor de Dios pone el citado autor, diciendo que se conoce por el gozo interior manifestado con señales exteriores, cuando se habla de Dios y de los santos. Bien se le conocía en sus sermones y pláticas, que parece le rebosaba el corazón de gusto y alegría. Cuando llegó á su noticia la disposición de nuestro santísimo padre Clemente XIII, de que todos los domingos del año que no tuviesen prefacio propio se cantase ó rezase el prefacio propio de la santísima Trinidad, fué tanto su gozo, que no cabía en su corazón, y con mucha ternura decía: Bendito sea Dios, quien conserve la vida á nuestro santísimo padre que ha determinado se rece tan devoto prefacio. ¡Oh y qué buena ocasión para que nuestra seráfica religión pidiese á este santísimo padre, que parece ser devotísimo del misterio de la santísima Trinidad, el que nos concediese el rezo de este soberano misterio, con rito de doble de primera clase, con que imitaríamos á nuestro seráfico padre san Francisco, de quien decimos: *Trinitatis officium, festo solemniter celebrat.*

El mismo gozo expresaba en las solemnidades de la virgen en las festividades de sus misterios, y cuando vió á sus hijos neófitos que con tanta devoción asistían y cantaban la sacratísima corona de MARIA santísima y la antífona *Tota Pulchra*, que derramaba lágrimas de ternura y devoción. Igualmente le sucedía cuando cantaba la pasión y celebraba aquellos divinos misterios de la semana santa. Y sucedió no pocas veces, no poder proseguir el cantar en el coro el canto angélico de la gloria, el sábado santo. Eran también abundantes las lágrimas en las estaciones del vía crucis, de cuyo ejercicio era devotísimo, y lo instituyó en todas las misiones, así de la Sierra Gorda, como de ambas Californias, la que en sentir de los auditores de la Rota en la causa de san Andrés Avelino (Tit. de Charit.) es señal clara y evidente de la perfecta caridad, y de la heroicidad de esta virtud: *hanc eximiam charitatem Andreae erga Deum probari censuimus, ex maximo affectu ipsius, erga passionem Domini Nostri Jesu Christi.*

Otras varias señales pone el citado autor, las que omito por quedar ya comprobadas con los hechos de su vida, principalmente la caridad acerca del prójimo, de la que bastantemente queda dicho. Y como en sentir de San Gregorio la caridad acerca del prójimo, nutre y aumenta la caridad y amor á Dios *per amorem proximi, amor Dei nutritur*: (Greg. in Moral.) habiendo visto la gran caridad que tuvo este siervo de Dios con el prójimo, se infiere cuán grande sería el amor que residía en su corazón acerca de Dios, y qué admirables efectos causaría en su alma.

Estos fervorosos actos del amor de Dios y al

prójimo, junto con los demás de las otras virtudes de que he hablado y he manifestado de este mi amado maestro, puedo decir que continuaron hasta la muerte, como puede verse en el cap. 58, que es la prueba más eficaz é infalible de haber sido su caridad y amor á Dios, al prójimo, santo y verdadero, en sentir de su amantísimo devoto san Bernardino de Sena, quien escribiendo de la caridad verdadera y no fingida, dice lo siguiente: (tom. 2, Fer. 4, post. Ciner. Serm. 5, cap. 3, pag. 39, col. mihi 2). "*Charitas fieta, sex formas patitur, sed in septima alchymiae falsitas patet, Primus namque fornaceus ignis fit in corde, secundus fit in ore, 3, in opere 4, in inimicorum dilectione, 5, in eorum subventionem, 6, in recta intentione, ut scilicet propter Deum hic omnia fiant, 7 in perseveranti continuatione. Hic sanctus probatur amor, quoniam si verus non est, cito evanescit.*" Todas las otras seis señales que pone san Bernardino las hallamos muy patentes en la leyenda de su vida, y la séptima y la última señal la prueba lo que queda dicho en el capítulo citado. Y si en sentir del evangelista San Juan, las obras de cada uno siguen á la alma cuando se separa del cuerpo, *opera enim illorum sequuntur illos*, hemos de creer piamente que todas las obras que practicó en el ejercicio laborioso de su vida, acompañarían á su alma, como también los innumerables indios que convirtió, y que por su apostólico afán consiguieron su eterna bienaventuranza, le saldrían al encuentro para ponerlo en presencia de Dios á que recibiese el eterno premio en el cielo.

Así piamente creo habiendo experimentado su fervorosa caridad y amor divino, tendría las propiedades que dice de ella el doctísimo Rabano (in Sermone): "*Amor divinus est ignis, lux, mel, vinum, sol. Ignis in meditatione purificans mentem a sordibus. Lux est in oratione mentem irradians claritate virtutum. Mel est in gratiarum actione mentem dulcorans dulcedine divinatorum beneficiorum. Vinum est in contemplatione mentem inebrians suavi et jucunda delectatione.*" Todas estas propiedades parece se hallan en la laboriosa vida de este siervo de Dios, y podemos creer piamente que también conseguiría la última en la patria celestial: "*Sol est in aeterna beatitudine mentem clarificans serenissimo lumine, et suavissimo calore: mentem exhilarans ineffabili gaudio perenni jubilatione.*" Con que concluye las propiedades de la verdadera caridad el dicho Rabano, citado del venerable padre fray Luis de Granada (in Sylva locorum communium tom. 1, tit. *Amor Dei*). Y yo podría concluir, que su alma estará descansando, que fueron las últimas palabras que me habló antes de morir, acabando de rezar el oficio del sol de la Iglesia San Agustín, diciéndome á mí y á los circunstantes que se hallaban presentes: Vamos ahora á descansar, como queda dicho en su vida. Y piamente puedo creer que su des-

canso fué y es en el cielo. Pero como son los altos juicios de Dios inexcrutables y que puede necesitar de nuestra ayuda, acompañenme en decir: *Anima ejus requiescat in pace. Amen.*

#### CONCLUSION DE LA ORRA.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR Y ÚLTIMA PROTESTA.

Dije ya al principio el fin que tenía en escribir esta vida, como también que la escribí metido entre aquellas bárbaras naciones, con falta de libros y de padres compañeros con quien consultar; y que habiéndome resuelto á condescender á las súplicas de los devotos y apasionados del venerable padre que lo conocieron y trataron, dando lugar á que saliese á luz dicha vida é historia, supliqué á algunas personas doctas y que conocieron al siervo de Dios, la leyeran, y fueron de parecer que bien se podía imprimir y sería su leyenda no solo edificante, sino que movería á muchos para alistarse para operarios de la viña que plantó este ejemplar misionero. Y diciéndome que echaban menos un tratado de las virtudes, me resolví á hacerlo, animándome el que en esta ciudad no carecería de libros ni de personas doctas con quien poder comunicar las dificultades que me ocurriesen; y aunque esto no me ha faltado, pero sí me ha faltado el tiempo y sosiego que necesitaba por haberme ocupado la obediencia en la carga pesada de la guardanía de este colegio.

Esta consideración me servirá para excusarme de cualquiera falta que los curiosos lectores notaren en el último capítulo, principalmente de la brevedad de tan principalísimo asunto. Presumo también que echarán menos el del don de la contemplación del siervo de Dios, revelaciones, profecías, milagros y todo aquel aparato de las gracias gratis dadas que hacen admirable y ruidosa la santidad de algún siervo de Dios. Pero tengo muy presente que todas estas gracias, aunque son muy admirables y apreciables, no constituyen la santidad esencial, que se vincula á la gracia santificante.

No el don de contemplación, pues este como notó San Gregorio (lib. 2, hom. 5, in Ezeq. num. 19, col. 1361, op. tom. 1) suele concederse así á los perfectos como á los no perfectos, y á los principiantes é imperfectos. "*Non enim contemplationis gratia summis datur, et minimis non datur, sed saepe hanc summi, saepe minimi, saepius remoti... percipiunt.*" Y muchas veces sucede que ni aun á los santos se concede, como de los ya canonizados nota nuestro eminentísimo Laureano (de Orat. opusc. 7, cap. 2). Sin duda por eso en las causas de canonización no se inquiere de ella sino en cuanto es una especie de hábito adquirido del acto de contemplar y orar, como enseña el señor Benedicto XIV (lib.

3, de Beat. et Can. SS. cap. 26. pag. 186.) Pero como ella segun reglas de la mística, sea un acto compuesto de fe viva y caridad encendida, quedando probadas estas dos virtudes de este siervo de Dios, debemos decir que no le faltó este don de contemplacion.

Tampoco constituyen la santidad esencial revelaciones, profecias, milagros, don de lenguas, etc., porque como estas gracias, a diferencia de la santificante, como enseña nuestro doctor irrefragable Alejandro de Ales (in 2. part. quest. 73), se dan para utilidad de los otros, pueden hallarse juntas en un mismo sujeto con el pecado mortal como con él enseña el eximio Suarez (tomo I de Frat., prol. 3, cap. 4, núm. 10) y el docto Viquer (in Inst. Theol. tit. de Grat. Div. cap. 9, § 1) por estas palabras: "Gratia gratis data differt a gratia gratum faciente, primo quia licet potest stare cum peccato mortali, et sine charitate etc." Y a mas, como no son necesarias para la consecucion de la bienaventuranza, su falta no arguye imperfeccion, como enseñan los salmaticenses (tom. 3, Curs. Theol. in Arb. præd., § 17, núm. 164). "Sed quia ad beatitudinem consequendam necessaria non sunt ideireo neque illarum defectum sanctitatis ostendit." Y por esto instando nuestro Matheucio, como promotor que era de la fe a los postuladores de la causa de san Vicente de Paul para que propusiesen algo de dichas gracias, ellos como perspicaces, segun dice el mismo Matheucio (en su Pract. Theolog. Canon. ad Caus. Beatif. et Canon. tit. 6, capit. 6, num. 20), respondieron que aunque no le faltaban al santo, no eran necesarias para el efecto de la canonizacion.

Los que conocieron y trataron a nuestro venerable padre, me acusan quejosos de haber omitido muchas acciones ejemplares; y para cerrar-me la puerta a toda excusa, tal vez me objetarán lo de Casiodoro, in Comp. Rhet. "Satis est narratio aliiquid superesse quam deesse: nam si perfuta cum tedio dicuntur, necessaria cum pecculo subtrahuntur." Pero a esto debo decirles, que me ha sucedido lo que a los pescadores en abundantes placentes de perlas, donde la prodigiosa copia hace que se les escapen de entre las manos muchísimas. Las virtudes de los siervos de Dios salen al público medrosas, hasta que la perezosa volubilidad de los años va limpiando la idea de ciertas materiales impresiones que le ofuscan el brillante lustre; y el afecto que le prestaba como a mi venerado maestro, me ha contenido en decir otras muchas cosas, no se atribuyesen a demasiada pasion, aunque siempre es disculpada con la reflexion que *parentibus et magistris nunquam satis*, que decian los filósofos. Esta máxima parece llevaba consigo san Juan Capistrano, que con tanto anhelo solicitaba los honores para su amado maestro san Bernardino de Sena, como se puede ver en la carta que escri-

bió a los magníficos ciudadanos de Aquila, párrafo de su santo maestro:

Confieso con toda ingenuidad que no carezco de este afecto, y que es difícil moderarlo siendo tan debido; pero este filial afecto no me ha hecho ponderar cosa alguna de las que vi y presencié, ni menos fácil en creer muchos casos particulares que omito, por no estar del todo cerciorado de ellos, guardando que el tiempo de luz, pues con bastante reserva he escrito lo que has leído. Y por si acaso en ello he errado, lo do lo sujeto a los pies de la santa madre Iglesia católica romana, protestando como hijo de tan santa madre, y que en serlo tengo mi mayor dicha, que en cumplimiento de los decretos de nuestro santísimo padre Urbano VIII (de felice memoria) en la sagrada congregacion de los ritos y general inquisicion, y demas reseritos apostólicos que prescriben el modo de escribir las vidas de los siervos de Dios que no estan canonizados, no es mi intencion se dé mas crédito a lo queda referido, que el que se merece una fe puramente humana, y por consiguiente muy fallible; y que los epítetos de venerable y mártir etc., que en ella se leen, no es mi ánimo que apelen sobre las personas, calificándolas por santas y bienaventuradas, sino sobre las acciones virtuosas que refiero.

Tú entre tanto ruega por mí, y si encuentras algun yerro no lo atribuyas a malicia, mas disimula la flaqueza, que estoy pronto a enmendarlo. Y para que consigas la eterna bienaventuranza, te ruego lo que a Licencio, hijo de Romano, discípulo de san Agustín, rogaba san Paulino:

*Vive praeor, sed vice Deo; nam vivere mundo Mortis opus, viva est vivere vita Deo.*

*Cui soli honor et gloria in saecula saeculorum. Amen.*

TANTO QUE SE SACO DE UNA CARTA QUE EL REVERENDO PADRE FRAY ALONSO DE BENAVIDES, CUSTODIO QUE FUÉ DEL NUEVO MÉJICO, ENVIO A LOS RELIGIOSOS DE LA SANTA CUSTODIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO DE DICHO REINO, DESDE MADRID, EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS TREINTA Y UNO, CITADO EN EL CAPÍTULO SEGUNDO DE ESTA HISTORIA.

Carísimos y amantísimos padres custodio y demás religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco de la custodia santa de la conversion de san Pablo de los reinos y provincias del Nuevo Méjico: Infinitas gracias doy a la divina Majestad en haberme puesto, aunque indigno, en el número de la dichosa suerte de vuestras paternidades que merecen ser tan favorecidos del cielo, que los ángeles y nuestro padre san Francisco les asisten, y personal, verdadera, y realmente llevan desde la villa de Agreda, que es raya de Castilla, a la

bendita y dichosa madre MARÍA DE JESÚS, de la orden de la Concepcion, franciscana de calza, a que nos ayude con su presencia y predicacion en todas esas provincias y barbaras naciones. Bien se acuerdan vuestras paternidades que el año de mil seiscientos veintiocho, habiendo sido prelado de vuestras paternidades y siervo suyo, me determiné acaso, si bien debió de ser particular motion del cielo, a pasar a la Nueva España a dar razon al señor virey y reverendos prelados de las cosas tan notables y particulares que en su santa custodia pasaban; y habiéndolo puesto por obra, después de haber llegado a Méjico, le pareció al señor virey y reverendos prelados, convenia pasar a España a dar cuenta a su majestad, como fuente de todo, y a nuestro padre general, y como tan católicos y celosos de la salvacion de las almas, me hicieron mil favores por las buenas nuevas que les di, así por el aumento de nuestra santa fe, como del apostólico celo con que vuestras paternidades en esas conversiones trabajan, y del aumento temporal que la divina Majestad ha descubierto, en pago y premio del celo con que el rey nuestro señor nos favorece y ayuda. Con esta envío a vuestras paternidades un memorial de molde que presenté a su majestad y real consejo de indias, y fué tan bien recibido en España, que pienso sacar segunda impresion, para consuelo de tantos como lo piden. No me juzguen vuestras paternidades de corto, que bien sé que lo está mucho el memorial para lo mucho que falta y vuestras paternidades merecen; pero hicelo así breve, aunque fuese a costa de no decir lo mucho que falta, por solo obligar a su majestad a que lo leyese; y no solo lo leyó, y los de su consejo lo leyeron todo, pero les pareció tan bien, que no sólo lo han leído muchas veces y lo saben de memoria, sino que segunda vez me han pedido otros, y en estas demandas he distribuido cuatrocientos libros, y nuestro reverendísimo padre general los envió a Roma a su santidad, fuera de los que digo en el memorial de molde. Las veces que he hablado a su majestad y a su real consejo de Indias, adonde es el ordinario despacho de ellas, he dicho de palabra y por muchos memoriales de mano de mi letra, lo que por allá pasa; y habia por acá poca noticia del nuevo Méjico, como si Dios no lo hubiera criado en el mundo; y así no se agradecia, ni sabia lo que vuestras paternidades con tan apostólico celo han trabajado en esa viña del Señor; y espero en su divina Majestad volver entre vuestras paternidades para gozar de la dichosa suerte de su compañía, aunque confieso no merecerla, y llevar a vuestras paternidades y a toda esa tierra muy grandes favores de su santidad y del rey nuestro señor, para consuelo de todos y aumento del divino nombre.

Quando llegué a España, que fué a 1º de agosto del año de 1630, así como nuestro reverendísimo padre general fray Bernardino de Sena (ahora obispo de Visco), que está gover-

nando la orden hasta el capítulo general, digo: así como supo mi relacion de la santa religiosa, que así anda predicando nuestra santa fe católica, en la forma que vuestros reverendos padres saben, me dijo luego su reverendísima, que siendo comisario de España, antes de ser general, que habia mas de ocho años tuvo noticia que la madre María de Jesús, abadesa de su convento de la villa de Agreda (raya de Aragón y Castilla), habia tenido algunos aparecimientos y relaciones de la conversion del Nuevo-Méjico, y con la relacion que le di y la que allá nos habia enviado el señor arzobispo de Méjico D. Francisco Manso, en la misma razon, le causó a nuestro reverendísimo tanta ternura y devocion, que queria ponerse en camino para la dicha villa de Agreda, porque lo mismo que yo dije se lo habia dicho la misma madre María de Jesús los dichos años antes, entrando personalmente a visitar su convento, porque está sujeto a la orden y provincia de Burgos, y *os ad os* se lo dijo la misma madre María de Jesús a nuestro reverendísimo, y ahora lo confirmo con lo que yo le dije; y porque sus ocupaciones no le dieron lugar, me mandó que fuese yo personalmente a ello, dándome la autoridad para obligar a la bendita madre por obediencia, que me manifestase todo lo que sabia acerca del Nuevo-Méjico, a cuya comision fui de esta corte, y llegué a Agreda último día de abril de 1631, y antes de decir otra cosa, digo: que dicha madre María de Jesús, abadesa que es hoy del convento de la Concepcion, etc., será de veintinueve años, que no los tiene cumplidos, de hermoso rostro, color muy blanco aunque rosado, ojos negros y grandes: la forma de su hábito y de todas las religiosas de aquel convento, que por todas son veintinueve, es solo el hábito nuestro; esto es, de sayal pardo, grueso, a raíz de las carnes, sin otra túnica, saya ni faldellin, y sobre este hábito pardo el de sayal blanco y grueso con su escapulario de lo mismo y cuerda de nuestro padre san Francisco, y sobre el escapulario su rosario, sin chapines ni otro calzado mas de unas tablas atadas a los pies ó unas abarcas de esparto: el manto es de sayal azul, grueso y velo negro. No me detengo en decir las asperezas de esta venerable madre y su convento, por decir solo lo que toca al Nuevo Méjico, que yo cuando merezca ver a vuestras paternidades, que tengo de eso gran deseo y esperanza, entonces diré cosas maravillosas que nuestro Señor obra allá. Entre otras virtudes que esta bendita madre tiene de Dios alcanzadas, es el deseo de la conversion de las almas, que desde criatura tuvo gran lástima de los que se condenaban, y mas de los infieles, que por falta de luz y predicadores no conocen a Dios nuestro Señor. Y habiéndola manifestado su Majestad todas las barbaras naciones que en el mundo no le conocen, ella, llevada por ministerio de ángeles que tiene para su guarda, y sus alás son san Miguel y nuestro pa-

dre, san Francisco, personalmente ha predicado por todas las naciones nuestra santa fe católica, particularmente en nuestro Nuevo Méjico, donde ha sido llevada de la misma suerte, y tambien los ángeles custodios de sus provincias venian por ella personalmente por mandado de Dios nuestro Señor. El hábito que ha llevado personalmente las mas veces ha sido de nuestro padre san Francisco, y las otras con el de la Concepcion y su velo; aunque siempre remangadas las mangas blancas y encogidas las faldas del blanco, y asi se parece mucho el pardo. Y la primera vez que ha ido fué el año de 1620, y ha continuado tanto estas ideas, que ha habido dia de tres y cuatro en menos de veinticuatro horas, y esto se ha continuado siempre hasta el año de 1631. Padres de mi alma, no sé cómo signifique á vuestras paternidades los impulsos y fuerza grande de mi espíritu, cuando me dijo esta bendita madre que habia asistido conmigo al bautismo de los Pizos, y me conoció ser el mismo que allí vió. Asimismo asistió al padre fray Cristobal Quirós á unos bautismos, dando las señas verdaderas de su persona y rostro, hasta decir que aunque era viejo, no se le echaban de ver las canas; que era carilargo y colorado de rostro, y que una vez estando el padre bautizando en su iglesia, iban entrando muchos indios y se iban amontonando á la puerta, y que ella por sus mismas manos los estaba empujando y acomodando en sus lugares para que no le estorbasen; y que ellos veian á quien los empujaba, y se reian cuando no veian quién lo hacia, y la que á ellos los empujaba para que empujasen á los otros, etc. Tambien me dijo todo lo que sabemos ha sucedido á nuestros hermanos y padres fray Juan de Salas y fray Diego Lopez en las jornadas de los Jumanas, y que los solicitó é industrió todo este tiempo para que fueran á llamarlos, como lo hicieron. Dióme todas sus señas y que asistió con ellos. Conoce muy bien al capitan Tuerto, dando las señas individuales suyas y de todos, y ella propia envió á los embajadores de Quivira á llamar á los padres, todo lo cual dirán los mismos indios, porque personalmente les habla. Tambien me dijo la jornada del padre Ortega, que tan dichoso fué en escapar con la vida, por aquellas señas que topó, y todas me las dijo; y luego que volvió del Norte al Oriente, salió de él con gran frio, que llevó hasta topar calor y buen temple, y que por allí adelante (aunque muy lejos) está la grandeza de reinos; pero que todo lo vences nuestro padre san Francisco. Sen tantas las particularidades que de esa tierra me dijo, que ni aun yo me acordaba y ella me las trajo á la memoria; y preguntándole por qué no dejaba que la viésemos cuando dejaba que los indios tuviesen esta dicha, respondió: que ellos tenian necesidad y nosotros no, y que todo lo disponian sus santos ángeles; aunque yo espero en la divina Majestad, que cuando esta llegue á manos de vuestras paternidades,

alguno ó algunos la habrán merecido, ver, por que yo se lo rogué encarecidamente, y ella prometió pedirselo á Dios; y que si se le concediere lo hará de muy buena gana. Dijo que saliendo de Quivira al Oriente, (aunque muy lejos), se pasaria por las señales que vió el padre Ortega amenazado de muerte por los caminos para que no pasase allá nuestra santa fe, que asi se lo habia enseñado el demonio, y en el discurso del camino se convertirian muchas gentes si los soldados fueran de buen ejemplo (*res valde difficilius, cum omnia Deo facilia*); y que nuestro padre san Francisco alcanzó de Dios nuestro Señor que en solo ver los indios á nuestros frailes se convertian. Sea Dios infinitamente alabado por tantos beneficios. Bien quisiera en esta carta decir á vuestras paternidades todo lo que la venerable madre me dijo; pero no es posible, aunque muchísimo tengo escrito en un libro que llevaré conmigo para consuelo de todos. Dijo que pasados aquellos largos caminos y dificultades del Oriente, se daría en los reinos de Chillescas, Cambujos y Jumanas, y luego al reino de Titlas, y que estos nombres no son los propios, sino parecidos á ellos, porque aunque entre ellos habia su lengua, fuera de allí no sabe ni se revela.

Aquel reino de Titlas, que es muy grande y pobladísimo, es donde mas acudí, y por su intercesion llevó allí nuestro padre dos religiosos de nuestra orden y bautizaron al rey y á mucha gente, y allí los martirizaron. Dice que no eran españoles, y tambien han martirizado muchos indios cristianos, y el rey tiene los huesos en una caja de plata en una iglesia que allí se edificó, y una vez llevó de acá una custodia para consagrar, y con ella dijeron misa los frailes é hicieron procesion con el santísimo Sacramento. Todo esto se hallará allá, y muchas cruces y rosarios que ha dado allí, y á ella martirizaron y recibió muchas heridas, y sus santos ángeles la coronaron, porque alcanzó de nuestro Señor el martirio. Asi me parece por mayor bastará esto, para que vuestras paternidades se consuelen con tal compañera y santa en sus trabajos, y será nuestro Señor servido de llevarme con vuestras paternidades para que sepan todas las cosas como ella me las dijo y se las mostré, para que me dijese si en algo me habia equivocado ó si era lo mismo que entre los dos habia pasado, y para ello le impuse la obediencia de nuestro reverendísimo que para ello llevaba, y se la interpuso tambien el reverendo padre provincial de aquella provincia, que allí estaba, y su confesor, y por parecerme la respuesta ha de causar á vuestras paternidades grandísimo consuelo y espíritu, como por acá lo ha causado, que toda España se quiere ir allá, pondré aquí el traslado de lo que ella por su propia mano y letra respondió, que queda en mi poder para llevarlo á vuestras paternidades, y para todas provincias, nombrando á cada uno por su nombre; y tengo el propio hábito con que ella

allá anduvo, y del velo sale tanto olor, que conmueve el alma.

TRASLADO DE LAS RAZONES QUE LA BENDITA MADRE MARIA DE JESUS ESCRIBE Á LOS DICHO PADRES DEL NUEVO MEJICO.

Obedeciendo á lo que vuestra reverendísima, y nuestro padre general, y nuestro padre fray Sebastian Marcella, provincial de esta santa provincia de Burgos, y nuestro padre fray Francisco Andrés de la Torre, que es quien gobierna mi alma, y á vuestra paternidad mi padre custodio del Nuevo Méjico, en nombre de vuestra paternidad me manda diga lo que se contiene en estos cuadernos, y si es lo que he dicho, tratado y conferido, que he hablado á vuestra paternidad de lo que, por la misericordia de Dios y de sus justos juicios, que son inmutables, ha obrado en mi pobre alma, que tal vez elige el mas inútil sugeto, incapaz é imperfecto, para manifestar la fuerza de su poderosa mano, y que los vivientes conozcan que todas las cosas se derivan del padre de las lumbres, que habita en las alturas, en cuya fuerza y poder y con la confortacion de su alteza, todo lo podemos: y así digo, que es lo que me ha sucedido en las provincias del Nuevo Méjico, Quivira y Jumanas, y otras naciones, aunque no fueron estos los primeros reinos donde fui llevada, por la voluntad de Dios, y por mano y asistencia de sus ángeles fui llevada donde me sucedió, ví é hice todo lo que al padre he dicho; y otras cosas que por ser muchas no es posible referirlas, para alumbrar en nuestra santa fe católica todas aquellas naciones; y los primeros donde fui, creó están al Oriente, y se ha de caminar á él para ir á ellos, desde el reino de Quivira; y llamo estos reinos respecto de nuestros términos de hablar, Titlas, Chillescas y Caburcos, los cuales no están descubiertos; y para ir á ellos, me parece ha de haber grandes dificultades, por los muchos reinos que hay antes de llegar á ellos, de gente muy belicosa, los cuales no dejarán pasar los indios cristianos del Nuevo Méjico, de quien ellos recelan lo son, y mucho mas á los religiosos de nuestro seráfico padre san Francisco, porque el demonio los tiene engañados, haciéndoles creer que está el veneno donde esta la triaca, y que han de estar sujetos y esclavos, siendo cristianos, consiendiendo su libertad y felicidad en esta vida. Pareceme que como lo podrán conseguir, será pasando los religiosos de nuestro padre san Francisco; y para su seguridad y guarda, se podia ordenar los acompañen soldados de buena vida y costumbres, y que con apacibilidad sufran las contumelias que se les pueden ofrecer, y con el ejemplo y paciencia todo se podrá tolerar, que el ejemplo hace mucho; y descubriendo estas provincias, se pondrá grande obra en la viña del Señor. Los sucesos que he dicho, me han sucedido desde el

año de mil seiscientos y veinte, hasta este presente de mil seiscientos treinta y uno, en el reino de Quivira y Jumanas, que fueron los últimos á que fui llevada, que dice vuestra paternidad han descubierto con su buena inteligencia, y las personas mismas de aquellos padres santos, á quienes ruego y de parte del Señor amonesto y anuncio, que trabajen en obra tan dichosa, alabando al Altísimo por su buena suerte y dicha, que es muy grande, y que pues su Majestad los hace tesoreros y distribuidores de su preciosa sangre y les pone en las manos el precio de ella, que son las almas de tantos indios, que por falta de luz y quien se las administre andan en tinieblas y ceguedad y carecen de lo mas santo y deseable de la ley inmaculada, suave y deleitable, y del bien y gloria eterna. Mucho deben alentarse dichos padres en esta heredad del Señor, porque la mies es mucha y pocos los obreros, á dar la mayor gloria y agrado al Altísimo, y á usar de la mas perfecta caridad, que puede haber en estas criaturas del Señor, hechas á su imagen y criadas á su semejanza, con alma racional para conocerle. No permitan, padres y señores míos, que los deseos del Señor y su voluntad santa se frustre y malogre, á trueque de muchas contumelias y trabajos, pues dirá su Alteza tiene sus regalos y delicias con los hijos de los hombres; y pues á estos indios los hizo Dios idóneos y capaces para servirle y reverenciarle, no es justo carezcan de lo que los demás fieles cristianos tenemos y gozamos. Alégrese vuestras paternidades, padres míos, pues el Señor les ha dado la oportunidad, ocasion y suertes de los apóstoles, no la pierdan, por entender y pensar el trabajo: acuérdense de lo que les toca obedecer al Altísimo, y dilatar y sembrar su ley santa: cuantos fueron los trabajos y persecuciones que padecieron, imitando á su Maestro.

Lo que aseguro á vuestras paternidades es, que sé con cierta luz que los bienaventurados los envidian, si es que en ellos la puede haber, que es imposible; pero lo declaro así, á nuestro modo de entender: que si pudieran, dejaran la gloria que tienen, por acompañarlos en esas conversiones, lo hicieran; y no me admira, que como ven en el Señor, que es la principal causa y el objeto de su gloria, y es espejo voluntario donde todos le conocen, y como ven la particular que los apóstoles tienen, y en lo que se señalan mas, que tienen los demás santos, por lo que padecieron por la conversion de las almas, así es cierto que dejaran de gozar de Dios por convertir una alma. Razon será, para que vuestras paternidades, pues tienen esa oportunidad, se aprovechen de ella; y confieso que así pudiera comprarla con la sangre, vida y crueles martirios, que lo hiciera, que se la envidia á vuestras paternidades, que aunque el Altísimo me concede que puede conseguir este fruto en vida, no es por camino que padezca tanto como vuestras paternidades, ni

merezca nada, porque mis imperfecciones lo impiden; pero ya que no puedo nada, ofrezco de todo mi corazón y alma ayudar con oraciones y ejercicios y los de esta santa comunidad. Suplico á mis padres carísimos merezca mi buena voluntad y deseo, y me hagan participante de alguna de las menores obras y trabajos que vuestras paternidades hacen en esas conversiones; y lo estimaré mas, que cuanto por mí hago, que recibirá el Señor mucho agrado de la conversión de las almas. Y esto mismo he visto en el Altísimo, y lo he oído de sus santos ángeles, que me han dicho que tenían envidia de los custodios de almas que se ocupaban en convertir; y como son ministros que presentan al Altísimo nuestras obras, aseguran ser las que su majestad recibe con mas agrado las que se obran con las conversiones del Nuevo-Méjico; y me dió por razón el santo ángel, que como la sangre del Cordero era suficiente á todas las almas y que padeció por una lo que padeció por todas, que sentía mas el Señor que una alma, por falta de luz de nuestra santa fe, se perdiera, que padecer tantas pasiones y muertes como ha criado almas. Esto puede alentar á tan santa ocupacion y padecer mucho por conseguirla, por ser verdadero todo lo que queda dicho de mi letra y de la de mi padre custodio del Nuevo Méjico; y por mandarlo la obediencia, lo firmé de mi nombre; y suplico á vuestras paternidades todos los que aquí he nombrado, se sirvan por el Señor mismo á quien servimos y por quien se lo manifestó, estos secretos se oculten y guarden en custodia, pues lo pide el caso, sin que lo vea criatura. De esta casa de la Concepcion purísima de Agreda, quince de mayo de mil seiscientos treinta y uno.—*Sor Maria de Jesús.*

Mucho quisiera, padres y hermanos míos, poder escribir en esta, para mayor consuelo suyo, las muchas cosas que tengo escritas, así de mi letra como de esta santa madre, que nuestro Señor ha obrado por ella á nuestro favor y ayuda en esas conversiones; pero son más para guardarlas en el corazón que para escritas; y me parece que con las razones sobredichas, que son todas de su letra y firma, que quedan en mi poder, se consolarán vuestras paternidades, pues su estilo y pensamiento bien se ve ser evangélico. Yo le pregunté si íbamos acertados en el modo de proceder en las conversiones, así en fábricas como en las sementeras y lo demás que se hace para sustento y amparo de los indios; díjome que todo era muy grato á nuestro Señor, pues se enca-

minaba al fin de las conversiones, que es la mayor caridad. Ha tomado muy á su cargo encomendar á Dios á vuestras paternidades, y la paz y gobierno entre gobernadores y religiosos, y el tratar de las conversiones, y así encomienda á todos muy de veras á Dios, para que religiosos, gobernadores, españoles é indios unánimes y conformes, adoren y alaben al Señor, y sobre todo, se empleen en dar luz de nuestra santa fe católica á todas esas bárbaras naciones; y pues su divina Majestad nos tiene en esa santa obra, no nos atajemos y frustremos en no sufrir todas las cosas y ocasiones que se nos dieran de pleitos. También conozco, padres míos, que en todo mi tiempo yo no merecí, por mis imperfecciones y defectos, gozar la paz, como la deseaba; pero espere en la divina majestad ir á acabar los días que fuere servido de darne, en la compañía y servicio de vuestras paternidades. Sabe muy bien su divina Majestad cómo lo deseo. A todos esos señores españoles me encomendarán vuestras paternidades mucho; y porque siempre he conocido la voluntad que me han tenido, la pago muy bien en manifestar (como he manifestado) á su real majestad y á su real consejo de Indias, que son verdaderos soldados apostólicos, así por su valor como por el buen ejemplo con que proceden en nuestra compañía, de que su majestad se da por bien servido.

Prometió hacerme toda merced que de su parte le pidiera, y lo principal deben tenerse por dichosos de ser patrocinados de la bendita alma de MARÍA DE JESÚS: los ha visto y encomendados á Dios, y así les doy mil gracias, y á Dios de que los hayan merecido, y lo mismo he dicho á la madre de la cristiandad y virtud; de todas estas españolas, y á la humildad y cuidado que tienen en la limpieza de los altares; y dicho todo, los encomienda á Dios nuestro Señor, y pido también las oraciones de todos. A to los los indios también doy mil parabienes, pues merecen su principal amor, y porque va también de estos reinos á esos tan remotos y apartados, y que como á hijos espirituales, á quienes ha predicado nuestra santa fe católica y alumbrado en las tinieblas de la idolatría, y los tiene muy en la memoria, para no olvidarlos jamás en sus oraciones. Bendita sea tal tierra y dichosos sus habitadores, pues merecen tantos favores del cielo. De vuestras paternidades humilde hijo y siervo fray Alonso de Benavides. Nuestro reverendísimo padre general desde acá echa á todos vuestras paternidades su bendición con la de nuestro seráfico padre san Francisco, pues como tan verdaderos hijos suyos acuden á obra tan apóstolica, y así me mandó lo escribiese á vuestras paternidades.

FIN DE LA OBRA.

Vida de fray Junipero Serra.



EL EDITOR.

CAPITULO I.—Nacimiento, patria y padres del venerable padre fray Junipero Serra. Toma el santo hábito, y ejercicios que tuvo en la provincia antes de pretender salir para la América..... 11

CAPITULO II.—Llámalo Dios para doctor de las gentes, solicita patente para Indias y consíguela. Se embarca para Cádiz y lo que sucedió en el camino..... 13

CAPITULO III.—Detencion en Cádiz: embárcase para Veracruz y lo que practicó en el camino el venerable padre Junipero..... 15

CAPITULO IV.—Viaje que á pié hizo el venerable padre desde Veracruz hasta Méjico..... 16

CAPITULO V.—Llega el venerable padre al colegio de San Fernando, y lo que practicó en él hasta la salida para las misiones de infieles..... 18

CAPITULO VI.—Sale para las misiones de la Sierra Gorda, lo que trabajó y practicó en ellas..... 19

Régimen espiritual..... 20

Gobierno temporal..... 20

CAPITULO VII.—Prosigue el mismo asunto que el pasado..... 20

CAPITULO VIII.—Prosigue el mismo asunto de los dos capítulos antecedentes. Carta del excelentísimo señor virey marqués de Croix..... 24

Carta del ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana..... 24

CAPITULO IX.—Pasa á Méjico llamado del prelado para las misiones de San Sabá, las que no tuvieron efecto por lo que se dirá..... 25

CAPITULO X.—Ocupaciones y ejercicios que tuvo en el colegio y misiones que salió á predicar..... 26

CAPITULO XI.—Casos particulares que le sucedieron en las misiones entre fieles..... 28

CAPITULO XII.—Pasa á la California con quince misioneros para trabajar en ella..... 30

CAPITULO XIII.—Embarcansé todos los misioneros, y lo que practicó el venerable padre llegado á la California..... 31

CAPITULO XIV.—Funciones de la expedición de tierra, salida de Loreto del venerable padre y su llegada á la gentilidad, donde dió principio á la mision primera..... 33

CAPITULO XV.—Fundó el venerable padre la primera mision, que dedicó á San Fernando, y sale con la expedición para el puerto de San Diego..... 35

CAPITULO XVI.—Copia de carta del venerable padre y lo que determinó en San Diego sobre la expedición..... 38

CAPITULO XVII.—Fundó la segunda mision de San Diego, y lo que sucedió en ella..... 40

CAPITULO XVIII.—Regrésase la expedición á San Diego sin haber hallado el puerto de Monterey, y los efectos que causó esta impensada novedad..... 42

CAPITULO XIX.—Carta del venerable padre, y lo que en su vista practiqué... 43

CAPITULO XX.—Lo que trabajó el venerable padre Junipero á fin de no desamparar el puerto y mision de San Diego..... 44

CAPITULO XXI.—Llega el barco á San Diego y salen las expediciones en busca del puerto de Monterey..... 45

CAPITULO XXII.—Llegan las expediciones al puerto de Monterey y se funda la mision y presidio de San Carlos... 47

CAPITULO XXIII.—Devotas expresiones del excelentísimo señor marqués de Croix por la noticia del descubrimiento de Monterey..... 49

COPIA DE LA CARTA IMPRESA.—Extracto de noticias del puerto de Monterey, de la mision y presidio que se han

merezca nada, porque mis imperfecciones lo impiden; pero ya que no puedo nada, ofrezco de todo mi corazón y alma ayudar con oraciones y ejercicios y los de esta santa comunidad. Suplico á mis padres carísimos merezca mi buena voluntad y deseo, y me hagan participante de alguna de las menores obras y trabajos que vuestras paternidades hacen en esas conversiones; y lo estimaré mas, que cuanto por mí hago, que recibirá el Señor mucho agrado de la conversión de las almas. Y esto mismo he visto en el Altísimo, y lo he oído de sus santos ángeles, que me han dicho que tenían envidia de los custodios de almas que se ocupaban en convertir; y como son ministros que presentan al Altísimo nuestras obras, aseguran ser las que su majestad recibe con mas agrado las que se obran con las conversiones del Nuevo-Méjico; y me dió por razón el santo ángel, que como la sangre del Cordero era suficiente á todas las almas y que padeció por una lo que padeció por todas, que sentía mas el Señor que una alma, por falta de luz de nuestra santa fe, se perdiera, que padecer tantas pasiones y muertes como ha criado almas. Esto puede alentar á tan santa ocupacion y padecer mucho por conseguirla, por ser verdadero todo lo que queda dicho de mi letra y de la de mi padre custodio del Nuevo Méjico; y por mandarlo la obediencia, lo firmé de mi nombre; y suplico á vuestras paternidades todos los que aquí he nombrado, se sirvan por el Señor mismo á quien servimos y por quien se lo manifestó, estos secretos se oculten y guarden en custodia, pues lo pide el caso, sin que lo vea criatura. De esta casa de la Concepcion purísima de Agreda, quince de mayo de mil seiscientos treinta y uno.—*Sor Maria de Jesús.*

Mucho quisiera, padres y hermanos míos, poder escribir en esta, para mayor consuelo suyo, las muchas cosas que tengo escritas, así de mi letra como de esta santa madre, que nuestro Señor ha obrado por ella á nuestro favor y ayuda en esas conversiones; pero son más para guardarlas en el corazón que para escritas; y me parece que con las razones sobredichas, que son todas de su letra y firma, que quedan en mi poder, se consolarán vuestras paternidades, pues su estilo y pensamiento bien se ve ser evangélico. Yo le pregunté si íbamos acertados en el modo de proceder en las conversiones, así en fábricas como en las sementeras y lo demás que se hace para sustento y amparo de los indios; díjome que todo era muy grato á nuestro Señor, pues se enca-

minaba al fin de las conversiones, que es la mayor caridad. Ha tomado muy á su cargo encomendar á Dios á vuestras paternidades, y la paz y gobierno entre gobernadores y religiosos, y el tratar de las conversiones, y así encomienda á todos muy de veras á Dios, para que religiosos, gobernadores, españoles é indios unánimes y conformes, adoren y alaben al Señor, y sobre todo, se empleen en dar luz de nuestra santa fe católica á todas esas bárbaras naciones; y pues su divina Majestad nos tiene en esa santa obra, no nos atajemos y frustremos en no sufrir todas las cosas y ocasiones que se nos dieran de pleitos. También conozco, padres míos, que en todo mi tiempo yo no merecí, por mis imperfecciones y defectos, gozar la paz, como la deseaba; pero espere en la divina majestad ir á acabar los días que fuere servido de darne, en la compañía y servicio de vuestras paternidades. Sabe muy bien su divina Majestad cómo lo deseo. A todos esos señores españoles me encomendarán vuestras paternidades mucho; y porque siempre he conocido la voluntad que me han tenido, la pago muy bien en manifestar (como he manifestado) á su real majestad y á su real consejo de Indias, que son verdaderos soldados apostólicos, así por su valor como por el buen ejemplo con que proceden en nuestra compañía, de que su majestad se da por bien servido.

Prometió hacerme toda merced que de su parte le pidiera, y lo principal deben tenerse por dichosos de ser patrocinados de la bendita alma de MARÍA DE JESÚS: los ha visto y encomiendados á Dios, y así les doy mil gracias, y á Dios de que los hayan merecido, y lo mismo he dicho á la madre de la cristiandad y virtud; de todas estas españolas, y á la humildad y cuidado que tienen en la limpieza de los altares; y dicho todo, los encomienda á Dios nuestro Señor, y pido también las oraciones de todos. A to los los indios también doy mil parabienes, pues merecen su principal amor, y porque va también de estos reinos á esos tan remotos y apartados, y que como á hijos espirituales, á quienes ha predicado nuestra santa fe católica y alumbrado en las tinieblas de la idolatría, y los tiene muy en la memoria, para no olvidarlos jamás en sus oraciones. Bendita sea tal tierra y dichosos sus habitadores, pues merecen tantos favores del cielo. De vuestras paternidades humilde hijo y siervo fray Alonso de Benavides. Nuestro reverendísimo padre general desde acá echa á todos vuestras paternidades su bendición con la de nuestro seráfico padre san Francisco, pues como tan verdaderos hijos suyos acuden á obra tan apóstolica, y así me mandó lo escribiese á vuestras paternidades.

FIN DE LA OBRA.

Vida de fray Junipero Serra.



EL EDITOR.

CAPITULO I.—Nacimiento, patria y padres del venerable padre fray Junipero Serra. Toma el santo hábito, y ejercicios que tuvo en la provincia antes de pretender salir para la América..... 11

CAPITULO II.—Llámalo Dios para doctor de las gentes, solicita patente para Indias y consíguela. Se embarca para Cádiz y lo que sucedió en el camino..... 13

CAPITULO III.—Detencion en Cádiz: embárcase para Veracruz y lo que practicó en el camino el venerable padre Junipero..... 15

CAPITULO IV.—Viaje que á pié hizo el venerable padre desde Veracruz hasta Méjico..... 16

CAPITULO V.—Llega el venerable padre al colegio de San Fernando, y lo que practicó en él hasta la salida para las misiones de infieles..... 18

CAPITULO VI.—Sale para las misiones de la Sierra Gorda, lo que trabajó y practicó en ellas..... 19

Régimen espiritual..... 20

Gobierno temporal..... 20

CAPITULO VII.—Prosigue el mismo asunto que el pasado..... 20

CAPITULO VIII.—Prosigue el mismo asunto de los dos capítulos antecedentes. Carta del excelentísimo señor virey marqués de Croix..... 24

Carta del ilustrísimo señor arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana..... 24

CAPITULO IX.—Pasa á Méjico llamado del prelado para las misiones de San Sabá, las que no tuvieron efecto por lo que se dirá..... 25

CAPITULO X.—Ocupaciones y ejercicios que tuvo en el colegio y misiones que salió á predicar..... 26

CAPITULO XI.—Casos particulares que le sucedieron en las misiones entre fieles..... 28

CAPITULO XII.—Pasa á la California con quince misioneros para trabajar en ella..... 30

CAPITULO XIII.—Embarcansé todos los misioneros, y lo que practicó el venerable padre llegado á la California..... 31

CAPITULO XIV.—Funciones de la expedición de tierra, salida de Loreto del venerable padre y su llegada á la gentilidad, donde dió principio á la mision primera..... 33

CAPITULO XV.—Fundó el venerable padre la primera mision, que dedicó á San Fernando, y sale con la expedición para el puerto de San Diego..... 35

CAPITULO XVI.—Copia de carta del venerable padre y lo que determinó en San Diego sobre la expedición..... 38

CAPITULO XVII.—Fundó la segunda mision de San Diego, y lo que sucedió en ella..... 40

CAPITULO XVIII.—Regrésase la expedición á San Diego sin haber hallado el puerto de Monterey, y los efectos que causó esta impensada novedad..... 42

CAPITULO XIX.—Carta del venerable padre, y lo que en su vista practiqué... 43

CAPITULO XX.—Lo que trabajó el venerable padre Junipero á fin de no desamparar el puerto y mision de San Diego..... 44

CAPITULO XXI.—Llega el barco á San Diego y salen las expediciones en busca del puerto de Monterey..... 45

CAPITULO XXII.—Llegan las expediciones al puerto de Monterey y se funda la mision y presidio de San Carlos... 47

CAPITULO XXIII.—Devotas expresiones del excelentísimo señor marqués de Croix por la noticia del descubrimiento de Monterey..... 49

COPIA DE LA CARTA IMPRESA.—Extracto de noticias del puerto de Monterey, de la mision y presidio que se han

establecido en él con la denominacion de San Carlos, y del suceso de las expediciones de mar y tierra que á ese fin se despacharon en el año próximo anterior de 1769.....	50	CELENCIA.....	72
CAPITULO XXIV.—Providencias eficaces que dió su excelencia para los nuevos establecimientos por el informe del venerable padre presidente fray Junípero.....	51	COPIA DE LA POSDATA.....	72
CAPITULO XXV.—Viaje de los treinta misioneros que salieron del colegio para ambas Californias.....	52	CAPITULO XXXIX.—Continúan las apostólicas tareas del venerable padre presidente después de llegado á su mision de San Carlos.....	73
CAPITULO XXVI.—Llegan á Monterey los diez misioneros con las nuevas y favorables providencias, y lo que practicó el venerable padre.....	53	CAPITULO XL.—Muerte del venerable padre fray Luis Jaime, y de lo acaecido en su mision de San Diego.....	74
CAPITULO XXVII.—Fúndase la mision de San Antonio de Padua.....	54	CAPITULO XLI.—Llega á Monterey la funesta noticia de San Diego, y lo que en su vista se practicó.....	77
CAPITULO XXVIII.—Pasa el venerable padre á mudar la mision de San Carlos al rio Carmelo, y lo que en ella practicó.....	56	COPIA.....	78
CAPITULO XXIX.—Arribo de los seis misioneros á San Diego y establecimiento de la mision de San Gabriel.....	57	Copia de la carta del señor virey.....	79
CAPITULO XXX.—Envia el venerable padre á su compañero al reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.....	58	CAPITULO XLII.—Baja el venerable padre Junípero á San Diego: trata de restablecer su mision, y se le frustran los deseos y diligencias.....	80
CAPITULO XXXI.—Carta del venerable padre con algunas noticias y llegada de los barcos.....	59	Copia de la carta.....	81
CAPITULO XXXII.—Baja el venerable padre á San Diego y de paso funda la mision de San Luis.....	61	CAPITULO XLIII.—Llega socorro de tropa, y favorables órdenes con que se logra el restablecer la mision de San Diego y la fundacion de San Juan Capistrano.....	82
CAPITULO XXXIII.—Sigue el venerable padre su camino, visita de paso la mision de San Gabriel, y lo que practicó en la de San Diego.....	62	CAPITULO XLIV.—Providencias que para las fundaciones de nuestro padre San Francisco dió el excelentísimo señor virey.....	83
CAPITULO XXXIV.—Viaje del padre de San Blas á Méjico, copia de la carta que me escribió desde Tepic, y sucesos del camino.....	64	CAPITULO XLV.—Fundacion del presidio y mision de nuestro padre San Francisco.....	85
CAPITULO XXXV.—Favorables providencias que consiguió del excelentísimo señor virey para la espiritual conquista.....	65	CAPITULO XLVI.—Fundacion de la mision de la madre Santa Clara.....	90
CAPITULO XXXVI.—Sale de Méjico para San Blas y se embarca para estas misiones de Monterey.....	67	CAPITULO XLVII.—Visita el venerable padre Junípero estas misiones del Norte, y se funda un pueblo de españoles.....	91
CAPITULO XXXVII.—Sale la fragata á la expedicion del registro de la costa y envia dos padres misioneros á la expedicion; hácese segunda para lo mismo.....	68	Fundacion de un pueblo de españoles titulado San José de Guadalupe.....	92
EXPEDICION SEGUNDA.....	69	CAPITULO XLVIII.—Recibe el venerable padre Junípero la facultad apostólica para confirmar; ejercítala en su mision, y se embarca para hacer lo mismo en las misiones del Sur.....	92
Carta del excelentísimo señor virey....	70	CAPITULO XLIX.—Continúa confirmando en su mision: recibe la noticia del nuevo superior gobierno: viene á visitar y á confirmar en estas misiones del Norte, en donde recibió la noticia de la muerte del excelentísimo señor virey Bucareli.....	93
CAPITULO XXXVIII.—Expedicion tercera para el mismo registro de la costa.....	70	Copia de la carta del comandante general.....	94
COPIA DE LA CARTA DE SU EX-		CAPITULO L.—Suscita el gobernador de la provincia dificultades sobre la facultad de confirmar, y con recurso á la comandancia lo impide, y sale decidido á favor de la facultad: viene á confirmar á estas misiones del Norte, y de vuelta muere su amado compañero y discípulo el padre fray Juan Crespi....	95
		CAPITULO LI.—Establecimientos de la	

canal de Santa Bárbara: fundacion de un pueblo de españoles y de la mision de San Buenaventura, y del presidio de Santa Bárbara: funesto acaecimiento del rio Colorado.....	97	CAPITULO LX.—Devotas honras que el dia sétimo se hicieron al venerable padre Junípero.....	113
CAPITULO LII.—Prosigue la materia de las fundaciones de la canal, y baja para el efecto el venerable padre Junípero á San Gabriel, y funda la mision de San Buenaventura.....	98	CAPITULO ULTIMO.—En que se recopilan las virtudes que singularmente resplandecieron en el siervo de Dios fray Junípero.....	114
CAPITULO LIII.—Dáse noticia de lo sucedido en el rio Colorado, y efectos de la expedicion. Fúndase el presidio de Santa Bárbara, sube el venerable padre presidente para Monterey.....	100	§ I.—Profunda humildad.....	115
CAPITULO LIV.—Prosigue la materia del antecedente de la fundacion del presidio de Santa Bárbara.....	102	§ II.—Virtudes cardinales.....	118
CAPITULO LV.—Suspéndese las fundaciones de la canal con grande pena del venerable padre Junípero.....	103	Prudencia.....	118
CAPITULO LVI.—Llega el socorro de dos misioneros, y sale el venerable padre presidente á hacer su última visita á las misiones del Sur.....	105	Justicia.....	119
CAPITULO LVII.—Última visita que hizo en estas misiones del Norte.....	106	Fortaleza.....	121
CAPITULO LVIII.—Muerte ejemplar del venerable padre Junípero.....	108	Templanza.....	122
CAPITULO LIX.—Solemne entierro que se le hizo al venerable padre Junípero.....	111	§ III.—Virtudes teologales.....	124
		Fe.....	124
		Esperanza.....	127
		Caridad y religion.....	127
		Conclusion de la obra.—Advertencia al curioso lector y última protesta.....	129
		TANTO que se sacó de una carta que el reverendo padre fray Alonso de Benavides, custodio que fué del Nuevo Méjico, envió á los religiosos de la santa custodia de la conversion de San Pablo de dicho reino, desde Madrid, el año de mil seiscientos treinta y uno, citado en el capítulo segundo de esta historia....	130
		TRASLADO de las razones que la bendita madre MARIA DE JESUS escribe á los dichos padres del Nuevo Méjico.....	133



Alfredo Simon y Leon.



JUAN

